

The image features a vibrant, textured map of Kamchatka as the central focus. The map is rendered in shades of green, yellow, and brown, with a grid of latitude and longitude lines. Two hands are placed on the map: one on the left side, wearing a silver ring, and another on the right side. In the upper right corner, a colorful compass rose is visible. The background is a collage of various colors and textures, including a pink and white striped pattern on the left and a blue and white pattern at the top. The overall style is artistic and textured.

Marcelo Figueras
Kamchatka

Lectulandia

Todos querríamos tener una armadura que nos proteja del dolor. Pero uno levanta una pared para protegerse de lo que viene de afuera y al final descubre que se ha quedado encerrado.

Kamchatka es la última palabra que Harry escucha de labios de su padre. Aquel territorio fantástico e inaccesible, poblado de osos salvajes y con picos nevados envueltos en nubes de azufre, será el refugio donde ese chico de diez años se ocultará para curar sus heridas, para resistir. Para Harry, Kamchatka será su Avalón.

De la mano de un niño obligado a contemplar el lado oscuro de la realidad, Marcelo Figueras nos lleva a recorrer el capítulo más aciago de nuestro pasado reciente. Este relato, poblado de personajes tiernos, cercanos y llenos de humor, es también una aventura: la de asomarse sobre el horizonte y descubrir que ninguna historia desaparece, simplemente cambia de género.

Lectulandia

Marcelo Figueras

Kamchatka

ePub r1.0
lenny 23.04.16

Título original: *Kamchatka*
Marcelo Figueras, 2003
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Aniversario

epublibre

EDICIÓN CONMEMORATIVA

más libros, más libres

It is not down in any map; true places never are.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

Now is greater than the whole of the past.

REM, *Reveal*

Primera hora: Biología

f. Ciencia que estudia los seres vivos.

1. La palabra del adiós

Lo último que papá me dijo, la última palabra que oí de sus labios, fue Kamchatka.

Me dio un beso raspándome con su barba de días y se subió al Citroën. El auto se alejó sobre la cinta ondulante de la ruta, una burbuja verde que aparecía y desaparecía en cada lomada, más chiquita cada vez, hasta que ya no la vi más. Me quedé un rato ahí, la caja del TEG bajo del brazo, hasta que el abuelo me puso la mano en el hombro y me dijo vamos a casa.

Y eso fue todo.

Si es necesario puedo contar algo más. El abuelo decía que Dios está en los detalles. También decía otras cosas: que lo de Piazzolla no es tango, por ejemplo, y que lavarse las manos antes de mear es tan importante como lavárselas después, porque vaya a saber qué tocó uno, pero creo que ninguna de estas viene al caso.

La despedida ocurrió en un despacho de naftas de la ruta 3, a pocos kilómetros de Dorrego, en el sur de la provincia de Buenos Aires. Desayunamos los tres en el bar contiguo, papá, el abuelo y yo, café con leche y medialunas de grasa, en tazas de loza grandes como ollas que tenían el logo de YPF. Mamá también estaba pero se la pasó en el baño. Algo le había revuelto el estómago y no retenía ni los líquidos. Y el Enano, mi hermano menor, dormía despatarrado en el asiento trasero del Citroën. Siempre se movía sin parar durante el sueño, brazos y piernas, como si reclamase sus derechos sobre el absoluto, el rey del espacio infinito.

En ese momento tengo diez años. Soy un chico de apariencia normal, con la excepción, quizá, del pelo rebelde que tiende a alzarse sobre mi cabeza como un signo de exclamación.

Es primavera. Octubre brilla con una luz de oro en el hemisferio sur y ese día honra el precepto; la mañana es un palacio. El aire está lleno de esas semillas voladoras que en la Argentina llamamos panaderos, estrellas diurnas que atesoro dentro del hueco de mis manos y después libero con un soplo, alentando su busca de un suelo propicio.

(La frase *el aire estaba lleno de panaderos* hubiese hecho las delicias del Enano. Se habría tirado al suelo, agarrándose la panza y riendo como loco mientras imaginaba a los hombrecitos flotando como pompas de jabón, delantal blanco y morro enharinado.)

Me acuerdo hasta de la gente que rondaba la estación de servicio. El despachante de nafta, un gordo de bigotes y sobacos oscuros. El conductor de la Ika, contando un vuelto de billetes grandes como sábanas en su camino hacia el baño. (Lavarse las manos antes de mear, me corrijo, también viene al caso.) Y el mochilero que cruzaba el playón rumbo a la aventura de la ruta, barbas de profeta y cacharros de lata, campanadas que llaman a la contrición.

La nena deja de saltar la sogá para mojarse el pelo debajo de la canilla. Ahora se lo estruja en su camino de regreso, agua cayendo sobre el polvo, drip drip. Las gotas

que hace un instante estaban allí, escribiendo en morse sobre el suelo, se desvanecen más y más a cada segundo. Se están escurriendo entre las partículas minerales y orgánicas de la tierra, fieles al mandamiento gravitatorio, aprovechando el espacio que existe donde parece no haberlo, gotas que dejan jirones de su alma y dan vida a esas partículas mientras pierden la propia, en su marcha hacia el corazón ardiente del planeta, ese fuego donde la Tierra todavía se parece a lo que era cuando se formó. (En el fondo, uno siempre es igual a lo que fue.)

La nena se inclina con gracia delante de mí. Durante un momento pienso que está haciendo una reverencia. En realidad, recoge su soga. Vuelve a saltar, un ritmo perfecto, cortando el aire, wuppety wupp, y así traza el límite de la burbuja en que se encierra.

Papá abre la puerta del bar y me deja pasar. El abuelo está adentro, esperándonos. Su cuchara crea un remolino dentro del café con leche.

A veces hay variaciones dentro del recuerdo. A veces mamá no baja del Citroën hasta que salimos del bar, porque se queda garabateando algo en la marquilla de sus Jockey Club. A veces los números del surtidor de nafta van hacia atrás, en vez de hacia adelante. A veces el mochilero se nos adelanta y cuando llegamos ya está haciendo dedo, como si estuviese apurado por descubrir el mundo que aún no ha visto y anunciarle la salvación con campanadas de aluminio. Los cambios no me preocupan. Estoy acostumbrado a ellos. Significan que estoy viendo algo que antes no vi; significan que no soy exactamente quien era la última vez que recordé.

El tiempo es raro. Esto es obvio. A menudo creo que ocurre todo junto, lo cual no tiene nada de obvio y es todavía más raro. La persona que se vanagloria de vivir sólo el presente me da un poco de pena, como la que entra al cine con la película empezada o la que toma coca light; se pierde lo mejor. Yo creo que el tiempo funciona como la sintonía de una radio. Al común de la gente le gusta elegir una estación, a la que pretende nítida y sin interferencias. Pero eso no implica que uno no pueda mezclar dos o más estaciones; no implica que la sincronía sea imposible. Hasta no hace mucho se consideraba imposible que cupiese un universo entre dos átomos, y cabe. ¿Por qué desechar la idea de que en la radio del tiempo pueda oírse en simultáneo la historia de la humanidad?

La vida cotidiana nos provee de intuiciones sobre el tema. Sentimos que coexisten dentro nuestro todos aquellos nosotros que hemos sido (¿que seremos?): conservamos lo esencial de aquel niño inocente y egoísta, y somos a la vez el joven sensual y generoso hasta la inconsciencia, y somos también aquel adulto con los pies sobre la tierra que no olvida su sueño y somos, por fin, el viejo que no ve en el oro más que un metal; ha perdido vista para ganar visión. Cuando recuerdo, mi voz suena de a ratos como si tuviese diez años nuevamente, y a veces suena como si hablase desde los setenta que no alcancé; también suena como sueno hoy, a la edad que tengo... o que creo tener. Aquellos que he sido, soy y seré dialogan constantemente, modificándose los unos a los otros. Que mi pasado y mi presente se alíen para definir

mi futuro suena a verdad elemental, pero sospecho que mi futuro y mi presente son capaces de hacer lo mismo con mi pasado. Cada vez que recuerdo, aquel que fui dice sus líneas y ejecuta sus acciones con elegancia creciente, como si entendiese más y mejor al personaje con cada nuevo intento.

Los números de mi surtidor empezaron a ir para atrás. No puedo detenerlos.

El abuelo está otra vez en su camioneta, el pie sobre el estribo, canturreando su tango favorito: *decí por Dios qué me has dau, que estoy tan cambiáu, no sé más quién soy.*

Papá se inclina y me dice al oído la palabra del adiós. Siento como entonces el calor de su mejilla. Me besa y me raspa al mismo tiempo.

Kamchatka.

Yo no me llamo Kamchatka, pero sé que al decir eso piensa en mí.

2. All things remote

La palabra Kamchatka suena rara. Mis amigos españoles la encuentran impronunciable. Cada vez que la digo se ponen condescendientes, como quien lidia con un buen salvaje. Me miran y ven a Queequeg, el hombre tatuado del libro de Melville, adorando su estatuilla de un dios contrahecho. Cuán interesante sería Moby Dick contada por Queequeg. Pero las historias las escriben los sobrevivientes.

Yo no recuerdo tiempo alguno en que no supiese de Kamchatka. En el principio era un país de los tantos a conquistar durante mi juego de mesa favorito, el TEG, Tácticas y Estrategias de Guerra. Las características épicas del juego se trasladaban al nombre del lugar, pero mis oídos juraban además que la palabra sonaba a gloria. ¿Se equivocaban, o Kamchatka resuena como un entrecruzarse de espadas?

Soy de los que sienten una comezón eterna por las cosas remotas, al igual que el Ismael de *Moby Dick*. La distancia representa la dimensión de la aventura que se está dispuesto a emprender: cuanto más lejana la cima, mayor el coraje necesario. En el tablero del TEG, mi país natal, Argentina, está bien abajo y bien a la izquierda. Kamchatka, en cambio, está bien arriba y bien a la derecha, apenas por debajo de la rosa de los vientos. En las planas dimensiones de este universo, Kamchatka era el sitio más distante al que podía aspirar.

A la hora de jugar nadie se disputaba Kamchatka. Los nacionalistas codiciaban América del Sur, los exitistas América del Norte, los cultos soñaban con Europa y los prácticos sentaban sus reales sobre África u Oceanía, que se conquistaban fácil y eran aún más fáciles de defender. Kamchatka estaba en Asia, que era demasiado grande y por ende, difícil de controlar. Y para colmo ni siquiera era un país de verdad: sólo existía como nación independiente en el insólito planisferio del TEG, y ¿quién podía desear un país que ni siquiera era real?

Kamchatka quedaba para mí, que siempre tuve corazón para los despreciados. Kamchatka retumbaba como los tambores de un reino escondido y bárbaro, que me llamaba para hacerme su rey.

Por entonces no sabía nada de la Kamchatka de verdad, esa lengua helada que Rusia enseña al Océano Pacífico para burlarse de sus vecinos de allende los mares. No sabía de sus nieves eternas ni de sus cien volcanes. No sabía del glaciar Mutnovsky ni de sus lagos con aguas corrosivas. No sabía de sus osos salvajes ni de sus fumarolas ni de las burbujas de gas que se hinchan como buche de sapo en la superficie de sus aguas termales. Me bastaba que tuviese forma de cimitarra y que fuese inaccesible.

Papá se sorprendería si supiese cuánto se asemeja la Kamchatka verdadera al paisaje de mis sueños. Una península helada que es, también, la región de más actividad volcánica sobre la Tierra. Un horizonte de picos celestiales y casi intocables, envueltos en vapores de azufre. Kamchatka como reino extremo, paradójal; un ejercicio en la contradicción.

3. Me quedo sin tíos

En el tablero del TEG, la distancia entre Kamchatka y la Argentina es engañosa. Si trasladase sus dimensiones planas al volumen de un globo, aquel trayecto que parecía irremontable se volverá proximidad. Ya no hay que atravesar todo el mundo conocido para llegar de un sitio a otro. Kamchatka y América están tan lejos que casi se tocan.

De la misma forma, la despedida en el despacho de naftas y el comienzo de mi historia son extremos que se superponen; se ve el uno en el otro. El sol de octubre se confunde con el sol de abril, esta mañana se monta sobre aquella. Es fácil olvidar que un sol es la promesa del verano y el otro su despedida de escena.

En el hemisferio sur, abril es un mes de extremos. El otoño comienza y con él los fríos. Pero las ráfagas duran poco y el sol vuelve a imponerse. Los días todavía son largos. Muchos parecen robados al verano. Los ventiladores prestan sus últimos servicios y la gente escapa a la playa durante el fin de semana, tratando de correr más rápido que el invierno.

En sus vestiduras, aquel abril de 1976 se parecía a todos. Yo estrenaba mi sexto grado. Estaba hundido en horarios que no dominaba y listas de libros por conseguir. Todavía cargaba más útiles de los necesarios y protestaba por mi ubicación en el aula, demasiado próxima al escritorio de la señorita Barbeito.

Pero algunas cosas eran distintas. El golpe militar, por ejemplo. Aunque papá y mamá no decían mucho al respecto (más que furia o abatimiento, parecían sentir incertidumbre), era obvio que se trataba de algo serio. Por lo pronto, mis tíos se habían desvanecido como por arte de magia.

Hasta 1975, mi casa del barrio de Flores estuvo llena de gente que entraba y salía a toda hora y que hablaba fuerte y se reía y golpeaba sobre la mesa para remarcar una frase y que tomaba mate y cerveza y cantaba y guitarreaba y ponía los pies sobre el sillón como si viviese con nosotros desde siempre. En la mayoría de los casos, no los había visto nunca antes ni los volvería a ver. Cuando llegaban, papá nos presentaba a cada uno. Tío Eduardo. Tío Alfredo. Tía Teresa. Tío Mario. Tío Daniel. Nunca nos acordábamos de los nombres, pero no era necesario. Al rato el Enano iba al comedor y con su mejor voz de inocente decía Tío, ¿me das coca?, y se levantaban como cinco a servirle y volvía con vasos desbordantes a la pieza, a tiempo para *El santo*.

A fines del 75 los tíos comenzaron a ralea. Cada vez venían menos. Ya no hablaban fuerte ni cantaban ni reían. Papá ni siquiera se molestaba en presentarlos.

Un día me dijo que el tío Rodolfo había muerto y que quería que lo acompañase al velorio. Yo no sabía quién era el tío Rodolfo. Acepté porque dijo que iría conmigo y no con el Enano; un reconocimiento de mi superioridad de hijo mayor.

Fue mi primer velorio. El tío Rodolfo estaba al fondo en un cajón y había como tres o cuatro salones llenos de gente enojada y enfática que tomaba café con mucha azúcar y fumaba como escuerzo. Eso me sacó un peso de encima, porque detesto a la gente quejosa y había imaginado que un velorio debía ser una convención de

llorones. Me acuerdo que se acercó el tío Raymundo (no lo conocía; papá me lo presentó ahí) y que me preguntó por el colegio y dónde vivía y yo le mentí sin siquiera pensarlo. Que vivía cerca de la Boca, le dije. No sé por qué.

De puro aburrido me arrimé al cajón y descubrí que conocía al tío Rodolfo. Tenía las mejillas hundidas y los bigotes un poco más grandes, o quizá parecían más grandes porque estaba más flaco y más formal en la muerte, o quizá la formalidad era una consecuencia del traje y la camisa de cuello grande, pero era el tío Rodolfo, sin dudas. Uno de los pocos que había vuelto a casa dos o tres veces, y que había hecho un esfuerzo para mostrarse simpático con nosotros. En su última visita me regaló una camiseta de River Plate. Cuando volvimos del velorio revisé mi placard y allí estaba, segundo cajón al fondo.

No la toqué, siquiera. Cerré el cajón y la borré de mi mente, por lo menos hasta la noche en que soñé que la camiseta salía sola del placard y reptaba hasta mi cama como una serpiente y se enroscaba en torno de mi cuello y me ahogaba. Lo soñé varias veces. Cada vez que despertaba me sentía estúpido. ¿Cómo iba a estrangularme una camiseta de River si yo era de River?

Hubo otros signos, pero ninguno más ominoso. El miedo se había instalado en mi propia casa, en mi cajón, prolijamente doblado y oliendo a limpio, entre los soquetes y las medias.

Nunca le pregunté a papá cómo había muerto el tío Rodolfo. No era necesario. Nadie muere de viejo a los treinta años.

4. Un patriarca incómodo

Mi escuela se llamaba Leandro N. Alem, como el señor que nos interpelaba desde un cuadro tenebroso cada vez que entrábamos en la Dirección a recibir condena. Era un edificio centenario en la esquina de Yerbal y Fray Cayetano, frente a la Plaza Flores, en el corazón de uno de los barrios más tradicionales de Buenos Aires. Tenía dos plantas, organizadas alrededor de un patio central con tragaluz por techo, y una gastada escalera de mármol que daba testimonio de las generaciones que iniciaron allí su ascenso hacia el Saber.

La escuela era municipal, lo cual significaba que abría sus puertas a todo el mundo sin distinciones. Por el pago de una suma mensual insignificante, cualquiera tenía acceso a las aulas en turno doble, recibía un bocadillo a media mañana y podía integrarse a las actividades deportivas. El gesto casi simbólico de ese pago nos abría las puertas de la sala de máquinas de nuestro lenguaje, y también del lenguaje del Universo, las matemáticas; nos revelaba en qué punto del orbe estábamos parados, qué había al norte, al sur, al este y al oeste; qué latía bajo nuestros pies, en el centro ígneo de la Tierra, y por encima de nuestras cabezas; y desplegaba ante una mirada virgen la historia del género humano, del cual éramos entonces, para bien o para mal, momentánea culminación.

En esas aulas de techos altos y pisos crujientes oí por primera vez un cuento de Cortázar y abrí el *Plan Revolucionario de Operaciones* de Mariano Moreno. En esas aulas descubrí que el cuerpo humano era la fábrica más perfecta y me emocioné al resolver con elegancia un problema aritmético.

Mi división hubiese servido como modelo de cualquier campaña en pos de la concordia entre los hombres. Broitman era judío. Valderrey conservaba su acento español. Talavera estaba a dos generaciones de sus antepasados negros. Chinen era chino. Y aun entre aquellos que éramos producto de la más convencional mezcla de españoles, italianos y criollos, los matices eran marcados. Algunos éramos hijos de profesionales; y otros, hijos de simples trabajadores sin calificación. Algunos vivíamos en casas propias y otros alquilaban, o vivían junto con sus padres en habitaciones cedidas por los abuelos. Algunos estudiábamos idiomas y asistíamos a clubes deportivos; otros ayudaban a sus padres en su taller de reparación de radios y televisores y pateaban pelotas de goma en cualquier baldío.

Dentro del aula estas distinciones perdían todo significado. Algunos de mis mejores amigos (Guidi, por ejemplo, a esa altura un as de la electrónica; o Mansilla, que era más negro que Talavera y vivía en Ramos Mejía, un barrio de las afueras que sonaba más remoto que Kamchatka) tenían poco o nada en común conmigo y con mi circunstancia. Y sin embargo, nuestra asociación fue siempre perfecta.

Vestíamos guardapolvo blanco por las mañanas y gris por las tardes, bebíamos mate cocido en el recreo y nos atropellábamos para conseguir nuestra factura favorita, que el portero traía en una palangana de plástico celeste. Nos igualaba el uniforme, la

curiosidad y la energía de esos años, cuyo calor relativizaba toda diferencia.

Y también nos igualaba la ignorancia sobre Leandro N. Alem, el patriarca de la escuela. El hombre se parecía a Melville, en sus barbas y en su ceño adusto. Cansado, quizá, por el encierro dentro de las dos dimensiones del retrato de la Dirección, se empeñaba en señalar algo que quedaba más allá de los límites del marco. Una interpretación elemental dirá que Alem señalaba el futuro, o la senda que debíamos transitar. Pero el gesto nervioso que el pintor puso en su cara permitía, más bien, suponer que Alem nos decía que estábamos mirando al sitio equivocado, que no debíamos verlo a él sino a aquello que se venía, ese misterio que el cuadro no nos mostraba y que, intangible, no podía ser sino amenazador.

En el tiempo que asistí a esas aulas, nunca nadie nos habló de Leandro Alem. Muchos años después (yo ya vivía en Kamchatka) supe que se había levantado contra el orden conservador, en defensa del sufragio universal; que había tomado las armas y caído en prisión; y que finalmente había asistido al triunfo de sus ideas. Puede que aquellos que no nos hablaron de Alem quisiesen protegernos del incómodo dato de su suicidio. El suicidio de un hombre triunfante echa sombras sobre su causa, como las habría echado el apóstol Pedro de cortarse las venas en la Roma de Nerón o Einstein si hubiese bebido veneno durante su exilio en los Estados Unidos.

Sería un ingenuo, pues, si atribuyese a la casualidad el nombre de la escuela que me acogió durante seis años, hasta la mañana en que me fui para ya no volver.

5. Una digresión científica

Esa mañana de abril la señorita Barbeito cerró las cortinas del aula y nos enseñó una película didáctica. Desde su color desvaído y su narrador mexicano, la película insistía en aquello del misterio de la vida y explicaba que las células se asociaban para formar tejidos y los tejidos se asociaban para formar órganos y los órganos se asociaban para componer organismos que, a la vez, eran más que la suma de sus partes.

Yo me sentaba (a mi pesar, lo dije) en la primera fila, la nariz a palmo de la pantalla. Sólo presté atención los minutos iniciales de la proyección. Registré que la Tierra se había formado cuatro mil quinientos millones de años atrás, una bola de fuego. Registré que se había tomado quinientos millones más para crear las primeras rocas. Registré que llovió durante doscientos millones de años, vaya diluvio, al cabo de los cuales tuvimos océanos. Después el mexicano de la voz cavernosa empezó a hablar de la evolución de las especies y yo pensé que se había saltado una parte, la que va entre la Tierra inanimada y la aparición de la vida, y me dije que a lo mejor se habían robado un pedazo de película y por eso el mexicano hablaba de misterio, y cuando quise volver al asunto ya había perdido el hilo y no entendí nada más.

La cuestión del misterio se me pegó para siempre. Algunas cosas se las pregunté a mamá, que me habló de Darwin y de Virchow. Ya en 1855 Virchow decía *omnis cellula e cellula*, toda célula proviene de otra célula, con lo cual la vida se transformaba en una cadena cuyo primer eslabón, confirmé, no podía ser un tema menor. Fue mamá, también, la que rellenó el hueco en el calendario mental que inauguró el mexicano, al aclararme que las primeras células bacterianas aparecieron sobre la Tierra hace tres mil quinientos millones de años, en esos océanos poco profundos que resultaron de la tormenta más larga de la historia.

Otras cosas las averigüé cuando ya vivía en Kamchatka, entre erupciones volcánicas y vapores de azufre. Descubrí, por ejemplo, que estamos hechos de los mismos átomos y pequeñas moléculas que las piedras. (Deberíamos durar más.) Descubrí que Louis Pasteur, el de la vacuna, realizó experimentos que probaban que la vida no podía surgir de manera espontánea en una atmósfera rica en oxígeno como la de este planeta. (El misterio se agigantaba.) Y después, para mi alivio, descubrí que unos científicos sostenían que en los orígenes la Tierra carecía de oxígeno, o que sólo había oxígeno en cantidades vestigiales.

A veces pienso que todo lo que hay que saber en esta vida se encuentra en los libros de biología. Consideren la forma en que las bacterias reaccionaron ante la introducción masiva de oxígeno en la atmósfera de la Tierra. Hasta ese entonces (hace dos mil millones de años, de acuerdo a mi calendario), el oxígeno era un veneno para la vida. Las bacterias resistían porque el oxígeno era absorbido por los metales del planeta. Cuando los metales se saturaron y ya no absorbieron más, la atmósfera se llenó de gas tóxico y numerosas especies fueron eliminadas de cuajo. La

crisis del oxígeno estuvo a punto de acabar con la vida. Sin embargo, las bacterias se reorganizaron, desarrollaron defensas y se adaptaron de una forma tan efectiva como brillante: inventando un sistema metabólico que requería la misma sustancia que hasta entonces era un veneno mortal. En lugar de sucumbir al oxígeno, lo usaron para vivir. ¡Lo que las mataba se convirtió en lo que respiraban!

Puede que esta capacidad de la vida para revertir una partida difícil no les diga nada. Pero en lo que hace a mi existencia, les aseguro que habla.

6. Viaje fantástico

A los cinco minutos de iniciada la película yo no pensaba ya en células, misterios ni moléculas: simplemente jugaba. Descubrí que si miraba fijo la pantalla y desenfocaba la vista, las imágenes se volvían tridimensionales; psicodelia para principiantes. Al rato de contemplar los círculos y bananitas movedizos de los tejidos celulares se me borraron los contornos de la pantalla y fue como si cayese dentro del magma.

Al principio me divertí. Era como estar dentro de *Viaje fantástico*, esa película en que una nave es reducida a tamaño microscópico para recorrer el torrente sanguíneo de un conejillo de Indias. Pero al poco tiempo me mareé. Si no salía de ese caldo iba a terminar vomitando el desayuno.

Me di vuelta en el asiento, buscando otros paisajes para mis ojos tensos. En la penumbra del aula Mazzocone se comía el sándwich que debía comerse al mediodía y Guidi se había dormido y Broitman jugaba al Hombre Nuclear con un soldadito (lo hacía correr en cámara lenta y saltar como una langosta). Bertuccio me daba la espalda. Fiel a su estampa, se había puesto de pie y le decía a la señorita Barbeito que no se tragaba eso de que alguna vez habíamos sido una sola célula en el mar y que pasó el tiempo y paf, la célula se convirtió en nosotros.

7. Entra Bertuccio

Bertuccio era mi mejor amigo. Suena a disparate, pero juro que a los diez Bertuccio leía el *Becket* de Anouilh y decía que quería escribir teatro. Yo leí *Hamlet* para no ser menos y porque el libro estaba en casa y *Becket* no y aunque no entendí nada escribí una adaptación que pensaba actuar con mis compañeros en ese hueco entre la cocina y el patio que podía pasar por un escenario si mamá corría el lavarropas.

Pero yo lo hacía porque quería parecer más grande. Bertuccio lo hacía porque quería ser artista. Bertuccio había leído que un artista cuestiona a la sociedad y desde entonces cuestionaba todo, hasta el precio del boleto escolar y la lógica del usar guardapolvo blanco a la mañana y gris a la tarde y la veracidad de la historia de French, Beruti y las escarapelas. (¿Cómo habían adivinado que Belgrano iba a crear la bandera celeste y blanca? ¿Qué eran, videntes?)

Bertuccio me hacía pasar vergüenza cada dos por tres. Una vez fuimos al cine a ver *Operación oro*, que era prohibida para catorce, y nos pidieron documentos en la boletería. Bertuccio dijo que era menor pero que había leído la novela y no había descubierto nada inconveniente o procaz, y dijo también que nadie tenía derecho a prejuizarlo inmaduro para atender a un espectáculo, y cuando el hombre de la boletería quiso meter baza le espetó que él, mi estimado señor, ya había leído *Becket* y *El exorcista* y *El amante de lady Chatterley* (ciertas partes, al menos) y que eso era más de lo que muchos adultos podían decir, ¿o miento?

En esas circunstancias yo proveía las soluciones. Cuando Bertuccio se cansó de discutir y el boleterero de aguantarlo, subimos al primer piso por la escalera de mármol del Rivera Indarte y nos escondimos en el baño. Esperamos que el acomodador picara todos los boletos del pullman y cuando entró con la linterna a ubicar a uno que llegó tarde nos metimos detrás suyo y nos escondimos entre los cortinados. Habremos perdido los primeros quince minutos, pero finalmente vimos la película.

Operación oro era una porquería. Ni siquiera había mujeres desnudas.

8. El Principio de Necesidad

Esa mañana Bertuccio se dirigió a la señorita Barbeito para cuestionar el edificio de la ciencia desde sus cimientos, mientras yo buscaba papel y lápiz para jugar al Ahorcado.

La señorita suspiró y dijo a Bertuccio que por supuesto había un principio que lo explicaba todo, que explicaba la célula dividiéndose en dos y organizándose con otras para desarrollar funciones complejas y abandonando su medio acuático y desarrollando colores y pelajes y obteniendo energía de nuevas fuentes y echando patas y trasladándose y poniéndose de pie. Mazzocone empezó a angustiarse porque se había quedado sin almuerzo y a Guidi le salió un hilo de baba hasta la barbilla y Broitman me dijo que su soldadito costaba seis millones de dólares y yo pensé qué genial sería vomitar de verdad y salpicar la pantalla mientras la señorita decía que ese principio, Bertuccio, eso que explica por qué todo organismo se adapta a nuevas circunstancias, es la necesidad.

Bertuccio no quería dar el brazo a torcer. Se lo torcí yo, literalmente. Me preguntó qué quería y le propuse jugar al Ahorcado. Pareció considerarlo; las discusiones filosóficas podían ser retomadas más tarde. Aproveché su breve silencio para decir que valía jugar con nombres propios. (Tenía en mente una palabra ganadora, con varias letras ka.) Bertuccio aceptó, siempre y cuando pudiese cantar primero. Me cantó una palabra de once letras mientras dibujaba el cadalso. Le dije a y empezó a llenar los espacios vacíos. La palabra de Bertuccio tenía cinco letras a. Te volviste loco, le dije. Esperad y veréis, replicó, siempre teatral.

Le dije e y me dibujó la cabeza.

Le dije i y me dibujó el cuello.

Le dije o y me dibujó un brazo.

Le dije u y me dibujó otro.

Se me complicó, pensé. Una ese desafortunada me valió un torso y una te suicida me puso al filo del abismo.

Entonces sonó la puerta y apareció mamá.

Algo entendí de la cuestión de las células, y es esto: uno cambia porque no tiene más remedio.

9. La Roca

A mamá le decíamos La Roca. En la historieta de Stan Lee que se llama Los Cuatro Fantásticos, uno de los Cuatro es un tipo hecho de piedras a quien se llama The Thing, La Cosa. Esa fue la inspiración. A mamá no le gustaba demasiado que la comparásemos con un tipo calvo y patizambo, pero comprendía el reconocimiento a su autoridad que el mote escondía. Eso la dejaba contenta, siempre y cuando fuésemos el Enano y yo quienes hiciésemos uso del alias. Cuando era papá quien la llamaba así —y papá era el peor—, el tema adquiriría características sensurround, como las películas de catástrofes que hacían vibrar la butaca del cine.

Mamá siempre fue rubia para nosotros, aunque las fotos más viejas revelen que se volvió rubia con el tiempo. Era menuda y vivaz, en esto era la antítesis de The Thing. Cuando yo era más chico le gustaban los crucigramas y las películas. En su mesa de luz tenía una foto de Montgomery Clift, de la época en que todavía era lindo, antes del accidente de auto que le arruinó la cara. Además era fanática de Liza Minnelli. Por las mañanas nos despertaba con la música de *Cabaret*. Mamá cantaba bien y se sabía las letras de memoria, desde el *wilkommen, bienvenue, welcome* del inicio hasta el *aufwiedersehen, à bientôt* que precedía al platillazo final. En el contexto de sus adoraciones está claro que yo debería ser gay, pero esa es tan sólo una de las cosas que se torció por el camino.

Yo la veía lindísima. Todos los varones piensan eso de sus madres, pero debo decir, en mi favor, que la mía tenía la Sonrisa Desintegradora, un superpoder por el que Stan Lee pagaría buen dinero: cada vez que se sabía en falta, por ejemplo cuando le reclamaba la plata que recaudé en mi cumpleaños y que me pidió prestada, recurría a la Sonrisa Desintegradora y a mí se me derretía algo adentro y me quedaba sin fuerzas para seguir la marca a presión. (Esa plata no me la devolvió nunca, si vamos al caso.) Papá decía que no nos quejásemos, que en el dormitorio mamá solía utilizar la Sonrisa para fines más siniestros, y se quedaba en silencio, mientras la imaginación hacía su trabajo en nuestras febriles cabezas.

Pero los poderes que le valieron su alias eran otros, que la misma Cosa habría envidiado. Mamá podía recurrir a la Mirada de Hielo, al Grito Paralizador y, en el caso más extremo, al Pellizco Fatal. Para peor, no le conocíamos talón de Aquiles alguno. Con mamá no había kriptonita que valiera. Lo cual no impedía que la pusiésemos a prueba diariamente, que nos expusiésemos de forma intrépida a la Mirada, el Grito y el Pellizco y que, vulnerables, sucumbiésemos al fin. En nuestros enfrentamientos siempre hubo algo atávico, como entre lobos y hombres, como entre Superman y Lex Luthor, una contienda que era más grande que la vida misma y que repetíamos a sabiendas de que se trataba de un drama escrito para deleite de alguna deidad de sensibilidad isabelina. Combatíamos porque el combate nos definía, a unos y a otros. En la batalla éramos.

Mamá se doctoró en Física y trabajaba como profesora en la Universidad.

Siempre decía que en realidad quiso estudiar biología, y que su desvío hacia las leyes del universo había que atribuírselo a su también inflexible madre, la abuela Matilde. Hay que conocer a la abuela Matilde para darse cuenta de lo absurdo de la alegación. No creo que a la abuela le interesase otra cosa del futuro de mamá que su capacidad de seducir a un muchacho de buen pasar. (Otra de las frases que hacía las delicias del Enano: ¿significaba ese buen pasar lo opuesto a, por ejemplo, pasar tropezándose?) Descartada esa posibilidad tras la aparición de mi padre —que tenía un pasar, simplemente—, a la abuela Matilde le debe haber dado igual la física, la biología o la acupuntura. Y además me resulta difícil imaginar a mamá sometándose a sus designios. Ignoro a qué se debe este mito fundacional de la familia. Pero lo cierto es que mi afición por las ciencias que estudian lo que el mexicano llamó el misterio de la vida se la debo a mamá.

Eso y el fanatismo por Liza. ¿Algún problema?

10. Un breve paréntesis familiar

Cuando mamá conoció a papá, ella estaba comprometida con otro tipo. La ruptura fue un escándalo familiar. Pero mamá, que todavía no sería La Roca pero ya era la piedra en la honda de David, no se dio por vencida.

Al poco tiempo organizó una cena para presentar a papá delante del clan. La leyenda dice que la familia adoraba al viejo novio de mamá. Pero papá dio el batacazo. Llegó serio, dispuesto a representar el papel de abogado de futuro promisorio. (Que es lo que era, dicho sea de paso.) Papá se las ingenió para mechar en la conversación referencias a sus «casos» y al estudio que acababa de abrir en la zona de Tribunales. Para la hora de los postres el aire se había aflojado lo suficiente como para que mamá y su prima Ana saliesen a bailar una cueca o una zamba revoleando pañuelos y que papá gritase *guarda con los mocos*. Ese grito lo logró. La familia de mamá respiró tranquila. Papá era de los suyos.

Se casaron al año. Al otro año llegué yo. Si he de creer las historias, nací a los casi diez meses de gestación. Mamá tenía fecha para los primeros días de enero. Vino el 10 (su cumpleaños) y nada. Pasó el 20, y tampoco. Los constantes chequeos daban fe de mi buena salud: seguía respirando y creciendo con naturalidad. A pesar de ello, en las últimas horas del mes decidieron inducir el parto.

Papá adujo siempre que el obstetra hizo mal sus cálculos. Una explicación lógica. Sin embargo, cada vez que argüía al respecto papá se ponía nervioso, como si intuyese que todo lo que lo separaba de lo insondable era una ficha de cartón garabateada con ininteligible letra de médico.

En cuanto a mí, desarrollé un paladar para las historias sobre nacimientos extraordinarios. La tradición les otorga significados. Julio César, por ejemplo, llegó a este mundo gracias al cuchillo (cortaron el vientre de su madre; de allí la cesárea) y por el cuchillo se despidió de él durante los idus de marzo. Palas Atenea fue el fruto del peor dolor de cabeza de Zeus, literalmente hablando. Supongo que podría buscar sentidos a mi renuencia a nacer, pero algo me inhibió siempre de hacerlo. Las comadronas dicen que nadie sabe algo antes de que le llegue la hora, y esa es la tradición que respeto por sobre cualquier otra.

Cinco años después vino el Enano. Según papá, el Enano era fruto de una noche loca en que celebraron un par de boletos ganadores del Hipódromo de Palermo. De acuerdo a la leyenda, esa fue la primera vez que papá fue a ver carreras de caballos, arrastrado por algunos compadres de Tribunales. Ahí le picó el bichito. Como empezó ganando, de allí en más se pretendió un experto. No recuerdo que haya vuelto a ganar. Por lo pronto, no tuve más hermanos que el Enano.

Durante algún tiempo creí que existía una vinculación entre la buena suerte y los hijos (me imaginaba producto de un póker ganador, y en consecuencia de la estirpe de los reyes) y, más específicamente, entre mi hermano y los caballos. Soporté con estoicismo que rompiese mis autitos Matchbox y mis revistas y mis modelos a escala

por creerlo una cuestión del destino. Estaba escrito en las estrellas y subrayado por la fecha del parto, 29 de abril, Día del Animal.

Mi hermano nació bajo el signo de las bestias.

Mamá empezó entonces a trabajar como profesora y armó un grupo dentro de la Facultad, algo gremial, con el que terminó ganando en las elecciones. Fue por ella que papá se dedicó a defender presos políticos: mamá le conseguía casos todas las semanas. Muchos de mis tíos eran compañeros de militancia de mamá y gente del gremio; algunos habían estado presos. El tío Rodolfo, por ejemplo.

Al principio papá protestaba contra tanta política y la chinchaba a mamá diciéndole que le gustaba más cuando ella leía novelas de Guy des Cars en vez de Hernández Arregui y El Descamisado y mamotretos con títulos como *Inestabilidades y caos en sistemas dinámicos no lineares*, pero mentía. Yo lo vi apasionarse tanto como ella en discusiones políticas. Papá era de esa clase de tipos que se sientan a ver el noticiero e increpan la pantalla como si pudiese oírlos. Después dicen que los soliloquios de Shakespeare son artificiosos. ¿Qué diferencia hay entre Hamlet hablándole a una calavera y papá hablándole a la tele?

Durante algún tiempo, coincidente con la época de los tíos, nos arrastraban al Enano y a mí a cuanta manifestación había. A nosotros nos gustaba, porque siempre venía alguien que nos alzaba o nos hacía caballito y nos regalaba algo de tomar o caramelos y cantábamos canciones que después nos daban prestigio en el colegio como policía federal la vergüenza nacional y además todos parecían conocerse entre sí y se veían contentos y la alegría, se sabe, es contagiosa.

Papá fue remiso, al principio, a la política de puertas abiertas que mamá practicaba en casa. Pero al final cedió. En parte porque mamá lo chinchaba también, acusándolo de leguleyo reaccionario y manyapapeles y diciendo que seguía siendo fiel a sus orígenes de niño bien, pretencioso y engrupido, como decía el tango. Pero cedió porque creía en lo que hacía y mis tíos le caían bien y él les servía cerveza y les hablaba de fijas y martingalas y se cabreaba feo cuando alguno tenía un problema con la policía o con la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina según los libros, Alianza Argentina de Asesinos según papá) y los metían presos o les pegaban.

Un día me dijo que el tío Rodolfo había muerto. Quería que lo acompañase al velorio. Cuando el tío Raymundo me preguntó dónde vivía le mentí. Que vivía cerca de La Boca, le dije.

11. Nos vamos

Mamá asomó la cabeza en el aula y preguntó si podía pasar. Vestía un traje sastre azul oscuro que a mí me gustaba porque le hacía cintura de avispa. Tenía, como siempre, un cigarrillo encendido entre los dedos. Puede que ese fuese el único rasgo de científico loco que asociaba a mamá, más allá de su tendencia a querer explicarlo todo en términos físicos y no poder ver en un partido de fútbol sino un complejo sistema de masas, resistencias, vectores y energías. Mamá utilizaba el rojo envoltorio de sus Jockey Club para anotar cualquier cosa, desde teléfonos hasta fórmulas, y después se olvidaba de que había escrito algo importante y tiraba el papel a la basura. Este rasgo era una ley, tan inamovible como la de la gravedad.

La señorita Barbeito detuvo el proyector y fue a cuchichear con mamá. Yo aproveché su prodigiosa intervención para no cantarle más letras a Bertuccio hasta que estuviese seguro (un error más y me ahorcaba), con la excusa de la intriga. ¿Qué hacía mamá ahí? ¿No tenía que estar en el laboratorio, a esas horas? ¿Habría ido a pagar la cooperadora y saludaba de paso?

Prepará tus cosas que te vas, me dijo la señorita.

Hice un gesto de moderado triunfo y empecé a guardar todo dentro de la valija. Bertuccio parecía mosqueado. Mamá lo había despojado de su victoria.

Completó los huecos con las letras que faltaban mientras me preguntaba qué haríamos esa tarde. Lo de siempre, repliqué: voy a tu casa después de inglés. Mi mamá va a hacer milanesas, dijo, para terminar de seducirme. Y vaya si lo logró. Si pudiese perfeccionar la frase del abuelo, diría que Dios está en los detalles y en las milanesas de la mamá de Bertuccio.

Entonces me dio el papelito del Ahorcado.

Ya no decía más A _ _ A _ A _ A _ _ A.

La solución era simple y elegante. O mejor: mágica.

La palabra de Bertuccio era *abracadabra*.

12. El Citroën

Aquí es preciso detenerse en las características del auto familiar en que emprenderíamos la fuga. Para el hombre común, la mención de un Citroën conjura una máquina elegante que circula por París con el Arco de Triunfo siempre detrás. Si bien es cierto que la marca es la misma y la prosapia, francesa, los Citroën de la Argentina del 76 son tan diferentes de la imagen tradicional de esa fábrica como Rocinante de Bucéfalo.

Primero, su forma. Vista de perfil, podría decirse que está definida por las líneas curvas del clásico escarabajo de Volkswagen, un semicírculo que engloba baúl y cabina del que sale un hemicírculo más pequeño que guarda el motor delantero, pero estaríamos induciendo a engaño. Allí donde el Volkswagen da la sensación de solidez germana, nuestro Citroën se veía ligero como un auto de calesita.

La responsabilidad le cabe al metal de la carrocería. En la eventualidad de toparse con un muro común y silvestre, el escarabajo lo perforaría mientras que el Citroën se plegaría sobre sí mismo como un acordeón con el que tocar *La Vie en Rose*. El techo también aportaba a esta endeblez. Estaba fabricado con lona, pero es imperioso no asociarlo aquí a los techos plegables de los descapotables europeos. Decir que era de lona significa que se desenganchaba y plegaba en forma de rollito.

La levedad de su masa metálica se manifestaba al andar. En las curvas bruscas, la cabina se escoraba locamente a babor o estribor, una sensación sólo comparable a la de viajar sentado en un flan Ravana. Por fortuna, el motor no desarrollaba grandes velocidades; tan sólo grandes ruidos.

Del interior, basten dos detalles. La palanca de cambios respondía a un modelo único, distante de las por entonces populares palanca al piso (modelos deportivos) o palanca al volante (Dodge, Chevrolet). Era una varilla de hierro incrustada en el tablero del auto, que parecía más apropiada al comando de las naves de *Plan 9 del Espacio Exterior* que al de automóvil alguno. Y los asientos estaban diseñados sobre una estructura de metal que se hacía notar sobre los cuerpos. Uno tenía que sentarse de esa forma y no de otra, la varilla coincidiendo con la raya del traste, si no quería abrirse otra raya en el medio de un cachete o sufrir un severo caso de escoliosis. Dormir tendido sobre el asiento trasero era una experiencia similar a la de los fakires y sus camas de clavos; puede que la opción del Enano por el ascetismo haya nacido durante aquellas siestas a bordo del Citroën.

Por último, el detalle de la elección familiar. Nuestro Citroën estaba pintado de un color verde lima que, en ausencia de nubes y bajo el rayo preciso, podría haber cegado al más curtido de los conductores.

Pero no piensen que esta descripción implica algún tipo de menosprecio a nuestro corcel de acero. (O aluminio. Vaya uno a saber.) Aquel Citroën era una bestia noble. Jamás nos falló, ni en la primera hora ni en la última. Hasta sus singularidades eran vividas con alegría, como el techo plegable que nos permitía asomar la cabeza al

viento y disparar proyectiles hacia otros automóviles con la precisión de un Panzer.

Cada palabra que se le refiera estará escrita con amor; no con embeleso, que significaría creer virtudes a sus defectos, sino con amor verdadero, una clara noción del valor que tuvo y conserva en mi vida.

Quisiera creer que si algo aprendí durante esta aventura, es a ser fiel a quien me ha sido fiel.

13. Entra el Enano

El Enano nos esperaba en el Citroën. Estaba sentadito en su sitio, el flequillo hasta las cejas, vestido con el delantal a cuadrillé del preescolar. No hizo gesto alguno mientras entrábamos al auto, como si todavía no hubiésemos llegado o si viviese en un tiempo distinto del nuestro, próximo pero no idéntico.

No quise molestarlo. Seguía ensimismado. Dos segundos después me reventó la cabeza con su bolsa de la vianda.

Según los científicos, un agujero negro es una región oscura que absorbe la materia y la radiación que encuentra a su paso. Una suerte de aspiradora estelar. Hasta ahora no han podido probar su existencia, pero hay elementos para darla por cierta; uno de ellos es la existencia del Enano, un prodigio de energía negativa.

El Enano destruía todo lo que caía dentro de su radio de acción. Su lenguaje corporal no era violento, pero las cosas parecían desintegrarse con su solo toque. Aunque la volteara con delicadeza, la página del libro que acababa de prestarle se desprendía y quedaba entre sus dedos. Aunque no hiciera más que girar en círculos, mi Spitfire a escala empezaba a perder piezas en sus manos como si sufriese una súbita fatiga de material o el pegamento se transmutase en agua. Aunque no se moviese de mi lado, los accesorios de mis soldaditos medievales —cascos, picas, espadas, escudos— se perdían inexorablemente y ya no aparecían por más que la búsqueda se volviese exhaustiva e implicase a mamá, papá, un cedazo y un contador Geiger.

El fenómeno era flagrante. Hasta mamá, que solía minimizarlo para aligerar mis pérdidas, debe haberle dado vueltas en su cabeza en busca de una explicación científica.

Y sin embargo, para tratarse de un adalid del caos el Enano era muy apegado a una serie de objetos y rituales que pretendía invariables. Le gustaban *esas* sábanas y *ese* pijama, que debían ser lavados y secados durante el día para estar disponibles a la hora de dormir. Le gustaba preparar su chocolatada con leche Las Tres Niñas y un polvo marrón llamado Nesquik, de acuerdo a una técnica que implicaba verter la leche desde determinada altura y revolver tan sólo cuatro veces —por supuesto, en *ese* vaso con piquito.

A pesar de tanto elemento combustible, la química de nuestra relación conservó siempre un equilibrio estable. Cuando todavía no teníamos combinado, por ejemplo, yo llamaba a la casa de Ana, la prima de mamá, y le pedía que nos pusiese un disco de Los Beatles. Ella encendía su Ranser, ponía un simple que tenía dos temas de cada lado (*La vi parada ahí, Cadenas, Anna y Miseria*) y el Enano y yo nos quedábamos así, en silencio, compartiendo el tubo mientras la música nos llegaba por el auricular desde la avenida Santa Fe.

Cuando el disco llegaba a su fin, el Enano era el primero en gritar «otra vez».

14. Ciego ante el peligro

Mamá encendió un nuevo cigarrillo y retorció la palanca del Citroën. Nos fuimos entre sacudones, bailando como la cabeza de los tigrecitos de adorno que hacían furor entre los taxistas.

Todo transcurrió plácidamente hasta que mencioné las milanesas de la mamá de Bertuccio.

Las deficiencias de mi madre como ama de casa eran parte sustancial de nuestros enfrentamientos, y yo solía usar esas milanesas como ariete. En la cocina, mamá nunca se apartaba del bife a la plancha, las salchichas y las hamburguesas. Las pocas veces que intentó freír carne produjo unas milanesas que eran como masticar perro pompeyano cocido a la lava.

Yo tenía la intención de robarme una milanesa de lo de Bertuccio esa misma noche, esconderla en mi valija y contrabandearla a casa, para allí someterla a un análisis que permitiese la reconstrucción en laboratorio del fenómeno: grados de cocción, aceites, composición química del rebozado. Bocón, como de costumbre, le adelanté a mamá mis intenciones.

Hoy no vas a lo de Bertuccio, me dijo.

Pero hoy es jueves, aclaré.

Ir a lo de Bertuccio era una práctica semanal incuestionada. Los jueves yo aprendía inglés en el instituto. Bertuccio vivía a una cuadra. A la salida le tocaba el timbre, tomábamos la leche, veíamos *Los invasores* y después interpretábamos escenas de alguna obra de teatro. (Bertuccio hacía un Polonio que hablaba como un locutor engolado de la época, Cacho Fontana; divertidísimo.) Cenaba allí y me llevaban a casa. Cuando había milanesas llegaba en estado de éxtasis, como Pepe Le Phew detrás de los efluvios de su zorrilla.

Hoy es jueves pero no hay Bertuccio, dijo mamá.

Alertado por la extrañeza del paisaje, el Enano preguntó adónde íbamos.

A la casa de unos amigos, dijo mamá, pitando furiosamente.

Pregunté por qué no podía ir entonces a lo de Bertuccio.

Porque vamos a lo de estos amigos y desde ahí salimos de viaje, dijo mamá.

¿Un viaje? ¿En plena temporada escolar? ¿Por cuánto tiempo?

El que sabe bien es papá, dijo mamá, pateando al córner.

¿Y salimos apenas llegamos a lo de estos amigos o más tarde?

Cuando llegue papá.

¿Y por qué no me dejás en lo de Bertuccio y me pasan a buscar por ahí?

Porque no.

¡No es justo!

Dije no es justo a pesar de que sabía con qué bueyes araba. Nada irritaba más a mamá que yo recurriese a esa muletilla, en especial cuando sabía o sospechaba que yo estaba en lo correcto. Mi obsesión por la justicia la sacaba de quicio, y mucho más

cuando yo subía la apuesta y juraba que iba a pedirle a papá que me buscase un buen abogado.

A esa altura del pingpong madre-hijo, ambos sabíamos que si yo decía no es justo mamá se iba a alterar, y que cuando ella replicase con su propia muletilla (la vida es linda pero es injusta) clausuraría el tema con una victoria a lo Pirro, elevando un problema puntual al cielo de las generalidades y así diluyéndolo.

El Enano terció para preguntar dónde estaban sus cosas. Mamá, aunque ya sabía a qué se refería, eligió preguntarle de qué cosas hablaba.

Mi pijama, dijo el Enano. Mi vaso. ¡Mi Goofy!

Mamá me miró por encima de su hombro, en un mudo pedido de auxilio. Contaba conmigo para contener el estallido inexorable del Enano, que sin su Goofy de peluche no conciliaba el sueño.

Yo ignoré la mirada e insistí con lo mío. ¿Quiénes eran esos amigos? ¿Qué pasaba con el colegio? ¿Cómo iba a hacer después para ponerme al día? ¿Por qué teníamos que viajar ahora? Y la pregunta clave, la que revelaba que estaba traicionándola porque pondría en ascuas al Enano: ¿por qué no podíamos pasar por casa ni siquiera para recoger al Goofy?

Recién en el silencio que sucedió a mis reclamos comprendí que el Citroën se había detenido. Estábamos varados en medio de un embotellamiento, autos por delante, por los costados, por detrás. Pero no se trataba de un semáforo roto o de alguien mal estacionado que entorpecía el tránsito. Diez metros más allá había un par de patrulleros cruzados en plena avenida, formando un embudo por cuya apertura sólo pasaba un vehículo por vez.

Mamá encendió otro cigarrillo y se lo llevó a los labios con mano temblorosa. En cualquier otra circunstancia, ese borde al que parecía asomada me hubiese sugerido prudencia, pero yo no tenía —o creía no tener, más bien— nada que perder. ¿Qué más podía quitarme, si ya me había quitado a Bertuccio e impedido el momentáneo acceso a mis preciadas posesiones, que seguían en casa?

Seguí machacando, con el Enano haciendo contrapunto. Mamá soportó la andanada en un sospechoso silencio, mientras el Citroën avanzaba a paso de hombre hacia el control policial como el grano de arena fluye hacia el centro del reloj.

¿Por qué no podemos ir a buscar al Goofy?

No es justo.

¡Quiero mi Goofy!

¿Nos vamos a ir de vacaciones así, con lo puesto?

¡Quiero mi pijama!

¡Y yo quiero el TEG!

Mamá miraba hacia adelante, los nudillos blancos sobre el volante del Citroën. Por el rabillo del ojo yo registraba a los policías en el pico del embudo, y aunque por vía infusa ya me disgustaban (policía federal la vergüenza nacional) todavía no me daban miedo, y para disgusto yo estaba ante todo disgustado con mamá.

Esa inconsciencia nos salvó.

Imagino que el policía que nos tocó en suerte miró hacia adentro del Citroën, vio a la mujer de tez cetrina y gesto desencajado soportando los gritos de sus hijos, pensó pobre mina y nos hizo señas de que pasáramos de largo.

Cuando el puesto de control desapareció de su espejo retrovisor, mamá estiró un brazo y empezó a tocarnos. Yo rechacé el contacto y el Enano fue mi eco. Pensé que trataba de congraciarse de una manera absurda, debida tal vez a que mientras manejaba no podía apelar a la Sonrisa Desintegradora, y no quise darle el gusto de la capitulación. Todo lo que había en mi mente era Bertuccio y las milanesas y el TEG y el colegio y el capítulo perdido de *Los invasores* y la perspectiva de unas vacaciones indeseadas calzado con los zapatos del colegio.

Debe haberse sentido muy sola.

15. Lo que yo sabía

Cuando uno es niño, el mundo cabe en el interior de una nuez. En términos geográficos nuestro universo comprende un área reducida que engloba casa, colegio y en el mejor de los casos el barrio en que viven abuelos y primos. En mi caso particular, el mundo cabía holgadamente en una porción del barrio de Flores, comprendida entre la intersección de Boyacá y Avellaneda (mi casa) y la mismísima Plaza Flores, frente a la cual se alzaba mi colegio. Las únicas excursiones fuera de ese territorio tenían que ver con los viajes de las vacaciones (a Córdoba, Bariloche o alguna playa) y con las ocasionales, y cada vez más esporádicas, visitas al campo de los abuelos en Dorrego, provincia de Buenos Aires.

Las primeras percepciones del mundo ancho derivan de las figuras a quienes amamos incondicionalmente. Si uno registra que sus mayores sufren por falta de trabajo o por destratos y sueldos de miseria, traduce por empatía y concluye que el mundo exterior es cruel y violento. (Eso es política.) Si uno registra que sus mayores maldicen a ciertos funcionarios y dan la razón a ciertos opositores, traduce por empatía y concluye que los unos son malos y los otros, buenos. (Eso es política.) Si uno registra la incomodidad y el miedo físico que produce en sus mayores la simple visión de soldados y policías, traduce por empatía y concluye que, así como cada niño tiene sus monstruos, los nuestros visten uniforme. (Eso es política.)

Dada mi circunstancia, yo tenía un contacto con la política formal muy superior al de mis coetáneos de otras épocas y otros lugares. Mis padres habían crecido durante otras dictaduras, y el nombre del general Onganía era parte indisoluble de sus relatos juveniles. ¿Estaba yo en condiciones de identificar a ese monstruo? Le decían La Morsa, por lo que yo lo asociaba a una canción loquísima de Los Beatles, y en la visión fugaz de su foto había registrado los datos imprescindibles: era un hombre de gorra, bigotazos y cara de malo.

Recuerdo que al principio yo quería a Perón porque mis padres lo querían, y cada vez que decían El Viejo se les notaba la música en la voz. Hasta la abuela Matilde, que siempre fue pituca y reaccionaria, le dio el beneficio de la duda porque, razonaba, ¿para qué iba a dejar El Viejo su exilio español a los setenta y pico de años si no era por un deseo de hacer las cosas bien? Pero después debe haber pasado algo porque la música cambió y se volvió primero incierta y después tenebrosa. Entonces Perón se murió. Y sobrevino el silencio.

(Por esa época el abuelo y la abuela fueron a Europa por primera vez y trajeron muchas chucherías y, entre ellas, un catálogo del Museo del Prado. Yo lo hojeé muchas veces porque la pintura me encantaba, pero después del primer vistazo tomé recaudos para saltearme la página con el *Saturno devorando a sus hijos* de Goya, porque me daba miedo. Saturno era un viejo gigante, decididamente horrendo, que tenía en la mano el cuerpo de un hijo chiquito cuya cabeza ya había masticado. Recuerdo pensar que Saturno y Perón eran las dos personas más viejas que yo

recordaba haber visto. Durante algún tiempo, Saturno se alternó en mis pesadillas con la camiseta de River del tío Rodolfo.) A partir de allí las cosas se me confundieron un poco. Había secuestros, tiroteos, bombas, paros, y los partidarios de El Viejo estaban a la vez en el bando de las víctimas y de los victimarios. Sobre algunas figuras no había dudas. Isabelita, la viuda de Perón, hablaba con la voz chillona que emplean los ventrílocuos cuando se fingen muñecos. López Rega, su mano derecha, se parecía sospechosamente a Ming, el villano de Flash Gordon, claro que sin la barba y con las uñas cortas. Pero todo el resto se me antojaba gris. Cuando supe que habían matado a un gremialista llamado Rucci, sentí desconcierto. ¿Debía alegrarme o debía entristecerme? Nunca llegué a una conclusión. Todo lo que importaba era que lo habían matado a pocas cuadras de casa, en pleno corazón de Flores, y que esa esquina quedaba muy cerca, y que si yo no hubiese tomado ese día mi camino habitual rumbo al colegio bien podría haber pasado por allí y escuchado los disparos y visto la sangre.

El asesinato de Rucci no había ocurrido en el mundo que quedaba más allá del mío, y al que sólo accedía de forma excepcional en viaje a un cine del centro o mediante la televisión. Lo habían ametrallado dentro de «mi» mundo, en el área comprendida entre mi casa y el colegio. De alguna forma, debo haber registrado que la peste no reconocería fronteras ni haría excepciones personales.

Eso es política.

Cuando vino el golpe del 76, a pocos días de iniciadas las clases, supe de inmediato que las cosas se iban a poner feas.

El nuevo presidente era un señor de gorra, bigotazos y cara de malo.

16. Entra David Vincent

Llegamos a la casa de los amigos de mamá a tiempo para ver *Los invasores*. La amiga nos dejó frente al televisor, mientras mamá bajaba a comprar leche y Nesquik para aplacar la desazón del Enano.

Los invasores era la serie que más nos gustaba. Su protagonista, el arquitecto David Vincent, es el único que sabe que los extraterrestres han invadido el planeta de forma secreta, adoptando exteriormente la forma humana. Por supuesto, nadie le cree. ¿Cómo va alguien a creer que este señor gordito y aquella chica rubia son extraterrestres, si parecen tan comunes y tan simpáticos y hablan tan bien el español? (Las series llegaban con doblaje, como el documental de la señorita Barbeito.) Pero David Vincent tiene un as en su manga: él sabe que por un defecto de fabricación o algo así, los extraterrestres con forma humana no pueden doblar el meñique. Lo tienen rígido. Y cuando uno los mata, caen y se desintegran, dejando en el piso una aureola oscura, como si alguien hubiese escondido debajo de ellos la basura que barrió del suelo.

En los años cincuenta, las fantasías paranoicas al estilo *La invasión de los usurpadores de cuerpos* tenían razón de ser en el contexto de la guerra fría. Detrás de la fachada de cada *happy american* podía esconderse un comunista, conspirando para asfixiar el tejido de la democracia y reemplazarlo por una colmena de autómatas. Pero en los setenta *Los invasores* era apenas un ejercicio de género, una producción modesta, protagonizada por un actor hierático a quien Hollywood solía contratar para hacer de nazi. Sin embargo, el simple argumento de *Los invasores* resonaba en la porción más menuda de su público. Cualquier niño que asomaba por primera vez al mundo se reconocía en la historia de David Vincent, el hombre que observa cada cara desconocida y se pregunta si será amigo o enemigo, su aliado o su némesis; la clase de nota musical que hubiésemos producido de haber sido diapasones.

Como las mejores series, *Los invasores* otorgaba la posibilidad de ser trasladada lejos de la pantalla, a los dominios del juego. El Enano y yo vigilábamos meñiques ajenos, en busca de extraterrestres camuflados. Los restaurantes eran sitios de buena cosecha, en un tiempo en que todavía beber de copa o taza con el meñique extendido era signo de pretendida distinción.

Nunca imaginamos que en algún momento el juego iba a volverse serio, y que miraríamos cada rostro, cada mano tendida, en busca de una señal que nos confirmase si estábamos en presencia del enemigo.

17. Se hace de noche

A la amiga de mamá no le gustaban los chicos, o al menos me lo pareció. Desde que nos abrió la puerta, espiando por detrás de la cadena, su cara mostró un gesto que interpreté como disgusto por nuestra presencia. Que fuese amiga de mamá no significaba que debiese extendernos la misma cortesía; uno puede amar a alguien y detestar a una relación íntima de ese alguien, como yo detestaba al primo de mi amigo Román, que para colmo se llamaba igual que yo. (Mi *doppelgänger*.) Esta mujer debía ver chicos y pensar en gritos, manchas de dedos en la pared blanca, rayones en el piso y superficies pegoteadas. O al menos eso creí hasta que se hizo de noche y pidieron una *pizza*, y como papá seguía sin llegar la amiga dijo quédense a dormir y nos mostró la pieza de sus hijos, que por algún motivo no estaban allí entonces.

La mujer no tenía problemas con los chicos. Simplemente estaba asustada. Y aun así nos abrió las puertas. No recuerdo su nombre ni sería capaz de ubicar el lugar; ni siquiera sé si estaba dentro de la Capital o en el Gran Buenos Aires. Sólo sé que se trataba de un departamento al que llegamos por ascensor, y que en la habitación de los chicos había un globo terráqueo con una luz dentro, encima de una repisa. A veces pienso que me gustaría encontrarla, o conocer a sus hijos y contarles de aquella noche que albergaron fugitivos en su cuarto. Pero después me digo que está bien así, porque los pocos héroes de aquella época fueron anónimos y así debe recordárselos.

Para fortuna de mamá, el Enano se durmió mirando la tele. Nos ubicaron juntos en la misma camita, dejando la del segundo hijo para papá y mamá. No imaginaba cómo iban a arreglarse, dado que el Enano y yo entrábamos apenas en las exiguas dimensiones del colchón. Para peor, el Enano no paraba de moverse y de patearme y de dar vueltas.

Traté de concentrarme en el globo terráqueo. El paisaje que veía desde mi ángulo era curioso. Comprendía parte de China, Japón y por supuesto Kamchatka; Filipinas, Indonesia, Micronesia y Oceanía entera; y más allá del Pacífico, la totalidad de América del Norte y una franja del Sur que me enseñaba Chile y el oeste de la Argentina. La costumbre de ver planisferios que arrancan con América a la izquierda y culminan con Oceanía en el extremo derecho hizo que desconociese, por un momento, la cara de la Tierra que me tocaba en suerte. Pensé que se trataba de un mundo nuevo, una Tierra paralela.

Papá llegó entonces. Parecía estar en perfectas condiciones, las mangas de la camisa arremangadas y la corbata floja en torno del cuello abierto. Se asomó apenas, suponiéndonos dormidos. Al verme despierto sonrió, y como vio que yo abría la boca cruzó un dedo sobre sus labios, suplicante; el sueño del Enano era sagrado.

«Me está reventando a trompadas», le dije en voz baja.

«Si querés te armo una cama en el piso», respondió, también en un susurro.

«El que va a dormir en el piso sos vos, seguro. Apenas se acuesten con mamá esa

cama se viene abajo.»

Papá entró al cuarto y cerró la puerta con delicadeza. Dándome la razón, nuestra cama crujió cuando papá se sentó en el borde para besarme.

«¿Pudiste ver?», preguntó, ansioso.

«Llegamos justo. Pero era repetida. Ese episodio en que la nena ve que los invasores desintegran un camión y David Vincent llega para encontrar al chofer.»

«Uh, sí. La vi como tres veces. ¿Tu madre, qué tal se portó?»

Alcé un puño cerrado y lo puse a un lado de mi cara, un signo que papá entendió de inmediato.

«La Roca.»

«Ni siquiera me dejó llamar a lo de Bertuccio para avisarle que no iba. ¡Y hoy es jueves!»

Papá frunció el ceño, registrando por vez primera lo inconveniente de la fecha.

«Qué mala leche... Pero pensalo de esta forma: al estar acá no sólo nos protegemos nosotros, sino que también lo protegemos a Bertuccio.»

«¿Qué pasó?»

«¿Mamá no te contó nada?»

«Se la pasó chusmeando con la amiga. Cada vez que yo entraba a la cocina cambiaban de tema. Pero igual oí que hablaban de Roberto y del estudio.»

Roberto era el socio de papá en el estudio de la calle Talcahuano. Tenía un hijo de mi edad, pero que estaba un grado más abajo que yo, que se llamaba Ramiro. De tanto en tanto nos juntábamos en la quinta que tenían en Don Torcuato para comer un asado. No voy a decir que Ramiro era genial, pero nos llevábamos razonablemente bien.

«Esta mañana cayeron unos tipos al estudio.»

«¿Militares? ¡... Policías!»

«Qué sé yo. Pesados. Se llevaron a Roberto y revolvieron un poco.»

«¿Roberto está preso? ¿Pero por qué? ¿Qué hizo?»

«¡No hizo nada!»

«¿Y entonces?»

Papá se alzó de hombros, impotente.

«¡Pero lo tienen que soltar!»

«Eso espero. La familia lo está buscando.»

«¿Y Ramiro?»

«¿Qué pasa con Ramiro?»

«¿Cómo está? ¿Dónde está?»

«Está bien. Está con Laura. Hablé más temprano. Está bien.»

«¿Qué le va a pasar, ahora?»

«¡No le va a pasar nada!»

«¿Y a nosotros?»

«Nosotros nos vamos a ir unos días, hasta que las cosas se calmen. A una quinta.»

«¿Cerca de Dorrego?»

«No, acá nomás.»

«¿Qué clase de quinta?»

«Quinta con pileta. Quinta con parque. Quinta con casa misteriosa.»

«¿Pasaste por casa?»

Papá negó con la cabeza. Así de mal estaban las cosas.

«¡Pero no nos vamos a ir con lo puesto!», protesté.

«Lo que haga falta se comprará.»

«Hace falta un TEG nuevo, entonces.»

«¿Querés perder otra vez?»

«¡No, pibe!»

«¿Por qué esa afición a la derrota?»

Busqué una respuesta brillante para tapparle la boca pero el Enano me la tapó a mí al darse vuelta, con un *cross* de derecha.

18. Sirenas

Esa noche desperté sobre el edredón que me separaba apenas del suelo duro y descubrí que papá ya no estaba a mi lado, donde dormía cuando mis ojos se cerraron. El cuarto seguía en penumbras. Olía a zapatillas transpiradas.

Papá y mamá estaban sentados sobre el piso frío, en un rincón de la habitación. Mamá había levantado la persiana unos centímetros y miraba la calle a través de las hendiduras, iluminada apenas por el resplandor de los faroles. Vestía un camisón que no le conocía y estaba descalza. Uno de sus pies hacía un pat pat pat constante contra el suelo. Papá estaba a su lado, en camiseta y calzoncillos, mirando la nada. Así vestido, o en todo caso desvestido, se parecía más que nunca al Enano. El pelo aplastado, el ensimismamiento. Le faltaba el Goofy, nomás.

Papá y mamá estaban tan próximos como podían estarlo sus cuerpos, y a la vez se veían increíblemente distantes.

Entonces se oyó el ulular de una sirena, remoto pero claro en el mutis de la madrugada. No sé si era una ambulancia o un patrullero. Papá y mamá reaccionaron al unísono, otra vez conectados, espionando a través de la persiana, como si de veras pudiesen ver algo más que sombras y las luces de la calle.

«¿Ves algo?», susurró papá.

Mamá lo obligó a callar.

En cuestión de segundos la sirena se perdió tal como había aparecido, un dolor que no pertenecía a nuestro mundo, que nos había rozado sin elegirnos. El silencio se hizo transparente y volví a escuchar el pat pat pat del pie de mamá y la respiración y un corazón que supongo era el mío.

En un hilo de voz, papá le dijo a mamá que durmiese aunque más no fuese un rato, un par de horas por lo menos, que mañana por la mañana la necesitaba lúcida porque el día iba a ser largo y había tanto por hacer y estábamos nosotros, va a haber que hamacarse con los chicos, te imaginás.

Mamá le dio la razón y encendió otro cigarrillo. Cuanto más fuerte pitaba, más roja era la brasa. Pensé que se había vuelto loca, porque se inclinó contra la persiana y la besó. En realidad exhalaba a través de las rendijas. No quería llenar de humo la habitación.

Tuve el impulso de levantarme e ir donde ellos. Abrazarlos, decir alguna pavada, incorporarme a la vigilia y espiar a través de las rendijas y cuando las campanas de la iglesia sonaran decir las tres han dado y sereno, como se estilaba cuando Buenos Aires era una colonia.

Creo que quería protegerlos. Fue la primera vez.

Pero pensé que papá me diría lo mismo que a mamá, que me soltaría una perorata sobre el valor del buen descanso y me mandaría de regreso a mi flaco edredón y mi dolor de huesos.

Cerré los ojos para disimular y terminé durmiéndome otra vez.

Recreo

*Can I view thee panting, lying
On thy stomach, without sighing;
Can I unmoved see thee dying
On a log,
Expiring frog!*

CHARLES DICKENS,
«Oda a una rana moribunda»,
The Pickwick Papers

Segunda hora: Geografía

- f. Ciencia que se ocupa de la descripción de la corteza terrestre en su aspecto físico y como lugar habitado por el hombre.
- 2. Territorio: «La borrasca se extiende por toda la geografía argentina».

19. Ours was the marsh country

Durante siglos, nadie quiso vivir en la región en que hoy se alza Buenos Aires.

Los indígenas le daban la espalda. Preferían el verde de las pampas al aire insalubre de los bañados, esa zona que no es agua ni es tierra ni es nada. Cuando los conquistadores arribaron por mar, los acosaron más por curiosidad que por deseo y finalmente los dejaron solos, previendo el desenlace. Encerrados en sus fortalezas, los europeos sucumbieron a la peste y al hambre y se devoraron los unos a los otros. El suelo sobre el que vivimos guarda en su química la memoria de aquellos caníbales. No sé si esto es una historia a secas o si sugiere un destino.

Cuando los nativos del continente aspiraron a la gloria, eligieron la proximidad del otro océano, el Pacífico. Lima era dorada en manos de los incas mientras Buenos Aires seguía siendo un pantano. Y cuando Europa sentó sus reales en América del Sur, prefirió también la línea que unía México con el Alto Perú. Buenos Aires era apenas un último recurso, el pueblo en el límite, el bastión que marcaba la frontera que separaba de la barbarie. ¿O quedaba más bien del otro lado de la frontera, como capital del reino salvaje?

Lo único cierto es que nadie quería venir a Buenos Aires. Hasta su nombre sonaba a broma de mal gusto. El aire aquí era malsano, pesado y húmedo. Se respiraba agua. Bueyes y carretas se hundían en el barro. Ese clima opresivo seguía reinando en 1947, cuando Lawrence Durrell describía en sus cartas a Buenos Aires como un sitio «plano y melancólico... de aire maloliente,» donde los poderosos se disputan como fieras las pocas riquezas y «los débiles son descartados... Cualquiera que tenga un mínimo de sensibilidad está tratando de salir de aquí, incluido yo». Para que no cupiese duda alguna sobre el efecto que Buenos Aires producía sobre su alma, Durrell escribió también que «nunca he reflexionado sobre el suicidio tan en extenso, con tanta consistencia y con tanta fijeza de objetivo, como aquí».

En los papeles, Buenos Aires se presentaba como una maravillosa oportunidad para los poderes imperiales del siglo XVIII. Era el último puerto sobre el Atlántico antes del Cabo de Hornos y la vía de acceso a una red de ríos que podía llevarlos al corazón del continente. Los ríos significaban comercio y el comercio sólo produciría riquezas, civilización, cultura. Pero en la práctica Buenos Aires era una pesadilla. El Río de la Plata tenía escasa profundidad, dificultando la llegada de grandes naves. Las aguas interiores existían, pero presentaban todavía mayores problemas a la navegación. El conflicto entre la idea Buenos Aires y la Buenos Aires real quedó de manifiesto ya en aquel entonces, y todavía no ha sido resuelto; la tensión entre lo que podríamos ser y lo que somos nos inmoviliza, la nave encallada sobre un lecho barroso.

A veces pienso que todo lo que hay que saber en esta vida se encuentra en los libros de geografía. Nos cuentan cómo se formó la Tierra y el proceso que transcurrió

entre aquella masa de energía incandescente de los comienzos y el equilibrio al que por fin llegó; una búsqueda de siglos y más siglos. Nos cuentan cómo se sucedieron las capas geológicas sobre el planeta, una encima de la otra, creando un modelo de desarrollo que se extendería a todas las instancias de la vida.

(En algún sentido nosotros también nos desarrollamos por capas. Nuestra encarnación más nueva envuelve a la anterior, pero a menudo hay fracturas o erupciones que traen a la superficie elementos que creíamos enterrados en nosotros, con la fuerza de un surtidor.)

Los libros de geografía nos enseñan dónde vivimos, de una forma que nos permite ver más allá de las narices. Nuestra ciudad forma parte de un Estado, nuestro Estado forma parte de un continente, nuestro continente está ubicado en un hemisferio, nuestro hemisferio está bañado por ciertos mares y nuestros mares forman parte vital del planeta todo: no se puede concebir lo uno sin los otros. Los mapas físicos revelan lo que los mapas políticos encubren: que toda la tierra es igualmente tierra y que todas las aguas son igualmente aguas. Hay tierras más altas y más bajas, más húmedas y más secas, pero siempre tierras. Hay aguas más frías y más cálidas, más superficiales y más profundas, pero siempre aguas. Por encima de ellas toda división artificial, como la de los mapas políticos, huele a violencia.

Toda la gente que vive sobre esas tierras es igualmente gente. Más negra o más blanca, más alta o más baja, pero gente. Idéntica en esencia y distinta en lo particular, porque (los libros de geografía nos lo enseñan) el punto de la Tierra que nos cupo en suerte es el molde sobre el que se verterá nuestra materia, tan incandescente como lo fue en su momento el planeta original. Las formas que adoptaremos serán variaciones de la forma del lugar. Tenderemos a ser plácidos si crecemos en los trópicos, parcos si crecemos cerca de los polos, sanguíneos si nuestra estirpe es mediterránea. Algo de eso intuía Durrell en sus cartas, cuando señalaba los rasgos de la planicie y la melancolía: que el lugar Buenos Aires lo ponía en la disyuntiva de adaptarse a él o morir, como las bacterias frente al oxígeno nuevo; debía convertir ese veneno en su aire. Durrell se fue, pero nosotros, que nos quedamos, hemos desarrollado la sensibilidad adecuada. Algunas de las formas de nuestra adaptación resultaron tan admirables como las de las bacterias. El tango, por ejemplo. Una música de tristeza báltica, que expresa la llanura y el vapor y la nostalgia que tanto nos diferencian del resto de Hispanoamérica. En esto discrepo con el abuelo: yo pienso que lo de Piazzolla es tango. Pero para llegar a esta conclusión necesité de los libros de geografía.

Entre aquellos bañados de los orígenes y la Buenos Aires de hoy han transcurrido siglos, pero el tiempo es la más relativa de todas las medidas. (El tiempo ocurre todo junto, creo yo.) Seguimos siendo criaturas imprecisas, como lábil era la línea de lodo de la costa. Seguimos siendo criaturas de barro, el soplo divino todavía fresco en las mejillas. Seguimos siendo anfibios, deseando el agua cuando estamos en tierra y deseando la tierra mientras nadamos en el agua oscura.

20. La piscina

La quinta que le prestaron a papá quedaba en las afueras de Buenos Aires. Tenía una pileta con borde de lajas y forma de riñón. El agua no estaba muy limpia que digamos. Se le notaba un tinte verdoso a la Citroën, y además la superficie y el fondo estaban llenos de las hojas caídas de los árboles. Quitar las hojas de la superficie era fácil. Había una red con un mango muy largo que estaba para eso. Las hojas del fondo eran otra cosa, una pasta sobre la que te patinabas al caminar.

Apenas llegamos le pregunté a papá si me podía meter. Papá miró a mamá, como era obvio, y mamá puso un gesto de ligero asco. Más que agua, la pileta contenía una sopa de bacterias, microorganismos y verdes en plena descomposición. Pero era mediodía, el sol de abril pegaba fuerte aún y mamá me debía una desde lo de Bertuccio.

No tenía malla pero me zambullí igual. En calzoncillos.

El agua estaba fresquísima y un poco pesada. Apenas quise pararme sobre el fondo empecé a resbalar como si estuviese lleno de crema. Era preferible seguir nadando, aunque fuera estilo perro.

Los estilos de superficie nunca fueron lo mío. A los chicos les gusta jugar carreras haciendo crawl, o los estilos más ostentosos, mariposa por ejemplo, que les permiten salpicar a la gente de la orilla. Pero a mí me gustaba el fondo. Siempre me agarraba de las rejillas e iba expulsando el contenido de mis pulmones, burbuja tras burbuja, hasta que no me quedaba nada y podía yacer con la panza pegada a los azulejos durante unos segundos antes de salir disparado hacia la superficie en busca de aire.

Todo lo que a mamá le dio asco de la pileta era lo que yo encontraba fascinante. El tono verdoso, que me permitía creer que estaba sumergido en el océano y que, de paso, filtraba la luz de maneras caprichosas. Las hojas y ramitas, muchas de las cuales flotaban a media agua y le daban profundidad a mi visión submarina. Los insectos patilargos que buceaban como yo, pero con más donaire. Las extrañas formaciones pegadas sobre los bordes, en el nivel del agua, racimos y racimos de pequeños huevos traslúcidos. Y la pasta oscura del fondo, mezcla de musgo y hojas en descomposición, que tanto contribuía a la sensación de estar en el fondo del mar.

Suele decirse que una inmersión nos trae recuerdos del paisaje donde fuimos concebidos y pasamos nuestros primeros meses. Estar rodeados de agua reviviría en nosotros las sensaciones experimentadas por vez primera en el seno materno. La ingravidez. Los sonidos lentos y opacos. Yo no soy quién para discutir tales argumentos, pero prefiero creer que el placer de cada inmersión tiene que ver además con otro motivo, menos freudiano y más apegado a la historia de la especie.

Cuando nuestros antepasados dejaron el medio acuático, en los albores de la vida, se llevaron el agua consigo. La matriz animal simula la humedad, flotabilidad y salinidad del antiguo medio marino. La concentración de sal en nuestra sangre y fluidos también se parece a la de los océanos. Habremos abandonado el mar hace

cuatrocientos millones de años (mi calendario), pero el mar no nos abandonó. Sigue estando dentro de nosotros, en nuestra sangre, en nuestro sudor, en nuestras lágrimas.

21. La casa misteriosa

Al decir que la casa era misteriosa, papá puso mi imaginación en movimiento. La había soñado oscura y húmeda, un chalet inglés de dos plantas, los muros cubiertos por hiedras que escondían miles de arañas de patas muy largas. Apenas llegásemos, mi mirada inquisidora descubriría una ventana clausurada en las alturas, casi a la altura de la chimenea. Ninguna de las escaleras me llevaría hasta el cuarto oculto. Un vecino convendría conmigo que, en efecto, la ventana clausurada era un enigma, y me preguntaría si no sabía qué había sido de los anteriores moradores, una familia tan extraña...

La casa real era muy distinta. Chata, sencilla, con forma de caja y techo alquitranado. Parecía más un compromiso con la realidad que con la arquitectura. Sus paredes estaban pintadas con cal; daba la sensación de que no la habían terminado.

Entré en la casa casi desnudo, envuelto en un toallón blanco y enorme que todavía tenía la etiqueta con el precio. Estaba mojado y me picaba la piel de todo el cuerpo, una reacción a las agujas de los pinos. Papá y mamá circulaban constantemente, entrando bolsas de supermercado y saliendo a buscar más. Para que el Enano no molestase —era más temible cuando quería ayudar que cuando se apartaba de los quehaceres familiares—, lo habían sentado frente al televisor, un viejo Philco que tenía una antena encima y cuyas perillas se salían apenas las tocabas.

La casa estaba armada con rezagos y muebles de segunda mano, sin importar estilos ni colores. Tan sólo el *living* tenía un sofá imitación francesa y dos sillones individuales, uno de pino y el otro de algarrobo. La mesa baja estaba hecha con cañas y la estantería de la TV estaba revestida en fórmica naranja.

Papá se quedó prendado de un reloj de pie que no funcionaba. Metió la mano adentro y lo hizo sonar, dang dang dang sus campanadas, un poquito solemnes y un poquito mágicas.

Todas las casas se quedan con algo de sus moradores. La gente deja jirones por donde pasa, del mismo modo en que renueva su piel constantemente y sin siquiera advertirlo. No importa cuán rigurosa haya sido la mudanza y cuán exhaustiva la limpieza de la casa vacía. Aunque los pisos huelan a cera y las paredes hayan sido blanqueadas, el ojo atento leerá las señales de la historia. El suelo gastado allí donde más se lo transitaba, e intacto delante de la habitación de aquel que se fue. Una muesca oscura sobre el alféizar de la ventana, donde alguien solía apoyar el cigarrillo mientras contemplaba el parque. Las marcas sobre el piso que revelan el emplazamiento original del sofá.

Nada sabíamos de los dueños del lugar. Todo lo que papá dijo fue que se la prestó alguien a quien se la habían prestado primero. Quizás el misterio tenía que ver con ese costado del asunto. ¿De dónde salía tan extraña generosidad? ¿A quién pertenecían las marcas de cigarrillo: al dueño o alguno de sus huéspedes fugaces? ¿Por qué había tantas señales de una habitación reciente: mayonesa en la heladera con

fecha no vencida, una revista de marzo pasado? ¿Quiénes fueron los últimos en instalarse allí, cuánto tiempo estuvieron y en qué circunstancias debieron partir?

Todavía mojado, comencé a buscar señales ocultas. Mamá dijo que parecía un fantasma de tela de toalla y pidió que me secase de una vez, que estaba empapando toda la casa.

Primero revisé el *living* y el comedor. Abrí la puerta de todos los muebles y todos los cajones. No encontré nada personal. Uno de los cajones estaba forrado por dentro con un papel que me sedujo: galeras, conejos, varitas, elementos de la magia de salón. Pensé en la palabra con que Bertuccio me había puesto al borde de la derrota y me pregunté dónde había dejado el papelito con sus garabatos. Creí recordar que estaba en el bolsillo de mi pantalón; eso me tranquilizó.

Había un combinado viejo, con una bandeja giradiscos que parecía todavía más barata que el mueble que la sostenía. El estante inferior estaba lleno de simples. No había nada que me gustara, básicamente estupideces instrumentales de Ray Conniff y Alain Debray y algunos cantantes de los que no había oído hablar nunca, como Matt Monro y ese otro con nombre de trabalenguas, Engelbert Humperdinck. Fue el disquito de Engelbert el que se salió de su sobre, cayendo al suelo. Me agaché para recuperarlo y descubrí algo extraño allá al fondo, debajo del combinado. Un papel que parecía haber resbalado detrás del mueble para quedarse encajado entre el zócalo de madera y la pared misma.

Era una postal de Mar del Plata, la típica imagen de la rambla. La fecha correspondía a ese mismo verano, enero del 76. Las líneas eran escuetas y la redacción pobre. *Querido Pedrito, esperamos que estés pasando unas lindas vacaciones. A veces viene bien divertirse un poco. Te podrías venir a pasar unos días acá. Decile a mami. Cualquier cosa llamen. Podrían venir los dos. Sabés cuánto te queremos. Un beso.* Y firmaban Beba y China.

¿Quién era Pedrito? ¿Sería un niño, tal como el texto parecía indicarlo? Y lo que era más perturbador aún, ¿qué quería decir ese *a veces viene bien divertirse un poco*? ¿Era Pedrito un niño muy serio, simplemente? ¿Era Pedrito un niño especial? (Deformidades, poderes extrasensoriales, pústulas sobre la piel; la clase de cosas que hace que una familia encierre a su niño en un ático para el que no hay acceso visible.) ¿O había algún drama en su pasado, bajo cuya sombra vivía para pesar de Beba y China?

Me llevé la postal conmigo, un fantasma húmedo buscando la intimidad de su habitación.

22. Descubro un tesoro

Nuestra habitación daba al fondo de la quinta. Desde la ventana se veía el tendedero y una casilla que servía de depósito de herramientas. Papá andaba por ahí afuera, juntando ramas para hacer un asado. A través del mosquitero le pregunté si la persona que le había prestado la quinta tenía un hijo llamado Pedrito. Dijo que no, que no conocía a ningún chico llamado así.

La habitación tenía dos camas de estilos diferentes y una mesa de luz. Por lo demás, estaba pelada. Ni siquiera habían forrado los cajones del placard. Guardé la postal en la mesa de luz y me senté sobre el cubrecamas. Debajo estaba el colchón desnudo.

Fue de pura frustración que regresé al placard y me paré sobre la cajonera para revisar un estante superior que, a todas luces, estaba vacío. Tuve la idea de soplar para apartar el polvo acumulado y casi me quedo ciego. Me refregué los ojos hasta que me saltaron lágrimas. Pero cuando volví a abrirlos creí ver unos colores sobre el estante que antes no estaban.

Pedrito se había olvidado un libro. Utilicé el cubrecamas para quitarle la tierra y lo abrí. La evidencia estaba en la primera página. Decía *Pedro '75*, con la grafía inequívoca de un niño.

Era un libro de no muchas páginas pero de grandes dimensiones y vivos colores en la portada. Se llamaba *Houdini, el artista del escape*. Adentro tenía una serie de láminas en un papel más brillante que el del texto, y al pie de cada una había una leyenda. La primera decía *Harry practica sus primeros escapes ayudado por su hermano Theo*. (El nombre de pila de Houdini era Harry.) Otra decía *En el manicomio*, y mostraba a Houdini en el interior de una celda acolchada, los brazos trabados por una camisa de fuerza. Otra decía *La tortura de agua china*, que era una caja de cristal llena de agua dentro de la cual Houdini estaba sumergido, envuelto por cadenas y anclado por pesas.

Todo lo que yo sabía de Houdini lo había visto en una película por televisión. Houdini era Tony Curtis. El tipo era una especie de mago que se escapaba de todas partes. Me acuerdo que lo tiraban a un lago helado dentro de una caja, creo, y Houdini salía de la caja pero casi se moría porque la superficie del lago estaba congelada y no encontraba ningún agujero por el que emerger. Antes de eso se había entrenado en la bañera de su casa, llenándola de hielos. (*Houdini on the rocks*.)

Empecé a leer el libro hasta que sentí frío y me vestí y volví a leer y al rato tuve que encender la luz porque se estaba haciendo de noche.

23. ¿De qué escapa Houdini?

Esto es lo que aprendí entonces sobre Houdini:

Que nació en Budapest, el 24 de marzo de 1874. ¡Hacía poco más de un siglo!

Que no se llamaba Houdini, sino Erik Weisz. Era hijo de Mayer Samuel Weisz, que era rabino (esos señores que dan vida a Gólems), y su madre se llamaba Cecilia.

Que su familia viajó a los Estados Unidos cuando él tenía cuatro años, y que viviendo en la pobreza no tuvo más remedio que comenzar a trabajar desde muy chico: lustraba zapatos, vendía diarios. En Nueva York trabajó como mensajero y también cortó telas para unos fabricantes de ropas, Richter & Sons. Pero en ninguna labor se destacó tanto como en la de mensajero. El pequeño Erik no sólo era muy veloz, sino que además tenía una resistencia increíble para sus años: ¡podía correr casi todo el día! Y en la primavera, cuando todavía no se había disipado el recuerdo de la superficie helada del Hudson, siempre estaba entre los primeros en echarse al agua; nadar era una pasión.

Que al comienzo de su carrera artística se hacía llamar Erik el Grande, pero que después, inspirándose en la figura de un célebre antecesor francés, Robert-Houdin, decidió bautizarse Harry Houdini.

Que al comienzo lo asistía en escena su hermano menor, Theo.

Que en 1894 Harry Houdini conoció a Wilhelmina Beatrice Ranner y se casaron dos semanas después. De allí en más ella fue su asistente. (Ese era el papel que en la película hacía Janet Leigh, esposa de Tony Curtis en la vida real.)

Que ofreció recompensas a quien triunfase a la hora de esposarlo, colocarle chalecos de fuerza o grilletes en los pies, encerrarlo en jaulas o prisiones, dentro de ataúdes o arrojarlo al agua lleno de cadenas, y que no hubo traba de la que no pudiese escapar —esto es, no le pagó a nadie recompensa alguna—. A menudo se escapaba de prisiones hechas y derechas, ante la mirada azorada de docenas de periodistas y el beneplácito de los presos que confirmaban que sí, la fuga era posible.

Que el más espectacular de sus escapes fue el de la Tortura de Agua China, donde permanecía sumergido cuatro minutos debajo del agua y se deshacía de sus ligaduras delante de la vista de un público extático.

Que en 1913 Cecilia Weisz, su madre, murió, sumiéndolo en un terrible dolor.

Y que no obstante siguió adelante hasta convertirse en el escapista más célebre de la historia, un verdadero artista, el hombre a quien nadie pudo mantener encerrado y que hizo de la libertad su vocación.

Una distinción para nada menor (de hecho, me abrió los ojos) fue la que el libro establecía entre lo que llamamos mago —un artista de salón, en esencia un ilusionista: no tiene poderes, sino que finge tenerlos— y un escapista. Houdini pertenecía a esta última categoría. Los ilusionistas lo ponían nervioso, porque ensuciaban la pureza de su arte: pretendían hacer lo que de verdad no podían, mientras que el escapista sólo proclamaba ser capaz de hacer lo que en efecto hacía,

sin más trucos que su capacidad de controlar el cuerpo y una perfecta condición física. El tema no era menor para Houdini, que dedicó ingentes esfuerzos a desenmascarar tramposos y fraudulentos. Los magos se dedicaban a la mentira. Los escapistas, en cambio, hacían un culto de la verdad.

Aunque en ese momento no noté ausencias, cabe consignar aquí que el libro no daba información sobre tópicos que con el correr del tiempo se me volverían obsesión. Por ejemplo, saber a qué se debió la decisión de la familia Weisz de dejar Budapest y cruzar el Atlántico. O cuál fue la inspiración para que el pequeño Erik comenzara a probar suerte como escapista. Y finalmente, el centro de la cuestión, aquello que yo quería saber por encima de cualquier otra cosa, el conocimiento al que aspiraba y cuya negación me desvelaba: ¿cómo demonios lo hacía?

24. Clandestinos

Al hacer el asado, papá cometió un doble error. Como se había olvidado de comprar carbón, decidió proceder igual con ramas y maderitas. El fuego que preparó se consumió demasiado rápido, y por eso no sólo tuvimos que cenar carne semicruda, sino además tolerar una disertación de mamá sobre las diferencias de la combustión entre las maderas y el carbón vegetal.

El Enano y yo nos abalanzamos sobre la fruta con desesperación. En general nos gustaban bananas y mandarinas porque se las podía pelar con los dedos, o bien uvas, de las que podíamos dar cuenta por nuestros propios medios; a diferencia de otras madres —la de Bertuccio, por ejemplo—, mamá era incapaz de pelarnos una maldita naranja. Pero esa noche el hambre era demasiada, y hubiésemos estado dispuestos a pelar un coco con los dientes de haber sido necesario.

Optamos por manzanas. El Enano comenzó a masacrar la suya. Mamá prendió un cigarrillo y carraspeó.

Fue entonces cuando nos habló de las nuevas reglas. Dijo que no sabía cuánto tiempo íbamos a quedarnos en la quinta. Podían ser tres días, una semana o más. Que de momento no íbamos a volver al colegio. Que por lo pronto el lunes ella tenía que ir al laboratorio, pero que papá podía tomarse unos días más y quedarse con nosotros.

En estas circunstancias había una primera serie de reglas que atender. Por ejemplo, nunca meterse en la pileta sin avisar a los mayores. Nunca abrir la heladera o encender la tele cuando todavía estamos mojados o descalzos. Y como la quinta no tenía agua corriente sino agua de tanque, estaba prohibido beber de la canilla, tardar más de diez minutos debajo de la ducha y dejar correr el agua porque sí cuando no era imprescindible. (Este último dato significaba una responsabilidad adicional para mí, que era el mayor: mamá prometió enseñarme cómo llenar el tanque cuando se vaciaba.)

Pero además había otro tipo de reglas, vinculadas a la peculiaridad de nuestra condición de clandestinos. Mamá nos prohibió que utilizásemos el teléfono, por ejemplo. No debíamos atenderlo, siquiera, y mucho menos llamar a nadie por las nuestras. No podíamos llamar a Ana, a la abuela Matilde ni a Dorrego. Y tampoco podía llamar a Bertuccio, bajo ninguna circunstancia. (Esto fue debidamente remarcado con tonos graves y miradas fijas.) Nos convenía pensar que estábamos de vacaciones en una isla tan distante como desierta, donde no había más turistas que nosotros ni correo ni líneas telefónicas y de la que saldríamos en el momento preciso, ni un minuto antes ni un minuto después, cuando viniese por nosotros el mismo barco que nos había traído.

El Enano quiso saber si en la isla había televisión. Mamá dijo que sí y el Enano alzó los brazos, triunfal, agitando el cuchillo en el que todavía había restos de la manzana inmolada.

Yo alegué que nadie se va de vacaciones sin un bolsito, siquiera. Que en todo

caso lo nuestro era un naufragio. (La palabra naufragio los puso nerviosos, y más aún cuando vieron que el Enano también se alteraba.) Les dije que nadie puede disfrutar de unas vacaciones que tiene que pasar siempre con la misma ropa y los mismos zapatos y sin nada para leer y sin el TEG y sin los soldaditos y sin el Goofy —fue un golpe bajo, lo admito— y sin amigos y...

Papá terció entonces para aclarar que apenas el aire se limpiase un poco, pasaría por casa a recoger algunas cosas o enviaría a alguien con las llaves y una lista. Pero en la incertidumbre de la isla nueva, me negué a considerar el anuncio como algo tranquilizador. ¿Quién sabía cuánto tardaría en disiparse la bruma que nos aislaba de la civilización?

Hubo un intercambio de miradas entre nuestros mayores, al término del cual papá se levantó de la mesa. Durante un instante pensé que se trataba de una admisión de derrota (y en este caso, papá derrotado significaba que todos lo estábamos), pero enseguida volvió de su habitación con una bolsa y le dio al Enano un paquete y a mí otro, envueltos en brillante papel de regalo.

Mi regalo era un TEG nuevo. ¡Estaba salvado! Lindo y limpio y flamante y perfecto, lo tenía todo, tablero y dados, fichas e instrucciones, todo.

«Cuando quieras perder otra vez, avisame», dijo papá.

El regalo del Enano era un Goofy. Arrancó el papel a lo bestia y apenas se dio cuenta de su contenido gritó de emoción. Papá y mamá suspiraron, aliviados. Pero yo me di cuenta de inmediato de que ese Goofy iba a traer más problemas que soluciones.

El Enano empezó a sacudir al muñeco y puso cara de preocupado. Miró a papá y a mamá, que no comprendían, y les preguntó qué le pasaba a Goofy; este Goofy está enfermo, dijo.

El Goofy original del Enano era de peluche. El Goofy nuevo era de plástico duro.

No sólo se trataba de una cuestión afectiva (a diferencia del TEG, infinitamente reemplazable, el Goofy era un muñeco antropomórfico y por tanto generaba una relación personal e intransferible), sino también de practicidad. El Enano dormía con el Goofy en brazos. Y una cosa era dormir con un peluchito tierno y gastado y otra muy distinta apoyar la cara contra una superficie rígida e irregular. A todos los niños les gustan los camiones de juguete, pero ninguno los usa como almohada.

25. Asumimos identidades nuevas

Papá guardaba un as en la manga. Después de hacer las concesiones del caso (prometerme una partida del TEG apenas despejase la mesa; asegurar al Enano que este Goofy era primo lejano del otro, y que se ablandaría con el tiempo como se ablanda la gente cuando se va haciendo amiga), logró aplacarnos lo suficiente como para que atendiésemos a una explicación vital, de cuya comprensión tanto dependería en el transcurso de las siguientes semanas.

Que nos hubiésemos alejado de casa, estudio y colegio no era, según papá, precaución suficiente. El habernos escondido en esa quinta de las afueras de Buenos Aires (la «isla» en que mamá nos pretendía varados) era un paso necesario pero no el único. Por más que quisiéramos, no éramos invisibles. Debía haber otras gentes viviendo en casas próximas; vendedores ambulantes que podían golpear a nuestra puerta; vecinos que tuviesen a nuestra calle por camino habitual y que sin duda notarían, en las bolsas de desperdicios, los aromas y los ruidos, la presencia de nuevos moradores.

En ese caso, debíamos estar preparados para el contacto con los otros. Había que ser discretos e intentar no ser vistos, pero, de ser vistos, nadie debía saber quiénes éramos en realidad. Y para ello, ¿qué mejor recaudo que pretender ser distintos de quienes éramos?

Teníamos que adoptar identidades nuevas. Como los espías, que fingen ser quienes no son para evitar caer en las garras del enemigo. Como Batman, que ocultaba su verdadera misión detrás de una fachada mundana y frívola. Como Ulises en la tierra de los Cíclopes, engañando a Polifemo al decirle que su nombre no era Ulises, sino Nadie. Un tipo listo, Ulises. Escapista nato. Para zafar de Polifemo, que prometió comérselos uno tras otro, Ulises y los suyos lo emborracharon primero y lo cegaron después clavándole una estaca en su único ojo. Cuando los vecinos de Polifemo oyeron sus gritos y acudieron en su ayuda, le preguntaron quién lo había agredido. Nadie, respondió Polifemo. Los vecinos concluyeron que debía tratarse de una plaga enviada por el poderoso Zeus, y le sugirieron que se resignase.

Papá sabía que yo me iba a entusiasmar. Transformarse en otro es el mecanismo esencial de todos nuestros juegos. Cowboy o monstruo, superhéroe o dinosaurio, hasta cuando practicamos deportes pretendemos ser quienes no somos.

Pero papá no contaba con que mi cabeza funcionase, como funcionó, más rápido que cualquier código masculino y hasta más rápido que el sentido común. En cuestión de segundos atravesé el universo de posibilidades que esta oportunidad de convertirme en Otro desplegaba ante mí, y me detuve delante de una puerta brillante y tentadora que papá no había visto y que, evidentemente, lo tomó por sorpresa.

Ilusionado, le dije que si yo me convertía en otro iba a poder aunque más no fuese llamar a Bertuccio por teléfono. Estaba convencido de que si me atendía se iba a dar cuenta de que era yo aunque le dijese que mi nombre era Otto von Bismarck, y que

obviamente comprendería que se trataba de una emergencia y que, en consecuencia, respetaría el código. ¡Si hasta podíamos inventar un lenguaje en clave!

Ahí mamá entró de inmediato en modo La Roca y arrolló mis expectativas. Dijo que la prohibición seguía vigente y que yo no podía llamar a Bertuccio aunque le dijese que hablaba Mandrake y punto, basta, no se habla más, sanseacabó. (Con el tiempo, sanseacabó se convertiría en uno de los santos favoritos del Enano, que esperaba verlo asomar cuando llegase el Apocalipsis.)

Estaba derrotado. Aparté el plato con la manzana a medio comer y me crucé de brazos, enojadísimo. El único motivo por el que no me levanté y salí de allí fue, simplemente, porque no tenía adónde ir.

«A partir de ahora somos la familia Vicente», dijo papá, todavía esperanzado.

No moví un pelo. No me importaba. No quería saber nada.

«Yo soy el arquitecto David Vicente», dijo papá.

Vicente ya era horrible como nombre; y como apellido, mucho peor.

«¡David Vicente!», insistió papá, sacudiéndome por el hombro.

Entonces caí. El arquitecto David Vicente. ¡Papá era David Vincent!

Me empecé a reír. El Enano me miraba a mí, creyéndome loco, y mamá miraba a papá, reclamándole una explicación.

«¿Entendés?», le dije al Enano, todavía riéndome. «¡David Vicente es como David Vincent pero en castellano! ¡Papá es el tipo de *Los invasores!*!»

El Enano dijo aaaaahhh y empezó a aplaudir.

Mamá no sabía si matar a papá o abrazarlo.

«Para cualquiera que pregunte, somos los Vicente», dijo papá, satisfecho de sí mismo. «Si alguien llama por teléfono y quiere hablar con los que éramos antes tienen que decirle que no, que acá no vive nadie de ese nombre, que nosotros somos...»

«No tienen nada que decir por teléfono porque no tienen que atender el teléfono. ¿Cuántas veces lo tengo que explicar?», interrumpió mamá, poniendo las cosas en su lugar.

«Perdón. Si atiendo yo, digo no, equivocado. ¿Está claro?»

El Enano y yo asentimos.

Le pregunté a papá si íbamos a tener documentos falsos, como corresponde.

Imaginé que me iba a sacar carpiendo, pero sorprendentemente papá buscó aprobación en la mirada de mamá y dijo que era posible, que de ser necesario tendríamos documentos nuevos y todo.

Le pregunté entonces si yo podía elegir mi nombre.

El Enano preguntó si él podía elegir su nombre.

«Depende», respondió mamá. «Tiene que ser un nombre más o menos común, no te podés llamar Fofó o Miliki o Goofy o McPato.»

«¡Simón!», gritó el Enano, a quien (ya lo dije) le gustaba la serie *El santo*. «¡Como Simón Templar!»

Mamá y papá asintieron, complacidos. Simón Vicente no estaba nada mal.

«Yo me puedo llamar Flavia», dijo mamá.

«Flavia Vicente. Okey. Pero me tenés que decir de dónde sacaste ese nombre», reclamó papá.

«Ni muerta.»

«Entonces te pongo Dora, o Matilde, como tu vieja.»

«Intentalo, siquiera, y yo declaro dique seco», dijo mamá.

«Flavia Vicente», se apuró papá, «vendido a esta señora a la una, a las dos...».

«¿Qué es dique seco?», preguntó el Enano.

«Acá hay uno al que le falta nombre, todavía», dijo mamá, yéndose por la tangente.

Pero yo ya sabía. Lo tenía clarísimo. Todos los signos apuntaban en esa dirección y yo, está claro, me preciaba de saber leerlos.

Mi nombre iba a ser Harry.

Harry, sí. Mucho gusto.

26. Tácticas y estrategias

Heródoto cuenta que en tiempos del monarca Atis, hijo de Manes, el reino de Lidia sufrió una gran hambruna. Los lidios soportaron las privaciones durante algún tiempo y finalmente comprendieron que debían encontrar alguna distracción que les permitiera apartar la mente de tanto sufrimiento. Fue así como inventaron los juegos, los que se practican con dados, con tabas y con pelotas. Siguiendo a Heródoto se atribuye a los lidios la invención de todos los juegos a excepción del *backgammon*, que es el nombre con que los piratas ingleses se apoderaron del *tawla* de origen árabe que todavía hoy juegan los viejos en todo Oriente Medio, en mesitas bajas sobre la calle, mientras beben un té dulcísimo aromatizado con menta.

Siempre me gustó esa historia. Heródoto no la refiere como si se tratase de un hecho fehaciente sino como algo que los lidios contaban de sí mismos, pero aun así la narra con seriedad y elocuencia. El párrafo es uno de los más logrados de las *Historias*. Heródoto sabía que las cosas que los pueblos cuentan de sí mismos son importantes, porque expresan la idea que esas gentes tienen de sí como no pueden hacerlo los documentos ni el (siempre) trágico saldo de las batallas.

La historia de los lidios tiene además otro atractivo. Me gusta que atribuya la creación de los juegos no al aburrimiento ni al ocio filosófico, sino al sufrimiento. Los lidios no jugaban porque no tenían nada mejor que hacer. Jugaban para no sucumbir.

En algún sentido, el TEG es descendiente del *tawla*. En ambos hay un tablero, hay dados, hay un objetivo, hay reglas (la táctica) y hay un planteo del juego (la estrategia) que cuanto más inteligente sea, más acercará al jugador a la victoria. El azar de los dados es decisivo, pero la estrategia debe contar con el azar como un aliado en su batalla.

La contribución occidental, esto es la parte que aportamos al TE para convertirlo en TEG, es precisamente la G, que introduce la lógica de la guerra. El tablero ya no está dividido en figuras geométricas, pura abstracción, sino que se ha convertido en un planisferio. La traza de ese planisferio imita las versiones de los antiguos cartógrafos, más figurativa que realista. Y la división política contribuye a la sensación de anacronismo. Estados Unidos no existe como nación, por ejemplo, y su lugar está ocupado por una serie de países independientes, Nueva York, Oregón, California. Rusia es un país europeo de considerable tamaño, y su contraparte asiática está dividida entre países como Siberia, Aral, Tartaria —y por supuesto Kamchatka.

Cada jugador está representado por fichas de un único color —a mí me gustaba jugar con fichas azules— y recibe dominio sobre una cantidad equis de países, que depende de la cantidad total de jugadores. Pueden participar hasta seis personas, cada una de las cuales recibe un objetivo secreto. Por ejemplo, *Ocupar América del Norte, dos países de Oceanía y cuatro de Asia*, o bien *Destruir al ejército rojo o, de ser imposible, al jugador de la derecha*, lo cual entrañaba una contradicción política que

yo estaba lejos de percibir en esa época.

Cada enfrentamiento entre ejércitos se dirime con los dados. Si soy atacante, debo obtener una puntuación superior a la del ejército defensor. Si en efecto me impongo, el defensor debe retirar sus ejércitos y yo ocupo el país que ha dejado vacante.

Mi configuración favorita era la más simple. Papá contra mí, yo contra papá. El mundo repartido entre los dos, él con ejércitos negros, yo con ejércitos azules, persiguiendo un objetivo que no era secreto sino transparente y común a los dos: destruir al otro. Aniquilación total. Al enemigo no debe quedarle ni siquiera un solo ejército. Debe ser borrado de la faz de la Tierra. (Esto es, de la Tierra del TEG.)

Ya no recuerdo cómo empezó todo, si yo traje el juego a casa o lo trajo papá o qué. (No recuerdo tiempo alguno en que no supiese de Kamchatka.) Lo que sí recuerdo es que papá me ganaba siempre. Cada partida. Invariablemente. Me hacía puré, o suspendíamos la partida cuando ya era obvio que no podría recuperarme.

Esa primera noche en la quinta no fue excepción. Después de un arranque promisorio, papá empezó a socavar la moral de mis ejércitos y se lanzó al trabajo habitual de desbaratarlos uno tras otro. De tanto en tanto mamá pasaba y observaba el panorama y en un momento pegó un sopapo en la nuca de papá y le dijo dejalo ganar al chico alguna vez, grandulón, a lo que papá contestó lo que contestaba cada vez — la escena era un paso de comedia que la familia repetía en cada juego, con unción—, es decir ni loco, que me gane cuando pueda y todo siguió su marcha inexorable.

Ganarle a papá pasó con el tiempo de ser un deseo a convertirse en una necesidad y, por último, en un imperativo categórico. La ley de las probabilidades estaba en mi favor, me decía. Tarde o temprano impondría sus inescapables matemáticas y comenzaría a alzarme con la victoria, partida tras partida, y se haría justicia. Ahora que era Harry la suerte debía volcarse en mi favor. ¡Harry era un nombre que no conocía la derrota!

La historia de los lidios prosigue en Heródoto. Según cuenta, la hambruna continuó y el rey Atis comprendió finalmente que los juegos no eran una solución en sí misma, sino la postergación infinita del momento de la verdad. Entonces tomó una decisión. Dividió en dos a su pueblo y realizó un sorteo. (El azar se le había vuelto adicción.) Una de las mitades debería abandonar el reino y la otra permanecería en él. Atis se quedó como rey de la mitad que resultó elegida para permanecer en Lidia, y puso al frente de la mitad que se iría a su propio hijo, Tirreno.

Tirreno y su gente viajaron a Esmirna, donde construyeron barcos y se hicieron a la mar. Con el tiempo encontraron nuevos hogares y prosperaron. Los que se quedaron en Lidia, en cambio, fueron conquistados por los persas y esclavizados.

27. Encontramos un cadáver

Al día siguiente, cuando el Enano y yo obtuvimos permiso para tirarnos a la pileta, descubrimos que alguien se nos había adelantado. Flotando entre las hojas, tieso como una estatua de yeso, había un enorme sapo.

«Yo no me meto más», dijo el Enano.

Utilicé la red para rescatar al sapo del agua. En efecto, estaba muerto, las patas bien abiertas, listo para la parrilla.

Los sapos son criaturas horribles y desagradables. Contemplan esos ojitos negros, ese tinte cruel, basáltico. Observen esa piel fría y húmeda y a la vez llena de pústulas y rugosidades, esas membranas entre los dedos, la flexibilidad casi humana de sus patas traseras...

«Alguna vez nosotros nos parecimos a este sapo», dije.

«No empecemos», dijo el Enano.

«Hace miles de años, en serio. Vivíamos en el agua y salimos a probar suerte en la tierra. Primero asomamos la cabeza, después nos quedamos un rato en la playa...»

«Le voy a decir a mamá.»

«Algunos de esos bichos se quedaron en el agua y siguieron siendo acuáticos. Otros se acostumbraron a tener un pie en cada lado y se volvieron anfibios, como los sapos, que andan un rato en el agua y un rato en la tierra. Si se quedan demasiado tiempo en un solo lado se mueren, como este.»

«¿Un sapo se puede morir ahogado?»

«Se ve que este vio el agua de la pileta y se tiró, creyendo que era un charco o una laguna, y después se dio cuenta de que estaba atrapado. Los charcos y las lagunas tienen playita. Uno puede meterse de a poco y salir de a poco. Las piletas son así, paf, abruptas: o estás adentro o estás afuera. Y los sapos no saben cómo usar una escalera.»

«Hay que enterrarlo.»

«Tenés razón.»

«Hay que hacerle un velorio, antes. La abuela Matilde dice que el velorio es la parte más importante.»

«Ella dice eso porque le gustan las fiestas.»

«Dice la abuela que te velan para estar seguros de que estás muerto y no dormido.»

«Cosas de vieja. ¿Quién puede dormir mientras los parientes le lloran en el oído?»

«¿Qué diferencia hay entre un velorio y un velatorio?»

«Que yo sepa, ninguna.»

«Debe ser que en el velorio te velan y en el velatorio te velotan, te velatorian, te... ¿Estás seguro de que está muerto? ¿Y si está dormido, nomás?»

Agarré al sapo por una pata y lo levanté hasta ponerlo a la altura de la cara del

Enano, que salió corriendo mientras daba aullidos y se detuvo a una distancia prudencial.

«La verdad que tiene un aire a vos», dije.

«¡Mentira!», gritó el Enano a la distancia.

Elegimos un lugar a la sombra, al pie de un árbol. Yo encontré una pala en el depósito del fondo y empecé a cavar un pozo. Mientras lo hacía seguí explicándole al Enano las cosas que la señorita Barbeito nos había enseñado con sus láminas y sus documentales, cómo a partir de los anfibios se desarrollaron especies que toman el aire directamente de la atmósfera y viven sobre tierra, la especialización en hábitats y esas cosas. El Enano me miraba con desconfianza, porque le resultaba difícil creer que todos los vertebrados compartiésemos características. Las ranas tienen gusto parecido al de los pollos, Enano, te juro. Si pelás un chimpancé va a parecer un sapo gigante, si hasta se sientan igual. Qué suerte que tenés un hermano más grande que te puede explicar todas estas cosas.

Por regla general, la realidad y sus adornos son más inverosímiles que cualquier ficción. ¿Qué escritor podría inventar un dragón de Kómodo, las amígdalas o las peculiares formas por las cuales nos reproducimos? ¿Qué imaginación concebiría los arrecifes de coral a partir de pequeños animales que excretan calcio de sus cuerpos? ¿Quién tendría el coraje de crear un mundo como el nuestro, dominado por descendientes de sapos, ranas, salamandras y tritones?

Durante la excavación y el entierro el Enano se mantuvo en silencio, registrando mis palabras, con los ojos encendidos por una luz de sospecha. Pero finalmente algo de lo que dije debe haberle prendido, porque una vez que tapé el pozo puso piedras sobre el montículo y me preguntó si los sapos también iban al cielo.

28. Un dulce interregno

El fin de semana transcurrió con placidez. Cualquier extraño que nos hubiese prestado ojos no habría visto más que a la familia Vicente en pleno *dolce far niente*, entregada a las delicias del sol, el parque y la pileta y dedicada a gozar de la Santísima Trinidad Gastronómica del argentino medio, a saber, los asados, las pastas (de fábrica, por supuesto; mamá ni pisó la cocina) y las facturas.

Una mirada más atenta habría reparado, sin duda, en la extraña frecuencia con que papá y mamá salían de la quinta durante lapsos que no excedían los quince minutos, a veces en el Citroën, a veces a pie y nunca juntos. (Cuando necesitaban hablar por teléfono, convenía que no empleasen la línea de la quinta sino un teléfono público.) Y si a la mirada atenta se hubiese sumado un oído fino, la tendencia de los Vicente a formularse unos a otros preguntas de respuestas obvias (¿cuál es tu nombre?, ¿cuándo naciste?, ¿cómo se llaman tus padres y tus hermanos?) habría sugerido la existencia de un juego familiar cuyas reglas escapaban al conocimiento del común de la población.

De entre los hechos de esos días, algunos merecen ser consignados. Por ejemplo, que papá se dejase crecer el bigote. Al cabo de tres días de huelga de navajas, una sombra decidida se había instalado sobre su labio superior. Al Enano y a mí ya nos parecía un bigote respetable, pero mamá insistía en que papá había bebido del Nesquik del Enano y se había olvidado de limpiarse la boca. El domingo por la mañana nos descubrió a los tres varones de la familia frente al espejo del baño. Papá David se manifestó satisfecho y tuvo el honor de comenzar a darle forma a su brocha, tijera mediante. Harry, el primogénito, lamentó su presente lampiño y formuló su deseo de obtener con premura un bigote fino a la Mandrake. Y el benjamín, Simón, dijo estar satisfecho con su piel inmaculada al estilo de su ídolo televisivo, Simón Templar, y preguntó por qué Templar era el único santo conocido que no tenía ni barba ni bigotes.

Hubo tres partidas de TEG, cuyos resultados huelga comentar.

Tuve tiempo para releer el libro de Houdini, y para forjarme una serie de ideas respecto de mi futuro que comentaré más adelante.

La visita de los Vicente a la iglesia del pueblo, el domingo al mediodía, fue todo un acontecimiento. Hasta donde recuerdo, no había ido a la iglesia en mi vida a excepción del ocasional bautizo o casamiento. En consecuencia, las singularidades de la misa convencional se me escapaban por completo. Para peor, lo que podría haber sido una aventura se volvió tortura desde los preparativos. A mamá se le había ocurrido que los Vicente eran muy devotos. En consecuencia, se la pasó obligándonos a repetir la letra del Padrenuestro, el Credo y el Ave María, tanto en la quinta como en el auto, porque una vez en la iglesia debíamos fingir que seguíamos el rito con la soltura del creyente profesional.

Mis padres habían recibido educación religiosa, que cada uno en su tiempo

terminó rechazando. Papá, para creer en las leyes de los hombres. Mamá, para creer en la ciencia y distanciarse así de la superioridad santurrón de la abuela Matilde. Lo cierto es que coincidieron en criarnos en la más perfecta ignorancia de todo conocimiento religioso. Supongo que creyeron hacernos un favor, aunque esa diferencia en la que crecimos nos puso en breves muy concretos respecto de conceptos populares como los de cielo e infierno. La falta de información fidedigna sobre accesos y membresía a uno u otro club nos generó ocasionales angustias. Y la escasa familiaridad con los aspectos más centrales del Credo católico hizo lo suyo, también, para aumentar mi sensación de pez fuera del agua.

Una Semana Santa, recuerdo, el Antejito trajo en sus páginas centrales una lámina con las estaciones del Vía Crucis. Le prendí fuego y me deshice de la evidencia mediante el inodoro. La sugerencia de que colgara de las paredes de mi cuarto la detallada explicación sobre un proceso de tortura y muerte me pareció obscena, tal como me habría parecido toda decoración basada en los procesos industriales aplicados en Auschwitz.

Pero la experiencia más traumática me la produjo una vieja película, *Marcelino Pan y Vino*, que pesqué una noche por Canal 9. Marcelino era un huérfano adoptado por los curas de un convento. Un día bajaba a un sótano a buscar vaya a saber qué, y de repente escuchaba una voz que le pedía de beber. Marcelino miraba aquí y allá y no veía a nadie. En efecto, no había otra persona en el sótano más allá del niño. La voz salía de un enorme crucifijo, cuyo Cristo de madera reclamaba agua.

Para peor, al final Marcelino se moría y el cura gordo lloraba de alegría y las campanas sonaban a gloria porque el niño había sido «elegido» por el muñeco de madera. (Que, dicho sea de paso, ignoraba el dato elemental de que la madera con agua se hincha. Con un Cristo gordo no hay cruz que aguante.) Todo en la película indicaba que debíamos regocijarnos, porque Marcelino era santo y había sido elevado al cielo, pero yo no podía dejar de pensar que Marcelino había sido asesinado por ese muñeco maldito y que nadie hacía nada al respecto.

De allí en más, cada conversación con mis pares que girase sobre relatos de terror incluía las obvias referencias a Franksteins y momias y Dráculas y cuando yo hablaba del Cristo de madera (uh, casi olvidado el detalle: ¡que desprendía una de sus manos clavadas para tomar la copa ofrecida por Marcelino!) se hacía un silencio y me miraban como el bicho raro que, ay, era en efecto. Con el tiempo aprendí a callar, pero mis pesadillas prosiguieron. Amigos y compañeros despertaban en plena noche huyendo de hombres lobo y jinetes sin cabeza. Yo despertaba con un grito porque quería escapar de remeras asesinas, Saturnos devoradores y Cristos de madera que bajaban de la cruz y me seguían por largos pasillos mientras trataban de convencerme de que el único niño bueno es el niño muerto.

El Enano también tenía sus problemas con la cuestión religiosa, pero eran menores. Le dije a mamá si podía saltarse la línea del Padrenuestro que dice y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

porque él era demasiado chico para tener deudas. Lo único que lo inquietaba verdaderamente era el concepto de la resurrección de la carne; no estoy muy seguro de qué cosas veía con su imaginación, pero puedo hacerme una buena idea.

En esas condiciones arribamos a la iglesia del pueblo, con el corazón trémulo y la determinación de interpretar a los devotos Vicente con todo nuestro arte. Papá vestía formalmente, mamá insistió con el trajecito sastre y el Enano y yo repetimos las camisas y corbatas de ganchito que usábamos debajo del guardapolvo, atuendo que yo odiaba con cada célula de mi cuerpo.

La iglesia era sencilla como el pueblo y se alzaba, como corresponde, frente a la plaza central. Se ve que los domingos al mediodía iba todo el mundo, porque tuvimos que dejar el Citroën a dos cuadras.

Pasada la tensión de los primeros minutos, me aburrí como un hongo. Cada vez que se aproximaba un pasaje en el que había que actuar, mamá me apretaba la pierna a la altura de la rodilla y yo salía recitando el Credo o lo que hiciese falta. Lo demás se limitaba a pararse cuando todos se paraban y arrodillarse cuando se hincaban.

Sé que, en cambio, esa misa inicial removi6 algo en el interior del Enano. Si bien había sido instruido en el simple arte de la señal de la cruz (que repetía, más allá de la lógica dificultad de su edad para diferenciar izquierda de derecha), su ejecución al comienzo y al final de la ceremonia le produjo una impresión duradera. El Enano estaba preparado para hacerla cuando se lo indicasen, como el perro de Pavlov, pero no estaba preparado para el espectáculo de la sincronía. La combinación entre los aires mágicos, cabalísticos del gesto y la simultaneidad con que todos los presentes lo ejecutaron sorprendió al Enano, que abrió los ojos como si hubiese visto al agua transmutarse en vino. Intuyo que por vez primera se sintió parte de algo que era más grande que la sagrada célula familiar; algo que nos trascendía y a la vez nos englobaba.

Cuando volvimos a la quinta había otro sapo muerto en la pileta. Yo protesté ante mi propia imprevisión y me prometí hacer algo al respecto, porque yo no creía que el mejor sapo fuese el sapo muerto, sino todo lo contrario.

El Enano quiso hacerse cargo de los últimos ritos.

29. Nos quedamos solos

Cuando nos despertamos, cerca del mediodía de ese lunes, mamá ya no estaba. En el comedor, papá había desarmado el viejo reloj de pie, desparramando infinidad de piezas sobre una frazada vieja y sobre la mesa del comedor y hasta encima del aparador. Parecía como si el tiempo mismo hubiese estallado en la sala, dejando jirones en cada rincón.

El Enano se preparó el Nesquik. Yo agarré una banana y me fui al parque, con el libro de Houdini debajo del brazo. (El Citroën no estaba en su lugar. Se ve que mamá lo usó.) A las doce papá puso el noticiero y subió el volumen, para poder escuchar sin tener que apartarse del reloj. Yo estaba bien lejos, pero aun así no podía dejar de oír. Nada nuevo. El Presidente esto, la Armada aquello, que las nuevas medidas económicas, que la lucha incansable contra la subversión apátrida, guerrilleros abatidos, Tucumán, dólar; lo de siempre.

El día se fue desperezando con indolencia. Ni siquiera hubo un almuerzo formal. Cuando alguno sintió hambre, fue a la heladera, agarró lo que pudo y se instaló en cualquier sitio que no hubiese sido copado aún por los resabios del tiempo. El pollo frío quedó junto al Nesquik; y al lado de los huesos, el paquete vacío de vainillas.

Por su emplazamiento estratégico frente al televisor, la mesa baja se cubrió de basura y vajilla sucia. (El criterio que primó, de común acuerdo, fue el de vaso usado, vaso descartado: cada vez que uno quería beber, iba a buscar un vaso nuevo a la cocina, y ya.) Con el correr de las horas, los desperdicios se apilaron unos sobre otros con precisión geológica. Yo me metí a la pileta cuando quise, y nadie me reconvino sobre la necesidad de hacer primero la digestión. Las telenovelas sucedieron a los noticieros y los dibujitos a las telenovelas y las series a los dibujitos y los noticieros regresaron con más medidas económicas, más muertos y más señor de bigotes con cara de malo.

A esa altura papá parecía haberse rendido con el reloj, cuyas vísceras seguían allí donde habían caído. Decidido a concentrarse en las noticias, hizo lugar sobre la mesa baja para instalar su Gancia y su remedio para la úlcera y comenzó con sus soliloquios. Y a vos quién te cree, fantoche reaccionario, dijo de arranque increpando al conductor del noticiero; una frase que hubiese sonado interesante en boca de Hamlet, Acto Primero, Escena IV, en ocasión de su encuentro con el fantasma. Me entero más de lo que pasa en el país viendo *Los invasores* que mirándote a vos, prosiguió, protestando pero a la vez perseverando en la visión del noticiero. Lo que tienen que hacer es blanquear a los presos de una vez, dijo, esta vez aconsejando al Ministro del Interior, no pueden seguir jugando a que no están detenidos: ¡hay que blanquearlos!

Como el sol ya había caído y estaba fresco, el Enano y yo gravitamos también hacia la cálida pantalla del televisor. El Enano estaba haciendo un experimento que involucraba frascos vacíos, vasos ya usados, agua, harina, tornillos y pinceles que

tomó del depósito. Cuando parecía estancarse, habiendo llegado a una encrucijada científica, los objetos de la mesa le sugerían un camino nuevo. La mesa estaba llena de ideas en potencia. La coca y el Nesquik, por ejemplo, potencian sus respectivas espumas.

Yo releía el Houdini en busca de pistas sobre sus escapes. El libro insistía en la historia de la preparación física y la concentración mental, pero mantenía un silencio perfecto sobre los pormenores de cada fuga; seguramente el escritor era escapista, también, y respetaba con escrúpulo sumo la cuestión del secreto profesional. Fue así que me encontré contemplando por enésima vez la lámina de apertura, *Harry practica sus primeros escapes ayudado por su hermano Theo*, como si esperase que el dibujo me dijese lo que el texto me negaba, y miré a papá y su Gancia y al reloj eviscerado y al Enano que había batido su engrudo a punto de caramelo y me dije que quizá la lámina me había hablado, ya, y que todo era cuestión de empezar.

Me quité el cinturón (usaba un cinturón que más allá de la hebilla y de la parte de los agujeros estaba fabricado con una tela elástica; no pregunten) y le pedí al Enano que me atase a mi silla. Con la cara y las manos manchadas de harina, el Enano me miró para evaluar si estaba tendiéndole una trampa. Le enseñé el dibujo del libro. Comprendió de inmediato.

El fantoche del noticiero debe haber dicho algo tremendo, porque papá se levantó como tromba y salió al parque, donde podía decir malas palabras sin necesidad de controlarse.

El Enano me ató las manos a la espalda. Hizo un nudo corredizo y después me dio mil vueltas alrededor de las muñecas tensando el elástico lo más que pudo. Me preguntó si lo había hecho bien. Yo forcejeé un poco, lo suficiente como para constatar que el cinturón no cediese al primer intento.

«Esperá que falta algo», me dijo.

Agarró el frasco donde había preparado el engrudo y con un pincel viejo me embadurnó la cara.

Atado, no podía resistirme. Le pregunté si estaba loco. El engrudo tenía gusto a masa de *pizza* con Nesquik.

«Estoy blanqueando al preso. ¿No lo oíste a papá? ¡Hay que blanquearlos a todos!»

Cenamos en silencio, los tres solos. Restos de asado frío. Mucha mayonesa. Se había hecho tarde. Mirábamos la zona de desastre en que habíamos convertido el *living* y el comedor, sillones manchados, piezas de relojería, residuos orgánicos, en muda evaluación del empeño puesto en la empresa. Nunca hubo demostración más acabada del concepto de entropía ni respeto mayor por la segunda ley de la termodinámica (ley de disipación de la energía), que establece la tendencia en los fenómenos físicos desde el orden hacia el desorden. Y aun así, la tarea había resultado insuficiente. Todo el desorden del mundo no había logrado conjurar a mamá.

Cuando, derrotados, quisimos al menos lavar los platos, descubrimos que no había agua. Nos habíamos olvidado de cargar el tanque.

30. Una decisión en la madrugada

Toda esa zona estaba dividida en casas quintas, muchas de las cuales sólo se llenaban durante el verano, o en el mejor de los casos los fines de semana. No había nada de ostentoso en los lotes. Las parcelas eran pequeñas y las casas se veían sencillas como la nuestra, chalets elementales, a menudo inconclusos, en espera de unos pesos sobrantes o del albur de unos nuevos dueños. El trazado de calles era de tierra; había cinco minutos de automóvil entre nuestra tranquera y la ruta más cercana. Y los lotes estaban divididos por alambradas y por álamos jóvenes, cuya elasticidad pretendía disimular la rigidez de los límites.

En plena madrugada de un día de semana, el silencio que envolvía la quinta era tan ostensible como una sirena. A veces había grillos o llegaba una ráfaga de radio, dependiendo del viento, pero por lo general el silencio se imponía y lo devoraba todo y te zumbaba dentro de los oídos; era imposible no oírlo.

Cuando la transmisión televisiva llegaba a su fin, el Enano perdía energía y se dormía enseguida. La televisión era su sol: amanecía con ella y con ella se ponía. Esa capitulación señalaba el inicio de la calma dentro de la casa. Los ruidos restantes se emitían con sordina, el lavado de platos y de dientes, el correrse de todos los cerrojos, las conversaciones antes de dormir, para cuidar el sueño del Enano pero también por la reverencia que el mismo silencio engendra.

Yo no dormía todavía pero ya estaba en la cama, libro en mano. Fue entonces cuando empecé a oír al Citroën, llamándome desde el otro lado de la calma. Si todo está tranquilo, el motor de un Citroën se oye a varias cuadras de distancia. Suena como un auto normal cuando se entierra en la arena y las ruedas giran en falso.

Oí el portón y las voces apagadas de papá y mamá.

Cinco minutos después ella vino a vernos. El Enano estaba frito, la cara deformada contra el Goofy de plástico.

Se sentó a mi lado, sobre la cama, y me dijo que me había traído la revista nueva de Superman pero que estaba demorada en la aduana. (Eso significaba que papá la iba a leer primero.) La besé, agradecido de verdad. En esa época yo era un chico Superman. Los chicos Superman amábamos los poderes sobrehumanos, los colores brillantes del traje y la turbadora presencia de Luisa Lane, esperábamos con unción religiosa la salida quincenal de las revistas mexicanas y menospreciábamos a los chicos Batman, que siempre tenían aire de superados.

Mamá miró al Enano y preguntó si me había dado mucho trabajo. La verdad era que se estaba portando bien, dadas las circunstancias. Había tolerado las privaciones con un estoicismo que le desconocíamos. Mamá estuvo de acuerdo y me preguntó cómo la llevaba yo. Suspiré. No quería ser más enano que el Enano. Para ser sincero, lo extrañaba todo. A Bertuccio y a la chica que me gustaba en la clase de inglés. (Se llamaba Mara y era más coqueta que una Barbie.) Extrañaba mi cama y mi almohada, extrañaba los libros y la bici, extrañaba los avioncitos y el fuerte con puente levadizo

y el Stuka que me regalaron los abuelos, extrañaba los blocks con mis dibujos y el barco a vela y la lancha a pilas, extrañaba el Mercedes a control remoto y los Matchbox que sobrevivieron a mi hermano y el Estanciero y mi arco de fibra de vidrio y extrañaba mi colección de Nippur de Lagash y las revistas de Editorial Novaro y el disco de Los Beatles que Ana me regaló cuando se hartó de que la llamásemos por teléfono para pedirle que nos hiciese escuchar el suyo por el tubo.

Le dije a mamá que estaba bien.

Quiso saber qué era ese libro que estaba leyendo. Le conté dónde lo había encontrado y le mostré la firma de puño y letra de Pedro y la postal enviada por Beba y China, cimienta de mis teorías sobre la historia de nuestro predecesor. La verdad es que Pedro me daba lástima. Imaginaba que había sufrido mucho al perder el libro de Houdini; yo estaba particularmente sensible a las pérdidas. Pero mamá desbarató mi interpretación cuando sugirió que a lo mejor Pedro lo había hecho a propósito, dejarme la postal y el libro como regalo de bienvenida, conjeturando una cadena que debía venir desde el niño que pasó por la quinta antes que Pedro (¿cuál habría sido su regalo a Pedro, su bienvenida?) y que me involucraba, porque alguna vez nos iríamos de allí y yo debería pensar en el que viene. Yo respondí que para dejar algo debía tener algo antes, aludiendo a nuestra espartana circunstancia. Mamá me miró entonces con esa cara que pone cuando piensa este chico me va a salir abogado y me arrancó el libro de las manos para ver si encontraba una forma elegante de cambiar de tema.

La forma fue Houdini.

«¿Houdini el mago?», preguntó, tentándome con la zanahoria de la respuesta obvia. Pero le devolví la pelota con efecto.

«Houdini no era mago. Era escapista, que no es lo mismo. Eso voy a ser cuando sea grande; ¡escapista!»

Durante esos días había pensado mucho en el futuro. Acosado por las incertidumbres del presente, la idea de volverme escapista se me impuso con la claridad de una visión; una vez que la noción cuajó en mi cerebro, todas las angustias se desvanecieron. Ahora tenía un proyecto, algo que me permitiría, en el futuro más próximo, atar los cabos sueltos de mi circunstancia. Imaginaba que el proceso del mismo Houdini no había sido muy distinto. Su elección le había permitido armar el rompecabezas de su historia, encontrándole un sentido a cada pieza aislada (la fuga del país natal, el ansia de trascendencia de su padre el rabino, la pobreza, su destreza física) y creando algo nuevo al combinarlas durante el juego.

Mamá miró la lámina de la Tortura de Agua China y después me clavó los ojos, tratando de medir cuán en serio era el anuncio. Yo ya había pasado por fases de bombero y astronauta, que mi madre dejó correr sabiéndolas percederas, y después por otras de médico, arquitecto y biólogo marino, que ahora sí aplaudió porque se trataba de carreras universitarias. Mamá tendía a pensar que toda carrera era buena siempre y cuando uno pudiese doctorarse en ella. En la medida en que todavía no

existía un doctorado en escapismo, eso me auguraba problemas.

«Parece peligroso», dijo, volviendo a la lámina.

«Ese es el chiste.»

«No hay nada de malo con el peligro, siempre y cuando uno tome los recaudos del caso.»

«Peligroso es viajar en colectivo», dije yo.

«O ser antenista», dijo ella.

«O vivir en la Argentina», dije yo.

«Lo de Harry era por Houdini, entonces», dijo ella, esquivando el bulto.

«¿De dónde sacaste el nombre Flavia?»

«No te pienso decir.»

«Eso no es justo.»

«La vida no es justa. Es linda, pero injusta. ¿Y este sarcófago?»

«Houdini se metía adentro todo encadenado y entonces lo tiraban al agua. Pasaba un montón de tiempo ahí abajo y no se ahogaba.»

«Porque calculaba bien el aire.»

«El aire no se calcula, se respira.»

«Quiero decir que sabía cuánto aire le quedaba adentro de la caja, y por lo tanto cuánto podía durar bajo el agua. Si de veras querés ser escapista, vas a tener que calcularlo también.»

«Me retracto. ¿Los colectiveros calculan algo?»

«Vuelos.»

«¿Los arqueólogos?»

«Años.»

«¿Los enfermeros?»

«Dosis.»

«Puedo ser escapista y tenerte de asistente.»

«Por un módico precio. Hagamos números.»

Me besó y me arropó y me dijo que me quería. Debo haberme dormido en sus brazos. Yo tenía un sol distinto al del Enano.

La señora Vicente era muy buena madre.

31. Un plan infalible

Esa noche se ahogó otro sapo en la pileta. Sin siquiera detenernos a desayunar, el Enano y yo decidimos poner coto a la situación.

La tentación era construir un coto literal e impedir que los sapos se aproximaran al ojo de agua, una solución tan drástica como efectiva. Pero yo no quería alterar el curso de sus vidas, usurpando el sitio del Destino. La pileta podía ser esencial para ellos y yo no saberlo. ¡Podía estar llena de sus huevos!

Optamos entonces por un camino intermedio, que tenía además el beneficio de la practicidad. Con una tabla de madera que descubrimos en el depósito y un poco de alambre, diseñamos un trampolín que funcionaba en sentido inverso. Así como los trampolines sirven a los hombres para lanzarse al agua, nuestro Antitrampolín serviría a los sapos para lanzarse al aire.

El alambre me sirvió para asegurar la tabla entre los hierros de la escalera. Parte de la tabla, pues, quedaba en el aire. Su otro extremo se hundía en el agua.

Hasta ese entonces, cuando los sapos caían dentro de la pileta morían inexorablemente. Buscaban un punto de apoyo para salir que jamás encontraban, nadando hasta agotarse, chocando contra las paredes para hundirse en el final. El Antitrampolín les otorgaría la salida que hasta entonces no tenían. Si nadaban hasta él, podrían subirse a la madera y respirar y seguir subiendo y llegar al extremo superior del tablón y zambullirse entre los pastos cuando quisieran —y cuantas veces quisieran.

Algunos morirían todavía. No verían la tabla, o no comprenderían su potencialidad. Pero los sapos más afortunados usarían el Antitrampolín y se salvarían, y los más listos de entre ellos grabarían la voz de eureka en sus diminutos cerebros (en esa época yo todavía era lamarckiano) y se salvarían una segunda y una tercera vez y su descendencia ya nacería con ese eureka registrado y sabría qué hacer, qué buscar cada vez que cayese dentro de la pileta que alguna vez fue mortal para sus antepasados.

«Cuando no tenés más remedio que cambiar, cambiás. Me lo explicó la señorita Barbeito. Eso se llama principio de necesidad. Los sapos necesitan cambiar para no morir. Todo lo que piden es una oportunidad», dije al Enano.

«¿Vos creés que a Dios le parecemos tan asquerosos como los sapos me parecen a mí?», preguntó el Enano.

«Listo», dije, dando el toque final al alambre.

Todo lo que hacía falta, ahora, era tiempo.

32. Ciro y el río

Cuando uno de sus caballos favoritos se ahogó al intentar vadearlo, Ciro, rey de los persas, se enfureció tanto que decidió castigar al río Gindes. Detuvo la marcha de su ejército rumbo a Babilonia y obligó a los soldados a excavar trescientos sesenta canales, para derivar las aguas del Gindes y así vaciarlo. Ciro quiso que las aguas del río se perdiesen en la llanura, estancándose en pantanos y bañados, y que su lecho principal quedase casi vacío, sin mayor profundidad que la de un arroyo. La medida de la humillación que pensaba infligirle era precisa: en su parte más profunda, el Gindes no debía llegar a la rodilla de una mujer.

Esta historia suele ser narrada para describir el poder omnímodo de Ciro, el rey que mutiló a un río y obligó a sus soldados a trabajar como esclavos para vengar a un caballo. Líder del ejército más poderoso del mundo, que ocultaba al sol cuando arrojaba sus flechas, Ciro hubiese castigado al sol de haberlo deseado, y también a la luna y a los mares.

Yo siempre entendí la historia de Ciro de otra forma. De niño creía que Ciro era un ignorante y un insensato. Ignorante, porque atribuía al río Gindes personalidad e intenciones. Un río nunca puede ser asesino, y menos aún avieso; un río es sólo un río. E insensato porque puso en riesgo su campaña militar por un capricho, haciendo que sus hombres se llagaran las manos con las palas y no pudiesen tomar luego sus arcos y espadas. La historia no lo dice, pero muchos soldados deben haber muerto durante la excavación, elevando todavía más el precio de la venganza. Nunca un caballo recibió tributo más extravagante.

Con el correr de los años, mi visión de Ciro dejó de ser monocromática. Al principio Ciro era un monarca exótico, de trenzas en la barba e idioma brutal, cuyas decisiones sólo podían ser comprendidas como parte de la lógica olímpica de los más grandes reyes y guerreros. Después pasó el tiempo (hay ríos que ni siquiera Ciro podría detener) y cuando volví a leer la historia de Ciro ya no lo sentí distante ni incomprensible. Se parecía a muchos que yo conocía, con quienes compartía un rasgo de lo humano: la tendencia a acumular poder sin preguntarse nunca para qué y cómo emplearlo. La gente que tiene el poder de Ciro (militar, político, económico) suele olvidar que el poder engendra responsabilidad y prefiere creer que el mal está siempre en los otros. Desviar un río es más fácil que asumir la verdad; Ciro no quiso ver que el caballo no se habría ahogado si él no lo hubiese forzado a cruzar.

He sabido de muchos Ciros a lo largo de mi vida. Algunos sólo figuran ya en libros que nadie abre. Otros comparten nuestro aire y nuestras calles. Y aunque vivan hoy en palacios y se les rinda pleitesía, el tiempo hará con ellos lo que hizo con Ciro. Los hombres que acumulan poder y lo malgastan son como monedas de una sola cara: no tienen valor en ningún mercado.

Fue en Ciro en quien pensé cuando reviví la historia del trampolín que instalamos sobre las aguas de la pileta. Que la ligazón entre ambos hechos no sea evidente no

significa que no exista; no vemos la trama que anuda las raíces de cada árbol debajo del suelo, y sin embargo está.

Pero es verdad que no tengo una respuesta concluyente. Imagino que la violencia con que otros desviaban por esos días el curso de mi historia me sugirió una delicadeza superior a mis años. Imagino que corregí a Ciro, asumiendo mi responsabilidad en el ahogamiento de los sapos y respetando la existencia del río. Imagino que quise actuar con la inteligencia de la naturaleza, y no hacer más de lo que ella habría hecho al derribar un árbol y hundir sus ramas en el agua de la pileta. Ninguno de estos razonamientos cruzó entonces por mi cabeza llena de invasores y Houdinis, pero eso no significa que no me hayan asistido en mis acciones. Si algo aprendí en el transcurso de mi vida, es que pensamos con mucho más que el cerebro. Pensamos con el cuerpo, también, y pensamos con el afecto que sentimos, y pensamos con nuestra noción del tiempo.

Que unas páginas más adelante Ciro muera y su cuerpo sea hundido en una tina llena de sangre humana es, en apariencia, un hecho que no tiene conexión con la historia del río Gindes. Algo, sin embargo, me dice que no es así.

Vemos con más que los ojos. Pensamos con más que el cerebro.

33. Lo que ellos sabían

Yo no ignoraba que corríamos riesgo. Estaba claro que los militares perseguían a los opositores, en especial a los que se decían peronistas y/o de izquierda, una definición amplia que englobaba a papá, mamá y los tíos. Estaba claro que de encontrarlos los arrestarían, como habían arrestado al socio de papá. Y estaba claro que la violencia podía ser extrema. Las balas que mataron al tío Rodolfo no habían salido de su propia arma, si es que tenía alguna entre las manos a la hora de morir.

Pero el peligro era una consideración lateral. Ya alguna otra vez papá había desaparecido de casa por algunos días, entre el 74 y el 75, durante el auge de la Triple A, para regresar al poco tiempo sano y salvo, y además convencido de que las aguas se habían tranquilizado. La vida seguía su curso. Nunca pasaba nada grave. Cosas de la política. Uno participa, va a marchas, canta, da discursos, vota. A veces recibe aplausos y a veces, palos.

Esta vez parecía algo más serio —de hecho involucraba por primera vez al Enano y a mí—, pero tampoco de gravedad. Ahora nos tocaba desaparecer a todos durante algunos días, al término de los cuales volveríamos a casa y a nuestras actividades y todo seguiría como antes, militar más, militar menos.

Lo que más me molestaba, la preocupación central de mis días, era la interrupción de lo cotidiano. Verme apartado a la fuerza de mis rutinas con Bertuccio. Verme apartado a la fuerza de mis cosas, que dejaban de estar a mano y a las que ya no podía utilizar cuando y como quisiera. Verme apartado a la fuerza de mi mundo chico, mis calles, mis vecinos, mi almacenero, mi kioskero, mi club. Verme apartado a la fuerza del universo de sensaciones a que estaba habituado: el perfume de mis sábanas, el suelo que sentía debajo de mis pies al levantarme, el sabor del agua de la canilla, los ruidos de la carpintería que se cuelan por el patio, la visión del cantero con las plantas de mamá, la superficie rugosa de la perilla de mi televisor.

La quinta podía funcionar como una improvisada vacación —ese primer fin de semana compartimos más tiempo con papá y mamá que en los meses precedentes—, pero era difícil olvidar que habíamos sido obligados a tomarlas. Una cosa es una vacación planeada, soñada, prevista. Otra muy distinta es verse obligado a correr y a permanecer en otro sitio, no importa cuán dorado, hasta que se descorra el velo y nos devuelvan nuestra vida.

Durante muchos años, mientras vivía en Kamchatka y me cuidaba de los osos salvajes, pensé que había atravesado el túnel de aquel invierno del 76 con los ojos vendados. Finalmente comprendí que papá y mamá iniciaron el trayecto casi tan ciegos como yo. Su opción política era clara y transparente y jamás renegaron de ella. Pero hasta el 24 de marzo de 1976, fecha del golpe militar, supieron a qué atenerse. Después ya no.

(La dictadura empezó un 24 de marzo. Houdini nació un 24 de marzo. El tiempo es raro y ocurre todo junto.)

El advenimiento de la dictadura cambió las reglas del juego. Todo lo que mis padres veían a su alrededor eran sombras. Se sabían buscados —sus compañeros de militancia lo estaban—, pero no sabían qué ocurría con los que caían en manos de la represión. Simplemente se desvanecían en el aire. Sus familiares reclamaban por ellos, pero en las comisarías, los cuarteles y los juzgados decían no saber nada al respecto. No existía una orden legal de captura, ni cargos formales en su contra. Y sus nombres no aparecían en ninguna lista de prisioneros. Una semana después de la detención del socio de papá, nadie sabía aún nada de su paradero.

Esos meses iniciales fueron los meses de la devastación. Mucha gente creyó que bastaba con retirarse de la actividad política para ser respetada. Fueron a buscarlos a sus casas. Cualquier lugar público era peligroso, bares y cines, restaurantes y teatros, porque las redadas no conocían límites y ocurrían a toda hora. Salir sin documentos era peligroso, porque la imposibilidad de identificarse resultaba causa suficiente para terminar en la comisaría. Pero salir con documentos lo era aún más, porque en ese caso ni siquiera se llegaba a la comisaría; el hombre era identificado, detenido y puf, se desvanecía en el aire.

Aquellos que pensaron que la represión iba a seguir pautas claras y reconocer límites se equivocaron también. En los primeros días de abril papá se encontró con un abogado amigo, Sinigaglia, que durante un café le dijo que —eso pensaba— a partir de entonces las cosas iban a tener que encarrilarse. Sinigaglia explicó que el respeto natural que los militares sienten por las formas y los estatutos los impulsaría a legalizar la represión, disolviendo los grupos parapoliciales y difundiendo públicamente las listas de detenidos. Papá pensó que lo que Sinigaglia decía tenía su lógica, pero aun así le aconsejó que no se hiciese ver por los Tribunales. Sinigaglia rechazó la idea de plano. Dijo que ya lo habían amenazado miles de veces, y que no renunciaría a la idea de defender presos políticos y presentar *habeas corpus*.

Me acuerdo bien de Sinigaglia. Un hombre alto, de pelo engominado y bien tirante, cuyo estilo anticuado en materia de trajes lo hacía parecer más viejo de lo que era. Me trataba siempre de pibe, qué hacés pibe, cómo andás pibe, y me revolvía el pelo, supongo que intrigado por la cabellera agresiva que tanto contrastaba con la suya.

Sinigaglia fue el primero en caer. Se lo llevaron en un auto sin placas identificatorias. Lo imagino sufriendo por el efecto de los empujones sobre su traje bien planchado y diciéndome qué barbaridad, pibe, por qué así, si no hay necesidad.

Después cayó Roberto, una mañana en que papá no había ido al estudio. De haber estado, se lo habrían llevado también. Ligia, su secretaria, le dijo a papá que los hombres que se llevaron a Roberto lo habían subido a un auto sin placas. Obligada a describir a esos hombres, Ligia dijo que eran maleducados. Al pobre doctor lo sacaron a empujones, como un vulgar delincuente, dijo Ligia, que también era de la vieja escuela.

Papá no quiso correr más riesgos. Esa misma mañana me fui del colegio, dejando

el misterio de la vida a media proyección.

Mamá se sentía más segura. La asociación gremial que lideraba en la universidad se definía como independiente. No sólo no era una agrupación peronista, sino que se había enfrentado con el peronismo en las elecciones. Protegida por la neutralidad de su tarea profesional, y dada como lo era a interpretarlo todo en términos de proposiciones razonables y hechos científicos, mamá creyó que atravesaría el chubasco sin mayores inconvenientes.

Pero todos los días le llegaba la misma clase de historias. Profesores y alumnos que se caían del mapa. De algunos se decía que los habían ido a buscar, siempre con el mismo *modus operandi*: gente vestida de civil, armada hasta los dientes, circulando en automóviles sin patente. Otros se esfumaban, simplemente, y nadie volvía a saber de ellos. Las listas de los que cursaban las materias se llenaban de ausentes.

En aquellos días de abril, las sombras comenzaban para papá y mamá en el límite preciso de la quinta. La imagen de la isla que mamá había propuesto como ayuda visual tomó vida propia y comenzó a perseguirla, como el Cristo de madera al aterrado Marcelino. Más allá de la quinta sólo había incertidumbre, aguas peligrosas y una bruma impenetrable. Querían hablar con cierta gente y descubrían que se la había tragado la tierra. Muchos teléfonos no respondían nunca a sus llamados. En otros respondían voces que lo negaban todo. La información se les volvió fragmentaria, imprecisa. Recibían evaluaciones de la situación que no podían compatibilizar con la realidad que creían ver. En medio de esta neblina, cada vez les costaba más saber qué hacer y a qué atenerse.

Por eso mamá volvió al trabajo. Quería tener al menos una línea abierta de conexión con lo que estaba pasando. Desde el laboratorio mamá podía hablar, preguntar, organizar reuniones, plantearse una modesta actividad política.

A los pocos días la ansiedad se impuso sobre papá, que decidió regresar también a sus tareas.

La pregunta era qué hacer con nosotros.

34. La variante Matilde

Un sábado fuimos con mamá a buscar a la abuela Matilde. La idea era que pasase con nosotros el fin de semana, y que el domingo por la noche la devolviésemos a su casa. Nosotros no lo sabíamos y la abuela tampoco, pero todo este movimiento era en sí mismo una misión secreta. Papá y mamá estaban poniéndonos a prueba. Querían saber si la abuela sobreviviría al prospecto de convivir con nosotros. Si hubiésemos sido informados de tales intenciones, habríamos hecho notar que nosotros corríamos tanto o más peligro al quedar en manos de la abuela.

La abuela Matilde es de esas personas que creen que su deber como padres caduca el día en que sus hijos se van de casa. Todas las fotos del casamiento de mamá la muestran exultante debajo de su sombrero, pero los fotografiados miran siempre a cámara y la abuela no, como si celebrase una fiesta aparte. A partir de entonces, la abuela se dedicó a viajar por el mundo y a jugar a la canasta con sus amigas y a participar de cuanto evento de caridad le pasase por delante.

Una vez leí una tira de Mafalda en la que Susanita, la nena que sólo piensa en casarse con un buen partido y formar una familia tradicional, cuenta una de sus visiones de futuro. Se imagina reuniéndose con otras señoras bien para tomar un rico té y masas finas y otras delicadezas, en una reunión de caridad cuyo objetivo es recolectar polenta, arroz «y esas porquerías que comen los pobres». Recuerdo que le mostré la tira a mamá y le dije mirá, la abuela Matilde de chiquita. Mamá hizo un jijijí con el cual manifestaba su acuerdo y se eximía de comentarios comprometedores y después siguió leyendo el diario. Pero más tarde, creyéndose sola, la oí repetir el jijijí mientras picaba cebolla, y hubo otro jijijí cuando ya se había encerrado en su habitación, e imagino que debe haber hecho jijijí hasta dormida.

La abuela no llamaba casi nunca. Sólo se aparecía por casa para nuestros cumpleaños. Su presencia nos ponía a todos levemente incómodos (esto incluye a papá, por supuesto), y en especial a los homenajeados, que nunca sabíamos cómo agradecer los pares de medias o calzoncillos o pañuelos que constituían la totalidad de su gama de regalos. Cada vez que nos tocaba a nosotros ir a su casa —por regla general, para su propio cumpleaños—, se la pasaba vigilándonos para que no abriéramos el piano ni alborotásemos las carpetitas ni pusiésemos los pies encima de los sillones Luis Nosecuánto.

La sola perspectiva de llevar a la abuela en el Citroën hacía que el largo viaje de ida y vuelta a la quinta valiese la pena. La abuela prefería tomarse un remís, pero mamá le había dicho que eso era imposible, que no podía darle la dirección de la quinta por razones de seguridad. La abuela se mosqueó, como era inevitable. No confiás en tu propia madre, protestó. Mamá le dijo que no se trataba de una cuestión de confianza, sino de cuidado: al negarle esa información estaba protegiéndola. Ante esa manifestación de amor filial cualquier persona hubiese capitulado, pero tratándose de la abuela Matilde, la batalla recién comenzaba. ¿Cómo no vas a confiar

en mi remisero, porfiaba, si es el mismo que me lleva a todas partes?

La abuela olía a cremas asquerosas y a *spray* para fijar el pelo. Los potes de crema y el enorme tubo negro de *spray* eran infaltables en su cartera. (Esta información se la debo al Enano.) Cuando mamá le propuso que se colocase una vincha sobre los ojos y unos anteojos negros encima de la vincha para disimular, la abuela puso el grito en el cielo. ¿Cómo iba a arruinar un perfecto peinado de peluquería para cuya realización, además, se había levantado a las ocho de la mañana de un sábado? (La abuela es de las que se peinan de peluquería hasta para ir a una quinta.) Mamá le dijo que entonces debería viajar agachada, el pecho contra las piernas y la cabeza entre las rodillas. La abuela aceptó de inmediato porque creyó que así preservaría su peinado. Pero el Enano y yo sabíamos más y mejor.

Seguro que en Houston, cuando entrenan a los astronautas para que se habitúen a los cambios gravitacionales, la NASA utiliza un viejo Citroën. La combinación entre la peculiar suspensión del auto y los muelles de los asientos somete al cuerpo a una serie de fuerzas contradictorias, muy similar, imagino, a la que se siente al atravesar zonas grávidas e ingrávidas y otra vez grávidas en cuestión de minutos. Y si al mando del Citroën hay un conductor brusco —como mamá, por ejemplo—, el efecto se multiplica por mil.

La abuela tenía que viajar durante una hora contemplando sus zapatos desde un primer plano, balanceándose en todas direcciones y rebotando sobre sí misma cada vez que mamá frenaba. Más de lo que cualquier marinero puede soportar. El Enano y yo nos reíamos ante cada maniobra bestial de mamá, en especial si la abuela estaba hablando en ese instante, porque entonces la voz se le estrangulaba como si alguien le estuviese saltando sobre el estómago y parecía el Gallo Claudio.

Pero nuestras risas eran contenidas; esperábamos el instante que no podía demorar. Y llegó en plena ruta, con un semáforo que no se había puesto rojo y un camión que salió al cruce adelantándose a su verde. Mamá clavó los frenos y la abuela se aplastó el peinado contra la guantera.

La vida es injusta, pero tiene sus momentos.

35. El experimento fracasa

La abuela Matilde no había nacido para el contacto con la naturaleza. Una vez en la quinta, sólo salió al parque cuando llegó el momento de volver a su casa. Le molestaban las moscas y las hormigas. Le molestaba caminar con tacos sobre el pasto. Le molestaba el sol, que le arruinaba el cutis. Le molestaban los sapos, cuyo solo croar le producía escalofríos. Y la pileta le parecía el Ganges, oscura de cenizas y de muertos.

Adentro no estaba mucho mejor. La abuela decía que el *living* parecía una feria americana, muebles de descarte en venta al mejor postor. Esta es una casa de gitanos, mascullaba cuando quería expresar el grado superlativo de su disgusto.

Pero papá y mamá estaban decididos a hacer que el experimento funcionase. Por lo pronto, papá cedió a la abuela su lugar en la cama grande y se vino a dormir con nosotros, lo cual nos encantaba pero fue toda una experiencia para mamá. Compartir la cama con la abuela encremada debe ser igual a dormir abrazado a una horma de queso provolone.

Para peor la abuela no pisó la cocina en ningún momento, porque se consideraba invitada y la cocina es territorio de los anfitriones. Eso no le impedía hacer comentarios sobre los platos que mamá ponía en la mesa. En esos momentos, la dinámica habitual de las cenas se alteraba por completo. Por lo habitual, mamá servía y papá daba cuenta de los primeros bocados abnegadamente, como corresponde a un buen marido; yo hacía resistencia pasiva y el Enano tragaba como el hipopótamo de Pumper Nic. Pero la presencia de la abuela lo trastocaba todo, y generaba situaciones como esta:

«¿Qué es esto?», preguntaba la abuela, hurgando con el tenedor en su plato de guiso marrón.

«Esto es gulasch», decía mamá, un ligero temblor en la voz.

«Gulasch es una comida húngara», me explicaba papá, y ahí de sobrepique la abuela me acorralaba:

«¿Sabés que significa gulasch en húngaro?»

«No, abuela.»

«¡Sobras recalentadas!»

Porque la abuela usaba cremas hediondas y abusaba del *spray* y era pituca y desaprensiva, pero también era inteligente y culta y utilizaba su lengua como un látigo de cinco colas; nunca lastimaba en un solo lugar.

Papá y mamá hicieron lo imposible para evitar el desastre. Cuando el conflicto se aproximaba al estallido, por ejemplo al adueñarse la abuela del televisor y privarnos así de las series, los dibujitos y los Sábados de Superacción, papá y mamá trataron de compensarnos para preservar el precario equilibrio. Hubo rápidas, inmeditadas ofertas de partidas de TEG, revistas nuevas, salidas al cine y juegos submarinos. Todo aquello que podía cobrarse de inmediato fue cobrado, y el resto les quedó en la

columna del debe. Pero al caer el sol del sábado, papá y mamá ya habían agotado todo su crédito. No podían ofrecernos más nada de lo que había en la quinta, y ya comenzábamos a sospechar que buena parte de lo concedido sería incobrable.

Entonces vino la cena, y con ella el gulasch.

Poco después sonó el silbato que indicaba el comienzo del entretiempo. El equipo local se retiró a vestuarios con dos goles en su contra y la sensación de un desastre inminente.

Le dijimos buenas noches a mamá casi con culpa. La estábamos entregando a los leones. Y a los provolones.

Siempre supimos que mamá y la abuela Matilde no se llevaban bien. Pero nunca las habíamos visto juntas durante muchas horas. En los cumpleaños siempre había distracciones, al menos para nosotros. Ese fin de semana fue revelador al respecto. La sobredosis de Matilde no dejó lugar a dudas.

Contra todo lo que habíamos creído, mamá también tenía su kriptonita.

36. Monstruos

Tardamos mucho en dormirnos. Con papá en nuestra habitación y el Enano y yo constreñidos en la misma cama y mamá en garras de la abuela Matilde, la cosa no estaba para relajarse. A oscuras y todo, los ánimos volaban.

«La abuela es insoportable», dije yo.

«¿Te parece?», preguntó papá, que todavía soñaba.

«La abuela tiene la cartera llena de cremas», dijo el Enano. «La abuela se echa Flit en el pelo.»

«¿Y si esperamos que se duerma y la traemos a mamá para acá?», pregunté.

«¿Vos te meterías en la guarida del monstruo?», dijo papá.

«¡Los monstruos no existen!», gritó el Enano, y se arrugó como una pasa a mis espaldas.

«Hay monstruos que me gustan», dije yo. «Frankenstein me da ternura. El Drácula de las películas viejas es cómico. Pero la Momia me da miedo.»

«¿La de Boris Karloff?»

«La de *Titanes en el ring*. Ana me llevó a ver la película y a la noche dormí con la luz prendida.»

«¡Prendan la luz!», reclamó el Enano.

«Una vez, cuando estábamos en Santa Rosa de Calamuchita, pensé que me había mordido un vampiro», dije yo. «¿No te acordás que te fui a despertar?»

«La verdad que no.»

«Descubrí que tenía algo raro en el cuello, como dos picaduras, una al lado de la otra. La casa estaba a oscuras, todos dormían, se oía el viento...»

«¡Prendan la luz!»

«Y yo te fui a sacudir, papá, papá, me parece que me mordió un vampiro...»

Papá se mataba de risa.

«¡Y no me diste ni bola! ¡Mirá si era cierto!»

«¡Los monstruos no existen!»

«Los monstruos sí existen», dijo papá. «Pero en general no tienen colmillos ni tornillos en el cuello. Monstruo no es el que parece monstruo, sino el que actúa como un monstruo.»

«López Rega», dije yo.

«Por ejemplo.»

«La morsa Onganía.»

«Ese es otro.»

«Y la abuela Matilde.»

«Epa. Hay que matizar un poco.»

«¡La abuela es buena!», protestó el Enano.

«Hay monstruos de primera división y monstruos de las inferiores», dijo papá.

«¡Pero trata mal a mamá!», argumenté.

«Lo cual no significa que no la quiera.»

«Uno no puede querer a una persona y tratarla mal.»

«Estás equivocado. Hay mucha gente que trata mal a las personas que más quiere.»

«Esa gente está loca.»

«¡La abuela no está loca!», dijo el Enano.

«Yo sé que suena ilógico, pero es así», dijo papá. «Hay gente que intenta controlar a los que ama, o hacerlos sentir inseguros de su amor, o inferiores, o indignos. Hacen mucho daño, pero son pobre gente. Tienen miedo de que los abandonen, de que no los quieran.»

«¿La abuela tiene miedo de que mamá la abandone?»

«En algún sentido.»

«Entonces la abuela no la conoce a mamá.»

«En eso estamos de acuerdo.»

«¡La abuela conoce a mamá, estúpido!», gritó el Enano. «¡Si la tuvo adentro!»

Le pregunté a papá por la vida de la abuela Matilde (por lo general uno cree que los abuelos siempre fueron así de viejos) y algo me contó. Lo que entonces me dijo, sumado a lo que averigüé cuando ya vivía en Kamchatka, es lo que refiero a continuación.

37. La Dama de Hielo

Todas las historias coinciden en su esencia: que la abuela Matilde no fue madre de mamá.

No estoy negando aquí su condición de madre biológica. Como el Enano lo subrayara, mamá había estado adentro de la abuela, y ese era todo el currículo requerido para hacerla merecedora del diploma acreditante. Pero las historias apuntan a una distinción más fina. Una mujer puede concebir, gestar, parir, alimentar a un niño; puede proveerlo de vestimentas, asegurarle una educación y asistir a sus fiestas escolares; puede solventar su universidad, garantizarle un techo y acompañarlo hasta el altar que marca el inicio de su vida de adulto. La mayoría de las mujeres que así se despliegan serán en efecto madres con todas las letras. Existe, sin embargo, la posibilidad de que alguien cumpla con todos los requisitos sin demostrar convicción. Alguien que respete las formas por amor a las formas, pero sin la pasión que consideramos inseparable de la tarea.

Mi abuelo fue un hombre tímido y diligente, opacado por el histrionismo de mi abuela y consumido por la necesidad de satisfacer sus demandas. Todo indica que vivió para hacer dinero. Cuando hizo mucho, quiso retirarse y disfrutarlo, pero mi abuela no lo dejó; le parecía un gesto irresponsable.

Si sentía afecto por su esposa, debe haberlo reprimido, porque mi abuela no creía que el afecto formase parte de la ecuación matrimonial. Y el amor por su hija lo vertió con cuentagotas, siempre a espaldas de la abuela, que criticaba toda efusión por considerarla de mal gusto y contraproducente para la buena educación. Mi abuelo murió a los 48 años, cuando mamá tenía 17. Era joven, todavía, pero la combinación de mucho trabajo y poco amor suele ser tóxica. Cuando su cuerpo dijo basta tenía un par de negocios prósperos —una concesionaria de Chrysler, un garaje— y abultadas cuentas en varios bancos. Mi abuela consideró que el abuelo había cumplido con su parte del trato y siguió adelante con su vida.

De allí en más fue la principal ausente en su propia casa. Viajaba mucho, por lo general a Europa. Cuando estaba en Buenos Aires salía todos los días, a tomar el té, al teatro, a jugar canasta o a ser cortejada por una larga lista de pretendientes, varios de los cuales tenían edad para ser novios de mamá. La abuela no hizo esfuerzo alguno por ocultarlos. La pasaban a buscar por la casa, o tocaban el timbre para regalarle flores, bombones, collares. Mamá les abrió la puerta varias veces y finalmente renunció a hacerlo; de allí en más, la puerta pasó a ser responsabilidad exclusiva de Mary, la señora de la limpieza.

La abuela era demasiado lista para no advertir que muchos veían en ella tan sólo una presa valiosa —propiedades, negocios, cuentas bancarias—, por lo que nunca aceptó una nueva propuesta matrimonial. Pero no era lo suficientemente sensible para comprender cuánto perturbaba a mamá la juventud de sus novios. Ya habían discutido sobre la tendencia de la abuela a hacer entradas teatrales, vestida con modelos

copiados de Brigitte Bardot o Claudia Cardinale, cada vez que mamá llevaba amigos a casa. Aquel enfrentamiento fue sonoro e inútil. La abuela defendió su derecho a vestirse como quisiera, andar por donde quisiera y salir con quien quisiera. Creyó que mamá le planteaba una competencia que no estaba dispuesta a perder. Lo único que mamá reclamaba era una madre.

A partir de entonces, mamá creyó que el matrimonio era su única escapatoria. El novio legendario con quien se comprometió era parco y desabrido, casi cortado para no suscitar en la abuela ansia alguna de seducción. Pero entonces apareció papá, que la hizo reír, la escuchó atentamente y la amó en vez de juzgarla, y mamá supo que había dado con mucho más que un escape.

Según papá, mamá fue un manojo de nervios durante los días previos a esa velada de presentación en familia. A lo largo de la cena, papá se negó a llamar Mati a la abuela, tal como ella pretendía, e insistió en llamarla señora. La abuela pareció picada por el apelativo que le recordaba su condición y su edad, pero no pudo oponerse a la bendición calurosa que el resto de la familia derramó sobre la frente de papá. A excepción de la abuela, todos habían percibido cuán feliz era mamá en su compañía.

Sé que este retrato de la abuela Matilde no le hace favores. Pero ella es más que el monstruo que yo sospechaba; es el personaje más triste de esta historia. Quizá sea este el momento para decir que aunque no la hayan reconocido en el listado de sus miserias, de todas formas la conocen. Han sabido de ella, leído de ella, la han visto en la televisión y aplaudido su lucha. Yo mismo no la reconocería, si no fuese porque asistí a su transformación y la vi envejecer y llenarse de luz. Fue ella, en Kamchatka, quien me contó buena parte de la historia que acabo de referirles. Mi abuela, la que decía que como no pudo ser madre de mi madre, fue entonces su hija y como tal parida por ella. Mi abuela, la que decía que mamá le había salvado la vida.

Y conste que no se refería al domingo en que el Enano estuvo a punto de matarla.

38. La sorpresa mortal

Hacia el mediodía del domingo papá y mamá ya se habían dado por vencidos. Estaba claro que la abuela no aceptaría ni loca quedarse en esa quinta que le parecía tan inhóspita como la selva amazónica. Y no imaginaban tampoco que nos aceptase en su casa llena de jarrones, animalitos de cristal y alfombras impolutas. En lo que hacía al Enano y a mí, aun en la ignorancia de sus designios, nuestra opinión sobre la abuela Matilde fue inequívoca. Sólo nos reunimos con los adultos para comer. El resto del día nos mantuvimos a la mayor de las distancias posibles.

Hubo una cena ligera, después de la cual papá llevaría a la abuela a su casa. Recuerdo una conversación sobre el estado general de las cosas, que me sorprendió porque la abuela parecía ser la dueña de las opiniones más extremas. Si fuese por ella, dijo, habría que disolver los ejércitos, linchar a los usureros y redistribuir equitativamente las riquezas del país (esa era la abuela de entonces, decidida a dar la nota en el contexto que fuere: tenía que ser la más anarquista, la más encantadora, la más joven, la más frívola), sólo que en ese caso habría que prescindir del champán y, en fin, el champán es tan rico...

El Enano, que se había levantado antes de la mesa, me dijo al oído que el Antitrampolín seguía sin dar resultados; había visto otro sapo flotando en la pileta. Contrariado, pedí permiso para retirarme y me fue denegado. Mamá quiso que la ayudase a retirar los platos —cosa que la abuela bien podría haber hecho, si hubiese sido entonces otra abuela—, al cabo de lo cual me había olvidado de los sapos y comenzaron las despedidas y la abuela repartió besos con olor a crema y preguntó por su cartera y el Enano, un prodigio de urbanidad, le dijo te la traigo yo.

Ya había dejado de oír el motor del Citroën cuando fui a la pileta y no vi nada. Me fijé bien, recorriéndola con la red y todo. No había ningún sapo. Llamé al Enano para decirle que se había equivocado y me dijo que no, que el sapo estaba muerto y que él mismo había rescatado el cadáver de entre las aguas.

«¿Dónde lo pusiste? Vamos a enterrarlo.»

«No se puede.»

«¿Por qué?»

«Porque ya se fue.»

«¿Ya lo enterraste?»

«Lo guardé.»

«¿Cómo que lo guardaste?»

Y entonces me explicó.

Mamá lavaba los platos con extrema lentitud, las manos hundidas en el agua tibia, como si la convivencia con la abuela le hubiese robado toda su energía. Cuando me descubrió en la cocina pidió que la ayudase a secar, así hacíamos un poco más rápido. Yo le dije que sí, que cómo no, pero antes tenía que contarle algo. Algo urgente.

«El Enano le hizo una broma a la abuela», le dije.

«Hay que tener coraje.»

«¿Viste que cada tanto se muere un sapo adentro de la pileta?»

Todavía dándome la espalda, mamá dejó de refregar.

El Enano espiaba desde la puerta, más afuera que adentro, conservando las distancias.

«¿Qué hizo con el sapo?», preguntó mamá, en un tono de voz que anticipaba la Mirada de Hielo.

«Lo metió en la cartera de la abuela. Recién. ¡Se lo acaba de llevar!»

Mamá dio media vuelta para enfrentarnos. Sentí a mis espaldas el respingo del Enano, que se llevó flor de susto.

Nos miró durante un instante, a él, a mí, otra vez a él, otra vez a mí, y se echó a reír a carcajadas.

«¡Se va a morir de un infarto!», decía mamá, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas arreboladas por el vapor.

Yo suspiré, aliviado. El Enano también sintió que se le levantaba la condena y se dejó ver entero en el umbral, haciendo esa danza ridícula que le salía cuando se creía el tipo más canchero del universo.

«Se va a morir de un infarto», repetía mamá mientras se secaba la cara con el repasador.

Y en ese momento comprendió la verdadera dimensión de sus palabras. Pensó en la hipertensión de la abuela, en el gulasch aceitoso, en su fobia por todos los bichos. Pensó que la abuela siempre llevaba las llaves de su casa en el abrigo y no en la cartera, por lo cual era más que probable que no la abriese hasta que, ya estando sola, necesitase de sus cremas. Pensó que la expresión se va a morir de un infarto podía convertirse en algo más que en un colorido sinónimo de la sorpresa; podía ser una profecía.

Cuando salió disparada hacia el *living* el Enano interpretó que iba por su cabeza y emprendió la fuga.

Mamá empezó a llamar por teléfono constantemente, discaba y cortaba, discaba y cortaba. Tenía la esperanza de que la abuela oyese sonar el teléfono apenas entrase a la casa, y que levantase el tubo antes de meter mano en la cartera.

El Enano no estaba por ninguna parte.

Mucho después lo descubrí en los confines de la quinta, entre un árbol y la alambrada, respirando agitado. Y no quiso moverse de allí hasta que mamá fue por él con bandera blanca y la expresa promesa de concederle vida por segunda vez en su corta historia.

39. Emergencias

El hospital estaba a pocas cuadras de la casa de la abuela, un edificio viejo pero bien cuidado que se alzaba en una esquina, pero en realidad no era un hospital. Según papá, se trataba de un sanatorio.

«En un hospital atienden a todo el mundo de manera gratuita», dijo papá, el aliento entrecortado, mientras atravesábamos la puerta principal y subíamos los escalones de dos en dos y de tres en tres. «Esto es un sanatorio. Los sanatorios no son públicos, sino privados. Acá, por ponerte una curita te arrancan la cabeza.»

Una expresión que habría hecho las delicias del Enano, si no se hubiese dormido en brazos de papá.

La sala de emergencias estaba a mano izquierda. Más que sala parecía un pasillo abarrotado. Había gente esperando su turno —recuerdo un hombre de camisa gris que tenía la mano envuelta en un repasador lleno de sangre—, soportes metálicos para el suero que dificultaban el paso, cajas de suministros, artefactos de uso desconocido y enfermeras gordas que iban y venían con cara de pocos amigos.

La abuela estaba al fondo, echada sobre una camilla. Tenía la blusa abierta al pecho, descubriendo el corpiño; una visión obscena. Estaba conectada a una línea de suero y a una serie de aparatos que emitían sonidos regulares y señales de colores. Además le habían colocado una sonda nasal. Supongo que la intención era que respirase por allí, pero la abuela respiraba por la boca abierta, casi jadeando.

Algo le había ocurrido a su peinado. Conservaba las formas, su volumen, su brillo artificial, y sin embargo se veía fuera de lugar, como si la parte superior de su cráneo hubiese girado unos pocos grados, ocultando por completo una oreja y desnudando la otra.

«¿Qué hacen acá?», dijo la abuela cuando nos vio llegar.

Yo di media vuelta y apunté a la salida, pero papá me agarró por el cuello y me acercó a su cuerpo.

Mamá pasó por alto la pregunta intimidatoria y tomó la mano de la abuela.

«¿Qué te dijo el médico?»

«Pavadas, como todos los médicos. Quédese tranquila, señora. Su estado es estable, señora. No sabremos nada hasta que sepamos algo, señora. No sé por qué no me ponen un marcapasos. ¡Y me dejan salir de una vez!»

La reconstrucción de los hechos podría ser la siguiente: papá llevó a la abuela hasta la puerta de su casa, se quedó en la calle hasta que la vio entrar y enderezó la proa del Citroën para volver a la quinta. La abuela entró por la puerta del garaje, llegó a la cocina con la idea de prepararse un té con miel y oyó sonar el teléfono en el otro extremo de la casa. Se preguntó quién podía ser a esas horas. Como todavía tenía su cartera colgada del hombro, decidió quitarse las pestañas postizas mientras caminaba hacia su habitación. Su intención era despegárselas y guardarlas en su estuche.

El estuche estaba dentro de la cartera.

Cuando mamá discó por enésima vez y empezó a darle ocupado, supo que algo había pasado. Probó suerte unas veces más y después nos obligó a ir a la tranquera, para que le avisásemos apenas se oyese en la distancia el rezongar del Citroën. Al llegar papá, lo obligó a cederle el volante, nos cargó como bolsas de papas y salió disparada rumbo a lo de la abuela.

Por fortuna era domingo a la medianoche y la ruta no estaba atestada. Sobre las características del viaje, baste decir que en un momento creí que la carrocería iba a desprenderse y que seguiríamos viaje montados sobre el chasis desnudo.

Mamá tenía una copia de las llaves de la abuela. Entró en la casa como una estampida, vio las luces encendidas, la cartera en el piso, el teléfono descolgado y el arma criminal, tesa y verde sobre la alfombra. Como de la abuela no había ni rastros supuso que había salido de allí por sus propios medios, y decidió jugarse una carta yendo al sanatorio privado del que la abuela era socia desde los tiempos del abuelo.

Según Néstor, el «remisero de confianza» sobre cuyas virtudes tanto se había hablado, la abuela lo llamó por teléfono y le explicó la situación en dos segundos. (Cuando terminó de hablar la abuela no pudo o no se molestó por colgar; de allí el permanente tono de ocupado.) Néstor actuó con la mayor celeridad. Al llegar a la casa, la abuela ya lo esperaba en la puerta. La ayudó a caminar hasta la recepción del sanatorio, sobre cuyo mostrador la abuela empezó a golpear mientras, con su talante de siempre, decía a ver si alguien se mueve, che, que tengo un infarto.

No fue tan grave, pero el susto existió. Y la abuela quedó en observación, tumbada sobre la camilla, en espera del resultado de sus análisis.

Mamá le dio a papá las llaves de la casa y le pidió que fuese a apagar las luces y poner algo de orden. La orden fue tácita, pero papá comprendió: mamá quería que se hiciese cargo del arma criminal, para que la abuela no se la topase otra vez a su regreso. Así que hacia allí partió con el Enano todavía en brazos, que seguía dormido o fingiendo el sueño para escapar de las iras de sus mayores.

«¿Por qué no se van todos?», preguntó la abuela. «Ya le mandé a avisar a Luisa. Tiene que llegar en cualquier momento. La verdad que prefiero. La quinta esa queda lejos, y entre que llegan...»

«Yo de acá no me voy. ¿Con vos en estas condiciones? Ni loca», dijo mamá, tajante. «¿Cuál es el médico que te atendió?»

«Ese con cara de lavativa», dijo la abuela.

Mamá se fue a hablar con él y yo me quedé con la abuela.

Si no me equivoco, esa fue la primera vez que la abuela y yo estuvimos solos, cara a cara, el uno con el otro. No era la más propicia de las ocasiones. El ambiente me resultaba agresivo. Había mucho olor a desinfectante y a sudor reseco sobre la ropa. Todos los ruidos eran metálicos, de instrumental cayendo sobre cubetas; sentado sobre otra camilla, el hombre del repasador recibía puntos en su mano. Y la batalla que la abuela perdía a todas luces me perturbaba también. Allí tumbada, a medio vestir y con la sonda alterándole los rasgos, la dignidad que era su corona se

desprendía de ella a toda velocidad, como si se desangrara.

«Sos tan serio», me dijo entre jadeos. «Tu madre también era. Así, seria. Te miraba como. Si te juzgara. La conciencia del mundo. Qué chica. Ser serio no sirve. De nada. Te arrugás. Sos de pensar mucho. ¿No? Ahora estás pensando. Que me volví loca. Puede ser. Andá a saber qué me están. Metiendo por la nariz. Oxígeno puro. Tengo burbujas. En la cabeza. ¡Champán!»

La abuela trató de reír, pero casi se ahoga.

«Vos conocés mi casa», dijo, boqueando.

Por supuesto que la conocía.

«¿Pero sabés llegar? ¿La dirección? ¿Sabés?»

Sabía la dirección y sabía llegar.

«Bien. Cualquier cosa. Ya sabés. Yo voy a estar. Cuando me saquen. Todos estos cables. Voy a estar. Cualquier cosa. Te espero.»

Yo asentí como un muñeco, enfático. Quería que la abuela dejase de hablar. Tenía miedo de que se ahogara. Mamá y el médico no estaban allí. Habían salido. La responsabilidad era toda mía.

«¿Te puedo decir algo? ¿Que nunca te dije?», preguntó la abuela.

Levantó una mano para acomodarme el pelo. Una mano que tenía conectada a una cánula.

«Te quiero mucho», dijo.

Ese fue mi primer encuentro con la abuela, provocado por el humor del Enano, el monstruo de la cartera y la sobredosis de oxígeno en la sangre.

Cuando nos volvimos a ver, yo ya estaba en Kamchatka.

Recreo

*Estoy muy solo y triste acá en este mundo abandonado.
Tengo una idea, es la de irme al lugar que yo más quiera.*

TANGUITO, *La balsa*

Words support like bone.

PETER GABRIEL, *Mercy Street*

Tercera hora: Lenguaje

m. Facultad de emplear sonidos articulados para expresarse, propia del hombre: «La invención del lenguaje». / Habla.

2. Idioma.

40. Entra Lucas

Lucas llegó una tarde, en el Citroën que manejaba mamá. Lo esperábamos. O mejor dicho: estábamos preparados para él. En los días previos a su arribo, el Enano y yo habíamos convertido la quinta en una fortaleza destinada a resistir su invasión.

Mamá había anunciado su llegada un par de días atrás. Va a venir un chico, me dijo, así, de sopetón. A quedarse con nosotros.

«¿Lo van a adoptar?»

«No, ganso. Es por unos días, nada más. Necesita un lugar donde quedarse.»

Pero yo no le creí. La información provenía de la misma persona que pretendió que la visita de la abuela Matilde era puramente social, cuando se trataba de un plan avieso abortado, entre otras causas, por la providencial aparición de un sapo kamikaze. ¿Quién me aseguraba que no fuese una nueva treta, que mamá y papá no tratarían de que nos habituásemos a la presencia del intruso para después confesarnos su carácter de nuevo hijo permanente? La aparición de este «chico» insinuaba que no estaban satisfechos con nosotros. No les bastábamos. No dábamos la talla. Necesitaban más. ¿Entendés, Enano? Seguro que es rubio, vas a ver. Debe ser un chico modosito, que todo lo pide por favor y todo lo agradece. ¿Cuánto a que no se mea en la cama?

El Enano me juró lealtad eterna y se prestó para la ofensiva.

Lo primero que hicimos fue barricar nuestra habitación. El objetivo era impedir la ocupación por parte del intruso: si mamá y papá querían un hijo nuevo, que se lo llevaran a su cuarto. Nosotros fabricamos cartelones para que no cupiesen dudas sobre la titularidad de las cosas. Guarida de Harry y El Santo, decía el cartelón de la puerta. Los cabezales de nuestras camas también llevaban anuncio. Y el placard, en la puerta de afuera. Por las dudas, adentro también habíamos dividido el espacio en dos, mitad para mí y mitad para el Enano. (No es que tuviésemos nada que guardar, pero nunca se sabe.) El cajón de la mesita de luz fue clausurado con pedacitos de cinta scotch, lo cual también nos impedía abrirlo a nosotros pero valía la pena como mensaje. El Enano ató su Goofy a la cama con un piolín, y todavía inseguro me pidió un cartel para pegarle encima. El último cartel lo colocamos sobre el mosquitero de la ventana, mirando hacia afuera. *Beware of the dog*, decía, como en los dibujitos de la Warner. Debajo de las letras pegamos la imagen del único perro que teníamos a mano: Kripto, la mascota de Superman, que no se veía muy salvaje pero tenía poderes. En caso de emergencia, el Enano y yo acordamos meternos debajo de la cama y ladrar, para insinuar la verdadera existencia de un perro guardián. Lo ensayamos un par de veces y todo. El Enano sonaba como el cachorrito que era.

Las preparaciones se extendieron al exterior de la casa. Quitamos las cruces armadas con palitos de helado Laponia que marcaban el sitio donde estaban enterrados los sapos; quién sabe si el intruso no era, además, un profanador de tumbas. Y en lo que hacía al Antitrampolín, pensábamos decir que ya estaba ahí a

nuestra llegada y que no sabíamos para qué servía. Teníamos que desviar su atención de la piscina. Nuestro proyecto de salvataje, destinado al desarrollo de nuevas generaciones de sapos inteligentes, era demasiado importante para ser puesto en riesgo. En caso de interrogatorio, no debíamos entregar más información que la indispensable: nombre, rango y número de serie. Vicente, Simón. Espía internacional. Número 007. (Era el único que al Enano se le facilitaba recordar.)

Toda esta actividad iba en contra de mis promesas a mamá. Cuando anunció la llegada del chico, me pidió que la ayudase a manejar el tema con el Enano. Vos sabés cómo es, cuánto lo alteran las cosas raras y nuevas. La verdad es que la está llevando bastante bien, pobre gordo. ¿No te parece? Yo asentí, mientras pensaba que el Enano había vuelto a mearse en la cama y pedido que no lo delatase. Y para rematarla, mamá me disparó a quemarropa con la Sonrisa Desintegradora. ¿Cómo podía negarme? Por eso no sentí remordimiento al romper la promesa: había sido arrancada bajo coacción.

Cuando Lucas llegó, todos nuestros planes se revelaron inútiles.

Yo esperaba dentro del depósito de herramientas, desde el que se podía vigilar el sitio en que estacionaban el Citroën (entre los limoneros, ocultándolo de la vista) sin descubrir mi presencia. Apostado en la entrada, el Enano debía alertarme de la llegada y después encerrarse en la habitación hasta que yo golpease la puerta, tres golpes rápidos, dos golpes lentos: nuestra contraseña. Habíamos acopiado vituallas para resistir allí dentro lo que fuese necesario: fiambre, galletitas, queso y por supuesto leche y Nesquik.

Todo salió mal desde el principio. El Enano se cansó de esperar en su puesto y entró en la casa a ver la tele. Mamá escondió el auto entre los limoneros y yo, en vez de espiar al enemigo y escabullirme rumbo a la casa, me quedé dentro del depósito, boquiabierto, hasta que oí que me llamaban a los gritos.

Lucas era el chico más grande del mundo.

41. Casa tomada

Vestía como cualquiera de mis amigos: *jeans*, zapatillas Flecha y una remera naranja buenísima, con una moto sobre el pecho y la leyenda Jawa CZ, pero *extra large*. Lucas era un gigante. Medía un metro ochenta y pico, lo cual lo hacía bastante más alto que papá y mamá. Llevaba consigo un bolso celeste que decía Japan Air Lines y una bolsa de dormir. Flaco flaquísimo, tenía piernas y brazos tan largos como los de las arañas que yo había soñado para la casa misteriosa. Parecía que lo habían estirado en un potro de tortura antes de venir y que todavía no se había acostumbrado a sus nuevas dimensiones, porque caminaba como si le hubiesen colocado resortes en la planta de los pies. Y tenía tres o cuatro pelos muy negros y solos y ridículos en la barbilla. Era como Shaggy, el de *Scooby-Doo*, pero siniestro. Shaggy poseído por un espíritu maligno, víctima del vudú; Shaggy dispuesto a comerse tus ojos y a sorberte el cerebro a través de la cuenca vacía.

No tuve más remedio que acudir al llamado de mamá. Cuando llegué, la mayor parte de las presentaciones ya habían sido hechas. Todos sonreían salvo el Enano, que a gatas llegaba al muslo de Lucas y me miraba con cara de y ahora qué hacemos.

«Este es Harry», dijo papá.

Lucas me tendió la mano y dijo que mi nombre le parecía buenísimo. Todos los poseídos tratan de hacerse los simpáticos. Respondí el saludo, para que creyese que había caído en su trampa.

«Te presento a Lucas», dijo mamá.

«¿Lucas qué?», preguntó el Enano.

Hubo un intercambio de miradas entre papá, mamá y Lucas, al cabo del cual este último dijo:

«Lucas, nomás.»

Después de lo cual papá invitó a Lucas a acompañarlo, así le mostraba la quinta toda.

El Enano quería formar parte de la expedición, pero lo contuve con un gesto. Dejamos irse a los mayores y nos metimos en la casa, corriendo contra el tiempo.

En cuestión de segundos arrancamos todos los carteles. El Enano no entendía muy bien la razón, pero fiel a su juramento de obediencia acató mis ordenes sin chistar, mientras yo trataba de explicarle lo inexplicable.

Habíamos sido engañados. Lucas no era un chico. Era un grande disfrazado de chico, un simulador, un guardián que habían contratado para vigilarnos cuando papá y mamá se fuesen de allí. Si no hubiese habido atentado contra la vida de la abuela Matilde, por lo menos nos habríamos quedado con ella y sabido a qué atenernos. Pero ahora estábamos a merced de un desconocido. Un desconocido de piernas de resorte y brazos de alambre. ¿Habíamos visto alguna vez a alguien que se moviese de esa forma? Esa forma de andar no era humana. Peor: imitaba lo humano. Lo cual nos dejaba *ad portas* del misterio que debíamos resolver. ¿Era Lucas lo que pretendía ser,

lo que papá y mamá decían que era? ¿O era en verdad un emisario de lo oscuro decidido a esclavizarnos, nuestro Invasor personal?

Reducido al silencio por el peso de la duda, el Enano me entregó los carteles que había arrancado y se puso a jugar con el Goofy. Lo arrojaba hacia el otro extremo de la habitación. Le gustaba el ruido que hacía el piolín que todavía lo ataba a la cama, cuando llegaba a su tensión máxima y detenía en seco a Goofy en pleno vuelo. Pero a mí no me engañaba. El juego no lograba disimular su nerviosismo.

Cuando quise darme cuenta, mamá y Lucas estaban en el umbral del cuarto.

«Lucas va a dormir acá, con ustedes», anunció.

Estrujé en mis manos los bollos de papel de los carteles.

«Puedo dormir en el comedor, si querés», le dijo Lucas a mamá, percibiendo nuestra incomodidad.

«De ninguna manera. En el comedor entra un chiflete que ni te cuento», dijo mamá, y salió de la habitación como si nada.

Fue un instante que duró siglos. (El tiempo ocurre todo junto, creo yo.) El Enano abrazaba al Goofy, Lucas abrazaba su bolsa de dormir y yo estrujaba los papeles. Estábamos jugando a las estatuas, sin siquiera habérselo propuesto.

Fue el Enano quien rompió el hielo. Su cabecita determinó cuál era la única forma de sacarse la duda y la puso en práctica de inmediato. Dejó el Goofy sobre la cama, levantó las manos a la altura de su cara y flexionó los meñiques una y otra vez.

Lucas creyó que se trataba de un saludo. Dejó caer la bolsa al suelo e imitó el gesto del Enano, doblando también sus meñiques.

«Hola, Simón Vicente.»

«Hola, Lucas Nomás. ¿Sabés hacer Nesquik? Vení que te enseño.»

Y salió rumbo a la cocina, con Lucas a la zaga.

En apenas segundos, el Enano comprobó que Lucas no era uno de los Invasores y lo sumó al bando de la humanidad.

Yo no era tan crédulo. Sabía que existían muchas clases de invasores.

Arrojé al aire los papeles en un arranque de furia y me escondí adentro del placard.

42. Elogio de la palabra

Al principio, las palabras sirvieron para nombrar lo que ya existía. Madre. Padre. Agua. Frío. En casi todos los idiomas, las palabras que definen estas realidades elementales se parecen o suenan con una misma música. Madre es *'ummm* en árabe, *Mutter* en alemán, *mat* en ruso. (Toda la tierra es igualmente tierra.) En cambio palabras que nombran experiencias igualmente humanas, como el miedo, no suenan igual en ningún lugar: miedo no es igual al inglés *fear* ni al francés *peur*. Me gusta pensar que nos parecemos más en las experiencias buenas que en las malas, y que en consecuencia es más fuerte lo que nos une que lo que nos separa.

Cada lenguaje supone una forma de concebir el mundo. El inglés, por ejemplo, es preciso y agudo. El español tiende a ser barroco. Es obvio que proporcionaron respuestas a las necesidades de su gente, porque tanto uno como otro han soportado la prueba del tiempo. De tanto en tanto sus académicos incorporan nuevas palabras que ya han sido probadas en el habla cotidiana, o aceptan como buenas estructuras que hasta entonces se consideraban defectuosas, pero las palabras nuevas son hojas en un árbol ya frondoso y las reestructuraciones son podas que alientan el crecimiento; el árbol sigue siendo el mismo árbol.

A pesar de la edad ya proveya de los lenguajes humanos, conozco cosas que existen y todavía no tienen nombre. Hay, por ejemplo, una palabra que define el miedo al encierro: claustrofobia. Pero no hay palabra alguna que defina el amor al encierro. ¿Claustrofilia? ¿Fueron claustrofílicos los monjes de Kildare, cuya copistería salvó de la destrucción a buena parte de la cultura occidental? ¿Es claustrofílico un minero o un submarinista?

Mi familia sostiene que yo fui claustrofílico desde que gateaba. Buscaba sitios pequeños y oscuros y me encajaba en ellos. Cuchas de perro. Aparadores. Baúles de auto. Como nunca lloraba, me quedaba ahí hasta que les pesaba mi ausencia y se ponían a buscarme. Si me había dormido, cosa que ocurría la mayor parte de las veces, la búsqueda podía durar horas. Si todavía estaba despierto, me encontraban enseguida, porque me oían reír. Se ve que me gustaba que mucha gente gritase mi nombre.

La explicación más difundida vinculaba mi claustrofilia a los diez meses que pasé en el vientre de mi madre. En teoría, esos cubículos oscuros me retrotraían a la seguridad del útero materno, del que nunca había querido salir. Pero había otras explicaciones, algunas de las cuales eran simplemente humorísticas. Durante algún tiempo circuló la versión de que tenía tendencias suicidas, después de que me sacaron a los tirones del interior de un viejo cañón, en un museo de Los Cocos, Córdoba.

Fui creciendo y los cañones me quedaron chicos. Pero de tanto en tanto, cuando estaba muy aburrido o decididamente cabreado, todavía optaba por la paz de algún placard. Me acomodaba entre las pilas de ropa y me dedicaba a oír. Dentro de los placares se oye todo. Son como una caja de resonancia de toda la casa. Uno va

descubriendo capa tras capa de sonido. El depósito del baño, el sisear del calefón, la tele distante, el motor de la heladera, los movimientos de cada habitante, los diálogos que se supone no debemos escuchar. En los días húmedos, se puede oír hasta el crujir de la madera del mismísimo placard.

La tarde en que llegó Lucas (o Lucas Nomás, como lo bautizó el Enano) no oía más que mi propio corazón. Era un tren lanzado a la carrera, con las calderas a punto de estallar. Me dolía el pecho como si un puño me golpease las costillas desde el lado de adentro. ¡Estaba furioso! Me sentía engañado por mis padres y traicionado por el Enano. Decidí que, aun solo, iba a resistirme a la presencia del extraño. Quise pensar cómo hacerlo, pero el corazón no me dejaba concentrarme. Hacía mucho ruido.

La señorita Barbeito dice que el corazón es un músculo. Se expande y se contrae. Al trabajar hace este ruido: l-l-lup dup. No, no es lup dup sino l-l-lup dup, con la ele del principio sonando más larga; como en toda máquina, el movimiento inicial es el más dificultoso y por eso dura más. Según la señorita Barbeito, el hecho de que sea un músculo sugiere que puede ser controlado. Aunque el corazón es un músculo complicado y tiene sus bemoles. La mayoría de los músculos responde a nuestras órdenes directas y conscientes, pero el corazón es un músculo con caja automática, como los autos norteamericanos. Uno debe descubrir cómo anular la caja automática y poner en funcionamiento la caja manual, aunque más no sea por un rato. El proceso es engorroso, porque uno no viene de fábrica con manual de instrucciones (lo cual nos ahorraría tantos problemas) ni tiene switch, llave o perilla que le permita pasar de un sistema a otro. Es como *Aeropuerto*, el libro, no la película (yo la película no la vi, pero el libro me lo prestó mamá): la nave está en problemas, el piloto oficial está knock-out y uno debe sentarse a los controles sin tener la menor idea de cómo se hace, guiado por la voz del señor que habla desde la torre de control o, como en este caso, por la voz (imaginaria) de la señorita Barbeito. En esa época estaban de moda los libros sobre aviones en problemas. Por ejemplo *El avión presidencial ha desaparecido*, cuyo protagonista decía en un momento que uno debe mirar con atención a la madre de su novia antes de casarse, para tener claro cómo va a ser la futura esposa dentro de muchos años y saber si le conviene dar el salto o no. Me pareció una observación inteligente, que atesoré en mi libro de notas mentales con la intención de probarla cuando llegase el momento.

Cuando quise darme cuenta, el ritmo de mi corazón había aminorado. Me pregunté si el truco pasaba por no pensar, o como en este caso, por pensar en otra cosa. Uno piensa en otra cosa, se deja ir por las ramas y se distrae, y al distraerse se olvida de la angustia, y al olvidarse se aplaca. Era el mismo truco que me había funcionado con el problema de los bronquios, cuando se me cerraba el pecho y me parecía que no entraba más aire en los pulmones. Pensaba me ahogo, me ahogo y me ahogaba más. Entonces prendía la tele o me hacía un café con leche y me ponía a leer y me iba a Oz, Neverland o Camelot, y al rato descubría que respiraba naturalmente otra vez. Había que fingir que uno ignoraba el problema, para que pasase de largo o

se diese por vencido. Había funcionado con mis pulmones; funcionaba ahora con mi corazón. Bien hecho, decía la señorita Barbeito dentro de mi cabeza. El aterrizaje fue casi perfecto. Ahora podés salir de la cabina y recibir las felicitaciones de todos. Sos un héroe, Harry. (A mí me llamaban Harry hasta en mi imaginación. Papá había sido claro al respecto. Nuestro nombre original debía quedar guardado bajo siete candados. Cualquier desliz era peligroso. Ni siquiera entre nosotros mismos podíamos utilizar nuestros nombres. Papá me llamaba Harry. Mamá me llamaba Harry.)

Houdini debe haber sido claustrofílico, también. O a lo mejor había muchas cosas de este mundo que lo ponían furioso y lo obligaban a meterse dentro de cofres, cajas fuertes y sarcófagos de vidrio, donde pensaba en cualquier otra cosa, cualquier estupidez, hasta que se tranquilizaba y decidía salir otra vez a la vida.

43. Lucas tiene novia

Esa noche me levanté para mear (de paso registré al Enano, pero era tarde: ya había mojado sus sábanas) y casi me mato. Lucas estaba tendido en mitad del camino, adentro de su bolsa de dormir. Como la bolsa le quedaba corta, o él era demasiado largo, la única forma que tenía de meterse del todo era hacerse un bollito. Parecía un canguro bebé (gigante), dentro del marsupio de su (gigante) madre.

Al rodearlo para pasar descubrí que había dejado su ropa sobre una silla. Bajo la luz lunar que se filtraba a través de las persianas, la remera naranja tenía un brillo que no era de este mundo. Me atreví a tocarla. La parte con el dibujo de la moto y la leyenda Jawa CZ se sentía rara, distinta de la tela; su consistencia era gomosa. Yo nunca había visto una remera igual. Hice un esfuerzo para leer lo que decía la etiqueta a la altura del cuello. Made in Poland. ¿Qué había ido a hacer Lucas a Polonia? Era un destino extraño, hasta para aquellos turistas que van a Europa. Uno va a Madrid y a París y a Londres y a Roma, pero ¿Polonia? Hubiese preferido que dijese Made in Transilvania, en todo caso, que por lo menos habría tenido sentido. Lucas sería un Renfield, un discípulo de Drácula que todavía no había sido transformado en vampiro. Pero Polonia era simplemente misteriosa. Sugería espionaje, dobles agentes y música de cítara como la de Anton Karas en *El tercer hombre*. (Mi dominio de la geografía centroeuropea era por entonces vago, tanto como para confundir Polonia con Austria.) ¿Y qué pensar del bolso celeste con el logo de Japan Air Lines? ¿Cómo podía Lucas ser tan joven y haber viajado tanto? ¿Y por qué elegía siempre esos destinos tan extravagantes? Japón era toda una ocurrencia. No se me ocurría ningún motivo por el cual uno querría ir a Japón, a no ser que fuese James Bond y M lo enviase en una misión y la novela se llamase *Sólo se vive dos veces*. (El abuelo tenía todos los libros de Ian Fleming en la casa de Dorrego, en ediciones con fotos de las películas en la tapa.) ¿Era Lucas un agente secreto? Y en todo caso, ¿lo sabían papá y mamá, o habían sido engañados de la misma forma que se pretendía engañarme?

Necesitaba saber más.

Y ahí estaba la billetera de Lucas, sobresaliendo del bolsillo trasero de su *jean*.

Esperé unos segundos (tampoco tantos, porque me estaba meando) para confirmar que Lucas dormía profundamente. Y con delicadeza extraje la billetera del bolsillo.

Poca plata. Ningún documento. Eso era esperable: Lucas protegía su verdadera identidad, y no quería que nadie supiese que su nombre no era Lucas Nomás, o Lucas Loquefuere. Había un par de boletos de colectivo y el programa de un cine de la calle Lavalle. La fecha del programa era de 1973. ¿Por qué guardaba Lucas un programa tan viejo? La respuesta estaba en la película misma: *Vivir y dejar morir*, con Roger Moore, Yaphet Kotto y Jane Seymour. ¡La primera película en que Roger Moore hizo de James Bond! Lucas conservaba el documento que testimoniaba el inicio de su vocación de espía; era un sentimental.

En ese momento se movió, agitado por un sueño, y yo escondí la billetera a mis espaldas. Cuando uno está a punto de ser descubierto y necesita inventar una explicación, nunca se le ocurre algo sensato. Sólo se me ocurrieron disparates, como decirle que había querido lavarle los pantalones como signo de bienvenida o que buscaba cambio para un billete grande que yo tenía (¡a las tres de la mañana!), pero por fortuna no fueron necesarios. Lucas seguía durmiendo.

Entonces encontré la foto. La chica tenía una minifalda blanca, una camisa negra que se estaba abriendo con ambas manos y enseñaba las tetas mientras me miraba con cariño. Si hacía falta algún indicio para corroborar mis sospechas sobre el espía sentimental que era Lucas, allí estaba. Esa chica podría haber sido chica Bond en cualquiera de las películas. Lucas quería recordarla durante sus misiones y para ello había recurrido a un artilugio que le permitía disimular su romance: la foto estaba en el reverso de un almanaque de 1976 que decía Kiosko Pepe, Santa Fe y Ecuador. Simple y brillante. Los adultos hacen las cosas más extrañas para ocultar su vida amorosa. Tito, el primo de mamá, escondía ejemplares de Adán y Playboy dentro de la pila de Hot Rod y otras revistas importadas de autos. Y papá, que no leía más que libros de Derecho, diarios y la Palermo Rosa donde buscaba datos para las carreras, tenía en el estudio un ejemplar de *El amante de lady Chatterley*. Si yo no hubiese sido alertado por Bertuccio y su obsesión con los libros para grandes, la presencia de ese libro picante entre los códigos penales me habría pasado desapercibida.

Puse la billetera en su lugar y fui a los saltos hacia el baño. Me corrijo: luché durante una eternidad contra la tentación de quedarme con la foto, decidí que era preferible que Lucas no notase nada raro (en todo caso, podía quitársela cualquier otra noche) y devolví la billetera a su bolsillo. Era mejor así. Lucas no sabría que yo sabía; la ventaja volvía a estar de mi lado.

Alguien debería inventar inodoros con altura graduable. Las mujeres se quejan porque uno salpica, pero embocar allá abajo es más difícil de lo que parece.

44. Me descubro

Papá y mamá se fueron temprano por la mañana. Para compensarnos por su ausencia, prometieron pasar por casa y traer de regreso algunas de nuestras cosas. Los aturdimos con pedidos. Queríamos todo y un poquito más. Mamá intentó ponernos límites, pero papá intercedió y le hizo el gesto de La Roca, para que aflojase; lo hizo disimulado pero yo lo vi. Ante su capitulación, zarandeamos el auto de puro contentos. (Si todavía albergaban dudas respecto de mi veracidad en la descripción del Citroën, aquí está la prueba definitiva: es la clase de automóvil que puede ser sacudido como una coctelera por un niño de diez y otro de cinco.) Pero ni siquiera esa alegría borró de mi ánimo la sensación de que estábamos siendo abandonados, y en manos del enemigo.

El plan era mantenerse lejos de Lucas. Al principio fue fácil, porque teníamos cosas que hacer. Mientras mamá se duchaba yo había sacado el colchón del Enano, con una maniobra discreta, para que se secase al sol. Mamá se dio cuenta igual y preguntó, pero le dijimos que lo habíamos llevado afuera para hacer vueltas carnero. Puso cara de sospecha pero lo dejó pasar. Le hice saber al Enano que mamá ya se olía algo y que había que extremar toda precaución. Por lo pronto, debía abstenerse de beber por las noches. Ni una gota. No coca, dijo el Enano. No coca, corroboré. ¿No agua? Ni agua ni soda, dije yo. ¿No leche? Ni blanca ni con Nesquik, rematé, creyendo haber agotado la variedad de bebidas que el Enano consumía. Le expliqué que no era chiste, que mamá estaba sobre la pista y que si no se cuidaba era número puesto para la Mirada de Hielo, el Grito Paralizador y el Pellizco Fatal. Por eso no dijo ni pío cuando le ordené que lavase las sábanas: ansiaba borrar toda huella de su crimen.

Por mi parte, me había propuesto iniciar un entrenamiento físico intensivo. Quería ponerme en condiciones, para encarar lo antes posible mi carrera de escapista. Esto se dice fácil, pero para mí entrañaba la realización de una hazaña. Nunca fui muy deportista que digamos. Cuando en el colegio me obligaban a correr, muchas veces se me cerraban los bronquios y me ahogaba, produciendo un silbido cada vez que respiraba; parecía que me había tragado el silbato de un tren. Ni siquiera me gustaba el fútbol, esa obsesión nacional. Mi relación con la pelota se truncó temprano. Una vez pateaba una de goma en la calle y me corté el tobillo con el vidrio de una botella; seis puntadas indelebles. A los pocos meses, en Santa Rosa de Calamuchita, pateé una de cuero para arriba y le pegué a una rama en la que había un panal de abejas. Allí sucumbió definitivamente mi interés en el deporte, y al mismo tiempo se inició una relación de inquebrantable empatía con los personajes de los dibujitos que caían en barrancos, atajaban pianos con la cabeza y eran perseguidos por enjambres de furiosas abejas: de allí en más preferí al Coyote sobre el Correcaminos, a Silvestre sobre Tweety y a Lucas sobre Bugs. Cuando recibía peroratas sobre el valor del deporte, recordaba mi sangre y mis picaduras y me decía para adentro que el deporte

será todo lo sano que quieran, pero mi claustrofilia es lo más sano de todo.

El plan de acción incluía varias vueltas de carrera alrededor del parque, flexiones de brazos y abdominales. Para añadir un poco de autocoerción, había diseñado unas planillas de columna doble: la vertical señalaba los ejercicios y la horizontal la fecha, empezando por ese mismo día. Todo lo que había que hacer era anotar en los casilleros la cantidad que había realizado; eso, y los ejercicios.

La primera vuelta la toleré bastante bien. Cuando pasé a la altura del piletón, vi que el Enano estaba enjabonando la sábana sucia, justo en el sitio de la mancha, serio y concentrado como se debe.

La segunda vuelta fue agónica. El Enano seguía enjabonando el mismo lugar.

La tercera vuelta nunca la completé. Ver que el Enano había abandonado la tarea fue un triste consuelo, pero consuelo al fin. Enjuagué la sábana casi con alegría.

Lucas preparó bifés a la plancha y nos dejó comer con la tele prendida. Para ser honesto, hacía los bifés mejor que mamá. No quedó ni la grasita de los costados.

Por la tarde intenté retomar los ejercicios, pero ya había perdido la fe. Me daba vergüenza anotar en las casillas las cantidades que había hecho en realidad. ¿Dos vueltas y pico alrededor del parque? ¿Ocho abdominales? Un gusano estaba en mejores condiciones que yo, y hasta tenía mejores perspectivas con las flexiones de brazos. Me sentía acalorado, agitado, me dolía y me picaba todo; regresé a la casa con el peor de los humores.

Y encontré a Lucas leyendo mi libro de Houdini.

Debo haberle puesto mala cara, porque lo cerró con delicadeza y lo dejó despacito sobre la mesa, como si se tratase de un frasco de nitroglicerina o uno de esos animalitos de cristal que tanto cuidaba la abuela Matilde.

«¿Te gusta la magia?», preguntó, escudándose detrás de su interés.

«Houdini no era mago. Era escapista. Los magos son mentirosos. Hacen que tienen poderes, pero no tienen», retruqué, mientras recuperaba mi libro con un gesto airado. Pero se ve que el retruque no me dejó satisfecho, porque aunque ya estaba a mitad de camino rumbo a mi habitación me di media vuelta y le dije:

«Vos no te llamás Lucas, ¿no es cierto?»

En el silencio que sucedió a mi pregunta, Lucas dejó caer el aire de inocencia con que me había hablado, como quien se quita un disfraz. Un brillo nuevo, de astucia, relumbró en sus ojos. Hasta ese momento me había dado la impresión de que se trataba de un chico atrapado dentro de un cuerpo que le quedaba grande. Ahora parecía un viejo atrapado en un cuerpo flamante y falto de uso.

«No, no me llamo Lucas», dijo. Pensé que iba a revelarme su identidad. El momento de la verdad había llegado, como en los melodramas. Me equivoqué. «Y vos tampoco te llamás Harry, ¿no es cierto?»

Me encerré en mi habitación sin siquiera responderle. En realidad estaba indignado conmigo mismo. Había regalado la ventaja otorgada por mi investigación en la billetera y lo había dejado sorprenderme. ¿Cómo sabía que yo también tenía una

personalidad secreta? Debí poner cara de póker y negarlo todo. Pero no supe cómo. Cerré con un portazo y me zambullí en mi cama.

Me despertó un ruido fuerte, como de lluvia, y enseguida escuché los gritos del Enano. Lo de la lluvia era improbable; todavía entraba el sol a través de la ventana. Y los gritos del Enano eran de júbilo y sonaban con el eco de los pasillos de la casa.

Cuando abrí la puerta, lo vi chapalearse como Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. La casa se inundaba. El pasillo estaba lleno de agua que salía por la rejilla del piso del baño. El desnivel de la casa ayudaba a que el agua fluyese rumbo al comedor.

El tanque se había llenado y Lucas no sabía cómo apagarlo. Papá y mamá se habían tomado el trabajo de explicarme cómo hacerlo, porque era chico y era lógico que no supiese, pero habían pasado por alto el hecho de que Lucas, más allá de su cuerpo desproporcionado, no tenía por qué saber estas cosas que habitualmente sólo saben los grandes. El tanque empezó entonces a desbordar (he ahí el ruido de «lluvia») y Lucas salió de la casa y empezó a girar todas las llaves que encontró sobre los caños de afuera y entonces oyó que el Enano gritaba se inunda, se inunda y regresó al baño y quiso tapar la rejilla con un trapo y el agua empezó a salir por el lavatorio. Desesperado, Lucas regresó a probar suerte con las llaves y el Enano empezó a disfrutar de las ventajas del asunto, *what a glorious feeling / I'm happy again* y entonces aparecí yo.

Cerré las llaves que había que cerrar y el agua dejó de salir. Después me fui a revisar la pileta con el Enano, para ver cómo había funcionado el Antitrampolín (no había sapos muertos; auspicioso) mientras Lucas secaba solo toda la casa.

La vida es injusta pero tiene sus momentos.

Esa noche no estuvo mal. Papá y mamá me trajeron el TEG, mi bloc de dibujo y la revista de Dennis Martin que no había podido leer en lo que había sido la última noche en casa. Dennis Martin pertenecía al gremio de James Bond, pero yo lo encontraba más simpático: era irlandés, tenía el pelo largo, le gustaba regalar rosas amarillas a las chicas y tiraba cuchillos con una puntería endiablada. Por su parte el Enano se reencontró con el Goofy blando, recuperó el vaso de plástico rojo con piquito (que tenía prohibido usar, al menos por la noche: lo había prometido) y el pijama con que decía soñar sueños lindos. No hubo comentarios sobre el estado de la casa, lo cual sugería que todo estaba en orden, aunque pesqué a papá diciéndole a Lucas que había controles en todas las rutas y que era indispensable cambiar de recorrido cada vez.

Durante la cena nos reímos mucho con la historia del tanque de agua. El Enano exageraba, diciendo que el nivel había llegado hasta acá y que había nadado y todo. Lucas se puso colorado como un tomate y, entre avergonzado y divertido, confesó que yo le había salvado la vida. Entonces quiso agarrar la ensaladera, pero yo le gané de mano.

45. Donde soy entregado a una tribu caníbal

Quizá por el temor de que volviese a ocurrir un diluvio, o quizá porque temían que la próxima vez incendiásemos la casa, papá y mamá decidieron que debíamos volver al colegio. Lo cual me habría puesto muy contento, si no fuese porque pensaban meternos en un colegio nuevo.

El argumento, contra el que de nada valieron mis protestas, era que no querían que perdiésemos el ritmo escolar. Macanudo, dije yo (esa expresión le encantaba al Enano, para quien ser macanudo significaba tener una macana muy grande), entonces quiero volver a mi colegio, a mi grado y a mi aula. Todavía no se puede, me dijeron; todavía es peligroso. Para mí no es peligroso, dije, si yo no hice nada. Roberto tampoco hizo nada y mirá lo que le pasó, me contestó papá, el muy psicópata.

Fue una batalla larga, que por supuesto perdí. Prometí estudiar solo en la quinta, y nada. Grité y lloré, y nada. Los castigué con mi silencio, y nada. Cuando se ponían de acuerdo en algo eran inquebrantables, un muro sin fisuras. Estaban determinados a que no nos convirtiésemos en salvajes.

El San Roque era un colegio religioso, para colmo. El fin de semana que precedió al lunes fatídico lo dedicamos a un curso intensivo de cristianismo. Una cosa era fingir durante una misa, que aun siendo eterna ocurría tan sólo los domingos, y otra muy distinta fingir durante varias horas y de lunes a viernes. A primera hora del sábado repasamos las oraciones que ya nos habíamos aprendido y después mamá empezó a explicarnos de qué iba todo.

«Dios creó el universo en seis días y al séptimo descansó.»

«¿Cómo se va a cansar si es Dios?», quiso saber el Enano.

«Entonces creó a Adán, el primer hombre. Lo hizo con barro.»

«¿No era mejor con plastilina?»

«Sopló sobre él un soplo mágico y Adán vivió. Pero como Dios no quería que Adán estuviese solo, decidió buscarle una compañera.»

«Lo llevó a *Yo me quiero casar*, ¿y usted?»

«No te hagas el estúpido. Digo que entonces creó a Eva.»

«¡Evita Perón!»

Hacia el atardecer del sábado habíamos asimilado vagamente una retahíla de historias que parecían extraídas de un festival de cine clase B: Sansón y Dalila, David y Goliat, Los Diez Mandamientos. Al Enano le encantó la parte en que Moisés hacía llover sapos, y presionó a mamá con la historia del Arca hasta que ella aceptó que, si era verdad que Dios había querido salvar dos animales de cada especie, Noé debió haber aceptado a bordo un Goofy duro y un Goofy blando.

El domingo fuimos a misa y entendimos que todo lo que habíamos oído formaba parte de un primer libro, llamado Antiguo Testamento. Después estaba el Nuevo Testamento, que era mucho menos entretenido que el Antiguo (¡hermanos asesinos!, ¡catch con los ángeles!, ¡arbustos que hablan!, ¡sueños proféticos!, ¡diluvios, mares

que se abren y otros efectos especiales!), pero más conmovedor. Jesús era hijo de un carpintero y predicaba el amor, la paz y la comprensión entre los hombres. Estaba en contra de la violencia y despreciaba el dinero, ya que el mundo ofrecía todo lo necesario para alimentarse, abrigarse y vivir bien; sólo era cuestión de organizarse y compartir. Sus ideas pusieron nerviosos a los hombres del poder político, económico y religioso, porque sentían que Jesús no reconocía su autoridad y, por ende, hacía que la gente los despreciara y dejara de obedecerles. Entonces lo mataron. De una forma horrible. Como en la lámina del Antejito a la que prendí fuego. E inútilmente, lo que es peor, porque lo que Jesús decía siguió teniendo sentido después de muerto.

El resto del bagaje atribuido a Cristo era un poco rebuscado y hasta arbitrario. Que los curas fuesen más importantes que las monjas, por ejemplo. (Al Enano le intrigaba por qué había sólo padres y hermanos entre los religiosos, y no primos o tíos.) Que les prohibiesen casarse. Que ya no les molestase la riqueza. Y la cuestión de la hostia: cada vez que la comés te estás comiendo el cuerpo de Cristo, lo cual está al filo de lo caníbal. Ya sé que es un gesto o un símbolo, mamá lo explicó mil veces, pero me sigue sonando parecido a lo de aquellos guerreros primitivos que se comían el corazón de sus víctimas en la esperanza de obtener así su sabiduría; demasiado simplista para mi gusto. El abuelo decía que no hay nada que uno logre con mayor lentitud que la sabiduría. La sabiduría y la línea telefónica, decía.

Mamá planchó los guardapolvos nuevos (el mío era azul, como las fichas del TEG), papá y Lucas salieron a comprar *pizza* y el Enano y yo nos quedamos al borde de la pileta, viendo a un sapo que pataleaba y pataleaba de aquí para allá sin registrar, el muy estúpido, la presencia salvadora del Antitrampolín. No tendríamos que habernos metido, porque la idea era que el sapo aprendiese solo, pero tanto esfuerzo nos conmovió. Al final lo empujamos con la red hasta la madera.

A veces hace falta que te den una mano.

46. Entre las fieras

Llegamos muy temprano. Papá y mamá nos presentaron al padre Ruiz, que era el director del colegio. Parecía simpático y era bastante miope, a juzgar por el grosor de sus lentes. Tenía una campera gruesa aunque no hacía frío y, a pesar de la hora, ya olía a chivo. Nos llevó hasta el patio y nos pidió que esperásemos allí hasta que sonase la campana de entrada. El Enano se fue a ver el mural de San Roque, yo me senté sobre un banco de cemento y papá y mamá se alejaron unos metros para conversar con el cura. Algo oí de lo que decían, gracias a mis oídos entrenados durante tantas horas-placard; el padre Ruiz les explicaba que íbamos a tener boletín y todo y figurar en las listas diarias, pero que no constaríamos en ningún documento de los que se envían al Ministerio de Educación, así que no tenían por qué preocuparse.

Cuando sonó la campana el padre Ruiz se llevó al Enano y mamá se sentó a mi lado. Encendió un Jockey, el último del paquete, y me preguntó con su mejor tono La Roca:

«¿Quién sos vos?»

«Vicente», respondí, apagado.

«¿Y por qué entraste ahora al colegio?»

«Porque acabamos de mudarnos al barrio.»

«¿Y tu papá qué hace?»

«Es arquitecto. Trabaja en una constructora importante, Campbell y Asociados.»

«¿Y yo?»

«Ama de casa.»

Mamá exhaló un largo globo de humo. Se veía cansada. Nunca le gustó madrugar. Cuando me habló otra vez ya no sonaba como La Roca.

«Pensá que no es tan grave. Podés hacer amigos nuevos.»

«Yo no quiero amigos nuevos. ¡Quiero los que ya tengo y vos me quitaste!»

En ese momento reapareció el padre Ruiz y yo me puse de pie. Mientras caminaba hacia él, oí a mamá estrujando el papel de los Jockey hasta hacerlo un bollito.

Cuando el padre Ruiz abrió la puerta de mi aula nueva, no había uno solo de mis compañeros sentado en su silla. Estaban todos delante del pizarrón, amuchados como en un scravn de *rugby* y matándose de risa. El padre Ruiz se metió entre ellos como una topadora, repitiendo «a sentarse» incansablemente y pinchándolos con sus dedos a la altura de las costillas; se ve que estaba habituado a disolver muchedumbres de ese modo. Lo hizo con éxito hasta que quedó uno solo ahí en el frente, un chico friolento, con campera, bufanda de rayas verdes y gorro que no parecía dispuesto a moverse y a quien el padre Ruiz interpeló con más firmeza, a sentarse, ¿no me oyó?, sin obtener otra cosa que una carcajada de parte del grupo.

El chico era el esqueleto del colegio, ataviado con las ropas de mis compañeros. O por lo menos era un esqueleto, eso estaba claro; me pregunté hasta dónde llegaría

el canibalismo de estos católicos.

El padre Ruiz se puso colorado y finalmente se rió. (Su miopía era más seria de lo que había imaginado.) Desvistió al esqueleto y agradeció a mis compañeros por la generosa donación de ropas, que se echó debajo del brazo. La mayoría lo abucheó. Otros, los obvios dueños de las prendas, simplemente palidecieron.

Me colocó al frente de la clase y explicó que yo era un compañero nuevo. Hizo un discurso de bienvenida, subrayando lo incómodo que uno se siente cuando llega a un sitio nuevo donde todos se conocen, y les pidió que me abriesen sus corazones. Sus palabras fueron recibidas en un respetuoso silencio. El padre Ruiz era un buen hombre, director o no, y todos los que lo trataban lo sabían. Pero el clima que había sabido crear estalló en mil pedazos cuando concluyó su discurso:

«Les presento a Haroldo Vicente.» ¡Haroldo!, sonó el grito al instante desde algún punto del fondo.

Cerré los ojos y quise morir.

No había previsto que, con un respeto de mi voluntad que hubiese deseado igualmente escrupuloso en otras áreas, mis padres tratarían de conservar el Harry dentro de mi nuevo mundo escolar. Harry es diminutivo de Harold, y Harold en español es Haroldo, y Haroldo es una de esas raras palabras de nuestro idioma que, sin ser ninguna de las terminadas en *ulo*, *orto* y *eta*, invitan naturalmente a la rima. Haroldo suena a boldo, a toldo, a Arnoldo, a culo gordo como acotó uno desde otro lugar del aula, treinta bestezuelas azules, los Blue Meanies del *Submarino amarillo* riéndose de mí, que había querido ser Harry pero nunca Haroldo, que siendo Haroldo lo infectaba todo con la misma enfermedad de la rima y ahora hasta Vicente era objeto de escarnio, Vicente, ¡excelente! y también Vicente detergente, y entonces Padre Ruiz, ¿puedo hacer pis?, para que todo confluyera en una suerte de musical sin música donde se hablaba en verso o no se hablaba y sólo faltaba que el esqueleto bailase por techo y paredes como Fred Astaire hasta que alguien lo llamase a cordura tironeando de su bufanda de rayas verdes.

47. Aprendo a respirar

Me sentía como esos personajes de historieta que llevan sobre la cabeza una nube negra, que va a donde ellos van y de tanto en tanto les dispara un rayo. Durante el día no hice más que jugar al Ahorcado conmigo mismo, sin tomar nota de una sola cosa que se dijese en clase. Siempre había sido un buen alumno, pero ahora estaba dispuesto al boicot más absoluto: quería conseguir un Insuficiente perfecto en todas las materias, para que papá y mamá no tuviesen más remedio que sacarme de ahí. Lo del Ahorcado terminó llamando la atención del compañero de banco que me tocó en suerte, un chico llamado Denucci, que obviamente no entendía las reglas (¿cómo hacía para equivocarme al elegir las letras de una palabra que ya conocía?) y mucho menos mi compulsión a ahorcarme a mí mismo juego tras juego.

A la salida nos esperaban papá y mamá. Regresamos a pie a la quinta, porque querían enseñarnos el camino. El Enano arruinó mi perfecto malhumor con el relato de su experiencia; estaba encantado con el colegio nuevo.

«Mi señorita dice que tengo lindo pelo. Dijo que soy simpático, también. Y que el nombre Simón es muy lindo. Sandra es lindo. Mi señorita nueva se llama Sandra. ¿Por qué no te pusiste Sandra, mamá? San Roque tiene un perro, ¿viste? ¿Puedo tener un perro?»

Papá, que estaba de buen ánimo, dijo que San Roque tenía lastimaduras en la pierna y le preguntó si también quería tener lastimaduras.

«No, porque el perro me las va a chupetear como a San Roque y me van a tener que dar la vacuna turrábica. Cuando sea grande quiero ser santo, pero un santo sano.»

«Como San Atorio», dijo papá.

«¡Claro!», dijo el Enano.

Lucas volvió tarde a la quinta, cuando ya estábamos terminando de cenar. No tuvo mejor idea que la de preguntarme cómo me había ido en el debut escolar. Fue la excusa ideal para levantarme de la mesa y salir al parque dando un portazo. El pasto todavía estaba húmedo de la lluvia de esa tarde, breve y furiosa. Cuando el viento agitaba las ramas, caían gotas que me pinchaban la cara.

El colegio trastocó mis horarios, pero no quería abandonar mi programa de entrenamiento físico. A pesar del sueño, la bronca y la panza llena, me embarqué en una carrera alrededor del parque. Esta vez concluí apenas una vuelta y me derrumbé sobre el pasto, a la altura de la ventana de la cocina. Jadeaba. Desde adentro llegaba una música puesta a todo trapo, un tipo gangoso que cantaba *qué pgofunda emoción / gecogdag el ayeg / cuando todo en Venecia me hablaba de ti*. Me pareció ver a mamá en la cocina. Para disimular mi penoso estado, probé suerte con las flexiones de brazos. Hice dos, nomás. Dos. El pecho me silbaba cuando escuché el portazo. Era Lucas. Que corría. Por el parque. Solo.

Lo extraño no era que hubiese salido a correr tan pronto, cuando acababa de aceptar el ofrecimiento de mamá para cenar algo. Lo raro era la forma armoniosa con

que se movía al correr. El zanquilargo de Lucas, que caminaba igualito a Groucho Marx y en su torpeza lo derribaba todo con los codos, corría con movimientos regulares y llenos de gracia, como si hubiese sido diseñado para la velocidad. Y para agregar más sal a mi herida, lo vi dar tres vueltas sin siquiera romper a transpirar.

«El secreto está en el ritmo», me dijo, trotando en el lugar al término de la cuarta vuelta. «Tiene que ser regular, siempre. Corrés al mismo ritmo. Respirás al mismo ritmo. Inspirás por la nariz. Llenás la panza de aire y espirás. El pecho no, la panza. Si hacés eso, no te cansás nunca.»

«¿Nunca?»

«¿Querés ver cómo corro cuatro más?»

«¿Te puedo acompañar?»

Lucas acomodó su ritmo a mi ritmo. Fuimos trotando despacio, conmigo imitando el movimiento de sus brazos, regular, cada inspiración cuatro tiempos, cada exhalación cuatro tiempos, hasta un extremo del parque, bordeando las ligustrinas, llegando a la casa, arrancando otra vez, regular, cuatro para adentro, cuatro para afuera. Cuando quise darme cuenta, el pecho ya no me silbaba. Correr así reconectaba la caja automática de mis pulmones: funcionaban como debían otra vez, en sintonía con el resto de mi organismo y sin mi torpe interferencia.

Le pregunté si siempre había corrido así, desde chico.

Me dijo que no, que había aprendido. Que todo lo bueno se aprende.

Le dije que algunas cosas sabíamos hacerlas desde que nacíamos.

Pero tenemos que aprender a hacerlas bien, respondió. Todo el mundo respira, por ejemplo, pero hay muchísima gente que respira mal. Los bebés conservan el instinto natatorio, pero hay que desarrollárselo. También se mueven, pero torpemente: necesitan calibrar una sintonía fina. Y así con muchas cosas. Venimos bien equipados, pero nadie nace sabiendo cómo usar el equipo.

Nunca lo había pensado, dije. ¿Qué otras cosas tenemos que aprender?

Emitimos sonidos, pero aprendemos a hablar.

Y a cantar.

Claro. Y a pensar.

Y a sentir.

Sentir es importante, dijo Lucas.

Cuando me quise dar cuenta, habíamos completado tres vueltas.

Nos aproximamos a la casa. La música aturdía. Matt Monro cantaba *No puedo quitar los ojos de ti* en su ridículo castellano.

Entramos al comedor, transpirados, satisfechos, para descubrir que papá y mamá bailaban, con el Enano molestando entre sus piernas. Apenas me vio me quiso arrastrar para que bailara con él y mamá invitó a Lucas, que dijo no, no, no con la boca llena de pan y, empujado, regresó a su torpeza habitual (también era necesario aprender a bailar) mientras papá se rascaba la cabeza y contemplaba el vaso vacío que había dejado sobre el combinado y preguntaba, che, ¿quién se tomó mi vino?

48. Una canción trunca

También oímos desde niños, pero necesitamos aprender a escuchar.

Mi experiencia como tripulante de placares me preparó tempranamente para valorar los sonidos. Percibí pronto con cuánta facilidad me engañaba al registrar un ruido determinado y determinar su procedencia; con sorpresa, descubría que lo que me había parecido el rasgueo de las patas de un insecto contra la madera era en verdad el ruido de mi madre al barrer, y que por supuesto no provenía del interior del placard, como había creído con convicción, sino de la distante cocina.

Lo que oímos depende de la agudeza de la audición, y es mensurable por una serie de tests que resultan en números comunes a todos. Lo que comprendemos, en cambio, depende de nuestra forma de escuchar, que es siempre personal e intransferible. Escuchamos desde la experiencia, desde el temor y el deseo, desde lo más profundo del inconsciente. Y escuchamos desde el lenguaje, que es común a todos los que participan de él pero es, también, un lenguaje privado: si son cinco millones los que hablan en español, significa que hay cinco millones de versiones personales de español, con su propio vocabulario, estructuras, errores y silencios; cualquier monólogo identifica a su autor con la precisión de las huellas digitales.

En pocos lugares quedan tan claras las triquiñuelas de la percepción como en la letra de las canciones. Envueltas por la música, las palabras bailan. A veces se rinden en nuestros brazos y a veces se alejan para dar un giro, dejándonos con la mano extendida. Y entonces entendemos no ya lo que dicen, sino lo que imaginamos. Uno de mis compañeros del San Roque, el petiso Rigou, se reía solo en cada misa, al llegar el mismo punto de la misma canción, porque no oía el verso *por nosotros Él se dio*, que subrayaba la voluntad de sacrificio de Jesús, sino *por nosotros Él cedió*, lo cual le pintaba a Jesús viniéndose en banda con cruz y todo. Otra, que decía *el hoy nos llama*, nos parecía escrita para subrayar la función de Eloy, nuestro preceptor. Y las canciones patrióticas funcionaban como un Rorschach de cada cantante. Ottone, que era grandote y ya fumaba en los baños, cantaba a los gritos *con valor, Subín culos rompió*, sin que la identidad del misterioso Subín le produjese curiosidad alguna y por ende sin enterarse de que el verso original decía *con valor sus vínculos rompió*.

El Enano era virgen en materia de historia argentina. Tenía apenas una vaga idea de quiénes eran Sarmiento (el pelado), San Martín (el narigón) y Belgrano (el que usa calzas), y no estaba en condiciones de recordar versos de canciones patrias como aquel que dice *el áureo rostro imita*. Pero percibía la energía de las marchas y los himnos, que le encantaban aunque no entendiese nada de lo que decían. Le ocurre a gente más grande: en *Gilda*, la película de Rita Hayworth que transcurre en un casino argentino, la turba que celebra el fin de la Segunda Guerra rompe a cantar *La Marcha de San Lorenzo*, honrando al mismo tiempo al ejército aliado y al sargento Cabral. Lo importante no eran las palabras, sino el espíritu: sonaba alegre y victoriosa, y eso era todo lo que hacía falta. El Enano procedía de la misma forma, sin saberlo. Cuando

estaba contento, le daba por cantar el Himno Nacional.

Y esa noche estaba muy contento, en parte por el baile y en parte por el vaso de vino que bebió, muerto de sed por la veda líquida que le había impuesto para evitar que se mojase al dormir. Terminamos de bailar, levantamos la mesa, nos lavamos los dientes, dijimos buenas noches, nos fuimos a dormir y el Enano seguía cantando: *Oíd mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad*. No me molestaba, porque yo estaba muy ocupado tratando de sonsacarle información a Lucas. Mientras me dejase proseguir con el interrogatorio, el Enano podía seguir cantando y brincando sobre la cama todo lo que quisiera. En la penumbra del cuarto, el despliegue de sábanas, pijamas y bolsas de dormir invitaba a la confidencia.

«¿Cuántos años tenés?»

«Dieciocho.»

«¿De dónde sos?»

«¿No lo oíste a tu viejo? Cuanto menos sepas de mí, mejor.»

Sean eternos los laureles.

«¿Capital o Gran Buenos Aires?»

«Ni una cosa ni la otra.»

«¡Sos polaco!»

«¿Y eso, de dónde lo sacaste?»

«Tu remera es polaca.»

«Me la trajeron mis abuelos.»

«¿Y el bolso de Japón también?»

«También.»

Que supimos conseguir.

«Tenés abuelos. ¿Tenés papás?»

«Tengo.»

«¿Viven acá o en Polonia?»

«Acá.»

«¿Dónde?»

«Pregunta incorrecta.»

«Dónde, dale.»

«En La Plata. Pero basta.»

«¿Vivís con ellos?»

«Pregunta incorrecta.»

Que supimos conseguir.

«Te echaron.»

«Te volviste loco.»

«¿Y entonces qué hacés acá?»

«Estoy en una misión secreta.»

«¡Mentiroso!»

«¿Ves? Cuando te digo la verdad no me creés.»

«Te fuiste a vivir con tu novia.»

«¿Qué novia?»

«No te hagás el pavo. Yo la vi.»

«¿La viste?»

«En la foto. ¡Tenés novia y yo le vi las tetas!»

Coronados de gloria viva...

Bonk.

Cuando giramos la cabeza, el Enano ya no estaba más. Todo lo que se veía era el lecho de su cama revuelto por los brincos, pero ni señales de mi hermano. Era como si hubiese sido víctima de combustión espontánea, al igual que la condesa Cornelia de Bandi Cesenate en Verona, a comienzos del siglo XVIII: se prendió fuego sola, puf, por sus propios calores, consumiéndose de inmediato. Me pregunté si ese sería el motivo por el cual se les prohíbe tomar vino a los chicos.

Pero el Enano no se había desintegrado. Su cabeza asomó del otro lado, en el hueco que había quedado entre la pared y la cama desplazada por tanto salto. Se rascaba la cabeza en el punto que le picaba por el golpe, y parecía a punto de llorar. Lucas y yo lo estaríamos mirando con expresiones muy graciosas, mezcla de ansiedad y de asombro, porque de inmediato sonrió y dijo me maté. Después de lo cual trepó a la cama y volvió a saltar mientras concluía a los gritos su versión del Himno, personalísima: *O curriemos con Gloria Muñiz, o curriemos con Gloria Muñiz...*

En ese instante irrumpieron papá y mamá, alarmados por el golpe. El espectáculo los dejó sin habla. Yo les dije que el Enano estaba borracho, papá preguntó qué significaba el verbo *curriar*, mamá quiso saber quién era Gloria Muñiz (en la guía de teléfonos hay una Gladys, pero Gloria, ninguna) y terminamos todos cantando el Himno, matándonos de risa, con mamá comiéndose a besos al Enano y explicándole que el Himno dice *o juremos con gloria morir* y papá que la interrumpe, dejá, si esa versión es genial, y con razón, pienso yo para adentro, a los cinco es mejor *o curriemos con Gloria Muñiz* que *o juremos con gloria morir* porque a los cinco uno es muy chico para entender ciertas cosas.

49. Donde descubro que alguien muy querido no es perfecto

Lucas se convirtió en mi entrenador. Nuestras rutinas eran discontinuas, porque él salía de la quinta cada vez más seguido y a veces volvía muy tarde, pero en esos casos me dejaba un plan armado para que lo completara solo. Cuando regresaba, lo primero que hacía era solicitarme lo que llamaba «un informe verbal»: si había realizado o no el plan, si lo había hecho total o parcialmente, qué ejercicios había dejado pendientes. Yo le contaba todo con lujo de detalles. Lucas, en cambio, nunca decía adónde iba. Cada vez que pregunté me frenó con un «pregunta incorrecta» que sonaba inapelable. En ocasiones volvía agotado y se metía en la bolsa de dormir sin siquiera cenar; el Enano y yo entrábamos de puntillas a la habitación, velando por su sueño. De tanto en tanto solicitaba una conferencia con mamá, con papá o con ambos, que transcurría a distancia prudencial de nuestros oídos. Pero el lenguaje de sus cuerpos dejaba en claro que conspiraban. A esa altura entendía que papá y mamá sabían de la misión secreta de Lucas, y que de alguna forma lo asesoraban o le daban apoyo.

La idea de Lucas era que trabajase un poco el físico antes de meterme de lleno en el escapismo. Houdini me llevaba ventaja, porque corría y nadaba desde muy chico, y yo tenía que achicar esa brecha entre nuestras capacidades. Mientras entrenaba, sugirió Lucas, podíamos ir elaborando juntos unas pruebas de escape de dificultad creciente.

Para que fuese pensando, le permití total acceso a mi libro de Houdini. La primera vez lo recibió con un gesto hasta solemne, que subrayaba su comprensión del valor que el libro tenía para mí. Lo leyó muy rápido y me lo devolvió, diciéndome que tomase notas de las cuestiones más importantes y de las preguntas cuya respuesta excedía la información del libro. Importante, por ejemplo, era aumentar mediante la práctica la capacidad de los pulmones. Houdini soportaba cuatro minutos sin respirar, debajo del agua. ¡Cuatro minutos! Entonces yo anotaba en un papelito suelto: *Houdini aguanta cuatro minutos*, y lo metía dentro de las páginas del libro.

Las preguntas tenían que ver con lo que necesitaba averiguar. Un tema a estudiar, por ejemplo, era el mecanismo de las cerraduras, desde las más simples hasta las más complejas, pasando por supuesto por los candados. Otro era aquel que mamá me había explicado, calcular con precisión cuánto tardaría en deshacerme de las ligaduras para saber cuánto aire necesitaría dentro de la caja. El papelito que guardé esta vez decía: *¿Cuánto tiempo?*

A veces me descubría haciendo delante de Lucas esas cosas vergonzantes que, por lo general, sólo hacía cuando estaba con Bertuccio: meterme los dedos en la nariz y pegar los mocos en el primer sitio a mano o quedarme viendo la foto de una chica en bikini como si pudiese desnudarla con la mirada. Perdía la capacidad de

autocensurarme, quizá porque Lucas tenía un carácter afable o de tanto llegar a casa y descubrirlo viendo *Scooby-Doo* con el Enano, respirando ambos dentro de sus vasos de Nesquik. A menudo me descolocaba, por ejemplo al afeitarse diariamente (una tarea inútil, ya que era lampiño a excepción de los cuatro pelos de la barbilla que, por lo demás, brotaban igual de negros a las pocas horas) o con la atención que dedicaba a los diarios. Eran rasgos de adulto, pero hacía esas cosas con la misma falta de afectación con que corría o leía mi revista de Dennis Martin: Lucas nunca ponía distancia entre él y nosotros, salvo cuando insistíamos con las preguntas incómodas.

De todas formas algo fue confesando, de a poco, con cuentagotas. Lo de los abuelos era cierto. Habían viajado a Europa y a Japón y le habían regalado el bolso y la remera y muchas cosas más. Al hablar de ellos la voz se le ponía más aguda, como si hubiese aspirado helio. Su papá y su mamá seguían viviendo en La Plata, pero no podía visitarlos. Cuando vio que la pregunta que mis labios callaban me brillaba en los ojos, dio la misma explicación que papá cuando vetó la presencia de Bertuccio en la quinta: no visitaba a sus padres para no ponerlos en peligro.

Era de Estudiantes, pero no muy fanático. Y cuando todo esto terminase tenía planes para estudiar medicina. Quería ser pediatra. Había recibido ofertas de parte de varios clubes para competir en atletismo, pero su habilidad no lo comprometía: la tomaba a la ligera, como si no quisiese ser esclavo de un don que no había pedido.

Cumplí con las rutinas de ejercicios, sorprendiendo además a mi familia con mi rechazo voluntario a las gaseosas y mi nueva afición a las frutas. (Comer sano era parte del plan.) Pero Lucas percibió que sentía demasiada ansiedad para tolerar el carácter gradual del proceso y decidió adelantarme unos trucos. Me enseñó algunos nudos y me explicó una técnica para deshacerme de las ataduras. Lo de los nudos lo había aprendido durante sus muchos campamentos. Lo de la técnica lo había oído por la televisión, y puesto en práctica con eficacia. Se trataba de controlar el estado del cuerpo al momento de ser atado. Si la soga va en torno de las muñecas, es necesario mantenerlas rígidas y no ceder a la presión del nudo. Una vez terminadas las ligaduras, uno puede relajar las muñecas y escurrir la mano a través del lazo. Lo mismo funciona con los tobillos y hasta con el torso: es preferible expandir el tórax, conteniendo el aire, mientras te atan, y después exhalar para que al disminuir el volumen corporal la soga se afloje.

Lucas se ofreció para la demostración. En el depósito de herramientas había una soga vieja. Le ató las manos a la espalda, con todas mis fuerzas, y tironeé hasta que tuve miedo de hacerle daño. No profirió una queja. Cuando terminé se dio media vuelta y reculó dos pasos, ocultando las manos de mi vista.

«¿Cómo puede ser que te guste Superman?», preguntó.

Me quedé helado. La idea de que existiese alguien a quien no le gustase Superman jamás había pasado por mi mente.

«¿Por qué preguntás? ¿A vos no te gusta?»

«La verdad... no.»

«¿Qué tiene de malo?», dije, un movimiento puramente defensivo. La pregunta era retórica, pero Lucas se la tomó en serio.

«El traje es un colorinche ridículo», dijo, con el ímpetu de quien empieza a desgranar una larga lista. «¿Una bombachita roja? ¡Por favor!... Lo de la doble identidad no se sostiene, no es necesaria: ¿por qué no es Superman todo el día, así hace el doble del bien que dice hacer? A los villanos les falta gracia: ¡no vas a comparar a Lex Luthor con el Guasón, Gatúbela, el Pingüino, Dos Caras...!»

«Ya sabía», dije, apuntándolo con un tembloroso dedo acusador. «¡A vos te gusta Batman!»

«¡Es mil veces mejor!»

«¡Pero no tiene poderes!»

«Esa es la gracia, precisamente. A Superman los poderes le cayeron del cielo. Es siempre igual a sí mismo, plano, no aprende nada. Batman es como vos y yo. Sufrió una desgracia de chico y se preparó para ser quien es; eso tiene mérito. Y además es mucho más inteligente. Y más creativo. Y tiene un auto buenísimo. Y la Baticueva es genial.»

«Superman tiene la Fortaleza de la Soledad.»

«Al cuete, porque no la usa nunca.»

«¡Sí que la usa!»

«¿Cuándo?»

«...»

«¿Cuándo, decime?»

No se me ocurrió una respuesta. Quizá porque no tuve tiempo.

Antes de que abriese la boca me arrojó la sogá que acababa de quitarse.

50. Un escándalo

Ya sea por resignación, o bien porque me adaptaba al nuevo ritmo que me habían impuesto, mi asistencia al San Roque dejó de ser la tortura que era en los comienzos. La escuela no estaba tan mal. Me entretenían sus diferencias con el colegio del barrio de Flores, «mi» colegio: el rezo que abría cada mañana, las clases de catequesis, la recurrencia a un maestro para cada materia en lugar de la maestra única que lo enseña todo y el hecho de que entre esos maestros no hubiese una sola mujer. Algunos eran religiosos, además de maestros; y de entre esos algunos eran curas y otros eran hermanos, una distinción que, con el Enano, nunca terminé de entender. Un hermano es como un médico que se recibe pero no quiere hacer la residencia: tiene el título pero no puede ejercer.

De a poco dejé de observar el boicot que yo mismo había declarado al conocimiento. Al principio registraba lo mínimo indispensable, para evitarme problemas; los Vicente debíamos ser discretos y no había mejor escondite que la mediocridad académica. Pero el entusiasmo de los maestros era contagioso y la atmósfera, siempre amena, invitaba a participar. Un día descubrí que levantaba la mano para formular una pregunta. El maestro elogió mi curiosidad y me instó a preguntar cada vez que quisiese. Desde entonces el Ahorcado quedó reservado para los recreos, cuando Haroldo Vicente buscaba las sombras y volvía a encerrarse en sus votos de silencio.

El personal del colegio constituía la más colorida de las faunas. El secretario González circulaba en medio de una nube de polvo de tiza, que parecía respirar como el dragón respira fuego. Era el primero en llegar y el último en irse, si es que en realidad se iba; su vida empezaba y terminaba en el San Roque. (Una vez un chico de séptimo le preguntó por la marca del grabador que estaba en la Secretaría y González le respondió «autostop».) El maestro de Naturales, que pedía que lo llamásemos don Francisco, tenía una visión antropológica sintetizada en la frase *el hombre es un tubo que come y descome*. El de Matemáticas, Llamas, vestía siempre igual: un guardapolvo blanco y nada debajo que no fuese la camiseta musculosa, incluso en las mañanas de escarcha; ya no sé si Llamas era su verdadero nombre o un comentario sobre la media de su temperatura personal. El señor Andrés, maestro de Lenguaje, tenía una forma particular de tomar lección. Nos hacía levantar a todos y ubicarnos con la espalda contra la pared, ocupando el perímetro completo del aula. Formulaba una pregunta y si dudabas siquiera un instante decía *siguiente* y le pasaba la pelota al de al lado, mientras uno regresaba cabizbajo a su asiento; una variante intelectual del juego del quemado, aterradora y divertida a la vez.

Era el más joven de aquellos maestros y el más inteligente. La mayor parte de la gente emplea su capacidad como un arma; el señor Andrés, en cambio, tenía la inteligencia de aquel que, pudiendo apuntar alto, prefirió una vida simple. En consecuencia, estaba siempre de buen humor y le complacía sorprendernos con datos

curiosos, adivinanzas e historias con enigmas que dejaba fermentar en nuestros cerebros. Decía que el lenguaje es el tamiz de la experiencia humana, y que sólo entendemos algo cuando lo hemos verbalizado. Ahora que cuento esta historia, estoy tentado de creerle.

Lo que más me intrigaba del señor Andrés era la forma en que me miraba. Como si supiese de mí más de lo que yo mismo sabía. Entrecerraba los ojos y sonreía, con un gesto de complicidad. En aquel entonces creía que el señor Andrés estaba al tanto de mi secreto, y que esa mirada era su forma de comunicármelo; una forma extrañamente no verbal, para venir de él. El modo en que toleró mi aparente desinterés parecía confirmar mi sospecha: el señor Andrés sabía que mi circunstancia era excepcional y por eso no me exigía como a los demás. Ahora que mi historia se vuelve verbo, que la convierto en palabras y me la oigo decir, me pregunto si el señor Andrés no sabría también que el tiempo ocurre todo junto y me miraba entendiendo, ya, no sólo quién era entonces sino además quién sería; si no veía a Haroldo pero también Kamchatka.

En otras épocas los maestros eran venerados. La gente peregrinaba desde sitios remotos para oírlos hablar, en busca de conocimientos sobre el mundo físico y las leyes de la lógica, sobre los humores del cuerpo y la esfera celeste, sobre los ciclos de la naturaleza y la historia antigua, atesorando cada una de sus palabras con el celo de quien entiende que, a diferencia de los poderes seculares, la sabiduría no se corroe con el tiempo. Otros maestros, como los monjes de Kildare, se dedicaban a la conservación del saber, con la certeza de que nadie puede levantar un edificio si pierde sus pilares, y copiaban cada idea y cada intuición de sus antepasados, sacra o pagana, en libros a los que llenaban de exquisitos marginalia. (La circulación del saber en tiempos oscuros, de los maestros griegos a los árabes y de los árabes a los copistas medievales, dice algo de la tolerancia entre hombres, tiempos y culturas que no debería ser ignorado.) Otros, con celo misionero, llevaban sus enseñanzas allí donde las imaginasen requeridas, en mula, nave o carruaje, como quien lleva el don del fuego a una tierra que sólo conoce el frío. Muchos acompañaron empresas colonizadoras, pero no puede hacérselos responsables de la destrucción; no sería justo acusar a Aristóteles, que fue su maestro, de las conquistas de Alejandro Magno.

Mi país natal, Argentina, vive su Edad Media. La tierra está manejada por señores feudales, que se quedan con la parte del león y envían su diezmo a un rey distante. Las calles son el dominio de bandidos en busca del sustento que no pueden obtener de otra forma y de los soldados que dicen protegernos. Las ciudades están sucias y malolientes, y en sus rincones más oscuros anidan los gérmenes de futuras epidemias. Un ejército de menesterosos hurga las basuras, detrás de un bocado y de algún objeto que valga en el trueque. Y cientos de miles de niños comen poco y mal, creciendo frágiles, sus cerebros prematuramente cansados, mientras ven que del otro lado de las cercas se cosechan los granos que irán a dar a bocas lejanas.

En estos días pienso mucho en aquellos maestros del San Roque. Eran más bien

grises, pero levantaron efectivas barricadas contra la violencia del mundo exterior, que jamás traspasó los umbrales del colegio; sé por testimonios que en la misma época otras escuelas se volvieron salvajes, articulando el único lenguaje con que el poder sabía expresarse. Estoy seguro de que ninguno de aquellos maestros (acaso el señor Andrés, pero no lo juraría) imagina el efecto que tuvo en mí. Pero yo sí los recuerdo y los veo en los maestros de hoy, cuyas barricadas exhiben las marcas de una arremetida más grande e insidiosa. El hecho de que sigan trabajando día tras día es una afrenta para los poderes de este mundo, que alientan la ignorancia de las mayorías porque saben que es condición de su supervivencia: nos necesitan torpes, aletargados, dóciles. Creo, de todos modos, que la principal causa por la que hoy se combate a los maestros con sueldos magros y tareas quiméricas es otra, más miserable y por eso inconfesa. Un maestro es alguien que decidió pasar su vida encendiendo en otros la chispa que encendieron en él cuando niño; devolver el bien recibido, multiplicándolo. Para los poderosos de este mundo, que de niños lo recibieron todo y ahora lo arrebatan todo, la lógica de esa decisión es obscena, un espejo en que no quieren mirarse y por eso lo rompen, huyendo del escándalo.

51. Donde me convierto en un hombre de misterio

Al principio mis nuevos compañeros me ignoraron. El discurso del padre Ruiz no había tenido en cuenta un principio incuestionable en este tipo de sociedades infantiles: el recién llegado, el «nuevo» (como si acabase de nacer), es siempre un ciudadano de segunda, al menos hasta que demuestre lo contrario. Obrando no con maldad, sino en respeto hacia esa norma no escrita, mis compañeros cuchicheaban a mis espaldas y se reían; durante los recreos se reunían en grupos y anunciaban a los gritos el juego en que pensaban embarcarse sin extenderme invitación, una representación concebida para este único espectador; y al comienzo de cada día, cuando se pasaba lista, uno de ellos (siempre distinto, ya que estaban organizados hasta ese punto) esperaba a que el maestro dijese Vicente, Haroldo para de inmediato preguntarme en un susurro: ¿Haroldo Vicente qué?, pregunta que sugería que yo tenía dos nombres pero ningún apellido.

Lo que acabó desarmando la charada fue mi reticencia. La gracia de estos juegos está en que el «nuevo» desespere por ser aceptado, como suele ocurrir. Pero yo tenía muchos motivos para no interesarme en esa sociedad. Por una parte, pesaban sobre mí las prohibiciones de papá y mamá: no debía dar ninguna pista que permitiese descubrir quiénes éramos en verdad, lo cual vedaba casi todos los tópicos de conversación que me eran naturales. Hasta Superman podía ser una pista que los llevase hasta mí si interrogaban a Fernández, el kioskero de mi esquina, que podía dar fe de mi religiosa compra quincenal. Por otra parte, estaba mi resentimiento. Yo me sentía tan separado de mis nuevos compañeros como los místicos y los superhéroes del resto de la humanidad. Extrañaba a mis amigos de siempre, que me parecían mucho más piolas. Pensaba que ninguno de los chicos del San Roque llegaba a los talones de Bertuccio y pasaba el tiempo comparándolos para mis adentros. Bertuccio jamás haría esa pavada. Bertuccio juega mejor a las figuritas. Bertuccio nunca hubiese permitido que lo echasen del aula, por lo menos no sin protestar hasta que el portero se lo llevase a la rastra.

La razón más poderosa de mi desinterés se me fue aclarando de a poco. ¿Quién puede querer la amistad de un chico de diez cuando cuenta con la de un hombre de dieciocho? En presencia de Lucas, todos mis compañeros parecían nenes de pecho, timoratos y bobalicones. Lucas era mi linterna verde, mi sol, mi araña radiactiva: la verdadera fuente de todos mis poderes. Mientras ellos pateaban la pelota en la vereda, yo practicaba nudos marineros. Mientras ellos se llenaban la panza de papas fritas, yo daba cuatro vueltas al parque. Mientras ellos miraban la tele, yo practicaba apnea en la bañera llena. (Mamá estaba agradecida a Houdini, que había logrado lo que ella nunca: que me bañase diariamente.)

Pronto dejaron de cuchichear, de reírse, de fingir. Era obvio que no me hacían mella. Yo no había tenido un solo gesto de acercamiento, ni siquiera una sonrisa. De hecho, hasta me había dado el lujo de declinar una invitación de Denucci a sumarme

a su juego de figuritas. A partir de allí comenzaron las conjeturas sobre mi verdadera identidad. ¿Por qué de tanto en tanto me olvidaba de contestar presente, cuando pasaban lista y decían mi nombre? ¿Por qué el señor Andrés me había perdonado esa vez que no supe responder y en cambio dije ¡siguiente!, sacándole la palabra de la boca? ¿Por qué me aislaba en los recreos y escondía el papelito en que escribía apenas alguien se me acercaba? ¿No encubrían un misterio, todos esos signos?

Me ofrecieron chicles y caramelos. Me ofrecieron cambiar figuritas.

Siempre dije que no. Al principio por precaución y después por placer. No hay nada más divertido que ser un hombre misterioso.

52. El señor Globulito

Y sin embargo hubo una compañía que acepté sin chistar en aquellos días. Don Francisco me puso a cargo de Globulito, el esqueleto del colegio. Mi tarea consistía en asegurarme que estuviese en el aula para el inicio de la clase de Naturales, y después regresarlo a su sitio, en un rincón polvoriento de la Secretaría. Como la Secretaría estaba en un extremo del patio y mi aula en el otro, había que empujarlo de aquí para allá, mientras las ruedas resacas de su base de madera chirriaban sobre los mosaicos y sus huesos se golpeaban entre sí, música de vibráfono.

Mi responsabilidad no se suspendía por lluvia. En ese caso debía recurrir a un viejo paraguas que también se guardaba en la Secretaría. Como era muy difícil sostener el paraguas con una mano y empujar con la otra, siempre terminaba encajándoselo a Globulito —enganchaba el mango en su brazo y usaba el cráneo como tope— y así nos movíamos, en plena tormenta, para que no llegase tarde a su llamada a escena.

Lo bueno es que la hora de Naturales no terminaba con un recreo sino que daba paso a la clase del señor Andrés. Como yo debía acompañar a Globulito en su regreso al hogar, tenía permiso para ausentarme del aula y, por ende, perder preciosos minutos de la hora de Lenguaje; de esa forma me salvé en varias oportunidades de ser convocado al frente con el resto del grado, para responder al interrogatorio sobre tiempos pluscuamperfectos y futuros indefinidos.

Nuestro regreso a la Secretaría era más lento cada vez. A menudo, pretextando agotamiento, me sentaba a mitad de camino sobre el banco de cemento que recorría el perímetro del patio. Globulito nunca se quejó. Parecía agradecer tanto como yo el respiro, un momento dedicado a la contemplación, antes de ser arrumbado nuevamente entre los mapas, los compases gigantes y las cajas de las tizas. Éramos una extraña pareja, yo sentado y él de pie, mirando en la misma dirección. Con el tiempo ganamos en confianza y me descubrí hablándole, nada raro, comentarios sobre la clase que acabábamos de compartir (no tenía gran respeto por don Francisco, aunque le guardaba cariño), anécdotas sobre Bertuccio, esas cosas. En su compañía nunca me sentí solo: era dueño de los silencios más elocuentes.

Buena parte de mi exilio en Kamchatka la viví en soledad, aislado por nieves eternas. Cierta día uno se descubre diciendo en voz alta las expresiones que antes sólo resonaban dentro de la cabeza, qué heladera de mierda, hay que comprar desodorante, ¿quién llamará a esta hora?, para finalmente aceptar que la partitura del silencio admite el solo de la propia voz. Durante esos años, muchas veces sentí que no hablaba para mí sino con Globulito, a quien intuía en las sombras de mi cabaña, oyéndome con la paciencia de siempre y poniendo paños tibios a mis desconsuelos, con esa mirada de cuencas vacías que lo han visto todo.

53. La Fortaleza de la Soledad

Lucas pensaba que yo cometía un error. Que me estaba perdiendo algo. Si la vida había puesto ese colegio en el camino, ¿por qué no aprovechar su parte buena? Yo le decía que no había parte buena, puesto que mis compañeros eran todos estúpidos. Y él porfiaba que era imposible, que al menos tenía que haber un chico piola, aunque más no fuese por ley de probabilidad: uno en treinta no era mucho pedir. Yo pensaba que aun en ese caso me convenía seguir en la mía, porque ¿qué sentido tiene hacerse amigo de alguien a quien en cualquier momento vas a dejar de ver, para ya no encontrártelo nunca más? Ya bastante bronca me daba lo de Bertuccio, a pesar de que contaba con la esperanza de volver a verlo pronto. Lucas entendía, pero decía que mi razonamiento era equivocado. ¿Acaso no hace amigos uno durante las vacaciones, amigos que viven en Salta o en Bariloche y que uno sabe que ya no podrá ver al regresar a casa? ¿Y no la pasa bien uno a pesar de ello, a sabiendas de que existe un final? Como cierre de la argumentación, me presentaba su prueba más concluyente. Si yo tenía razón, y en los tiempos de tránsito e incertidumbre no convenía forjar nuevos lazos ni fundar amistades, ¿qué era lo que estábamos haciendo él y yo, al pie de un álamo, mientras practicábamos nudos bajo el flojo sol del invierno?

Pelear con Lucas era imposible. Lucas escapaba de la confrontación, que era más bien mi estilo. Pero no se trataba de cobardía o de falta de convicción, sino tan sólo de otra manera de plantarse delante de las cosas. Lucas sabía escuchar, y cuando creía llegado su turno explicaba su postura con claridad y delicadeza; nunca se ponía ácido o agresivo, ni cuando estaba en posición de debilidad ni cuando hablaba desde una obvia ventaja, como en este caso. Y aun entonces, después de apilar un argumento inapelable encima de otro y de otro más, siempre dejaba a su interlocutor una puerta abierta para una salida digna. Yo, por ejemplo, usé esa puerta para decir que no era lo mismo, que él era mi entrenador y yo su pupilo, maestro y discípulo, Lucas mi sensei y yo su Pequeño Saltamontes; esta clase de relaciones sí estaba permitida en tiempos de tránsito e incertidumbre. Entonces sonrió, sus dedos moviéndose incansables sobre la sogá, y dijo que en todo caso esa relación estaba llegando a su fin, porque con ese nudo, que llamó nudo pañuelo, me estaba enseñando lo último que tenía para enseñarme.

A partir de entonces seríamos iguales. Y todo lo que viviésemos, durase lo que durase, lo viviríamos juntos.

Mis primeras pruebas como escapista fueron un fracaso. Al principio, envalentonado, le pedía a Lucas que siguiese ajustando la sogá en torno de mis muñecas. En consecuencia, a los pocos minutos se me cortaba la circulación y se me dormían los brazos; era como estar manco, o peor, puesto que sentía un par de bolsas de arena colgándome a los costados. Después le empecé a encontrar la vuelta a eso de ofrecer resistencia a la sogá. Apenas me aflojaba, la tensión cedía un poco, pero entonces me ponía a pelear con el tientó y a tironear y me quemaba y lo único que

hacía era fijar más los nudos. El truco volvía a pasar por la relajación. Cuando dejaba de obsesionarme con el escape, mi corazón dejaba de galopar y mi sangre de agolparse en las manos y me ponía flexible en vez de rígido y de a poco iba zafando. Lucas me sugirió que eligiese una canción, o un poema, o algo que decirme a mí mismo durante el proceso, que permitiese focalizar mi atención lejos de los nudos. Le prometí pensarlo, pero mientras tanto, como todavía no estaba solo dentro de una caja en el fondo del mar, prefería conversar con él, que tenía el mismo efecto.

Recuerdo una de esas conversaciones con vividez. Estábamos en el parque, a eso de las cinco de la tarde, que en pleno invierno es la hora en la que cae el sol. Papá y mamá todavía no habían vuelto de su diaria excursión por la jungla de Buenos Aires. El Enano estaba en la casa, y aunque no se lo oía, sí se oía la tele, lo cual era tranquilizador. Lucas ligaba mis manos, mientras yo intentaba trabar los músculos de los brazos para ofrecer la mayor resistencia.

«Si te soltás en un minuto, sos Houdini», dijo al ajustar el nudo final. «Si te soltás en dos, sos Mediocrini. Y si tardás más, sos Desastrini.»

Le pedí que se quedase del otro lado del árbol. No quería que me viese en pleno esfuerzo, mientras luchaba contra los nudos.

Ese era el momento en que debía relajarme, exhalar, dejar que la soga aflojase su presión sobre mis músculos laxos; el momento en que la conversación debía ayudarme a apartar de mí el cáliz de los nervios, convocado por mi despótica conciencia. Sintiéndome forzado a elegir un tema para hablar, recurrí a una obsesión de los últimos días. Me había desvelado en busca de argumentos para probar la preeminencia de Superman. El ataque de Lucas me tomó por sorpresa, y desde entonces me preparaba para el contraataque.

«Superman puede salvar más gente en menos tiempo.»

«Claro», dijo Lucas desde atrás del tronco; era como si el árbol mismo me hablase. «Pero la mayor parte de las veces está ocupado salvando a Luisa Lane y a Jaime Olsen.»

«Superman tiene alcance mundial. ¡En cuestión de segundos puede estar en cualquier punto del planeta!»

«Es cierto. Pero nunca lo viste ocuparse de algún problema ajeno a los Estados Unidos, ¿o sí? ¿Alguna vez viste un pobre en la historieta? ¿O un negro? ¿Alguna vez lo viste combatir a un dictador latinoamericano? ¡Y eso que trabaja en un diario!»

Me había equivocado al escoger el tópico de conversación: Lucas me estaba vapuleando, y el saberme en desventaja me daba bronca, y la bronca me tensaba y mi tensión hacía que la soga me mordiese las muñecas como un perro rabioso. Para colmo me cantó un minuto. Ya no sería Houdini. Con un poco de suerte, podía aspirar a Mediocrini.

«Además hay un error de construcción en la historia», dijo Lucas, inclemente.

«¿Eh?»

«Superman tiene supervelocidad, ¿o no? Y cuando gira a mil por hora alrededor

de la Tierra es capaz de ir hacia atrás en el tiempo.»

Con pesar, le concedí la razón:

«Una vez Luisa Lane se murió y Superman fue al pasado e impidió que la matasen.»

«Y si puede hacer eso, ¿por qué no retrocede más años e impide que Kriptón se destruya y sus padres mueran?»

Me dejó de una pieza. Nunca lo había pensado de ese modo. ¿Era Superman, como Lucas insinuaba, un hijo desaprensivo y un mal kriptoniano? Si Lucas tenía razón, ¿significaba que Superman era un idiota que nunca había considerado esa posibilidad... o un ególatra insensible, que había elegido cortar con su pasado para seguir siendo un superhombre entre corderos?

«Veinte segundos y sos Desastrini.»

La idea vino del cielo y se clavó en mi cerebro; una pica que reclamaba el terreno para la victoria. No pregunten cómo, pero lo cierto es que de repente sabía la respuesta al enigma, el argumento que probaría que yo tenía razón y no Lucas, que demostraría que Superman era buena persona y el mejor de los superhéroes. Abrí la boca para gritarlo al mundo. Me costó reconocer la voz que salió de mi garganta: sonó gangosa, a flema, como si la sogá hubiese trepado por mis brazos y se enroscase ahora en mi cuello.

«Superman puede ir hacia atrás en el tiempo acá, en este sistema solar, porque es nuestro sol el que le da poderes. Si volase hacia el sistema solar de Kriptón los perdería, y entonces no podría hacer nada. No es que no quiera salvar a sus padres. ¡Es que no puede! No puede salvarlos, ¿entendés? ¡No puede!»

Dejé de graznar y caí de rodillas. Estaba exhausto.

Se ve que mi voz también sorprendió a Lucas, que salió de su escondite y se hincó a mi lado para quitarme las ligaduras.

«No siento nada», dije con un hilo de voz.

Lucas empezó a frotarme los antebrazos con tanta velocidad que me quemó. Era casi tan rápido como Superman.

«¿Y si no vuelven?», pregunté en un soplo. «Papá y mamá. ¿Y si no vuelven?»

Me envolvió con sus brazos y empezó a frotarme la espalda, como si también se me hubiese dormido.

Estuvimos así un rato largo. Cuando nos quisimos dar cuenta era casi de noche y el frío nos pellizcaba la nariz.

No fue una tarde perdida. Por lo menos entendimos por qué, de tanto en tanto, Superman volaba hacia el Ártico y se encerraba en la Fortaleza de la Soledad.

54. This year's model

Las palabras también existen en el tiempo. Algunas caen en desuso y quedan confinadas dentro de libros que nadie visita, como a los viejos de los geriátricos. Otras cambian a lo largo de su vida, perdiendo rasgos y adquiriendo otros. La palabra padre, por ejemplo. La definición del diccionario sigue siendo escueta y fundada en lo biológico (hombre o cualquier animal macho, respecto de sus hijos), pero las características que le asociamos se modificaron. Ninguno de nosotros piensa que padre es apenas un animal macho; la palabra convoca la figura de un hombre amable, que está presente en la vida de sus hijos como dador de protección, amor y guía. Pero esta definición, común como el agua, es más nueva de lo que imaginamos. Puede que sea más vieja que el automóvil pero aun así es más joven que la imprenta, y definitivamente más joven que la noción del amor romántico. ¿O acaso dudaron Romeo y Julieta en desconocer la autoridad paterna, fieles a un sentimiento que consideraban más sagrado que la ciega obediencia?

Lo que entendemos por padre es muy diferente de aquello que la palabra expresó durante siglos. El Libro del Génesis no dice cómo fueron Adán y Eva con sus hijos. Ni siquiera se registra su reacción ante el asesinato de Abel a manos de Caín; el silencio del texto sugiere perplejidad, antes que dolor. Con similar fatalismo Abraham, que había clamado al cielo durante décadas para tener un hijo de Sara, acepta sacrificar a Isaac, el niño tan soñado, a pedido del mismo Dios que le concedió el deseo. Este Yahvé, padre de la humanidad toda, estaba cargado de ambivalencia hacia sus criaturas: dos veces estuvo a punto de borrarlas de la faz de la Tierra (cuando el diluvio, y cuando el pueblo que seguía a Moisés se volvió idólatra), y dos veces se arrepintió a último momento. Sólo abraza incondicionalmente a la especie cuando se ve embargado de amor por David, su preferido; será la primera vez que se refiera a sí mismo como padre del hombre.

En otras tradiciones, la figura del padre amante también es objeto de una destilación lenta. Los dioses griegos conciben divinidades y héroes a diestra y siniestra, pero no parecen sentir por su progenie mucho más que una vaga sensación de responsabilidad; muchos muestran más simpatía por ciertos mortales que por sus propias criaturas. Saturno, como Goya me había revelado, llega al extremo de comerse a sus descendientes. Layo también quiere matar a Edipo, aunque termine derrotado. El primer gran retrato de una relación paternal vendrá con la *Odisea*, pero el mérito no será de Ulises sino de Telémaco, que sublimó la imagen de su progenitor durante la larga ausencia iniciada con la Guerra de Troya. Homero nos presenta a Telémaco en el palacio de Ítaca, soñando despierto, obsesionado por su dolor: «Casi podía ver a su magnífico padre, aquí, con el ojo de su mente.»

El rey Arturo no conocerá nunca a Uther, quien lo concibió. Al enterarse mediante profecía de que su propio hijo lo destronará, Arturo hace lo de Herodes y manda matar a todos los recién nacidos del reino; Mordred se salvará esa vez, pero ya

adulto terminará ensartado en la lanza de su padre. En Shakespeare son siempre los hijos los devotos (lo es Cordelia y lo es Hamlet, que tanto debe a Telémaco) de una devoción que sus padres no parecen merecer del todo. Los mejores personajes de Dickens son huérfanos: Copperfield, Pip, Twist y también Esther Summerson, que crece junto a una tía severa que maldice en voz alta el día en que la niña nació. Nada sabemos del padre de Ahab, ni del de Alicia, ni del de Jekyll; parecen haber venido a este mundo tal como los conocemos, como Venus al salir de la concha.

Esto no significa que el modelo de lo que hoy consideramos padre no existiese en otros tiempos. La semilla ya estaba en la parábola que el Nuevo Testamento consagra al hijo pródigo: padre es aquel que tiene la generosidad de dar lo mejor de sí a sus hijos, y la sabiduría de dejarlos libres para que hagan su propia experiencia, y la paciencia para esperar que arriben a la madurez y la bondad para abrirles los brazos a su regreso e invitarlos otra vez a la mesa. Esta noción de padre corrige al padre autoritario y olímpico del Antiguo Testamento, a cuya imagen se modelaron todos los patriarcas, desde Lear hasta el Adam Trask de Steinbeck en *Al este del Paraíso*. En el transcurso de un único libro, el balance de fuerzas cambia dramáticamente. Al comienzo de la Biblia, la paternidad pasa por el poder, pero al final está centrada en el amor.

Hasta no hace tantos años, los niños nacían a un mundo que aparecía dado e inquebrantable. Sus padres eran lo que eran, pastores o soldados, cazadores o mineros, y lo eran hasta el mismo día de su muerte; encajados a presión en sus gremios y sus castas, daban testimonio de un sistema social inmóvil y pasaban sin cuestionarse, siquiera, si habría otro lugar para ellos. Debían, por fuerza, ser padres rígidos y distantes. Cuidaban de sus hijos como los cuida un lobo, proveyéndolos de alimentos y calor y protegiéndoles de los otros depredadores. Cuando los pequeños lograban ponerse de pie, les enseñaban a comunicarse mediante el lenguaje y a emplear sus manos con habilidad, sobre el arado, la lanza o los tipos de la imprenta que, pensaban, sus hijos podrían seguir manipulando hasta que llegase el momento de adiestrar a sus propios hijos. Y eso era todo, y era mucho.

Ese mundo ya no existe. Mi abuelo perteneció a la última generación de padres a la usanza clásica: optó por una forma de vida a edad temprana y se abrazó a ella hasta el final. Enfrentó tormentas, incendios y sequías (elijo estas imágenes porque me resulta difícil separar a mi abuelo de la tierra que trabajó), pero jamás sufrió una crisis de identidad. Mi padre, en cambio, abrió los ojos por primera vez en un mundo que había dilapidado todas sus certezas. En consecuencia, no necesitó ser rígido (porque todas las fronteras se habían vuelto lábiles) ni distante (porque este mundo nuevo había eliminado las distancias) con nosotros, lo cual era bueno. Pero al mismo tiempo protagonizó delante de nuestros ojos la aventura de su vida, que estaba lejos de haber resuelto; quiero creer que esto también terminará siendo bueno, pero es demasiado temprano para saberlo.

Mi abuelo era una figura única, inequívoca. Mi papá era muchos: el tilingo y el

militante, el burrero y el fan de *Los invasores*, el padre divertido y el hijo rebelde, el redentor y el amante, el abogado profesional y el defensor de causas perdidas. No digo que estos elementos fuesen inconciliables; digo que vivían en tensión dentro de mi padre, una tensión que luchó por resolver a cada momento y nunca más que a partir de marzo de 1976, cuando el país que había llegado a creer que interpretaba se desvaneció debajo de sus pies. Es fácil creer que mi madre no sufría tensiones semejantes, porque había construido una máscara que calzaba perfecta sobre sus rasgos. Pero era evidente que se turbaba ante la sombra terrible de mi abuela Matilde, otra representante de una generación que nunca confesó haber sufrido duda —por lo menos hasta que fue demasiado tarde.

55. Me descubro en medio de una película 3-D

Después del descalabro de los primeros días, nuestra estancia en la quinta adquirió visos de una cierta normalidad. A simple vista, el único cambio real era el de decorados. Todo el mundo representaba el papel de siempre, sólo que en el contexto de una nueva escenografía. El Enano y yo íbamos al colegio. Papá y mamá trabajaban. Hasta la presencia de Lucas, un cuerpo extraño en el seno familiar, había sido asimilada. Era un hijo más, incorporado a la dinámica establecida por años de convivencia. Durante el transcurso de una cena, podía comentar las noticias con papá y mamá mientras jugaba con una pelota hecha con miga de pan, disparando al arco que yo armaba con mis manos; Lucas se había convertido en un centro equidistante, el punto de equilibrio perfecto. Incluso colocaba su cepillo de dientes en el vaso donde estaban los demás.

A primera vista, este fluir de nuestra nueva existencia significaba una victoria sobre las fobias del Enano. Lo habían subido a un cohete especial, apenas vestido con su pijama favorito, el Goofy de peluche bajo un brazo y el vaso con piquito en la otra mano, y lo habían disparado rumbo a otro planeta al cabo de una (inusualmente breve) cuenta regresiva. Semejante corte hubiese sido traumático para cualquier niño de su edad, y dado el apego del Enano a los ritos y objetos que vertebraban su mundo, el salto debió haber sido todavía más violento. En la cápsula no había lugar para su cama, su colegio y sus baldosas; no había lugar para mis juguetes, que constituían su dieta de depredador; no había lugar para el sillón de casa sobre el que bailaba cada vez que el locutor anunciaba *nuestro próximo programa: El santo*; no había lugar para el triciclo azul y rojo en el que cada vez le costaba más pedalear. Sin embargo, en la gravedad cero a que nos sometía nuestra travesía espacial, el Enano flotaba como el astronauta más experimentado. Existía el detalle de su incontinencia, pero era un secreto entre los dos, y estábamos trabajando en ello. Papá y mamá no sabían nada; a sus ojos, la reacción del Enano a tantas fuerzas extrañas era simplemente perfecta.

En algún sentido, todos tratábamos de hacer lo mismo. Ver la parte buena de las cosas, como argumentaba el Manolito de Mafalda al romper el auto a cuerda de Guille y consolarlo con una pieza del mecanismo, a la que hacía girar como trompo; era cuestión de encontrar las pequeñas ganancias dentro de las grandes pérdidas.

Al mismo tiempo, yo sabía que había algo de artificio en esa nueva normalidad, pero por entonces mi saber sólo tenía forma de intuición. Ignoraba, por ejemplo, que la decisión de mis padres de enviarnos al colegio era la piedra basal de esa construcción: creían que, más allá de las diferencias en la ejecución, la partitura de los guardapolvos, el estudio y el recreo sonaría familiar en nuestros oídos, una música que oponer al silencio del espacio exterior, donde flotábamos a la deriva. Quién sabe qué zozobras habrán pasado para recuperar los fetiches del Enano, mi revista y mi TEG; nunca lo sabremos, aunque el riesgo de la excursión deje en claro cuánto

estaban dispuestos a hacer para poner coto a nuestra enajenación. Aun en medio de la fuga, querían que conservásemos algo parecido a una vida.

Delante de nosotros se esmeraban por ser los de siempre. Pero trabajaban con denuedo para alimentar la ilusión. Ocasionalmente se les escapaba algo que revelaba el agotamiento que sentían, de tanto fingir en pos de la ficción perfecta: pasajes que sobreactuaban su despreocupación, risas demasiado estridentes, comentarios que querían sonar casuales pero subrayaban la intención soterrada, como ocurre con los actores sin experiencia. Yo los registraba y seguía adelante, según correspondía a mi personaje en la obra. Pero a veces pasaban cosas que me obligaban al extrañamiento.

En momentos de particular calma, un elemento cualquiera se desprendía de su fondo y se desplazaba hacia mí, que veía como a través de esos anteojos que te daban en el cine cuando reestrenaban *Museo de cera*. El bigote de papá, por ejemplo, que lo fingía más viejo y más serio, se quedaba flotando en mitad del *living* aun después del portazo que anunciaba su salida; igual que la sonrisa del gato de Cheshire. O la ropa aseñorada que mamá elegía ahora para salir, despreciando los *jeans* y los colores vivos que reservaba para la casa. De repente veía una falda y una blusa en el umbral, calzadas sobre un cuerpo invisible, cuando el ruido del Citroën juraba que mamá ya había partido.

Mi mente me hacía bromas. Y su humor sacaba a luz lo que tan cuidadosamente pretendíamos disimular: que estábamos tratando de ser otros, viviendo una vida prestada, mientras flotábamos en un cielo cada vez más tenebroso e indescifrable. Yo sabía ya que alguien o algo ahí afuera había impulsado a mi madre a pedir licencia en la Universidad, aunque todavía conservase el trabajo en el laboratorio. Yo sabía ya que alguien o algo ahí afuera se había quedado con el estudio de papá, que en esos días trabajaba en bares y cafés siempre distintos para despistar a sus perseguidores. Una vez se encontró con Ligia, su secretaria, debajo de un puente mugroso. Había gente revolviendo basuras y además pasó un patrullero, obligándolos a esconderse, pero todo lo que perturbaba a Ligia era que papá le entregaba sus *habeas corpus* con manchas anilladas de taza de café.

Me llegaban estos y otros pedazos de información, siempre fragmentarios, piezas de un rompecabezas que no lograba ensamblar; mi negación era tan grande que ni siquiera sufría pesadillas. Durante mucho tiempo creí que me había enterado de esas cosas porque mis padres imaginaban que no comprendería su sentido global, aquello que insinuaban o callaban. Ahora creo que obraron de esa forma con deliberación, sabiendo que cuando lograrse ensamblar las piezas y contemplar la figura representada por el rompecabezas yo ya estaría a salvo, a una prudente distancia del peligro que por entonces nos envolvía a todos.

56. Las malas noticias se suceden

Apenas entré en la casa entendí que no estaba solo. Seguí moviéndome a cuenta de la inercia del regreso (tirar la valija del colegio arriba de un sillón, dejar que los dedos se posen, inquietos, sobre el botón más alto del guardapolvo), pero la evidencia terminó venciéndome, con la violencia de los bofetones con que las madres nos arrancan de nuestros caprichos. La casa olía siempre a polvo, medias sucias y la cocción de la noche anterior; ahora olía a otra cosa, un olor más dulce y más natural. Sobre la mesa descubrí una revista con la programación de la tele. Nosotros nunca comprábamos esas revistas. Este ejemplar estaba abierto y enseñaba las líneas azules con que una mano había subrayado sus preferencias. Del resto del *living*, me perturbaba más lo que no estaba que lo que estaba: alguien había arrasado con las señales de nuestra presencia, las zapatillas que siempre quedaban por ahí, los paquetes de galletitas a medio comer, nuestras revistas y los dibujos del Enano, que desde hacía muy poco incluían halos para todos sus personajes. Las vacas tenían halos. La Superardilla y Morocco Topo tenían halos.

Lo primero que pensé fue que debía ponerlo sobre aviso. El Enano se había quedado afuera, registrando la pileta en busca de sapos muertos. Puede que fuese demasiado tarde para mí, pero todavía había tiempo para prevenirlo: todo lo que tenía que hacer era gritar sálvate tú, porque en la imaginación los momentos dramáticos se viven doblados al español mexicano, como las series. El Enano correría entonces hacia la ligustrina y la atravesaría, saliendo a la calle en el punto que papá nos había enseñado cuando nos preparó para el zafarrancho de combate. Si se decretaba el zafarrancho, las instrucciones decían que debíamos correr rumbo al pueblo y pedirle cobijo al padre Ruiz, que nos ocultaría, quizá en la capilla misma, de acuerdo con la tradición por la que un fugitivo podía asilarse en una iglesia y declararla santuario.

«Hola, amor. ¿Llegaste?»

Mamá apareció desde la cocina, trayendo un cuenquito con flores silvestres entre las manos.

«¿Qué hacés acá?», dije con fuerza, para imponerme a los estruendosos l-l-lup-dups de mi corazón.

«Hoy vine más temprano. ¿Y el gordo?»

El Enano entró en ese momento, como si respondiese a la pregunta. Mamá alcanzó apenas a dejar las flores sobre la mesa antes de que el Enano la sacudiese con su abrazo.

«¡Hola, bichito! ¿Cómo te fue?»

«¡Ncstnjbn!», respondió el Enano, que todavía tenía la cara hundida en la panza de mamá.

«¿Cómo?»

«Necesito un jabón. ¡Vamos a hacer estatuas con jabón!»

«Qué bien. ¡Compré leche!»

Esas fueron palabras mágicas. El Enano hizo la versión abreviada de su bailecito celebratorio y salió corriendo rumbo a la cocina.

«¡Esperá que la abro yo! ¿Y a vos cómo te fue?», dijo mamá, volviendo su atención hacia mí.

Yo me encogí de hombros y fui tras ella, que marchaba detrás del Enano.

«¿Y mi revista de Superman?»

«Está en tu cuarto, como corresponde.»

«¿Y mis zapatillas?»

«¿Te fijaste en el placard?»

«Nunca están en el placard.»

«Ahora sí.»

Mamá arrebató el sachet de leche de manos del Enano y le arrancó una punta con los dientes, escupiendo el plastiquito dentro de la pileta. Eso me tranquilizó. Durante un momento había temido que la hubiesen reemplazado por un Invasor, una copia idéntica en su exterior pero adicta a actividades maternas típicas como limpiar la casa, guardar las cosas en su lugar y decorar con flores.

«Dan una película que quiero que veas. El lunes. Por la tele», dijo, mientras encajaba el sachet en su soporte de plástico y lo entregaba, ahora sí, al Enano.

«¿Qué película? ¿*La novicia rebelde*?»

Pregunta incorrecta. Mamá todavía no se había recuperado de la decepción que le produjo cuando me llevó al cine a verla. Me dormí. Y bueno, che.

«El Nesquik se hace así», dijo el Enano, que amaba explicar el proceso mientras lo preparaba como si fuésemos novatos en la materia.

«¿Una de terror?», insistí. La última vez que mamá me había mostrado una película por la tele fue *Marcelino Pan y Vino*.

«No, estúpido.»

«Ponés tres cucharaditas», dijo el Enano, cargando el vaso de piquito con el polvo marrón.

«Se llama *Picnic*.»

Una película sobre un picnic. ¿Podía concebirse algo más aburrido?

«No es aburrida», dijo mamá, que me leía la mente, o al menos la cara. «Tiene una música preciosa. Y también hay peleas, como te gusta a vos.»

«Después tirás la leche desde acá arriba.»

«¿Trabaja alguien conocido?»

«William Holden. El de *El puente sobre el río Kwai*.»

El puente sobre el río Kwai era aburrida. (Lo era entonces. Después mejoró.) Además terminaba mal (en esto no cambió), y a mí no me gustan las historias que terminan mal. (En esto yo tampoco cambié.)

«El de *Stalag 17*», dijo mamá, que no era de resignarse fácilmente.

Stalag 17 estaba buena. Era de unos tipos que se escapan de un campo de concentración. Me gustan las historias con escapes.

«Y después revolvés, pero no mucho, porque se le van los grunitos. Los grunitos son la parte más rica», dijo el Enano y dio su primer sorbo.

«¿Lucas?»

«Vuelve a eso de las siete, dijo. Hoy me echaron del laboratorio. ¿Te alcanzo un vaso?»

Asentí mecánicamente.

Mamá bajó un vaso de vidrio de la alacena y me lo puso adelante.

«Estaría bueno ir al campo para el cumpleaños de tu abuelo. ¿A vos qué te parece?», dijo, mientras buscaba otra cucharita en un cajón. El Enano nunca prestaba la suya. Le gustaba tomar el Nesquik con la cucharita adentro del vaso.

«¿Papá quiere?», pregunté yo, desconfiando.

«Lo puedo convencer. Después de todo, es su padre. No se puede hacer el boludo.»

«Dijiste boludo», hizo notar el Enano.

«Yo lo puedo decir porque yo soy yo», dijo mamá, en un alarde pedagógico.

«Vos podés decir boludo porque sos grande.»

«Y vos no podés decir boludo ni siquiera repitiendo lo que yo dije. No te hagas el vivo.»

«¿Cómo que te echaron?»

Mamá me miró de reojo, con una mezcla de rencor y de admiración, parapetándose detrás de una cortina de humo. No le gustaba que la hiciese hablar de un tema que prefería obviar, pero reconocía mi habilidad. Como ella acababa de decirle al Enano que no se hiciese el vivo, yo, con mi pregunta, la puse entre la espada y la pared; estaba obligada a no hacerse la viva ella tampoco.

«Me echaron y punto.»

«¿Por qué? ¿Eras un desastre en el laboratorio?»

«Soy magnífica en el laboratorio. Soy magnífica profesora, también, así como soy magnífica madre.»

Ruidito de azúcar entre los dientes del Enano; una forma de aprobación.

«En la cocina sos un desastre.»

«Nadie puede hacerlo todo bien.»

«¿Y entonces por qué?»

«Política.»

En ese instante pasó un ángel. Según la abuela Matilde, cuando se hace un momento de silencio es que pasa un ángel. Y el Enano gritó:

«¡Mirá, mamá, mirá!»

Le enseñaba su vaso. El piquito se había roto, quedando unido al vaso apenas por una hebra de plástico.

«Eso es de tanto morderlo, boludo», dije.

«Vos tampoco te avives.»

«¡Me dijo boludo!»

«¡No repitas!», lo retó mamá, pero sin convicción. El Enano estaba dolido de verdad y no quería cargarle más las tintas.

Nos quedamos así, los tres, contemplando el vaso, el Enano abrazando a mamá y yo apoyado sobre los dos, la columna del templo que se ha derrumbado contra un muro. No había mucho que decir. Arreglarlo era imposible. Y comprar otro, aunque fuese otro igual, era impensable. Mi hermano jamás había aceptado el concepto de la producción en cadena. Para él no había dos objetos iguales. Por lo general evitábamos dejar la decisión de una compra en sus manos, porque podía pasarse media hora comparando tiki-takas que nosotros veíamos idénticos. Le decíamos de todas las formas posibles que no diera tantas vueltas, que los tiki-takas eran iguales, y él porfiaba que no. Lo más gracioso era que en privado mamá admitía que el Enano tenía razón. La ciencia estaba de acuerdo con él. Aunque a simple vista lo parezcan, no hay dos vasos iguales. No hay dos autos iguales. No hay dos lámparas iguales, ni dos rejas iguales, ni dos momentos iguales.

57. Una de las malas noticias se vuelve buena

En los días siguientes, asistimos en la doble condición de testigos privilegiados y conejillos de Indias al fenómeno de mamá ama de casa.

Mamá nunca fue ama de casa. Mamá era un desastre en la casa. Si lo primero era consecuencia de lo segundo o lo segundo de lo primero es una cuestión de sustancia filosófica tan inapresable como la del huevo y la gallina.

Pero mi juicio al respecto es objetivo. Tengo un centenar de pruebas que lo sustentan.

Una vez metió un pollo en el horno sin sacarle de adentro la bolsita con los menudos.

Una vez planchó una remera de nylon con la plancha a todo calor y se le quedó pegada.

Una vez quiso pintar mi cuarto y pintó encima del empapelado.

Una vez llenó la licuadora hasta el tope y entonces la encendió.

Una vez prendió el horno sin vaciarlo y quemó la tabla de picar carne.

Una vez, medio dormida, le puso el guardapolvo al Enano sin quitarle antes la percha y lo mandó así al colegio.

Papá sobrellevaba esta situación con hidalguía, en parte porque estaba enamorado, en parte porque mamá era irreprochable en todo lo demás y en parte porque él también era un desastre como hombre-de-la-casa (una vez estuvimos seis días con el inodoro tapado y terminé destapándolo yo, sopapa en mano, porque a papá le daban arcadas) y eso le impedía levantar la mano para tirar la piedra.

Pero todos aquellos percances habían sido producidos por la mamá de siempre, cuyo paso por la casa era más bien fugaz o dedicado a los menesteres que sí le daban placer, como ver películas, hacer crucigramas o leer eternamente en el baño.

Ahora todo era distinto. Sin facultad ni laboratorio, mamá no tenía más remedio que quedarse en la quinta. ¿Cuántas películas podía ver por día? ¿Cuántos crucigramas haría? ¿Cuántas horas pasaría sentada en el Pescadas, leyendo *Teoría termodinámica de la estructura, estabilidad y fluctuación*?

Durante un par de semanas me fue posible descubrir cada una de las actividades que había desarrollado mientras yo estaba en el colegio. El Sherlock Holmes que vivía en mí la tenía bien fácil: sólo había que seguir los rastros de ceniza. Las cenizas al pie del combinado indicaban que había puesto música mientras trabajaba. Las cenizas sobre el mármol de la cocina indicaban que había un cigarrillo entre sus labios mientras lavaba los platos. Las cenizas sobre el piletón indicaban que había lavado ropa a mano, a pesar del frío. Las cenizas sobre la rejilla del suelo del baño indicaban que había estado sentada en el trono, lo suficiente como para necesitar disponer de los restos del cigarrillo; levanté la rejilla y ahí estaba, la colilla flotando en un fondo de agua.

Otros indicios eran más sutiles. En un momento, por ejemplo, empecé a sospechar

que la marca de cigarrillo sobre el alféizar de la ventana se estaba poniendo más profunda. ¿Dejaba mamá su cigarrillo encendido allí donde alguien —un viejo habitante, otra mamá— lo había dejado antes? ¿Había, en efecto, momentos en que mamá dejaba de ser un torbellino limpiador como esos que aparecían en tantas propagandas para quedarse contemplando el parque, ensimismada, mientras el cigarrillo se consumía a su lado? ¿Qué miraba desde allí? (El panorama era agradable, hasta plácido, pero sin ningún relieve.) O en todo caso, ¿qué habían mirado todos los fumadores que vivieron fugazmente en la casa?

Pensé que a lo mejor la casa se estaba apoderando de mamá. Son cosas que pasan, en especial en las películas y en las novelas de Stephen King. El hombre del cigarrillo original (para mí era un hombre; pura intuición) había tenido una historia trágica. Seguramente era algo de Pedro, porque está claro que Pedro no era: Pedro era un chico como yo, y los chicos no fumamos. Me lo imaginaba tío de Pedro, un tío muy querido —hubiese sido más lógico que fuese su padre, pero pasé por alto esa alternativa— cuya muerte lo había sumido en una tristeza de la que China y Beba pretendían sacarlo a pura ingestión de alfajores Havanna. Lo cierto es que la tragedia de esa vida truncada había resultado en un espíritu insatisfecho. Se sabe: cuando una persona es traicionada o asesinada, su espíritu no descansa, sino que vaga por ahí esperando justicia. (Hay espíritus que piden venganza, pero esos van a parar al infierno de cabeza, como el padre de Hamlet, que no entendió que no se pueden purgar los pecados pidiendo la comisión de otros; justicia y venganza son cosas muy distintas.) Y el fantasma del tío de Pedro vagaba por la casa, y se insinuaba a la persona que más tiempo pasaba dentro de esos muros —mamá, claramente—, que sin darse cuenta adoptaba cada vez más actitudes propias del muerto, como fumar en la misma ventana, víctima de la misma ensoñación. Se me ocurrió además que el tío de Pedro podía estar enterrado allí, en la quinta, sin que cruz o lápida alguna señalaran el punto preciso. Una día iba a ir con el Enano a enterrar otro sapo y me iba a encontrar con su esqueleto, envuelto en ropas raídas, y en su bolsillo hallaría un paquete de Jockey a medio fumar.

(Esa es la única contra del pensar en otra cosa como forma de distracción. Funciona durante el primer rato, pero siempre termina regresando a aquello de lo que queríamos distraernos, en forma corregida y aumentada.)

Una tarde, al volver del colegio, el Enano y yo descubrimos que el torbellino limpiador había devuelto todo lo que se había llevado. Los platos de anoche seguían sobre la mesa y las zapatillas y la ropa sucia estaban donde las habíamos dejado y los ceniceros desbordaban y las colillas flotaban en restos de café. Mamá estaba tirada en el sillón, cigarrillo en mano, con los pies sobre la mesita y la lata de Nesquik entre los tobillos, mientras miraba la tele.

«Lo que yo no entiendo», dijo, sin que mediara un hola o un buenas tardes, «es este asunto de los meñiques rígidos. ¿Una civilización tan avanzada como para tener naves interestelares y no puede lograr meñiques flexibles?»

«Es un defecto de fabricación», dije yo, mientras me sentaba a su lado. «Le pasa a los mejores. Aquiles tenía el talón vulnerable porque la mamá lo agarró del pie cuando lo metió en la laguna Estigia.»

«¿Dónde hay un vaso limpio?», preguntó el Enano, que venía de la cocina con el sachet de leche.

«No hay. Eché la leche dentro de la lata, total queda poco Nesquik», dijo mamá, sin apartar los ojos de *Los invasores*.

Y así recuperamos a mamá. Al cabo de muchos días de intentarlo, sucumbió a la evidencia: tenía la misma imposibilidad física de realizar bien una tarea de ama de casa como el Enano de tratar un objeto sin desintegrarlo. Con laboratorio o sin él, con fantasma o sin fantasma, mamá seguía siendo mamá.

Lo cual, por si no se entendió, era la buena noticia.

58. Un picnic con lluvia

Dónde vas, me preguntó mamá esa noche. Me quedé ahí, boquiabierto, con mi libro debajo del brazo. ¿Qué clase de pregunta era esa? Eran casi las diez y ya habíamos cenado. Yo cargaba con un libro (uno del Rey Arturo, que había pedido en la biblioteca del colegio) y mi cuerpo apuntaba inequívocamente hacia el pasillo que conducía a las habitaciones. ¿Adónde podía ir, sino a la cama? Entonces recordé. Lunes. Mamá había levantado la mesa con sospechosa diligencia. Tenía en la mano un plato con galletitas y su cuerpo apuntaba inequívocamente hacia el *living*, desde donde sonaba, en el televisor, la musiquita que anunciaba El Mundo del Espectáculo. Esa noche daban *Picnic*. Nuestra cita. Estaba atrapado.

No es que no viese los beneficios de la situación. Era una rara oportunidad de tener a mamá para mí solo. Ante una película romántica, papá huía de la sala como las cucarachas cuando encendés la luz. En ausencia de mamá, el Enano sabía que papá le permitiría saltar en la cama grande hasta que sucumbiese al agotamiento o se partiese la cabeza. Así que éramos mamá y yo. Y las galletitas. (Unas que se llaman boca de dama: deliciosas.)

Pero también había desventajas. Los gustos de mamá en materia de cine, por ejemplo. Si la experiencia me había enseñado algo, estaba condenado a dos horas de sufrimiento. O más de dos horas, en el caso de *La novicia rebelde*.

Por lo general, las películas que mamá amaba me dejaban frío, o peor. Lo que marcaba la gravedad del asunto era, sin embargo, la forma en que mamá se relacionaba con el cine. A todo el mundo le gustan las películas, pero no al punto de guardar una foto de Montgomery Clift en su mesa de luz. En un cine, mamá se comportaba igual que el Enano en la iglesia. Sus emociones se amplificaban. Lo absorbía todo con ojos grandes y golosos. A veces no se daba cuenta, pero tenía la boca abierta; en la oscuridad de la sala no le importaría parecer boba. En consecuencia, se comportaba conmigo como un evangelista: quería convertirme a su fe, contagiarme su entusiasmo por esa religión que hacía de cada acólito un proyector de cine, explicarme que el hecho de estar con otros en un lugar oscuro y mirando la luz estaba cargado de sentido. Como los evangelistas, me hacía sentir incómodo. No terminaba de digerir la dimensión de su fe. Para mí estaba todo bien con el cine, pero los maníes con chocolate que se compraban en la entrada eran tan importantes como la película misma.

Cada ida al cine con mamá se convertía, pues, en una prueba. Por una parte, era imperativo evitar el sueño. *La novicia rebelde* concluyó en una de las mejores siestas de mi vida, pero a un alto precio. Mamá me hizo sentir que había cometido una traición. Era como si hubiese insultado a su propia familia. (¿Tendríamos algún parentesco lejano con los Trapp del que nadie me había informado?) Por otra parte, debía ser diplomático con mis apreciaciones. Ella me había dicho que *Marcelino Pan y Vino* era preciosa y no asimiló bien que le dijese que me había parecido la película

más horrible que había visto en mi vida. Después traté de explicar que había dicho horrible porque mostraba algo que me parecía un horror, y no porque fuese tan mala, pero el daño ya estaba hecho. Me saludó con frialdad. Dormí con la luz encendida, pero igual soñé que un Cristo de madera me perseguía por interminables pasillos, tratando de atarme a su cruz para poder, así, quedar libre.

Más allá de mis prevenciones, *Picnic* no estaba tan mal. Había un pueblo chiquito y una chica linda y pulposa, Kim Novak, que parecía la mujer más triste del universo a pesar de que estaba de novia con un chico rico. Entonces aparecía otro tipo, William Holden, mucho más simpático que el chico rico pero sin un peso ni para café. Como era de esperar, Kim Novak y William Holden se enamoraban. Él hacía que ella se sintiese feliz, y ella hacía que él se sintiese el hombre más rico del universo. Lo que no me cerraba del todo era la insistencia en lo jóvenes que —se supone— eran. Para mí no tenían nada de jóvenes. Se veían tan viejos como mis papás, o incluso más.

Durante el primer corte, mamá repuso la provisión de galletitas. En el segundo corte se quedó ahí, a mi lado, e hizo un vago comentario sobre la diferencia entre la película y lo que recordaba de ella. No entendí muy bien el punto, ya que mamá se expresó de forma poco articulada para sus estándares; supuse que se trataba de una queja respecto de lo mal que le hace a una película ser exhibida en una pantalla en blanco y negro, llena de granos y cortada cada dos por tres por propagandas de vino Gargantini.

Finalmente llegó el picnic de *Picnic*. No faltaba nadie en la celebración: Kim Novak, su familia, su novio, el padre rico de su novio, la maestra solterona, su eterno pretendiente y por supuesto William Holden. Recuerdo una escena en que William Holden bailaba al lado del río, que me causó gracia porque era obvio que se suponía que bailaba bien y que bailando seducía a Kim Novak pero a mí el bailecito me parecía un bochorno, ridículo, ¡hombre grande!, y me divirtió tanto que hasta consideré la temeridad de hacer un comentario al respecto y entonces miré a mamá y vi que estaba llorando, pero llorando de verdad, la cara empapada como si saliese de la ducha y en perfecto silencio, mientras sus hombros se sacudían espasmódicamente como la carrocería del Citroën.

Le pregunté qué le pasaba, mamá qué te pasa, ¿estás bien?, dijo que sí con la cabeza pero seguía llorando sin apartar la mirada de la tele, mamá te juro que me gusta la película, en serio, me gusta de verdad, y entonces la solterona Rosalind Russell rompió la camisa de William Holden y le hizo pasar el ridículo y yo me pregunté si mamá lloraba por anticipado, porque a veces uno sufre desde antes cuando en una película o un libro sabe ya que va a pasar algo malo, como me pasaba a mí con Houdini, y eso me tranquilizó durante el rato en que mamá me abrazó sin decir palabra, por lo menos hasta que la película terminó y terminaba bien (¿por qué el llanto, entonces, por qué esa lluvia?) y me dio un beso húmedo y me dijo buenas noches, buenas noches mi amor, y me dejó solo en el sillón delante de un noticiero

que hablaba del Presidente esto, de la Armada aquello, de las nuevas medidas económicas, de la lucha incansable contra la subversión apátrida, guerrilleros abatidos, Tucumán, dólar; lo de siempre.

59. La estación más traicionera

El invierno lo complica todo.

Hay que sacar de circulación la ropa ligera y desempolvar camisetas de manga larga, pijamas, bufandas y pañuelos, medias de lana, gorros y camperas. Estas prendas huelen a encierro, pican (aunque sean nuevas, como las que papá y mamá nos compraron en un negocio llamado, ¡vergüenza!, Mimito) y hacen de uno un muñeco gordo y torpe, como el de Michelin. Hay que hundirse en los placares y rescatar edredones y mantas con que dotar de peso a las camas, para que cuando uno se cubra sienta que se está echando encima una lápida. Hay que encender estufas, eléctricas o a gas, que las primeras veces huelen siempre a tierra quemada. Hay que cerrar ventanas, asegurar las puertas para que el viento no sea impertinente, investigar filtraciones y poner burletes. Hay que bajar el nivel de frío de las heladeras, para que la leche no te corte los dientes. Bañarse se vuelve una tortura, por el frío mismo, por las toallas que nunca están secas del todo y por la humedad que se genera si te diste esos baños a puro vapor; en ese caso, además de picar, la ropa se pegotea al cuerpo.

El aire se envicia, es aire de ayer, de la semana pasada, que circula por la casa como caballo de calesita, transportando olor a medias húmedas de nuestra habitación al pasillo, y olor a sopa de la cocina al *living*, y olor a tierra del comedor a la pieza de mamá, mientras los resfríos saltan de uno a otro miembro de la familia hasta que, tumbado el último, reinician el ciclo con el brío original.

El afuera lastima. Los días son demasiado cortos. (Nada más deprimente que salir de noche rumbo al colegio.) Las lluvias producen barriales que anegan los caminos. Ni siquiera podemos divertirnos con los charcos, porque las botas de goma quedaron en la casa de verdad y papá y mamá demoran el cumplimiento de su promesa de nuevas. El Enano y yo fingimos que el invierno no existe, pero las hojas caídas se están desintegrando y forman una pasta maloliente debajo de los pies, y los sapos no se asoman, y la mitad del tiempo no entiendo siquiera lo que el Enano dice, la cara tapada por vueltas y vueltas de bufanda —el hijo de la Momia Negra.

Lo mismo de siempre. O casi. Porque ese invierno algo es diferente.

La gente cerró puertas y ventanas antes de tiempo, llaves con doble vuelta, trabas y postigos, pasadores, cadenas. Dicen que hay mucho bicho suelto este invierno, mucha peste. La gente prefiere el aire sucio a los ruidos indeseados y los olores familiares a los nuevos, porque un olor nuevo significa otros organismos y los otros organismos son desconocidos y uno no tiene tiempo ni energía para conocerlos, es invierno, hay mucho bicho suelto, mucha peste. Cuando alguien golpea o toca el timbre, la gente finge no estar o responde desde lejos. Los carteros se preguntan por cuánto tiempo no volverán a ver una cara amiga. Hasta las comunicaciones telefónicas son más breves, como si hubiese piedad para con las palabras que deben viajar por cables expuestos a la escarcha, al granizo, al agua, porque ese invierno hablar no es saludable, mucho bicho suelto, mucha peste, cuando uno habla le sale

vapor de la boca y eso no es bueno porque hace evidente que uno habla, conviene hablar adentro de las casas porque el aire está caldeado y uno no exhala vapor y entonces puede decir tengo hambre, estoy perdido o ma, ¿qué es eso que muestran en la tele?, sin temor a que el invierno lo traicione.

60. Apnea con ayuda celestial

En esas tardes muertas, el Enano y yo nos dábamos larguísimos baños de inmersión. Yo aprovechaba para practicar apnea. El objetivo era llegar a los cuatro minutos debajo del agua que, entre otras hazañas, habían hecho de Houdini una leyenda. Mientras me sumergía, el Enano tomaba el tiempo con el reloj de mamá. No es que supiese medirlo todavía, pero podía dar cuenta de la cantidad de veces que la aguja más finita pasaba por el doce. El Enano no contaba minutos, contaba vueltas.

«Cuando sea grande quiero ser santo», dijo el Enano esa vez, sentado sobre la tapa del inodoro mientras jugueteaba con el reloj. Mamá le había puesto condiciones claras: manos secas y prudente distancia de la bañera llena.

«¿Cuántas veces te lo voy a decir? ¡Simón Templar no es un santo de verdad!», protesté yo, entre una y otra inspiración profunda.

«Pero San Roque sí.»

Asentí mientras exhalaba.

«Hay muchos santos. El otro día, en la misa larga, nombraron como mil, ¿te acordás? San Roque, ruega por nosotros. San José, ruega por nosotros...»

«¡Estoy listo!»

«Esperá que la agujita llegue al doce. San Martín, ruega por nosotros. San Pedro, ruega por nosotros...»

«Nene...»

«¡Ya!»

Me sumergí. Desde abajo podía oír todavía la voz del Enano, que seguía hablando como si yo pudiese entender lo que decía.

Con la práctica había incorporado algunos truquitos. Cuando uno está ansioso o nervioso aguanta menos. En cambio si se distrae —y deja de pensar obsesivamente en lo que está haciendo—, aguanta más. Como el fondo de la bañera no ofrece grandes distracciones por sí mismo, me había asegurado mi propio *show*. Tenía dos soldaditos. Uno era enorme, medía como veinte centímetros: un guerrero medieval, armadura de pies a cabeza, que esgrimía una maza que el Enano perdió. El otro era chiquitito, no sé, ¿seis centímetros?, azul de pies a cabeza: un buzo que papá me compró en esos supermercados geniales que habían empezado a aparecer por todos lados, Gigante o Jumbo, creo, ¡donde te vendían hasta juguetes! Este tenía los brazos extendidos hacia delante, porque venía con un propulsor submarino parecido a los que se usaban en *Operación Trueno* que el Enano, huelga decirlo, desintegró, y las piernas extendidas culminando en patas de rana que se me rompieron a mí, de tanto movérselas. Lo bueno de estos soldaditos era que podían representar historias distintas. Como su yelmo tenía una cresta en mitad del cráneo, el guerrero medieval me servía también como Ultramán. Y como tenía los brazos extendidos hacia delante, el buzo parecía estar volando, o sea que podía ser Superman, por ejemplo, o...

Tiempo de emerger.

«... ruega por nosotros. San Jorge...»
«¿Cuánto hice?», pregunté entre jadeos.
«La aguja no llegó al doce. Llegó hasta acá.»
«¿Cuarenta segundos?»

Era un bochorno. Necesitaba prepararme mejor. Inspirar hondo, hondísimo. Exhalar...

«San Mateo, ruega por nosotros. ¡... Y se me acabaron! ¡Decime más santos!»
Dije que no con la cabeza, mientras seguía practicando.

«¡Decime o no te cuento más!»

«San Felipe.»

«Eso es un vino, estúpido.»

«Antes de ser un vino fue un santo.»

«Ruega por nosotros. ¡... Otro más!»

«San Carlos.»

«¡... de Bariloche, ruega por nosotros!»

«San José.»

«¡Ya lo dije!»

«Entonces, inventá.»

«¿Qué decís, nene?»

«Usá palabras que empiecen con san. San Griento, por ejemplo. ¡Contá otra vez!»

«Esperá que llegue al doce... San Griento, ruega por nosotros. San... Guchito. ¿San Guchito está bien?»

«Sí, dale.»

«¡Ya!»

Nueva inmersión. El Enano seguía con sus letanías, como si nada.

Superman nadaba hasta lo más profundo del océano. Un mensaje de Jaime Olsen lo había alertado: capturada por Lex Luthor, Luisa Lane estaba atrapada en una cueva submarina, cuya boca estaba cubierta por una piedra chata extrañamente parecida a un tapón gigante. Debía sacarla de allí, antes que Luisa consumiese todo su oxígeno y muriese asfixiada. Finalmente Superman llega a la cueva, y haciendo uso de su fuerza descomunal retira la piedra. (Todo esto ocurre con música de fondo, por supuesto: mi Orquesta Mental, siempre lista para los grandes acontecimientos.) Entonces comprende la dimensión del engaño. No hay rastros de Luisa, que nunca estuvo allí. La piedra no tapaba el acceso a una cueva, sino a un abismo que todo lo devora, una suerte de agujero negro submarino por el que todo el océano puede desaparecer en cuestión de minutos. ¡Debe cerrar nuevamente el acceso a la cueva, antes de que la vida del océano todo perezca... y con ella los habitantes de la ciudad de Atlantis, que está a pocas millas de allí! (En las fantasías se mide en millas.)

Superman lucha contra el peso descomunal de la piedra-tapón. Tiene en su contra al agujero negro submarino, llamado Abismo Simoníaco, cuyo poder crece segundo tras segundo. Ya desespera, cuando descubre que alguien ha llegado hasta él. ¡Es

Ultramán! Con esperanzas renovadas, le pide que lo ayude a mover la piedra-tapón. Es entonces cuando descubre que Ultramán ha sido hipnotizado por Luthor, y que en realidad está allí para impedirle salvar a Atlantis. Súper y Ultra (parecen dos naftas) se trenzan en combate. ¿Podrá Superman derrotarlo a tiempo para devolver la piedra-tapón a su lugar y preservar la vida oceánica? ¿Será capaz de...?

Tiempo de emerger.

«¡San Bayón! ¡San Drini! ¡San Toro!»

«¿Cuánto hice?»

«Una vuelta. ¡Decime otro santo!»

«San Dokán. San Día. San Forizado. ¡Una vuelta entera, nene!»

Salté fuera de la bañera, salpicándolo todo. (Para los inquisidores, conste que cuando me bañaba en compañía del Enano lo hacía con el calzoncillo puesto; a esa edad, el concepto del pudor está sólidamente desarrollado.) Quería avisarle a mamá de mi hazaña. ¡Había aguantado un minuto completo! Ahora —el eterno optimista, siempre— se trataba apenas de seguir practicando. Si había tardado tantos días en llegar al minuto, tardaría el doble en llegar a los dos, y otra vez el doble para arribar a la marca deseada. Lógica pura, como le gustaba decir a mamá.

Abrí la puerta del baño. Desde el umbral vi a mamá en el *living*, teléfono en mano. Hablaba con la cabeza gacha, como si dialogase con el piso.

«... a las diez, entonces. Sí, la conozco. Yo soy rubia y voy a estar leyendo un libro de... física. Sí: *Teoría termodinámica de la estructura*».

«¡San Itario!», gritó el Enano a mis espaldas, inspirado por su trono.

Mamá me vio, entonces. Se ve que el grito la asustó, porque me miró con los ojos hundidos.

Yo cerré la puerta y regresé a la bañera.

Una nueva inmersión me permitió repetir la historia, otra vez hasta el punto del combate Súper-Ultra. Tampoco llegué a saber el desenlace. Si mal no recuerdo, no llegué nunca a saberlo.

61. Del arte de las milanesas

Como suele ocurrir con las cosas simples, las milanesas son difíciles de hacer bien. Si no me creen, vean a mamá.

Mamá hacía todo mal. Para empezar, no le sacaba la grasita y los tendones a la carne, lo cual garantizaba que, una vez al fuego, las milanesas se iban a contraer sobre sí mismas —las milanesas Quasimodo eran su especialidad—, por consiguiente, cociéndose desparejas. Tampoco pasaba el pan rallado por el colador para separar las migas más gruesas del polvo más fino, lo cual redundaba en milanesas que parecían hechas con canto rodado. En cualquier momento te descubrirías masticando un pedazo de cáscara de huevo, que se le había escapado al romperlo.

«Es mejor cuando ablandás la carne», dije yo, abalanzándome sobre el cajón de los cubiertos. Había visto por allí uno de esos martillitos de madera que se emplean *ad hoc*.

Me miró con sospecha, pero me dejó hacer. Estaba ocupada con la sartén, el aceite y el fuego de la hornalla. En la cocina, para mamá no existían las graduaciones. Nada de mínimo o mediano. Siempre ponía el fuego al máximo.

Agarré una tabla de picar y me aboqué a la tarea. La idea es golpear la carne para volverla más tierna, para evitar que al cortar uno desgarre solo el pan, descubriendo por debajo una suela.

Bam bam bam.

«Queda mejor cuando le ponés un caldito al huevo», dije yo sin dejar de martillar, «porque le da un sabor rico».

«¿Para qué le pegás, nene?», gritó el Enano, sentado en la mesada y envuelto en un toallón blanco; parecía Humpty-Dumpty. «¡No ves que la milanesa ya está muerta!»

«¿Desde cuándo sabés tanto, vos?», preguntó mamá, intrigada. «¿Estuviste viendo a Doña Petrona?»

El Enano se rió. Doña Petrona era una señora gorda y de dedos retorcidos que cocinaba por televisión en los programas de mujeres. Tenía una ayudante que se llamaba Juanita y una forma de hablar muy divertida: no decía Juanita sino Jua-Ni-Ta, acentuando las tres vocales.

«Me lo enseñó la mamá de Bertuccio.»

«Oj.»

«Qué tiene. ¡Es una genia, la mamá!»

«Lindo concepto del genio, tenés vos. ¡Aristóteles, Galileo, Einstein y la mamá de Bertuccio!»

«Se te quema el aceite.»

Mamá corrió a echar la primera milanesa, que generó un chisporroteo infernal.

«Esa mujer es una gorda que no hace un corno a la vela», insistió mamá, herida

en su orgullo.

«Primero, no es gorda. Es flaca. Y segundo, sí que hace cosas. Lo ayuda a Bertuccio con los deberes, por ejemplo.»

«¿Y para qué te voy a ayudar yo a vos si nunca necesitás ayuda? Yo tengo un hijo muy listo.»

«Y está en la casa cuando Bertuccio llega del colegio.»

«Vos cuando llegás te prendés a la tele y no me das bola. Te pregunto cómo te fue, y siempre decís lo mismo: bien. ¿Para qué me querés acá?»

«Se te quema.»

«¡Ay!»

Demasiado tarde. La milanesa había dejado de ser Quasimodo para convertirse en Londres después del Gran Incendio.

Mientras mamá contemplaba su obra lastimera, aproveché para poner el fuego al mínimo.

«¿Te animás a seguir vos?», me preguntó. «Yo me tengo que ir.»

Yo estaba preparado para esta contingencia. La conversación telefónica de mamá me había puesto sobre aviso, y pensaba dar pelea.

«¿Cómo que te vas?»

«Me tengo que ir.»

«¿Adónde?»

«A una reunión de trabajo.»

«¿Qué trabajo? ¡Si te echaron!»

«Me echaron del laboratorio. Pero eso no significa que no tenga otras cosas que hacer.»

«¿Qué cosas?»

«Cosas. Vos sabés.»

«¿Más importantes que nosotros?»

(Estaba dispuesto a todo.)

«No hay nada más importante que ustedes.»

«Entonces quedate.»

«No puedo.»

«Esta vez quedate, dale. ¡Vas otro día!»

Mamá sacó la sartén del fuego y después puso las manos encima de mis hombros. Me miró a los ojos, bien de cerca (casi tanto como para un beso esquimal, nariz frotando nariz), y me fulminó con la Sonrisa Desintegradora.

«No me podés pedir que haga algo que está mal. Vos no.»

Mamá, uno. Harry, cero.

Las milanesas me salieron riquísimas. Estaban muy, muy tiernas. Papá y Lucas me elogiaron exageradamente, por una vez aliviados de la cocina insípida y casi mineral que era la especialidad de mi madre. Debo haber comido muchas, porque al rato empezó a dolerme la panza y terminé vomitando.

Cuando me fui a acostar mamá todavía no había vuelto.

Llegó al rato largo. Papá y Lucas todavía estaban despiertos. La oí comentar algo de los controles de las rutas. Entonces papá le dijo de mi panza y un instante después ella estaba ahí, abriendo la puerta.

Me hice el dormido pero no le importó. Me habló como si supiese que se trataba de una actuación, y eso que estuve genial, ojos cerrados, cuerpo inmóvil, respiración profunda, sin que un solo gesto me traicionase. Se ve que no quería despertar al Enano porque me habló al oído, un soplo tibio en el caracol de mi oreja, la oreja izquierda, me acuerdo bien, diciendo que no me preocupase, que todo iba a estar bien, que ella iba a estar siempre ahí (¿al lado mío o en mi oreja?), que me quería mucho y que de todos los experimentos que había hecho en su vida científica, yo era el que mejor le había salido. Y que no le importaba que la oyese diciendo estupideces como esa, ni llenarme de baba la oreja, y ni siquiera —mirá vos— parecerse a la mamá de Bertuccio.

A lo mejor se dio cuenta por mi sonrisa.

62. Recibimos un anuncio

Nadie que no poseyese la elocuencia de mamá, fundada en la astucia de sus razonamientos, sí, pero asimismo en el poder que emanaba naturalmente de su persona (algunos, con perspicacia, lo llamaban seducción), habría convencido a papá de ir al cumpleaños del abuelo. Desde que el mundo era mundo, lo cual equivale en este caso a la extensión de mi memoria, papá y el abuelo se llevaban fatal.

Ese estado de perpetua beligerancia era su forma de relacionarse. Como los duelistas de Conrad, que representaban lo permanente en un mundo consagrado al cambio, papá y el abuelo se enfrentaban donde y cuando se encontraran, fiesta o reunión, navidad o bautismo, con la insistencia del rito. La abuela insistía en que no siempre había sido así, pero cada vez que lo decía mamá y yo intercambiábamos miradas de escepticismo. Imaginar concordia entre esos dos nos remitía al Paraíso previo a la Caída; su último abrazo sincero no podía haber ocurrido mucho antes de que Adán pidiese postre y Eva le dijese ¿no querés fruta, mejor?

Sus discusiones tenían múltiples detonantes. El auto, por ejemplo. El abuelo creía que el Citroën era poco más que un *karting* con carrocería, lo cual ofendía mortalmente a papá, imagino que por esa cuestión atávica de defender a la china y al caballo. A veces discutían por el campo. Cada vez que el abuelo empezaba a hablar de las cosechas, del ganado nuevo, del fertilizante que estaba poniendo a prueba, papá lo cortaba en seco y cambiaba de tema, pero ni siquiera así conseguía que el abuelo no formulase la pregunta que había estado en su mente desde el principio, la pregunta que formulaba cada vez: ¿no pensaste en venirte al campo? Papá respondía siempre de mala gana. Tenía una respuesta de salón y otra que incluía la palabra mierda.

El tópico más urticante era el país, siempre. Más allá de su nombre y de los colores de la bandera, no estaban de acuerdo en nada que le estuviese referido. Discutían por cualquier cosa, los militares, la censura, la economía, los secuestros, las bombas, los diarios, la represión, el petróleo, mientras la abuela suspiraba y mamá terciaba a favor de papá pero con mesura, no fuese cosa de apabullar al abuelo y pudrirlo todo. A mí esas discusiones me aburrían soberanamente. En términos generales, podría decir que todo se resumía en que al abuelo los peronistas le caían grueso y a papá le caían bien, por lo menos algunos, salvo López Rega, claro, e Isabelita, y Lastiri, que tenía tantas corbatas, y buena parte de los sindicalistas, como Casildo Herrera, ese que se escapó de la Argentina diciendo *me borré*. Papá decía que el abuelo era gorila, como llamaban a los antiperonistas, pero el Enano le porfiaba que no, que el abuelo era un señor, y papá, para chincharlo, le decía que el abuelo era más gorila que Maguila, el mono con tiradores de los dibujitos animados. Muchas veces, en ausencia de papá, el Enano imitaba a un mono delante del abuelo, que le festejaba la gracia sin entender la intención ni menos aún la celeridad con que el Enano dejaba la monería apenas papá se aproximaba.

Yo no creía que la política fuese una cosa seria. Me parecía de esos temas que generan fervores artificiales en la gente, una pasión tan estentórea como vana, al igual que el fútbol. Ya sé que el deporte me tenía sin cuidado, pero en los papeles yo era de River y Bertuccio era de Boca y aun así entre nosotros estaba todo bien, a excepción de los días posteriores a cada clásico, eso sí, en que uno desollaba al otro con precisión de piel roja hasta que sonaba la campanada del primer recreo y llegaba el momento de las cosas importantes, las figuritas, las historietas, jugar a Titanes, lo obvio. Por eso intuía que en el fondo del duelo entre el abuelo y papá había otra cosa, algo que minimizaba al Citroën y al campo y hasta al peronismo, algo que incluso a su pesar los enfrentaba al alba, sin padrinos, en extremos opuestos de un sable. Quizá se tratase de esas cosas de las que siempre se habla, típicas de padre e hijo, como las que papá y yo estábamos destinados a vivir cuando llegase el momento, pulseadas entre el designio de uno y la necesidad del otro de definir su propia identidad, la clase de asperezas que, según dicen, el tiempo se encarga de ir limando, siempre y cuando nada interrumpa esa dinámica, siempre y cuando ningún país se interponga, ninguna mano, ningún sable.

Papá sentiría lo que quisiera, pero para mí el abuelo era el mejor abuelo del mundo. Te dabas cuenta a simple vista: gordo, simpático, dado a explosiones tanguísticas (*decí por Dios qué me han dáu, que estoy tan cambiáu...*) y siempre pendiente de la oportunidad para jugar con nosotros. Usaba bigote, tan canoso como el pelo, que peinaba con fijador apenas bañado para dominar los rulos que florecían naturalmente en su cabeza. No fumaba cigarrillos pero le gustaban los habanos, unos Romeo & Julieta cuyas cajas me regalaba una vez vacías para que yo guardase allí mis figuritas. (Creo que me gustó Orson Welles antes de ver ninguna película de Orson Welles porque tenía ese aire de oso fumador que tanto asociaba a mi abuelo.) Siempre que me veía con una revista de Superman decía a ver cuándo empezás a leer otras cosas, ya estás grande, y yo le decía que iba a dejar de leer Superman el día que él dejase esas novelitas de *cowboys* de Silver Kane y Marcial Lafuente Estefanía que también se compraban en los kioskos y entonces nos reíamos los dos y al llegar al primer kiosko firmábamos la paz y nos comprábamos dos, tres, cinco.

A veces lo descubría haciendo una cosa rara. Cuando algo lo emocionaba, se reía y lloraba al mismo tiempo. Comprendo que es insólito; trataré de explicarme. Veía *Sábados circulares*, por ejemplo, y Mancera presentaba a un coro de niños ciegos o pobres y el abuelo los escuchaba cantar como ángeles y entonces empezaba a reír y llorar al mismo tiempo. Hacer eso no es fácil. Requiere más entrenamiento que los cuatro minutos acuáticos de Houdini. La diferencia está en que para los cuatro minutos tenés que decidir entrenarte, seriamente, como profesional, y para reír y llorar al mismo tiempo te entrena la vida sin que te des cuenta. Si la vida fuese una película y alguien preguntase por su género, sería apropiado decir: es una de reír y de llorar a la vez, como el abuelo bien sabía.

Nunca sabremos qué hizo mamá para convencer a papá, porque la noticia del

viaje a Dorrego tornó innecesaria cualquier otra consideración. El Enano y yo desgranamos de inmediato las fantasías que se agolpaban en nuestras cabezas. Dorrego significaba los abuelos, a quienes no veíamos desde las fiestas de fin de año, pero también significaba el campo, los caballos, el tractor, los animales, la biblioteca, los juguetes viejos de papá, el lago, los botes y, *last but not least*, los chicos Salvatierra, que eran hijos del capataz y con quienes siempre nos metíamos en líos. Una vez encontramos unos tachos con pintura y se nos ocurrió que a papá le encantaría levantarse de la siesta y encontrar el Citroën, uno que tuvimos antes que el de ahora, pintadito de blanco, luminoso y prolijo. Permítaseme interrumpir aquí el desarrollo de esta anécdota, y dejar su cierre a la imaginación del lector.

En mi cabeza había además una sensación que no compartí con el Enano. Dorrego significaba también alejarse de la quinta y por ende de Buenos Aires. Significaba que mamá no se iría a ninguna parte sola. Y era, a fin de cuentas, una forma de reconectarnos con nuestra historia, que permanecía en suspensión inanimada desde el día en que mamá pasó de sopetón a buscarnos por el colegio. Dorrego no sería nuestra casa, pero era lo más parecido que nos quedaba. Un sitio habitado por personas conocidas y amadas, con ruidos familiares, rutinas familiares, aromas y sabores familiares.

Lástima que Lucas no pudo venir.

63. Preguntas correctas

Lucas y yo no tardamos mucho en llegar al límite de lo que podíamos decirnos. En el tiempo que compartimos hablamos hasta la ronquera de todo aquello que nos estaba permitido, dadas las reglas del juego. Hablamos mucho de Los Beatles, nuestros cuatro evangelistas; fue Lucas quien me hizo notar que había una canción de Los Beatles para cada estado del alma. (Hasta los más desesperados, como *Yer Blues*.)

Hablamos de la inutilidad de buena parte de las materias escolares y de la forma en que las valiosas de verdad debían ser impartidas. ¿No sería apropiado que se le diese a cada alumno la oportunidad de encontrar un libro que le cambiase la vida? ¿No habría que escuchar la mejor música y cantarla y bailar? Para aprender Geografía, ¿no deberían empezar por enseñarnos a viajar solos? (Se usa poco la brújula en estos días, como si no pudiésemos perdernos.) Y en lo que hace a la Historia, ¿no sería sensato arrancar con la historia del presente? Si no comprendemos lo que está pasándonos, ¿cómo aprovecharemos la experiencia de nuestros antecesores?

(De tanto en tanto, al traer sus recuerdos al presente, a Lucas se le escapaban verbos en plural, estábamos, corríamos, una vez vinimos, que me hacían pensar que él también había dejado atrás a un Bertuccio, o un Enano, pero por supuesto no podía preguntarle al respecto.)

Hablamos de nuestras experiencias con el sexo femenino, que en su caso eran cuantiosas y variadas —a pesar de que seguía negándome que la chica de su billetera era o había sido su novia— y en la mía se limitaban a Mara, la de Inglés, y la hija de unos amigos de mis padres que despertaba en mí la compulsión a hacer el ridículo. Imagino que presenté un pobre caso a favor de los hombres inteligentes y sensibles, y que en alguna medida soy responsable de que haya terminado casada con un polista.

También hablamos de historietas, series y películas. Lucas me preguntó una vez si había leído una historieta llamada *El Eternauta*. Estaba seguro de que me iba a encantar, dado mi fanatismo por *Los invasores*. Le dije que la buscaría. Recuerdo que una sonrisa de Gioconda le encendió el rostro y me dijo que en esos días, preguntar en un kiosko por *El Eternauta* también era una pregunta incorrecta.

Todos los caminos conducían a una pregunta incorrecta. Durante unos días, creímos estar condenados al silencio.

No sé si empezó él o si fui yo. Supongo que fui yo, el Hijo de la Roca, porque ya entonces padecía la fiebre que me impulsó siempre a ignorar, o al menos burlar los límites que se me imponen, al mejor estilo Houdini; no diré que era ciego a los condicionamientos, pero sí daltónico. Dado que nos estaban vedadas las preguntas incorrectas, debo haberme exprimido la cabeza en busca de preguntas correctas, preguntas que pudiésemos formular en voz alta, a viva voz, bajo la luz del sol, porque no me gustaba que me impidiesen hacer preguntas, empiezan por prohibirte algunas y después te las prohíben todas, es lindo hacer preguntas, aquel que deja de hacer

preguntas está seco, está muerto. Entonces dimos con la veta. Había preguntas de esas que parecen elementales de tan obvias, pero cuya respuesta ignorábamos. Por qué el cielo es azul, por ejemplo. Por qué los libros tienen esta forma y no otra. Por qué el agua moja. Por qué la naturaleza inventó lo picante. Quién creó el flequillo. Por qué las hojas se vuelven doradas en otoño. Por qué el helio te pone la voz finita como la de Benito, el chiquitín de *Don Gato y su pandilla*. Por qué el aire es transparente. Cómo es que los discos atesoran la música. Por qué se les dibujan halos a los santos. (Contribución del Enano.) Por qué murieron las lenguas muertas. Por qué no cantamos en vez de hablar. Cuánto calor hace en el Sol, una pregunta que en pleno invierno traducía una nostalgia exquisita. ¡No podíamos parar!

Nos tumbábamos en el pasto, la espalda contra un árbol, sin pensar en el frío, y nos quedábamos un buen rato en silencio. Parecía que no estábamos haciendo nada, pero estábamos muy ocupados. Sentíamos la rugosa corteza de nuestros respaldos, sin importar el grosor de las camperas. Descubríamos cuán suave y húmeda era la tierra sobre la que estábamos sentados. Respirábamos un aire helado, cuyo recorrido podíamos acompañar dentro del cuerpo hasta que se ponía tibio y entonces lo perdíamos, porque ya era parte de nosotros. A veces me parecía que podía ver licuarse los cristales de las ventanas. (Los vidrios son líquidos a los que, en la video de nuestra percepción, hemos dejado en pausa.) Y entonces uno de nosotros, cualquiera, soltaba la primera pregunta, los pelos de la cabeza, ¿son nuestras antenas?, y el otro largaba la suya, ¿por qué cinco dedos en la mano, en lugar de tres o siete o doce?, y después salían de corrido, entre nubes de vapor que nos hacían parecer dragones de los buenos, porque los dragones buenos, es *vox populi*, exhalan humo blanco.

Por lo general no nos molestábamos en dar respuesta a tantas preguntas. En buena medida porque no sabíamos las respuestas, a excepción de algunas pocas de las que Lucas podía hacerse cargo. Fue él quien me habló de los acuíferos, por ejemplo. Los acuíferos son nichos o capas de agua que hay debajo de la tierra, bien abajo, que recolectan lo que queda de las lluvias y se las arreglan para devolverlas al mar; todo está conectado. A veces salía alguna respuesta cómica o poética, los santos tienen halos para que Dios no les pierda pisada desde arriba, si los libros tuviesen forma de pluma no habría pájaros sino bibliotecas voladoras, esas cosas, pero libremente, porque el juego estaba en las preguntas y no en las respuestas, en defenderlas para que quedase claro que las preguntas incorrectas no existen; lo que existen son las respuestas incorrectas.

En los días previos a la ida a Dorrego casi no lo vi. Un día se fue a los cinco minutos de mi regreso del colegio y volvió cuando yo ya estaba por el quinto sueño. Otro día volvió temprano, pero acusó un cansancio inusual y se fue a dormir sin siquiera cenar, yo creo que no quería hablar con nadie, estaba pálido y parecía ansioso por encerrarse dentro de su bolsa con el cierre hasta arriba, volver a la matriz, a respirar sus propios olores y corroborar que seguía vivo. Yo me sentía frustrado, por

esa tendencia hormiguística de uno al acopio de afecto para cuando no lo haya, tener mucho Lucas en esos días para compensar el poco Lucas que tendría en Dorrego, uno puede cargar mucho afecto sobre los hombros, cantidades enormes, tan desproporcionadas como las hojas enormes que cargan las hormigas sobre su cuerpito magro. No pudo ser. La noche del viernes me quedé hasta bien tarde, pero Lucas no volvió a tiempo.

Lo vi un minuto, eso sí, el sábado por la mañana. Hicimos tanto ruido con los preparativos para la partida —yo estuve particularmente ruidoso—, que se despertó y vino a despedirnos. El Citroën ya había arrancado, incluso, cuando pareció recordar algo y corrió hacia el auto con sus patas de araña gigante.

«Nueve mil novecientos treinta y dos grados Fahrenheit», me dijo, empañando el vidrio de mi ventanilla.

«¿Qué cosa?»

«La temperatura del Sol.»

«¡Cuidame los sapos, Lucas!», se metió el Enano.

«No te preocupes. ¡Nos vamos a hacer compañía!»

Papá y mamá reiteraron sus adioses y nos fuimos.

Durante Dorrego tuve poco Lucas, pero al menos tuve algo. Cada vez que me acordaba de él, me lo imaginaba vestido con un impermeable que le daba un aire de misterio, sigiloso, saltando de umbral en umbral y de sombra en sombra, los ojos chiquitos y claros —como las bolitas con las que jugamos una vez— atentos a la posible presencia del enemigo. Lucas trataba de llegar a un edificio oscuro sin ser descubierto. Una vez dentro se quitaba el impermeable y protegido por su remera naranja se olvidaba por un rato de su misión secreta y del peligro que lo aguardaba afuera y marchaba con pasos de siete leguas rumbo al mostrador donde decía buenos días, señorita bibliotecaria, ¿cómo puedo averiguar la temperatura del Sol?

Recreo

*Seen a shooting star tonight
And I thought of you.
You were trying to break into another world
A world I never knew.
I always kind of wondered
If you ever made it through.*

BOB DYLAN, *Shooting Star*

Cuarta hora: Astronomía

f. Ciencia de los astros.

64. Dorrego

La tranquera se abría en medio de la nada. Eso veían mis ojos de niño, el camino que bordeaba la alambrada interminable hasta dar con una puerta en el centro mismo del infinito, porque uno cruzaba la tranquera y del otro lado no había nada, puro campo, un horizonte en comba, un verde mar sobre el que Cristo habría caminado en alpargatas. Aun en el Citroën era necesario andar un buen rato para llegar a algún lado. Primero veías los olivos, que tenían pocos años y no eran más altos que yo. (Nos gustaba jugar ahí con el Enano; nos sentíamos gigantes.) Después venía una arboleda y más allá los sembradíos y la hacienda y recién entonces, a la distancia, veías el molino a través del parabrisas; la casa estaba cerca.

Era bonita pero sencilla, techo de tejas por encima de una planta única, un living-comedor con enormes ventanales y chimenea (delante de la cual, según la leyenda, al año de vida me comí medio cascarudo), un pasillo largo que conducía a las habitaciones y al estudio del abuelo y una cocina tan amplia que el Enano y yo jugábamos al frontón sobre la pared del fondo. Le decíamos el Gallinódromo, desde que papá pretendió pasar por un hombre de campo y quiso matar un pollo quebrándole el cuello de una sola maniobra. El pobre bicho pareció sucumbir, enfriándose sobre los mosaicos del suelo, pero de repente reaccionó y empezó a correr por toda la cocina, con el cuello doblado en perfectos noventa grados y aleteando como loco.

Pileta no había, pero sí un tanque australiano en el que nos metíamos con los tres Salvatierra. Cuando queríamos nadar, lo preferíamos a la laguna, que seguía estando helada aun en lo más tórrido del verano. Pero para la aventura, la laguna era insuperable: pescábamos desde el muelle o en los botes, practicábamos patito con piedras chatas, juntábamos cañas para armar balsas que jamás terminábamos y patrullábamos las orillas en busca de esas sorpresas que la naturaleza nunca retacea, lagartijas, peces muertos, huesos pelados a los que atribuíamos orígenes macabros. (*Sin los huesos*, escribió Margaret Atwood, *no habría historias*.)

Eran igualitos, los Salvatierra, tamaños distintos de la misma muñeca rusa. Dos varones y una nena en el medio, Lila, de lejos la más brava. Callados pero simpáticos, de sonrisa fácil, un sol que se les abría en plena cara curtida. Tenían un sexto sentido para la diablura, olían la oportunidad como si la precediese el azufre. Allí donde había algo con lo que podían salir lastimados —la cal, el hacha, los toros, la marrana con sus lechones—, los encontrabas rondando, en espera del momento preciso. Salvatierra padre terminaba llevándoselos a la casa de las orejas. Como no le daban las manos para agarrar a los tres, hacía que Lila agarrase la oreja del más chico y ahí se iban los cuatro, encadenados.

Cuando yo era chico, Salvatierra padre le pidió a Lila que me enseñase a andar a caballo. Recuerdo mi aprensión, aumentada por el hecho de que el caballo de Lila quería salir al galope a cada rato en contra de mi voluntad. Me la pasaba tironeando

de las riendas para que frenase, hasta que la sombra sobre el suelo me reveló el porqué del apuro. Sentada a mis espaldas, Lila lo taconeaba, incitándolo. Yo lo detenía en seco y ella lo azuzaba otra vez, conteniendo la risa.

Por debajo del juego había una tensión muda entre ellos y yo, que venía de un mundo distinto a hollar su terreno. Con un instinto casi animal instaban a que me probase digno de integrar la manada y yo aceptaba el desafío con la misma ceguera, como un toro delante de la muleta, algunas veces con fortuna y otras con resultados desastrosos, que nunca terminaron en sangre aunque sí en huesos rotos. Ni siquiera entonces dejaron de trazar líneas imaginarias sobre el polvo, que yo atravesaba de forma inexorable, decidido a demostrar que podía ser como ellos al precio que fuere, raspones, retos, yesos, no importaba. En cambio, cuando yo regresaba a mis trucos de ciudad —los libros, mis soldaditos—, ellos elegían la distancia, como si temiesen verse expuestos a los efectos de una magia cuyos códigos no dominaban. Sólo aceptaban involucrarse cuando me veían consagrado a un juego que implicaba ser otro, un *cowboy*, Robin Hood o Tarzán. Ser personajes en una historia de mi diseño les parecía natural, y los desempeñaban con energía y una inspiración que superaba en mucho mis torpes indicaciones; eran actores naturales.

Mi piel conserva cicatrices de aquellas «pruebas» a las que los Salvatierra me sometieron. Curiosamente, no tengo recuerdo alguno del dolor pero sí la memoria del gozo que sentí al ganarle una carrera a Lila por primera vez —andábamos en patas y el estribo me rajó el empeine—, o al obtener la nuez más alta del nogal, despellejándome las manos. En el mapa de mi cuerpo, esas marcas señalan momentos de aprendizaje por los que no siento más que agradecimiento. A su manera, los Salvatierra conocían el Principio de Necesidad. Si no hubiesen creado las condiciones para que me fuese irremediable cambiar, todavía hoy seguiría siendo un extraño en Dorrego, un intruso, un extranjero.

65. Donde llegamos al campo y me convierto en el Reporter Esso

El viaje fue plácido, dado que el Enano durmió casi todo el tiempo. Un comentario respecto de su sueño nos reveló la verdad. Durante esa noche, mamá lo había levantado tres veces para llevarlo a hacer pis, no fuese cosa de que volviese a mojar la cama. La cuestión era que yo lo había llevado una vez, cuando me desperté en plena madrugada, y papá otras dos, sin que ninguno supiese del ajeteo a que los otros lo habían sometido. Esa noche el Enano caminó dormido más de lo que habitualmente caminaba despierto.

Apenas el Citroën anunció la llegada con su batifondo los abuelos salieron a recibirnos. El abuelo estaba gordo como siempre; recuerdo el poncho de vicuña que llevaba echado sobre los hombros. Alta y flaca, la abuela poseía una elegancia natural. Parecía un número 1 al lado del 0 rechoncho que era el abuelo; juntos conformaban el sistema binario sobre el que se fundaba ese universo.

Ya despierto, el Enano le dio al abuelo su primer regalo, una caja de Romeo & Julieta. Yo le di el segundo, una botella de Johnnie Walker etiqueta negra. Eran regalos que no podían fallar, sabíamos que el abuelo los disfrutaría. Pero aun así se las ingenió para azuzar a papá.

«Vieja, mirá», le dijo a mi abuela, enseñándole la caja de habanos y la botella de *whisky*. «¡No sé si me agasajan o me quieren matar!»

Papá miró a mamá como diciéndole ¿viste?, yo sabía.

Para peor el abuelo se encargó de remarcar cuánto tiempo hacía que no nos veía. Dijo la cantidad de meses, de días y de horas; los tenía contados perfectamente, o por lo menos así nos lo hizo creer.

«¡Eso es un montón!», concedió el Enano.

Y el abuelo ya no dijo más nada, considerando que su caso había quedado presentado ante el honorable tribunal.

Tampoco íbamos tan seguido al campo. Son más de quinientos kilómetros desde Buenos Aires, no es broma, y menos a bordo de un Citroën. Por lo general, cuando pasábamos demasiado tiempo sin viajar el abuelo y la abuela venían a visitarnos. Pero se ve que la pelea de las últimas fiestas había sido más ríspida de lo habitual (esa es la ventaja del campo, cuando una conversación se pone desagradable uno tiene muchos sitios a los que escapar) y desde entonces no nos habíamos cruzado.

Durante el almuerzo, que fue opíparo, la conversación tuvo la ligereza requerida para no producir encontronazo alguno. Se dijeron cosas del campo, pero fue el abuelo mismo quien cambió de tema rápidamente. Se comentó algo respecto del país, pero ambas partes coincidieron en que la Argentina se estaba convirtiendo en uno de esos temas de los que mejor no hablar. El Enano y yo terminamos acaparando la atención, aquél parándose sobre la silla para repetir su versión del Himno Nacional —con la

participación estelar de Gloria Muñiz— y yo dando una demostración, con la ayuda de dos servilletas, de la variedad de nudos que había aprendido a hacer por cortesía de Lucas.

Al final papá y mamá se fueron a dormir la siesta. El abuelo encendió un Romeo & Julieta en el *living* (pocas cosas incitan a soñar despierto como el aroma de un buen habano) y se sentó en su sillón, frente a los ventanales, a contemplar la tarde. Un poco más allá, frente a la chimenea, el Enano dialogaba con sus dos Goofys. Le contaba al Goofy duro, el miembro más nuevo de la familia, que en ese preciso lugar yo me había comido un cascarudo. El Enano había heredado la manía recordatoria de la abuela, que actuaba siempre como un guía del Museo de Nuestra Felicidad: cada sitio le despertaba alguna remembranza que debía compartir con quien tuviese al lado, por más que esa persona ya hubiese escuchado la anécdota una y mil veces.

Yo me eché en el sillón grande a disfrutar del momento, de la presencia de los abuelos, del perfume del Romeo & Julieta, de la perfecta indolencia de la tarde del sábado, que parece eterna. No duré mucho así. Había un fondo de inquietud en mi copa que me impedía beberla del todo.

Puede que siempre haya sido de esa manera, desde que me extrajeron del vientre de mi madre para lanzarme a este mundo: sé lo que quiero y en consecuencia lo que busco, pero aun cuando lo he obtenido hay parte de mí que se resiste a relajarse, a disfrutar, y que ya está pensando en lo que vendrá, lo que me queda pendiente, lo todavía informe. Aquella tarde figura en mis recuerdos como la de la primera vez, el momento que me iluminó y me hizo consciente de mi limitación. Nunca vivo del todo en este momento. Siempre hay parte de mí que no está aquí, donde se me ve, donde parezco estar, sino instalada en el futuro, llamándome a zafarrancho de combate.

«¿Cuándo me vas a enseñar a manejar el tractor?», dije al abuelo, que estaba abstraído en su propia ensoñación. (De chico, uno no imagina siquiera cuántas cosas hay en la cabeza de un adulto que parece tener cara de nada.)

El abuelo echó una nube de humo gris y respondió: «Ahora».

Cuando estábamos en el campo, al abuelo le gustaba llevarme a todas partes. Si manejaba el tractor, yo estaba a su lado, paradito sobre una ceja de metal. Si tenía que cabalgar (porque, gordo y todo, cabalgaba muy bien), pedía siempre que le ensillaran dos caballos. Si había que recoger tomates salíamos juntos, cada uno con su canasta. Yo no decía nada, pero estaba seguro de que había hecho lo mismo con papá cuando era chico, y que mi presencia lo ayudaba a disimular un vacío a su lado que ya tenía más de veinte años.

«Che, ¿y las cosas cómo andan?», me preguntó con inocencia aparente mientras yo practicaba los cambios en el tractor. «¿Qué es de la vida del chino, tu compañero?»

«¡Japonés!», lo corregí, tal como hacía siempre. Al abuelo le gustaba hacerme chistes bobos. Yo debía estar en primero o segundo cuando me dijo que era adivino y que podía ver en su mente que yo tenía un compañero japonés. En ese momento me

asombró, pero más tarde, cuando perdí parte de mi credulidad, comprendí que se había tratado de un disparo a ciegas. En casi todos los colegios del Estado había chinos, japoneses y coreanos. Las probabilidades estaban de su lado. De cualquier forma, siempre me cuidé bien de cuestionar sus dotes de adivino.

«Chino, japonés...»

«No sé. Se fue del colegio el año pasado.»

«No me digas. ¿Y el otro? Cómo era, Bertolotti, Bergamotti...»

«¡Bertuccio!»

«¿Cómo anda, Bertuccio?»

El cambio no me entraba. Traté de meterlo por la fuerza.

«Eh, eh, despacio, che. Esto es cuestión de maña, no de brutalidad.»

El abuelo se dio cuenta entonces de que algo me pasaba. No hacía falta ser adivino.

«No me digas que Bertuccio se fue, también.»

Aquí debería decir que medité profundamente las posibles consecuencias de mis acciones, pero estaría mintiendo. Fue como si durante el almuerzo me hubiesen dado de beber pentotal sódico; habría respondido cualquier pregunta del abuelo, por más íntima y vergonzante que fuese la respuesta.

«No. Yo me fui. Y el Enano también. Vamos a un colegio religioso, ahora. El cura es amigo de papá. Desde que vamos ahí el Enano quiere ser santo. A mamá la echaron del laboratorio. Papá se quedó sin el estudio. Entraron unos tipos y le rompieron todo. Por un tiempo trabajó en los bares, pero ahora hay mucha policía y trabaja en casa. Que no es nuestra casa, es otra. Vivimos en una quinta, ahora. Está llena de sapos suicidas.»

El abuelo se quedó mudo. Durante un instante pensé que no había oído nada de lo que le dije. Me pregunté cómo habría dado la información el tipo del Reporter Esso, el noticiero que hubo durante tanto tiempo a la medianoche, antes del momento de meditación. Tenía cara y voz fúnebres, si no recuerdo mal se llamaba Repetto, Armando Repetto, pelo oscuro y engominado a la Lugosi. Casi podía oír su tono de barítono, diciendo: *Se agrava la situación de la familia Vicente. A las dificultades de la clandestinidad se añaden ahora consideraciones económicas. El despido de Flavia y la precariedad del empleo de David echan sombras sobre la solvencia de este grupo humano. Consultado por la prensa, el padre de David dijo no sentirse sorprendido, y manifestó su intención de tomar medidas...*

«Abuelo. Abuelo, ¿me oís?»

«... Sí, mi amor.»

«No se peleen. Esta vez no.»

66. Las larvas

En una época había una comadreja que volvía loco al abuelo. Hacía desastres en el gallinero. Tengo un fugaz recuerdo de sangre, de plumas, de huevos cascados. El abuelo puso trampas y tapió cada agujero, pero la comadreja seguía colándose y diezmando a los pollos. Hasta que el abuelo dijo basta y salimos a cazarla.

Me sumé a la partida con entusiasmo. Había algo de western en el conflicto. La comadreja era un cuatrero, el abuelo era la ley y yo su alguacil; estuve a su lado cuando preparó su escopeta, cargando sus bolsillos con cartuchos rojos llenos de perdigones, y corrí en busca de Salvatierra cuando me pidió que lo sumase a la expedición. Los dos varones también se acoplaron. Lila, en cambio, no quiso saber nada. Las mujeres tienen ese instinto.

Fuimos de aquí para allá durante un largo rato, de forma tan errática que pensé que la comadreja estaba engañándonos. Hasta que Salvatierra dio con la pista. Se paró a un metro de un árbol, le echó una ojeada al agujero del tronco y dijo que estaba ahí adentro. Al principio no le creí, pero entonces metió el caño de la escopeta en el hueco y disparó.

Las escopetas suenan como cañones. No imagino cómo suenan los cañones.

Después hundió la mano y la sacó.

La comadreja es un bicho asqueroso. Por fuera parece un almohadón peludito pero por dentro está llena de uñas y de dientes. Salvatierra la tiró al suelo y le hurgó en el vientre con el caño de la escopeta. Me pareció gratuito, porque era obvio que estaba muerta, pero entonces Salvatierra corroboró lo que pensaba.

«Esta anda con cría», dijo.

Adentro de la bolsa del vientre tenía varios bichitos, blancos y pelados, poco más que larvas, que se retorcían como desperezándose.

«¿Qué les va a pasar ahora?», pregunté yo.

Salvatierra miró al abuelo. El abuelo no dijo nada. Prefirió remover los cartuchos de su escopeta y agregarlos a la provisión de sus bolsillos.

Manolo, el mayor de los Salvatierra, que se había arrodillado como yo al lado de la comadreja, dijo:

«Se van a morir».

Yo le di un empujón y lo tiré sentado.

«Qué decís. Si les doy de comer y los abrigo, no se van a morir», aseguré, porfiado.

«Son muy chiquitos», dijo Manolo. «Están mamando, ¿no ves? Mirá esas boquitas. ¡No existen mamaderas tan chiquitas!»

«Vaya para la casa», terció Salvatierra, con autoridad regia. Manolo lo miró con resentimiento. ¿Por qué lo echaba a él, si el necio era yo?

Aunque a regañadientes, obedeció, seguido de cerca por su hermano. Salvatierra pidió permiso y se fue también. Me quedé solo ahí, debatiéndome entre el asco y la

impotencia, queriendo llevarme las larvas pero a la vez temiendo dañarlas entre mis dedos, sin saber cómo agarrarlas, dónde ponerlas, qué hacer, mientras el abuelo me miraba con una expresión que nunca antes le había visto, esa cara de parto que ponen los grandes cuando sus hijos y nietos se ven enfrentados a un dolor del que no pueden preservarlos.

Yo no quise ni cenar. Me quedé al lado de la chimenea, con mi caja de cartón llena de retazos de telas que hacían las veces de colchón y mis larvas somnolientas. Después de acostar al Enano mamá vino a verme y se sentó a mi lado y al rato me dijo que me sentase encima de ella y yo obedecí, cargándome la caja sobre la falda. Las larvas tenían sueño y yo también.

A la mañana siguiente me desperté en mi cama. Durante un momento pensé que todo había sido una pesadilla. Pero mamá, que estaba atenta a mi despertar, me cargó en sus brazos —yo tenía seis o siete años, por entonces, y todavía era maniobrable— y me llevó hasta la orilla de la laguna.

Había enterrado las larvas ahí, al filo del limo en que crecían los juncos. Me dijo que sus cuerpitos ayudarían a los juncos a crecer más fuertes y flexibles. Mamá me contó que los seres vivos nunca se van del todo, que todo lo que muere cerca de uno sigue cerca de uno, en el aire que respira, los vegetales que come, la tierra que pisa. Yo no supe qué pensar entonces, no entendí gran parte de lo que me decía y tampoco estaba convencido de lo que sí creía entender. Pero me aliviaba saber que las larvas estaban cerca, en un sitio a mano al que podía visitar cuantas veces quisiera.

Esa orilla de la laguna siempre fue especial para mí. Todavía me gusta quedarme allí, cuando logro desprenderme de la garra del mundo. Cierro los ojos, oigo la brisa silbar entre las cañas y me pregunto si es así como suena mi mamá cuando tiene razón.

67. La abuela tiene una máquina del tiempo

A media tarde, el calor nos hizo creer que el sol se había equivocado de estación. Estábamos mal equipados para tal contingencia: lo más liviano que mamá me había llevado en materia de ropa era la camisa de franela a cuadros que ya vestía. Pero la abuela dijo tener ropa vieja de papá que me podía servir, alguna camiseta de manga corta, alguna bermuda, cualquier cosa que fuese más ligera que mi disfraz de leñador. Me pidió entonces que la acompañase al cuarto de papá, que mantenía cerrado para que no quedase expuesto a los talentos desintegradores del Enano. El cuarto de papá era un universo en miniatura; un agujero negro lo habría dañado de forma irreparable.

A pesar del encierro, la habitación olía a limpio. Se ve que la abuela la ventilaba seguido. El telescopio de papá seguía armado junto a la ventana. La cama estaba hecha con sábanas y todo. En la pared de la cabecera había banderines clavados con chinches, recuerdos de clubes deportivos de la zona y de esos grupos filantrópicos que se usaban entonces, el Rotary, el Club de Leones. A un costado había una pequeña biblioteca, que albergaba buena parte de la colección Robin Hood; por esos milagros editoriales del país de otras épocas, papá y yo habíamos leído exactamente los mismos libros. El *Copperfield* traducido por una señora paqueta llamada María Nérida Bourguet de Ruiz, por ejemplo, del que papá tenía una segunda edición que databa de 1945 y que compró en 1950, si había que guiarse por el nombre y la fecha que escribió en la portada con su letra de niño.

Sobre el escritorio descubrí un batallón completo de soldaditos de metal, cargando contra un enemigo invisible. En la estantería colocada a la altura de la cabeza había una colección de autitos cuyo tamaño y detalle humillaban a mis Matchbox, una serie de aviones armados a mano y un velero rojo cuya vela terminaba a palmo del techo.

«Está todo igual», dije yo, mientras la abuela hurgaba dentro del placard.

«Igual igual.»

«Podrías haber sacado todo y hacerte un cuarto para vos», dije yo, inspirado por la abuela Matilde, que metió en cajas todas las cosas de mamá y usó su viejo cuarto para desplegar *souvenirs* de sus viajes, sombreros, mantillas y muñecas. (La más vistosa era una bailaora, cuyo vestido tenía una cola de un metro de largo.)

«¿Y para qué quiero otro cuarto?», dijo la abuela, siempre práctica. «A ver, probate esto.»

Me dio una camiseta y una bermuda. Apeataban a naftalina, pero estaban limpias y se veían casi nuevas. Resultaba extraño imaginar a papá de ese tamaño.

«¿Lo extrañas mucho?», pregunté mientras me quitaba la camisa.

«¿A tu padre? Claro que lo extraño. Pero no me la paso llorando por los rincones, si es lo que querés saber. No puedo tener más de lo que tuve. Y no necesito nada que ya no tenga. Aunque me gustaría verlos más seguido. ¿Viste que te iba a quedar bien? Probate la bermuda.»

«Podés armar un cuarto de juegos», dije yo, que no veía con malos ojos la posibilidad de que la abuela llenase cajas con las cosas de papá... y me las diese.

«Ya lo es. Para mí es una máquina del tiempo», dijo la abuela, mientras abría bien la puerta del placard para que pudiese verme en el espejo. «Cada vez que entro a limpiar, me quedo enganchada con algo... cualquier cosa, una de esas fotos, un cuaderno del colegio, una camisa... y es como si viviese otra vez ese momento. Casi puedo oír a tu papá, con su voz de antes, claro, a los gritos por el pasillo, reclamándome algo, la leche, ropa limpia, lo que sea.»

«Con mamá hace lo mismo. Pero mamá no le da bola.»

«Muy bien hecho. Algunas cosas cambiaron para bien.»

La abuela se puso a mis espaldas, para verme también en el espejo. Lo que vio le gustó, a excepción de mi pelo, que trató en vano de dobligar con sus dedos.

«Otras cosas no. Ahora hacen todo de una calidad pésima, para que se rompa enseguida y estés obligada a comprarlo otra vez. ¿Vos te creés que una camiseta de ahora aguantaría tanto tiempo? Esa es la ventaja de los buenos recuerdos. ¡Que no se gastan con el uso! Y además no ocupan lugar. Y lo más importante», dijo la abuela, dándome un beso en la oreja que me dejó medio sordo, «¡es que nadie te los puede robar!».

68. Un paseo por la Atlántida

Ignoro si la manufactura e industria de antaño merecían la encendida defensa de mi abuela, pero la balsa que el abuelo construyó para papá había durado, en efecto, más de veinte años. Medía un metro por metro y medio, en los que cabían dos personas con comodidad, y por ende tres niños. Cada detalle de realización hablaba de una mano hábil, o cuanto menos amorosa: la laca que le dio para evitar que los listones absorbiesen el agua, las abrazaderas de metal, el uso de tornillos en lugar de clavos. El abuelo la rescató de uno de los galpones, aunque no tuvo suerte con el mástil que se colocaba en el centro, desde el cual, según papá, solía ondear una bandera con tibias y calavera que la abuela fabricó bajo sus instrucciones.

Cuando el abuelo se apareció con la balsa en la caja de la camioneta, no había forma de distinguir quién estaba más contento: si él por su orgullo de artesano, papá por la invasión de sus recuerdos o yo ante la perspectiva de la navegación. Tardamos segundos y no empleamos más que un par de monosílabos para acordar que la situación era propicia: estaba el sol, estaba la laguna, estaba la balsa. ¿Quién se habría resistido a semejante tentación?

En la orilla quedaron las zapatillas, las medias y el abuelo, cuyo peso excedía las posibilidades de la nave —probablemente hubiese excedido las de la Kon Tiki—. Yo le pedí que al menos se metiese al agua con nosotros pero no quiso saber nada y dijo que se iba a quedar ahí, mirándonos desde afuera. Papá se remangó los pantalones, me dijo que me sentase en la balsa y empezó a empujar.

Y así fue. Navegamos hacia el centro de la laguna, con papá empleando sus manos como remos y timón. Yo iba tumbado panza abajo, haciéndome pantalla con las manos para que el sol no me diese en los ojos mientras intentaba ver el fondo. Según el abuelo, la laguna no siempre había estado ahí. Años antes de que comprase los terrenos funcionaba allí una cantera de mármol. Se ve que alguien se excedió en su celo y excavó de más, porque dio con una napa de agua que empezó a salir como sale el petróleo en las películas y no paró hasta que inundó la zona y obligó a la gente de la cantera a buscar otro horizonte. Papá juraba que había maquinaria en el fondo y casillas construidas por los dueños de la cantera y hasta árboles enteros (del otro lado de la laguna, en la parte que daba al campo de los Podetti, se veían árboles que hundían bajo el agua buena porción de su tronco), que él decía haber visto, haciendo snorkel con un tubo fabricado con cañas. Yo escuchaba sus historias con cierto escepticismo, porque sonaban demasiado buenas para ser reales. ¿Cuánta gente tiene una Atlántida propia a pasos de su casa?

Con el tiempo comprobé que ninguno de los dos me había mentado. Abajo había dos máquinas cubiertas de verdín y una casilla sin techo por cuya puerta salí buceando y troncos de árboles con pececitos rondando sus ramas. Pero esa vez no vi nada desde la balsa, más allá de unas plantas de hojas largas con forma de huso que ondulaban de forma hipnótica y tendían a fundirse con la oscuridad a medida que la

profundidad aumentaba.

Papá remaba con ambas manos alternativamente, para corregir la dirección de la balsa. A esa altura estaba empapado, pero no parecía importarle.

Desde la orilla, el abuelo nos saludaba.

«Se podría haber metido», dije yo.

«El abuelo no sabe nadar.»

«¿Cómo no va a saber nadar?»

«¿Vos te creés que todo el mundo va a la pileta? El abuelo trabajó desde muy chico y su mamá no tenía para pagarle un club.»

«¿Y cómo hacía cuando vos te metías? ¿No le daba miedo? Digo, si te pasaba algo con la balsa, ¿cómo te iba a rescatar?»

«Tenía un bote a motor, amarrado al muelle. Pero él dice que nunca sintió miedo. Yo siempre nadé bien. Él confiaba en mí. El abuelo piensa que cuanto antes empiece uno a arreglárselas solo, mejor. En eso yo estoy de acuerdo. Por algo te enseñé las calles y a viajar solo desde chiquito.»

«Bien que me perdí, aquella vez.»

«Y después no te perdiste nunca más.»

Papá remaba con un propósito. Buscaba un pilote que según él tenía que estar en el centro de la laguna. Era un viejo poste de luz que había sido cubierto por las aguas, salvo por su metro más alto. Quería comprobar si las cosas que había escrito ahí con un cortaplumas seguían estando, pero el pilote no se veía por ninguna parte.

«Lo deben haber sacado. O a lo mejor se pudrió. Siempre íbamos hasta ahí con dos amigos, Podetti chico y Alberto, un sobrino de Salvatierra. Un día Podetti se paró en el pilote y empezó a probar poses de estatua. Imitó al Pensador de Rodin, hizo un David medio afeminado y después dijo, ahora voy a imitar un angelito de fuente. Se bajó la malla y nos empezó a mear. ¡Qué turro! Se reía como una hiena, hasta que Alberto y yo empezamos a remar y lo dejamos arriba del poste. ¡Tuvo que nadar media laguna hasta alcanzarnos!»

Papá siguió remando, incansable. Yo me cansé de intentar ver lo profundo y me di media vuelta, panza al sol. Cerré los ojos y me dejé llevar, mientras papá seguía recordando historias como si no pudiese cerrar el grifo de su memoria. En algún momento dejé de oírlo. Flotar se siente sabroso; como volar, imagino. Quizá hasta me haya dormido, al menos unos minutos.

«Me estoy asando», dije al final.

«Mojate un poco.»

«¿No me puedo tirar?»

«El agua está muy fría. Es difícil nadar así. Te pesan los brazos y las piernas y te cansás enseguida.»

«Ufa. Juguemos a algo, entonces.»

«Con Podetti hacíamos equilibrio. Nos parábamos los dos, con mucho cuidado, y a la cuenta de tres empezábamos a mover la balsa con los pies, intentando que el otro

se fuese al agua.»

«¡Juguemos, dale!»

«Te vas a ir al agua.»

«Vos te vas a ir al agua.»

«Estás soñando.»

«Lo que pasa es que me tenés miedo.»

«Uh. Ha pronunciado usted su sentencia de muerte. ¡Dese por empapado!»

Pararse era todo un tema. La balsa bailoteaba como loca. Nos tentamos tanto que ninguno de los dos se podía levantar.

«¿Vos quién sos?», pregunté entre risas.

«Yo soy el capitán Nemo. ¿Y vos?»

«Yo soy Houdini.»

«Nemo versus Houdini a la una. No vale empujar. Nemo versus Houdini a las dos...»

«No vale hacer cosquillas.»

«Nemo versus Houdini a las... ¡tres!»

Era como patinar sobre hielo por primera vez, el más precario de los equilibrios. Ya es difícil pararse uno solo, y ni hablar con otra persona sometiendo a la balsa a una serie errática de fuerzas que tienden a anular cada esfuerzo propio.

Mi destino era la laguna, a no ser que mediase un milagro. O una trampa.

Papá estaba en medio de una frase («... Nemo gambetea, confunde, desborda...») cuando le pegué el empujón. Lo tomé tan de sorpresa que cayó para atrás como si fuese de piedra. Si no me hubiese echado sobre la balsa me habría caído también, por la súbita ausencia de mi contrapeso.

«¡Increíble, señoras y señores!», grité, «¡Houdini humilla y conserva el invicto! ¡Nemo se fue a pique de manera i-na-pe-la-ble! ¡Ovación para el vencedor!».

Hubiese seguido gritando como un pavo, pero mientras papá no apareciese la burla no tenía gracia. Y papá no había aparecido, todavía.

No había burbujas, siquiera. Me asomé por el costado por el que había caído, pero una nube acababa de ocultar al sol y no veía nada más allá del agua negra.

Empecé a pensar en lo que papá había dicho. Lo fría que estaba el agua. Cómo te pesa sobre los brazos, sobre las piernas. Te cansás enseguida. ¿Y si el frío le había producido un *shock*? ¿Y si se había ido a pique hasta el fondo, con las máquinas, las casitas y los árboles?

Quise gritar pero no me salió nada. Tenía demasiado frío, los dientes me sonaban como castañuelas, el calor me había abandonado de un segundo para el otro, esa nube de porquería, nube negra, agua negra. Sólo atiné a girar de un lado a otro de la balsa, como una pantera en el interior de una jaula invisible, esperando que papá apareciese de un segundo a otro, que la nube se fuese y el agua se aclarase y papá volviese de una vez de su paseo por la Atlántida.

De repente sentí un chorrillo helado. Papá había asomado la cabeza; me escupía el

agua con que se había llenado la boca, una paráfrasis incolora e inodora del angelito de Podetti, creyéndose gracioso, devolviéndome la trastada. Pero apenas me di vuelta se le desintegró la sonrisa. No sé qué vio en mi cara, que lo hizo ponerse pálido. Supongo que adivinó la que se venía, los golpes que le tiré, golpes de verdad, con fuerza, con rabia, que paraba con un brazo empapado mientras con el otro trataba de agarrarme por el cuello, de abrazarme, mientras decía perdoname, perdoname amor, no me di cuenta, te juro, no me di cuenta, yo le pegaba y él pedía perdón, hasta que me cansé de pegarle pero él no se cansaba de hablar, de decirme lo mismo, hasta que ya no pudo más.

La versión oficial fue que se había caído solo, de puro torpe.

Nunca le contamos a nadie.

69. Donde hago de espía y oigo lo que no debo

La cena transcurrió sin tropiezos. Papá había cedido su persona habitual a una versión apagada de sí mismo, peltre en lugar de plata; hasta el abuelo pareció sorprenderse de que no respondiese a un par de comentarios suyos que invitaban al sarcasmo. Creo que a excepción del Enano, que se escapaba todo el tiempo de la mesa para tostar trozos de pan en el fuego de la chimenea, todos percibimos el ánimo de papá, o más bien su falta de él. A la hora de la fruta la tensión se había vuelto tan hipnótica que yo no podía apartar los ojos de sus manos, ahora pelan una manzana, ahora echan soda al vino, ahora hacen bolitas con las migas, tratando de descubrir si sus meñiques todavía eran flexibles, si seguía siendo papá o si había sido reemplazado por un doble que podía imitar su forma, pero nunca su espíritu.

La abuela empezó a levantar la mesa. Mamá se levantó también, y mientras juntaba todas las cáscaras en un solo plato me hizo el gesto convenido. La primera parte de mi misión demandaba reclutar al Enano y arrastrarlo para la cocina. Fue más complicado de lo previsto, porque a esa altura el Enano había descubierto que podía armar muñequitos con las migas de papá y unos escarbadienes y estaba embarcado en un proceso judicial histórico.

«¡Dejame terminar!», protestó a mis tironeos. «¡Estoy fabricando a Juana de Arco!»

«Quemala después. ¡Tenemos que traer la torta!»

La idea era que encabezáramos la marcha que culminaría con la torta del abuelo, llevando la voz cantante en el Feliz Cumpleaños. Cuando irrumpimos en la cocina, mamá y la abuela estaban prendiendo las velitas a cuatro manos.

«Siempre hacen falta profesores. No te digo para siempre, pero por un tiempo podría ser una solución. El tema está en que se lo digas vos. Si se lo digo yo no me va a registrar, siquiera. Y si se lo dice el padre, arde Troya. Vos sabés cómo son. ¡Tal para cual!», decía la abuela, consumiendo fósforos a lo loco.

«¿Puedo prender, yo?»

«¿Puedo prender, yo?», repitió el Enano.

«¡No!», dijo mamá, y después siguió hablando con la abuela como si nada. «Es la única forma en la que saben relacionarse. A lo bruto. ¿Sabe lo que es convivir con tres varones?»

Traté de meter un dedo en el merengue de la torta, pero mamá me clavó la caja de fósforos en la cabeza.

«Quedate en la puerta del *living*», me dijo, «y cuando yo te hago señas desde acá, apagá la luz».

«¡Hay que apagar el fuego, también, para que no ilumine!», dijo el Enano, dispuesto a cualquier cosa con tal de salvar a Juana de Arco.

«Vos tené cuidado con la chimenea», dijo la abuela, encendiendo otro fósforo. «¿No sabés que los chicos que juegan con fuego se hacen pis en la cama?»

El Enano se quedó mudo. ¿Era vidente la abuela?

Obedecí la consigna de mamá y me quedé en la puerta del *living*, como vigía. Papá y el abuelo conversaban con voz apagada.

«Ya sé que está difícil», decía papá, con un tono de abatimiento que no le conocía. «¿Cómo no lo voy a saber? Cae gente todos los días. Pero queremos estar juntos, mientras se pueda. Los cuatro. ¿Es tan difícil de entender?»

Un chistido desde la cocina me llamó al orden. Mamá me hacía su seña; apenas por detrás estaba la abuela, la cara encendida, casi de cera. Más que una torta, parecía una pira.

Apagué la luz y empezamos a cantar.

Mamá quiso sacarnos una foto a los cuatro varones, pero se negaba a disparar mientras papá no cambiase su cara de momia. Estaba tan decidida a modificar su ánimo, que hasta le hizo la seña secreta con el puño cerrado que ella recibía tan a menudo, para indicarle que era él, esta vez, quien se estaba comportando como La Roca.

«El abuelo me está enseñando a manejar el tractor», dije yo, decidido a ayudar.

«Decile al abuelo que está loco», respondió papá.

«Eso es lo que dijo que vos ibas a decir. Y me dijo, decile que él aprendió cuando tenía un año menos que vos.»

Papá sonrió, atrapado. Y mamá obtuvo su foto.

Flash.

70. De las estrellas

El hombre mira el cielo desde que se convirtió en hombre. Para los egipcios el cielo era una diosa, Nut, separada de su amante Sibú (la Tierra) por el dios Shu; los pies de Nut estaban en el oeste, y las estrellas se movían a lo largo de su cuerpo en el curso de la noche. Los chinos creían que el Emperador era Hijo del Cielo, y por ende le correspondía ejercer como cabeza de la religión oficial. Los aztecas identificaban al dios Quetzalcóatl, la Estrella de la Mañana, con el planeta Venus. En la *Odisea*, Homero compara a Atenea con una estrella fugaz e imagina que el cielo estrellado es de bronce o hierro, y que está apoyado sobre pilares.

Si los dioses moraban allá arriba, los cielos debían determinar el curso de las vidas que existían aquí abajo. Fray Bernardino de Sahagún cuenta que los aztecas sacrificaban prisioneros a Venus cuando hacía su primera aparición en el este, salpicando sangre hacia lo que suponían una estrella. Van der Waerden argumenta que existe conexión entre las doctrinas zoroástricas y la aparición de los horóscopos en Grecia: si el alma provenía de los cielos, donde participaba de la rotación de los cuerpos celestes, era lógico que al unirse a un cuerpo humano siguiese de alguna forma siendo gobernada por las estrellas.

La identificación con lo divino no se rompió jamás, ni siquiera con el advenimiento de la ciencia. En el año 340 antes de Cristo, Aristóteles argumentó en su libro *De los cielos* a favor de la esfericidad de la Tierra; en los eclipses lunares, la sombra de la Tierra sobre la Luna era siempre redonda. El capítulo más largo del libro se dedica a explicar que el universo es una esfera celeste en cuyo centro está la Tierra. Tiempo después, en su *Metafísica*, daría detalles sobre los aspectos técnicos de su sistema: se trata de un universo formado por capas esféricas con diversas funciones, algunas de las cuales transportan planetas. Los movimientos de estos planetas ya no se justifican en términos de las inteligencias platónicas sino a partir de una física del movimiento, de causa y de efecto. Pero al remontar esta cadena de causalidades hasta la causa inicial, Aristóteles dice que quien puso en funcionamiento la primera esfera de todas, el primer cielo, es lo que llama el Primer Motor Inmóvil: esto es, Dios. Ciertos glosadores de su obra hablan como si este Primer Motor bastase para todo el sistema, aunque Aristóteles sugiera que cada esfera planetaria tiene su motor, lo cual implica que habría cincuenta y cinco motores para igual cantidad de esferas, es decir cincuenta y cinco dioses. Espantados por las implicancias de esta pluralidad, sus traductores de la Antigüedad tardía y de la Edad Media sustituyeron el nombre de la divinidad por las palabras *inteligencias* y *ángeles*, sin borrar nunca la potencia del original.

Hubo quienes entendieron que los cielos determinaban nuestras vidas de una forma más clara que la que insinuaban los horóscopos y las especulaciones teológicas. Una vez instaladas en el valle del Nilo como agricultoras, las tribus del norte de África advirtieron que existía una correlación entre la conducta del río y la

estrella Sirio, conocida por entonces como Sotis: la crecida del Nilo coincidía con las primeras salidas de Sirio sobre el horizonte, poco después del amanecer. Los egipcios creían que durante la noche el dios-sol Ra realizaba un viaje a través del otro mundo, que podían seguir por el movimiento de las estrellas, dividido en doce etapas. Más tarde se dividió al día en otras doce etapas, por analogía, lo que resultó en nuestro actual día de veinticuatro horas, las doce de la noche más las doce de la luz. Cuando trabajamos con horas, minutos y segundos estamos utilizando el legado babilónico, que se regía por un sistema sexagesimal, elegido porque el número sesenta tiene muchos factores primos. (Dios cometió un error al no darnos doce dedos.)

Durante varios siglos, la ciencia tomó un sendero que la alejaba cada vez más de la religión organizada. La persecución eclesiástica del pensamiento libre impulsó a Copérnico a callar por muchos años su teoría de un sistema que gira en torno al Sol, y no en torno de la Tierra; Kepler observó igual discreción y Galileo pagó un alto precio por no respetarla. Pero en las últimas décadas, no hay ciencia que hable más de Dios que la astronomía. Einstein se preguntaba cuántas posibilidades de elección tenía Dios al construir el universo. Stephen Hawking justifica la necesidad de arribar a una teoría unificada sobre el cosmos diciendo que sería igual a «conocer el pensamiento de Dios». Los científicos describen los pulsos de ondas revelados por el satélite COBE como «rastros de la mente de Dios». En sus labios, el nombre divino alude no tanto a una religión organizada como a la intuición de que hay un orden o un sentido para la totalidad de la existencia; una búsqueda que siempre fue patrimonio de filósofos y teólogos, pero ya no. Es obvio que han dejado de mirar al cielo.

A veces pienso que todo lo que hay que saber en esta vida se encuentra en los libros de astronomía. Nos enseñan cuál es nuestro lugar en el universo: somos un fenómeno fortuito sobre la superficie de un planeta ni demasiado lejos ni demasiado cerca de una estrella, el Sol, que es una en millones. Nos enseñan también que las estrellas, como nosotros, tienen un ciclo vital; el Sol, por ejemplo, morirá dentro de cinco mil millones de años, cuando consuma todo su hidrógeno y comience a enfriarse y a contraerse. Es de suponer que la especie humana no sobrevivirá a esa muerte, por lo que se perderá un espectáculo inefable del mismo modo en que Moisés no llegó a la Tierra Prometida: la expansión de nuestro universo terminará dentro de diez mil millones de años, momento en el cual comenzará a contraerse sobre sí mismo y por ende invertirá la flecha del tiempo —de haber vasos rotos se volverían nuevos, llovería hacia arriba, los números del surtidor de nafta irían hacia atrás.

La astronomía nos enseña que Dios, si es que existe, procede con una discreción suprema: los colapsos gravitatorios —como lo sería el del universo que empieza a contraerse— sólo se dan en sitios que, al igual que los agujeros negros, no dejan escapar la luz y por tanto no pueden ser observados desde afuera.

Los libros de astronomía nos enseñan que el tiempo es relativo, y que transcurre más lentamente cerca de un cuerpo de gran masa como la Tierra: si un par de gemelos fueran separados, aquel que viviese en una nave espacial envejecería más

rápidamente que aquel que permaneciese sobre nuestro planeta. Nos enseñan el principio de incertidumbre, formulado por Werner Heisenberg en 1926: nunca pueden conocerse la posición y velocidad de una partícula, porque cuanto más precisamente sepamos uno de esos datos, menos sabremos del otro, lo cual da por tierra con cualquier intento de pronosticar el futuro. ¡Ni siquiera podemos medir el presente de manera precisa! La luz viaja en el tiempo, y en consecuencia las estrellas que vemos no son las que son, sino las que fueron: cuando contemplamos el universo no vemos su presente, sino su pasado. (El tiempo es relativo, sí, pero ante todo es raro.)

En las páginas finales de su libro *Una breve historia del tiempo*, Stephen Hawking se pregunta: ¿por qué atraviesa el universo todas las dificultades de la existencia? Los tiempos en que nos imaginábamos centro de este fenómeno quedaron atrás, pero aunque mínima, seguimos siendo parte del universo y por lo tanto sus ecos están presentes en toda nuestra vida. La respuesta a la pregunta de Hawking, pues, no puede no ser análoga a la que los humanos nos damos para explicar el impulso que lleva a sobreponernos a nuestros propios límites, a las guerras, al fanatismo, a los fracasos, a las pérdidas, el impulso que nos hace seguir adelante y atravesar —parafraseando a Hawking, que enfermo y todo ha hecho su parte— todas las dificultades de la existencia y construir una mejor versión de nosotros mismos antes de que se cumpla nuestro ciclo vital y nos enfriemos y contraigamos y apaguemos como el Sol.

Cinco mil millones de años. Ese es el tiempo que nos queda para hacer las cosas bien.

71. Donde contemplamos las estrellas y descubro más cosas de las que caben en este título

Según la abuela, observar las estrellas era poco menos que una tradición familiar. Papá recibió el telescopio que conservaba en su cuarto para su décimo cumpleaños. Presa de una breve fiebre estelar, bautizó a uno de los perros del campo con el nombre de Kepler. Uno debe pensarlo muy bien antes de ponerle nombre a alguien, porque los nombres te marcan el destino. Según los Salvatierra, que llegaron a conocerlo en su vejez, Kepler tenía prohibida la entrada a la casa porque siempre iba seguido de una nube de gases.

Ya de novio con mamá (que había estudiado el tema con cierta seriedad, dado que la astronomía es pariente de la física), cada vez que iban al campo se quedaban viendo las estrellas después de cenar. La abuela decía que en esa época el cielo estaba lleno de turistas. Según su versión, a los rusos y yanquis ya no les bastaba disputarse la Tierra, y por eso llenaban el espacio de cápsulas y satélites, de perros y de monos, de cohetes descartables y de astronautas que soñaban con la Casa Blanca. Ella juraba que una noche habían visto un satélite, versión que siempre producía risas en papá.

«... y dale con lo del satélite. ¡Era una estrella fugaz, mamá!»

«¡Si la lucecita era roja!»

«Rojo era el vino que te habías tomado», terció el abuelo.

Nunca vi otro cielo como el cielo de Dorrego, tan vasto y tan negro y con tantas estrellas de infinitos tamaños y luminosidades. Quizá se luzca así porque la Tierra no interfiere con él: el terreno es plano y no hay grandes ciudades que opaquen las estrellas con sus luces artificiales y su propia nube de gases. (Las ciudades tienen una vergonzosa tendencia a imitar los brillos de las estrellas; basta con verlas desde un avión.) No hay forma de abarcarlo de un solo vistazo. Es necesario retorcer el cuello como si fuese de goma y mirar hacia los cuatro puntos cardinales y otra vez hacia arriba y una vez allí barrer con la mirada de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, y ni siquiera así se aproxima uno a cubrir la mitad de su extensión. Había estrellas tan pegadas entre sí que creaban zonas blancas en el cielo; la simple contemplación de este fenómeno te convertía en hermano de aquel que miró por primera vez y vio leche derramada.

Antes de Dorrego el cielo era una pantalla negra en la que brillaban unas estrellas encantadoras, un poco más o menos fulgurantes, apenas más lindo que la cúpula del cine Ópera. Dorrego me reveló el otro cielo, el del domo sin límites, que te manda de cabeza al diccionario a buscar sinónimos de infinito, el de las estrellas que se arremolinan ya no en constelaciones sino en galaxias, estrellas como enjambre de abejas, que sugieren no inmovilidad ni permanencia sino movimiento, la estela de algo o alguien que pasó, que acaba de pasar, recién nomás, justo cuando no mirábamos. Era un cielo delante del cual creías entenderlo todo como si acabases de

recibir una revelación, la necesidad del hombre de crear un lenguaje que lo describa, una geografía que nos ubique en relación a ese fenómeno, una biología que nos recuerde cuán nuevos somos en la vecindad y finalmente la historia, porque el cielo de Dorrego cuenta cosas y lo cuenta todo al mismo tiempo: historias íntimas y épicas, el amor y la pérdida, la miniatura y el fresco.

Mamá desplegó una frazada en el pasto, sobre la que nos echamos los cuatro. El Enano se durmió de inmediato, un sueño profundo; yo le abría los párpados y lo iluminaba con la linterna de papá y él ni se mosqueaba.

«Cuando tus papás eran novios nos quedábamos viendo las estrellas, siempre, después de comer», dijo la abuela desde su sillón, fiel a su labor de guía del Museo de Nuestra Felicidad.

«¡Uy, mirá! ¡Una estrella fugaz!», dijo mamá.

«¿Dónde, dónde?»

«Por ahí, mirá. Pero ya no está. Por algo le dicen fugaz. Si no estás atento te la perdés.»

«¿Qué es una estrella fugaz?»

«A veces, cuando te ponés a ver el cielo, descubrís una estrella que pasa volando a mil por hora, fffftt, y desaparece», dijo papá.

«En realidad no son estrellas», acotó mamá. «Son piedras, fragmentos de asteroides que al entrar en nuestra atmósfera se encienden...»

«No no no», dijo papá. «Ciencia no.»

«¿Por qué ciencia no?», protestó mamá.

«Porque beso sí.»

Empezaron a besuquearse, pero yo tenía otras cosas en mente.

«¡No veo nada!»

«Tenés que tener paciencia. Mirar y mirar.»

«Hasta mañana, gente», dijo el abuelo.

«Vos no te vas, abuelo», dije yo, y empecé a tironear de su brazo hasta que lo derribé sobre nuestra frazada.

«¿Y ahora quién me levanta?», dijo el abuelo entre risas.

«Una grúa del Automóvil Club», le tiró la abuela, todavía escaldada por la broma del vino y la lucecita roja.

«Que te levante tu nieto, que es el más fuerte de la familia», dijo papá.

«Yo te levanto. Pero después. Ahora te quedás acá.»

«Si me llego a enfriar...»

«¿Esa es la Cruz del Sur?»

«Claro.»

«Si ves una estrella fugaz», dijo papá, «le podés pedir un deseo.»

«¿Y qué tienen que ver las estrellas con los deseos?»

«No sé. Pero que se te cumplen, se te cumplen. Yo pedí uno, una vez, acá mismo, y se me cumplió.»

Papá miró a mamá con cara de bobo y empezaron otra vez a los besos.

De repente el Enano se sentó, se frotó los ojos y empezó a gritar: «¡Soñé con una luz! ¡Soñé con una luz!».

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, el Enano repitiendo la historia de su visión en el regazo de la abuela, papá y mamá a los arrumacos y el abuelo contándome la historia de Orión, el Cazador, mientras yo seguía echado panza arriba y miraba al cielo haciendo esfuerzos por no pestañear.

Las estrellas fugaces son desprendimientos rocosos que se encienden al ingresar en nuestra atmósfera. En esto mamá tenía razón. Por algún motivo están vinculadas a los deseos, que uno debe pedir al verlas surcar el cielo. En esto papá tenía razón.

Yo miré y miré hasta que me ardieron los ojos, pero no vi nada.

Debe ser por eso que mi deseo no se cumplió.

Recreo

*Quién sabe, Alicia,
este país no estuvo hecho porque sí.*

CHARLY GARCÍA, *Canción de Alicia en el país*

Quinta hora: Historia

- f. Conjunto de todos los hechos ocurridos en tiempos pasados: «La humanidad ha ido progresando a través de la historia».
- 2. Narración de estos hechos: «La historia nos enseña los acontecimientos más importantes de la humanidad».

72. Sobre los finales (in)felices

No me gustan las historias que terminan mal. Ese era mi problema con Houdini, por ejemplo. Tony Curtis está sumergido en la Tortura de Agua China, con un chaleco de fuerza y los tobillos sujetos por grilletes, y ya no tiene fuerzas para luchar. Las últimas burbujas de aire escapan por su boca. Alguien grita; una mujer, creo. Otro rompe el cristal y deja salir el agua, que se derrama sobre el escenario y salpica a los espectadores de las primeras filas. Tony Curtis dice unas palabras postreras a Janet Leigh y después muere. Hubiese sido preferible que lo atropellase un auto, o que se estrellara con su moto como Lawrence de Arabia. (Lo bueno de Lawrence es que empieza por el final; de esa forma el trago amargo viene al principio y el relato culmina en el sitio al que pertenece, el desierto.) Eso de que Houdini fracase en pleno escape, que por única vez no pueda deshacerse de sus ataduras, suena a burla del destino. Una burla bien cruel, como esos castigos que los dioses propinaban a los mortales que querían volar o robarles el fuego sagrado, una forma de decir pudiste escapar de todo, Harry, pero existe algo de lo que nadie escapa.

Recuerdo mi impresión cuando descubrí que las historias de Robin Hood que coleccionaba desde que aprendí a leer (cuando una historia me gusta, compro todas las versiones que encuentro; a esa altura era dueño de ocho *Robin Hood*) tenían la extraña tendencia a terminar antes de tiempo. Por lo general acababan con el regreso del rey Ricardo Corazón de León, que perdonaba a Robin, le devolvía sus tierras y el título nobiliario y bendecía su casamiento con Lady Marian. Pero en la biblioteca del abuelo encontré otra versión, un libro gordo de la Editorial Péuser. En esa edición la historia continuaba. Y contaba cómo uno de los villanos se colaba en una fiesta y acuchillaba a Lady Marian y a su pequeño hijo, Richard. Lo cual era un horror, pero ni siquiera el último. El libro terminaba con el relato de un enfermo y deprimido Robin, que del brazo del Pequeño Juan llegaba a un convento buscando atención médica. Allí era recibido por una monja que le sugería una sangría. Reducido en sus facultades y en su voluntad de vivir, Robin no reconocía en la monja a una vieja pariente suya, que le guardaba resentimiento. Ante la oportunidad de vengarse (en aquel entonces la gente encontraba habitual que los religiosos se permitiesen las mismas pasiones que los laicos), la mujer le abrió las venas y desapareció con un pretexto. Cuando el Pequeño Juan decidía ir a buscarla, ya era tarde. Robin se desangraba.

No comenté este descubrimiento con nadie. Guardé el libro en su anaquel, en el hueco preciso que había creado su ausencia, para que nadie notase cambio alguno.

Y sin embargo, todo había cambiado.

Por primera vez entendía que estar del lado del bien no garantizaba un final feliz. Fue como si algo eliminase de cuajo la fuerza de gravedad: dejé de estar atado a la Tierra, el arriba se convirtió en un abajo infinito; caer era una frase sin punto final.

Desde entonces, la misma expresión *final feliz* me parece envenenada. La parte

feliz está adosada para ayudarnos a digerir la noción de lo final, como el remedio cuya amargura enmascaran detrás del sabor a frutilla. A nadie le gusta saber que va a terminar. Si por nosotros fuera seguiríamos siempre, al mejor estilo de los conejitos de Duracell.

Mi tardía educación religiosa hizo lo imposible por darme un consuelo. Las buenas obras nos valdrían un final feliz... después del final. Por eso el cura gordo lloraba de alegría ante la muerte de Marcelino: porque el niño había sacado un pasaje de primera al Cielo. Por eso Richard Burton y Jean Simmons marchaban felices al martirio en *El manto sagrado*: porque imaginaban que en cuestión de minutos estarían en el Paraíso, cuyo esplendor sería tal que humillaría incluso a las películas en setenta milímetros.

Las explicaciones del padre Ruiz nunca me bastaron. Quizá porque, inadvertidamente, mis padres habían plantado en mí la semilla del agnosticismo. Papá trabajaba para que hubiese justicia en esta Tierra —y si hay justicia hay finales felices, aquí y ahora. Mamá creía en el principio de la causalidad pero dentro de este mundo, ya que no hay forma de comprobar si existe otro, y mucho menos de saber qué cosas de aquí tienen qué efecto allá. Imagino que el amor que le tenían a esta vida les impedía relativizarla en beneficio de otra. Hasta donde podían ver, esto que tenían entre manos era todo lo que había. Todos sus actos estaban dirigidos a causar un efecto en esta vida; el resto, si es que lo había, se daría por añadidura.

Con el tiempo entendí que las historias no terminan, simplemente. Y para esto tengo una explicación que en parte es histórica (la parte que debo a papá), en parte biológica (la parte que debo a mamá) y en parte poética; de esta última soy el único culpable.

Yo creo que las historias no terminan, porque aun cuando sus protagonistas ya no están, sus actos siguen obrando sobre los que viven. Por eso creo en la Historia como el océano al que van a dar los ríos de las historias individuales. Las vidas previas nos proporcionan un marco. Nosotros somos la prolongación de esas historias, así como aquellos que vengan después prolongarán las nuestras. Estamos ligados en una red que atraviesa el espacio —todos los seres vivos nos conectamos de una forma íntima, que entrelaza nuestras suertes— y también atraviesa el tiempo; una red en la que cabemos los de hoy, pero también los de ayer y los de mañana.

Yo creo que las historias no terminan, porque aun cuando una vida se acaba su energía da vida a otras. Un cuerpo muerto (piensen en las larvas) no hace más que multiplicar la vida que vive bajo tierra, para que fructifique sobre la tierra y alimente a muchos que, a su vez, darán vida al morir. Mientras haya vida en este universo, la historia de ningún ser acabará en sí misma; se transformará. Cuando morimos, el relato de nuestra vida se limita a cambiar de género. Ya no somos un policial, o una comedia, o una historia épica. Somos un libro de geografía, de biología, de historia.

73. Sobre las mejores historias

Las mejores historias son las que nos seducen de niños y crecen con nosotros, ofreciendo nuevos sentidos con cada relectura. (Se hacen nuevas cada vez; ergo, nunca terminan.) Como las canciones de Los Beatles, que empiezan seduciendo con los yeah yeah yeah de *She Loves You* y nos conducen con delicadeza, respetando nuestra evolución, hasta ofrecernos la posibilidad de contemplar la inmensidad del tiempo toda a la vez, mientras suena la orquesta de *Un día en la vida*. (Los Beatles tampoco terminan. Es cierto que en la tapa de su último disco figura que la canción de cierre se llama *The End*, esa en la que dicen que, al final, uno recibe un amor equivalente al que ha dado, pero es mentira que sea la última porque después viene otra que no figura en la lista, una canción escondida y cortita en la que Paul dice que Su Majestad es una chica bonita y que un día la va a hacer suya.)

Tengo muchas historias favoritas, pero la del rey Arturo ocupa un sitio de honor. Supongo que su primer encanto fue el más obvio: me gustaban las armaduras, la noción igualitaria de la Mesa Redonda, el ideal romántico de sus caballeros y la búsqueda del Santo Grial, la copa en que Cristo bebió durante la Última Cena. Siempre fue una mezcla perfecta de aventura épica y de búsqueda espiritual. A medida que crecí, las versiones infantiles del cuento quedaron atrás y fue tiempo de leer las fuentes originales: Geoffrey de Monmouth y su *Historia de los reyes de Bretaña*, sir Thomas Malory y *Le Morte d'Arthur*, el ciclo del Grial, poemas como *Sir Gawain and the Green Knight*. Crecer es, en buena medida, lidiar con las contradicciones. Aprendí entonces que un hombre como Arturo podía tener la mejor de las intenciones y a la vez ser mezquino, carnal y egoísta. Arturo cometía incesto, asesinaba a niños inocentes y olvidaba el bien común, obnubilado por su pena privada.

Pero la parte que más me marcó fue siempre el final. Sir Bedevere ayuda al moribundo Arturo a subir a una barca en la que viajan mujeres vestidas de negro, entre las cuales hay tres reinas: su hermana Morgan Le Fay, la Reina de Gales del Norte y la Reina de las Tierras Baldías. Las acompaña Nimué, la Dama del Lago. Ante el llanto de Bedevere, Arturo le dice que irá al valle de Avalón a curarse de sus tremendas heridas. La barca se pierde en el lago. Al día siguiente Bedevere se encuentra con un ermitaño que reza sobre una tumba nueva. Le pregunta quién yace allí. El ermitaño responde que un hombre al que unas mujeres le pidieron que enterrase. Bedevere supone que se trata de Arturo y decide quedarse a vivir allí, orando y ayunando.

Malory da cuenta entonces de las versiones según las cuales Arturo no murió, y volverá cuando llegue el momento. Según refiere, le han contado que en su tumba dice *Aquí yace Arturo, aquel que fue y que volverá a ser rey*. Pero como nadie lo vio muerto ni encontró dicha tumba, nadie puede dar fe de su final. Malory se abstiene de pronunciarse a favor del eventual regreso: «No diré que volverá, pero diré, en

cambio, que en este mundo cambió su vida».

Ahora creo, con Malory, que no hay nada más esperanzador que la historia de un hombre que logró cambiar su vida; en este mundo oscuro donde aseguran que nadie puede cambiar, no encuentro nada más épico. Ya en 1837, Ralph Waldo Emerson protestaba contra los profetas de la resignación: «Es una noción malévolamente aquella según la cual hemos llegado tarde a la naturaleza; que el mundo ha sido terminado hace ya mucho tiempo». El mundo todavía no ha sido terminado. Faltan cinco mil millones de años, cuanto menos. Por eso me sublevan los que dicen que todas las historias ya han sido contadas, condenando el acto de la creación a ser la mera repetición de algo que otro ya ha hecho antes y mejor, o a trabajar en las entrelíneas, con las sobras de su banquete. Es un pensamiento tan reaccionario como decir que todas las vidas ya han sido vividas, lo cual nos convierte en hombres de segunda, imitadores de vidas prestadas, nos quita el mérito y la esperanza y vuelve inútiles nuestras pasiones. Nuestras vidas no son menores que otras vidas. Por el contrario, nuestras vidas se asoman sobre el horizonte de las vidas pasadas, las vidas que ya dejaron de ser biología para convertirse en historia, las vidas que nos abrieron camino hacia este presente, que en este sentido es mayor que todo el pasado; vidas que, al igual que ciertas especies, fueron un puente entre lo que fue y lo que es, permitiéndonos el tránsito, el paso sobre el abismo, la coronación de una montaña que es más alta que todas las previas —pero nunca la última.

Existe esa frase que, para subrayar la íntima vinculación entre los fenómenos de la naturaleza, dice que el aletear de una mariposa puede iniciar una cadena de actos que culminen con un temblor en un punto distante del planeta. Si le concedemos a la mariposa semejante poder, ¿cuánto más poder tendrá un hombre que, adueñándose de la vida cuyo control otros pretenden, cambia su existencia para mejor? ¿Qué clase de temblores producirá ese cambio, en aquellos que tiene cerca y hasta en el punto más distante del planeta? Por eso creo, con Malory, que es suficiente con que Arturo haya hecho buen uso de su oportunidad para la redención. Pero de chico quise más la versión fantástica de la historia, la que pintaba a Arturo en Avalón, restañando sus heridas y esperando el momento de volver a su tierra.

Durante muchos años, Kamchatka fue mi Avalón.

74. Donde regresamos, para no hallar más que oscuridad

A nuestro regreso, medianoche del domingo, el barrio entero estaba en tinieblas, cuadra tras cuadra de pura penumbra. Papá dejó el auto a doscientos metros de la quinta, metiéndolo de trompa en la entrada de piedra de otra casa; en caso de zafarrancho de combate, podía recular fácilmente en cualquier dirección. Mamá y yo lo vimos alejarse, linterna en mano, por la calle de tierra. El Enano dormía a mi lado, abrazado a sus dos Goofys llenos de baba. Mamá tuvo tiempo de fumarse dos Jockey, uno tras otro, antes de que papá volviese.

«Parece que es un corte de luz, nomás», dijo papá, sentándose al volante.

«¿Y Lucas?», pregunté yo. Era todo lo que quería saber.

«Lucas no está.»

Por algún motivo, su afirmación no me pareció categórica. Apenas el Citroën entró en la quinta me bajé como un bólido y empecé a buscar a Lucas por todas partes. Era cierto que no había luz. Recorrí la casa tanteando las paredes, mientras gritaba su nombre en cada ambiente. Al llegar a mi habitación, el dedo de la noche clara que entraba por la ventana me señaló una ausencia. La bolsa de dormir de Lucas tampoco estaba allí. Que Lucas faltase era una frustración, porque tenía muchas ganas de verlo; ya llegaría. Pero que se hubiese llevado sus cosas me producía otra clase de inquietud.

Mamá dijo que a lo mejor, en nuestra ausencia, había decidido dormir en otro lado. No podíamos culparlo. Cuando uno está solo, decide lo que quiere. Pero no debía preocuparme; si Lucas hubiese pensado ausentarse por mucho tiempo, no lo habría hecho sin avisar, como corresponde.

Me pregunté si en algún sitio de la casa habría algún mensaje que, en las sombras, no encontraríamos de inmediato.

Iba camino a la pileta, para ponerme al tanto de la salud de nuestros sapos, cuando vi una luz que venía del fondo.

Prende y apaga. Prende y apaga. Como una señal.

Le di un abrazo a Lucas que lo dejó sin aire. Estaba apoyado contra un álamo. A un costado estaban su bolsa de dormir y el bolso de Japan Air Lines.

«¿Qué hacés acá afuera? ¿No ves que va a llover?»

«Los estaba esperando.»

«¿Qué pasó con la luz?»

«Hay un corte general, por toda la zona. Es una boca de lobo.»

Se ve que la respuesta de Lucas no me convenció, porque de inmediato volví a probar suerte y le pregunté: «¿Qué hacés acá afuera?»

Lucas no me contestó. Parecía más interesado en papá, que nos había visto y se acercaba. Eso me molestó. Imaginé que al ignorarme Lucas estaba rompiendo un

pacto, y que yo tenía por ello derecho a sentirme dolido. Pero no tuve tiempo de expresar la ofensa que sentía. Las cosas pasan a mayor velocidad que los sentimientos.

«¿Tenés un minuto?», le preguntó Lucas a papá.

En lugar de responderle, papá me echó de ahí.

«Andá a ayudar a mamá, que se quedó sola con los bolsos.»

Obedecí de mala gana. Cuando el Enano, que se desperezaba, me hizo un comentario ingenuo, lo mandé a paseo. Se fue a lloriquear por la zona de la pileta, donde descubrió un cuerpo flotando sobre las aguas:

«¡Sapo muerto! ¡Sapo muerto!»

De alguna forma sentí alivio. Era bueno tener algo que hacer, algo a que abocarme. Mandé al Enano en busca de papel de diario e hilo sisal. Yo fui a buscar una pala.

Lo enterramos debajo de un árbol, junto a los demás.

«Esto no es un pozo», decía el Enano al paquetito que hacía de mortaja, «es un ascensor. Te metemos ahí adentro y te vas derecho al cielo de los sapos».

Puso al sapo en la tierra. Yo empecé a tapanlo. El Enano hizo una señal de la cruz precisa y elegante y salió corriendo para la casa.

Todavía estaba lidiando con la pala cuando Lucas se me acercó. Llevaba la bolsa de dormir bajo el brazo y el bolso de Japan Air Lines colgado del hombro.

«Me voy, Harry.»

«¿A esta hora? ¡Te vas a empapar!»

«Tu papá me lleva a la estación.»

«¿Puedo ir?»

«... No.»

«¿Por qué no? ¡Si ya termino!»

«No puedo esperar más. Tendría que haberme ido hace mil años, pero quise esperarlos. Para despedirme.»

Yo empecé a golpear la tierra con la pala, apisonándola.

«Me voy, Harry. Y esta vez no vuelvo.»

«¿Te tenés que ir sí o sí?», pregunté, zapateando ahora sobre la tumba con la suela de mi zapatilla.

«Pregunta incorrecta.»

Me eché de rodillas, buscando piedras con que cubrir la tumba; no quería que los perros hurgasen en ella durante la noche.

«¿Va a ser así, entonces? ¿Chau, me doy media vuelta y me voy? Pensé que éramos amigos.»

«¡Si no nos vamos a ver nunca más!»

Hubo un silencio que pareció definitivo. Yo tenía las manos llenas de piedras cuando Lucas dijo:

«Dejé la remera naranja en la habitación.»

Me pareció el colmo. No le tiré las piedras porque las quería para otra cosa.

«¡Andá a buscártela vos!»

En algún momento empezó a llover sin que me diera cuenta. Yo seguía de rodillas; había empezado a acomodar las piedras en forma de espiral, empezando en el centro de la tumba y girando en círculos cada vez más abiertos, cuando descubrí a mamá parada a mi lado.

«¿Por qué no te despedís de Lucas?»

«Porque no quiero.»

«Después te vas a arrepentir.»

«¿Y vos qué sabés?»

«Yo sé. Creeme que sé.»

«¿No ves que estoy ocupado?»

De repente mamá estaba en el suelo, también, de rodillas sobre la tierra mojada. Me puso las manos sobre los hombros y me obligó a girar hacia ella.

«Mirame. ¡Mirame bien!», dijo, enderezando la cara que yo quería voltear. «No podés seguir encerrándote. Yo sé que sufrir es una porquería, ¿a quién le gusta?, todos queríamos tener una armadura que nos proteja del dolor. Pero uno levanta una pared para protegerse de lo que viene de afuera y al final descubre que se ha quedado encerrado. No te encierres, mi amor. Es preferible sufrir a dejar de sentir. ¡Si vivís con armadura, te vas a perder las mejores cosas!... Prometeme algo. Prometeme que no te las vas a perder. Que no vas a dejarlas pasar. Ni una sola. ¿Me lo prometés?»

Yo aparté mi cara bruscamente. Estaba harto de las preguntas incorrectas, de los sapos suicidas y de las monsergas maternas, que como estaba demostrado no se suspendían en caso de lluvia. Pero si pensaba que eso bastaría para que mi madre se diese por vencida, estaba equivocado. Para esa mujer empapada, la maternidad también era una cuestión de resistencia.

«¿Sabés cuál fue la vez que sufrí más en mi vida?» (No esperaba respuesta de mi parte, así que prosiguió.) «Un dolor de muerte, te juro. ¡La pasé muy mal! Pero era un dolor que yo había elegido, a conciencia. Tenía dos caminos: o elegía lo que yo quería, y sufría en el proceso, o elegía no sufrir, pero me quedaba sin nada. Y elegí bien. Pasé por el dolor más grande, pero llegué a la felicidad más grande. Y no la cambio por nada del mundo. ¿Sabés cuándo fue? ¿Sabés de qué te hablo?»

Yo no quería responder, pero me intrigaba esa parte del folklore familiar que estaba seguro de no conocer. ¿Qué historia era esa? ¿Qué le había pasado a mamá, qué dolor tan grave? ¿Habría pasado por alto alguna de sus cicatrices?

«Hablo de vos. De cuando te tuve a vos, ganso.»

Al volver a mi habitación entendí lo que Lucas había querido decir al despedirse. Yo pensé que había tenido el descaro de mandarme a buscar su remera, pero no era así. Lucas sabía cuánto me gustaba el naranja fulgurante, la parte que parecía de goma, el alucinante dibujo de la moto. Por eso la dejó sobre mi cama, limpia y desplegada en todo su esplendor. Me la estaba regalando.

Corrí hasta la calle pero ya se habían ido.

75. Donde debuto como escapista

Los trenes se prestan a la ensoñación. Debe ser por las sacudidas, la rítmica de su andar y la salmodia de los vendedores ambulantes, siempre iguales a sí mismos; la canción de cuna de un mundo post-industrial. O quizá tenga que ver con la idea del dejarse llevar: uno paga el pasaje y se abandona a la máquina, y cuando quiere darse cuenta, tanto si está sentado como si está de pie y en medio de la jauría, se está dejando llevar por sus pensamientos. O quizá no haga falta especular tanto, y la ensoñación sea una consecuencia lógica de la naturaleza del tren, de su misma idea. A fin de cuentas, se trata de toneladas de metal y chatarra lanzadas a toda velocidad sobre una línea recta, una idea que sólo puede habersele ocurrido a alguien sumido en una ensoñación, alguien hundido en un sueño alucinado, un sueño del que sólo puede surgir un tren.

Me gusta cuando el tren viaja sobre una trocha elevada, porque me deja ver los techos de las casas. La gente trata a los techos como si no existiesen. Arrumba ahí lo que quiere olvidar, los triciclos oxidados, las piletas de lona, las jaulas vacías, las latas de pintura, los zócalos que nunca colocaron, los azulejos que sobraron de la remodelación. También los usan para apartar de la vista aquello de lo que no quieren hacerse cargo, la ropa húmeda entre la que sobresale ese corpiño tan grande, la conexión clandestina de la televisión, las chimeneas de las que sale ese humo de un negro flagrante. Ya sé que se supone que no debo mirar ahí, que lo han puesto ahí arriba precisamente para no verlo, pero a mí me gusta mirar lo que la gente no mira, me cuenta cosas, y a fin de cuentas no tengo la culpa, no soy yo, es el tren.

En mi primer viaje en tren voy a Buenos Aires. Parto de la misma estación de la que se fue Lucas pocas horas antes. La conciencia de estar imitando cada uno de sus pasos —sacar pasaje, esperar el tren, elegir un vagón— me hace sentir que estamos cerca, pero la sensación es efímera. Una vez dentro, no reconozco nada ni a nadie. Los vagones me parecen incompletos, como si los hubiesen sacado del horno demasiado pronto. Hay demasiada gente, y toda concentrada en ignorarse. Los asientos están sucios y rotos. Para peor, detecto un hombre que me infunde miedo. Sostiene su diario con una mano de dedo meñique sospechosamente rígido. Al llegar a la estación cambio de vagón, pero no logro sentirme mejor. Cada vez hay más gente. Me ahogo en un mar de codos y sobacos. Logro sacar la cabeza de ese nudo, casi echándome sobre una mujer sentada que duerme con la boca abierta. Por la ventana, la ciudad parece darse a la fuga a toda velocidad.

La noche de la partida de Lucas decidí que había llegado el momento de probarme como escapista. El plan venía madurando en mi cabeza desde hacía tiempo. Ahora tenía que ejecutarlo con la mayor disciplina y no mirar hacia atrás. Esto último es fundamental para un escapista: cuando los cerrojos están en su lugar y la tapa del cofre ha bajado y hay toneladas de agua apilándose sobre nuestras cabezas, no hay mucho margen para sentir dudas. El atrás no existe, ya, y el aquí es transitorio. Sólo

queda el adelante. Hay que escapar. Es la única opción.

El Enano aceptó ayudarme, aunque temía que mamá no comprendiese la sutil diferencia que hay entre ayudante y cómplice. No me quedó otra que apelar al soborno. Le prometí mis revistas de Superman, que por lo demás ya estaban arruinadas, porque el Enano las había llenado con los halos que ahora dibujaba sobre cada personaje al que consideraba bueno. (Lex Luthor no tenía halo.) Salimos juntos rumbo al colegio, como todos los días. Lo acompañé hasta la puerta porque tenía miedo de que se perdiese, pero antes de entrar le di dos revistas —la parte inicial del pago; el resto vendría después, en la medida en que respetase el trato de no revelar mi destino— y me quedé en la calle hasta verlo entrar.

El único imprevisto fue Denucci, mi compañero de clase. Estaba adentro del colegio, del otro lado de la reja, viéndome en silencio. Supongo que le llamó la atención que el Enano y yo no entrásemos juntos. Durante un instante eterno, ninguno de los dos supo qué hacer. Yo lo vi mirar en dirección al padre Ruiz, que estaba al pie de la escalera, saludando a los recién llegados como todos los días. Si Denucci alertaba al padre Ruiz, mi escape fracasaría antes de empezar.

Pero Denucci no hizo nada. Se quedó ahí, mirándome a través de los barrotes, con la misma cara que ponía en los recreos cuando me invitaba a jugar a las figuritas y yo lo rechazaba. Di el primer paso hacia atrás, reculando. Denucci no se movió. Seguí yéndome como un cangrejo, y Denucci nada. Me había alejado unos cuantos metros, ya, cuando alcé la mano en un saludo mudo. Respondió con discreción. No fuera cosa de que el padre Ruiz se diese cuenta.

Bertuccio almorzaba siempre en su casa. Yo planeaba encararlo cuando saliera del colegio. Estaba convencido de que me invitaría a comer, y si la fortuna se mostraba de mi lado, habría milanesas de plato principal.

Entre trenes y colectivos llegaría a Flores a media mañana. No me quedaba otra que hacer tiempo hasta el mediodía. La perspectiva no me disgustaba. Podía ver qué daban en los cines, el Pueyrredón, el San Martín. Podía entrar en la librería Tonini y comprobar si había llegado una nueva versión de *Robin Hood*. Podía meterme en la galería Boyacá y quedarme viendo las vidrieras del negocio de modelismo, siempre llenas de Zeros y Spitfires. La única precaución que debía tomar era quitarme el guardapolvo, para que no pareciera que me había hecho la rata y circulaba sin patente. (En mi ingenuidad, creía que un chico que vaga por el barrio con una valija en la mano era menos sospechoso que uno con valija y guardapolvo.)

Me sorprendió descubrir que todo estaba igual. No sé qué esperaba. Imagino que un signo de que algo se había extraviado en mi ausencia, qué sé yo, colores más desvaídos, los kioskos de revistas cerrados por duelo (habían perdido un gran cliente, era lo menos que podían hacer), una grieta en la fachada de la iglesia San José, no sé, ¡algo! Pero todo parecía inalterado. Los mismos colores. Los mismos kioskos con los mismos kioskeros. La misma iglesia desangelada.

La gente también parecía intocada. Caminaban por Rivadavia, entrando y

saliendo de negocios, de bancos, de galerías, esperando colectivos, cruzando la avenida, con el aire nervioso de quien tiene mucho por hacer, con el paso apretado de quien debe llegar a algún lugar. Tanta diligencia me hizo desconfiar, al final. Dejé de sentir que nada había cambiado y empecé a sospechar, todo estaba demasiado igual, como si se tratase de una puesta en escena y yo no hubiese vuelto a Flores sino a un decorado que reproducía Flores tal como yo lo había conocido, una reconstrucción en lugar de lo verdadero, fiel pero artificial, llena de actores que interpretan a la gente que yo conocí, gente común, kioskeros, jubilados, bancarios, parecidos a los reales (deben haber usado fotos y filmaciones de la época para realizar el *casting*), pero actores al fin, atenazados por esa tensión de las primeras escenas, cuando todavía están demasiado ocupados en recordar cada parlamento y cada acción como para que la actuación fluya, es eso lo que noto, el énfasis y la exageración hasta en los gestos más elementales, la mano que se alza para detener al colectivo, la forma en que el viejo saca su billetera, la risa de esas nenas, demasiado forzada; me he colado en un set sin darme cuenta, o bien actúan para mí. En cualquiera de los casos, no me gusta.

No veo la hora de que salga Bertuccio.

Cuando sale no lo abordo, sino que camino en forma paralela, por la vereda de enfrente. Bertuccio también parece igual que siempre. El mismo guardapolvo, la misma valija. Canta algo, al caminar, que no puedo oír bien. La idea era esconderme atrás de un árbol y aparecer de repente, una entrada bien teatral, como le gusta a Bertuccio, pero tenía miedo de no verlo y que se me escapase mientras yo me escondía. Cuando quise darme cuenta Bertuccio ya estaba ahí, caminando, cantando bajito, y todo lo que pude hacer fue marchar a buen paso por enfrente y preguntarme cuándo los autos me dejarían cruzar Yermal y qué iba a decirle, hola era muy soso, desaparezco por no sé cuánto tiempo y todo lo que se me ocurre es decir hola, debe haber algo mejor. Las cuadras pasan y yo sigo observándolo sin lograr decidirme, registrando cada paso suyo, cada mueca, preguntándome si son naturales o ligeramente exageradas, si es Bertuccio de verdad o el actor que eligieron para hacer de Bertuccio, y cuando quiero darme cuenta llegamos a su casa, son apenas tres cuadras, pasan rápido.

Toca el timbre. Suena el portero eléctrico aunque no lo oigo.

Bertuccio entra.

Me quedo enfrente, trasquilado, respirando con agitación; no he mantenido el ritmo. Ya no camino, pero mi corazón sigue en tren y la tres eles del l-l-lup-dup parecen una sola. Me digo cosas feas, me pregunto qué hacer, recuerdo lo que dije que no iba a olvidar, no hay que mirar hacia atrás, una vez lanzado, la duda es mortal, sólo queda el adelante, el escape.

Me vuelvo a poner el guardapolvo. Cruzo la calle y me quedo entre dos autos estacionados. La idea de tocar el timbre ni siquiera cruza por mi cabeza; mi intuición ya está funcionando, mi natural dominio del tiempo, pero no comprenderé su agudeza hasta dentro de algunos minutos. Espero en cambio que alguien entre o salga del

edificio de Bertuccio. Ocurre pronto, una señora que sale con el changuito de la feria, pongo mi mejor cara de alumno y entro como si hubiese vivido siempre ahí, la señora me deja pasar, le digo buenos días y me saluda, qué chico más educado.

La que abre la puerta del departamento es la mamá de Bertuccio. Le ofrezco mi mejor sonrisa y el cómo le va, señora me sale un tanto confianzudo, un poco exagerado, como si yo no fuese yo sino el actor que me interpreta, y ya casi estoy metiendo el pie dentro de la casa cuando pregunto por Bertuccio por pura formalidad y la mamá me dice no está, se fue a comer a lo de una tía y yo me quedo congelado como Houdini *on the rocks*, hundido en una bañera con hielos hasta el cuello. Cómo que no está, pienso. Si yo lo vi entrar. ¿Se habrá demorado en las escaleras? Durante un instante se me ocurren cosas absurdas como las cosas que se piensan en el tren, que hay un vecino degenerado que secuestró a Bertuccio al entrar y lo metió en su propio departamento, o que Bertuccio se hizo la rata de su propia casa y se fue a comer un sándwich a la terraza, porque los techos están siempre llenos de trastos interesantes, los techos cuentan cosas, y recién ahí caigo.

Qué lástima, digo. Tenía tantas ganas. Dígale que vine.

Por suerte la señora que dormía con la boca abierta bajó antes que yo. Me pude sentar, aunque más no fuere por dos estaciones. No quedaba mucho que ver por las ventanas. La ciudad ya se había escapado y los techos de las casas me miraban desde arriba, como con desprecio, preservando sus secretos. Yo sabía que en cuestión de minutos todo iba a estar bien, que papá y mamá me iban a gritar un poco porque lo que hice fue temerario y hasta peligroso, pero que a esa altura el Enano ya habría confesado y ellos habrían optado por esperar mi regreso porque sabían que conocía el camino y que me manejaba bien en la calle y sabían, cosa fundamental, que iba a volver. Y quizá ni siquiera me gritasen mucho al verme llorar, yo sabía que iba a llorar, mi intuición ya estaba funcionando, o mi natural dominio del tiempo, que es otra manera de decir lo mismo, yo no lloro mucho, pero cuando lloro papá y mamá se ponen blanditos como el mazapán. Cuando entendí que iba a llorar me quedé tranquilo, en cuestión de minutos iba a estar todo bien, y me distraje con el señor que tocaba la armónica y vendía billetes de lotería, era ciego, me pregunté cómo hacen los ciegos para que no los engañen con la plata, los ciegos no necesitan techos para arrumbar cosas porque igual no las ven, en fin, cosas que se piensan en los trenes.

76. Donde jugamos al TEG y doy vuelta la suerte, o casi

Esa fue la noche del partido histórico.

Después de cenar despejamos la mesa del comedor y nos trenzamos al TEG papá y yo, el capitán Nemo versus Harry Houdini. A muerte, como siempre. Pero esta vez algo se apartó de su curso habitual. Empecé ganando. Y seguí ganando. Por paliza. Mis dados parecían mágicos. No podía parar de sacarme seis, seis, seis. El ejército azul se expandía sobre el planeta, devorando semillas de sandía. (Los ejércitos negros de papá, que se embroncaba cuando yo los llamaba así.) Enseguida conquisté continentes. Los conservé y empecé a recibir ejércitos extra a cada vuelta. Después pegué dos cambios de tarjetas seguidos, la primera vez fueron tres tarjetas de globos aerostáticos, la segunda fueron tres tarjetas distintas entre sí: el globo, el cañón, la fragata. Papá se contuvo a duras penas. No le gusta perder ni a la escoba de quince. Si mamá no se hubiese instalado a mi lado para fiscalizar el procedimiento, creo que habría encontrado —o inventado— alguna excusa para anular la partida por motivos técnicos.

Al cabo de un par de horas, yo dominaba cuarenta y nueve países, ¡cuarenta y nueve!, y papá sólo uno. Un país de Asia, bien arriba y a la derecha, que tenía puentes con Japón y con Alaska. Un lugar remoto, y por ende exótico, con nombre que suena a entrecruzarse de espadas.

Todo lo que papá tenía era Kamchatka.

Fue allí donde mis ejércitos mordieron el polvo. Carga tras carga, los dados de papá rechazaron los míos. Mis tiros más afortunados se encontraron con oportunos bloqueos. Abroquelados en su mínimo bastión, los ejércitos de papá resistían de forma consistente. Sacrifiqué batallones a lo pavo. Me quedé sin fichas con que atacar desde Siberia y Taimir, desde China y Japón, desde Alaska. Tuve que parar y reagrupar. Mamá le hacía gestos a papá, como si jugase al oficio mudo, para que se entregase de una buena vez. No sé qué le hacía suponer que yo no me daba cuenta. Papá respondía con idéntica falta de recato, encogiendo los hombros, alzando las cejas, abriendo los brazos, un repertorio mímico con que trataba de expresar su incapacidad de controlar los dados —y de cambiar la suerte en mi favor.

En la ronda siguiente apilé todos mis nuevos ejércitos alrededor de Kamchatka. La desproporción era atroz y prenunciaba una masacre. Pero el esquema volvió a repetirse, sólo que ahora corregido y aumentado. Perdí cada ejército puesto en juego. Mi mala racha me dejaba sin habla. Parecía cosa de una maldición, como si en nuestra batalla debiera por mandato repetirse el curso de otras, David contra Goliat, los trescientos contra los persas en las Termópilas.

Siguieron las rondas y siguió el maleficio. El reloj dejó de dar muchas campanadas y empezó a sonar de forma escueta, con gongs que, lúgubres, describían mi condena.

«¿Querés que te explique?», dijo papá, ahogando un bostezo.

Yo le contesté de mala manera y seguí jugando.

Estuvimos horas así. Kamchatka contra el resto del mundo.

En algún momento mamá se fue a dormir. En otro momento pedí permiso para ir al baño y cambié mi camisa por la remera naranja, creyendo que ese amuleto me otorgaría la victoria.

Fue inútil.

Debo haberme quedado dormido sobre la mesa, como un imbécil, prefiriendo el desmayo a la aceptación de mi derrota. Hubo un sueño inquieto en el que todavía viajaba en tren mientras luchaba contra el sueño, un sueño donde luchaba contra el sueño porque si me dormía iba a perderme la estación en que debía bajar, si me dormía me iba a perder, si me dormía iba a perder.

A la mañana siguiente papá cantó zafarrancho de combate.

77. Una visión

Durante la noche ha llovido, y en el silencio que ocurre entre tren y tren es fácil oír las gotas que, demoradas en los árboles, esperaron la mañana para bajar al suelo. Es el único sonido que se percibe en las inmediaciones de la casa; el resto es silencio.

El peso del agua aplasta las hojas caídas, que se pegan unas a otras en busca de consuelo. Esa unión transitoria lo hace todo más fácil para el sapo, que se desliza por encima de ellas como si alguien le hubiese preparado una alfombra roja, en atención a la dignidad que representa. El sapo advierte que la casa está vacía, inusualmente vacía a esa altura de la mañana, dado que siempre hay alguien y es fácil comprobarlo por el sonido de la radio y el canturreo de la mujer y los golpes de las puertas. La mujer solía salir a media mañana, hiciese frío o calor, a sentarse en el banco que da al parque y fumar un cigarrillo; una vez le habló, incluso, en un idioma que el sapo no entendió. Pero la media mañana ha quedado atrás y no hay signos de la mujer ni de la radio y las puertas permanecen mudas y encajadas en sus marcos, negándose a dar información alguna.

Envalentonado por la quietud, el sapo deja atrás su alfombra roja y se atreve a pisar los mosaicos de la entrada a la casa. Están húmedos, cosa que agradece, pero aun así le resultan agresivos, con el frío de aquello que no está ni ha estado nunca vivo, rígidos, obligándolo a adaptarse a ellos en lugar de adaptarse a su paso como las hojas caídas, el pasto, el barro; hay algo despótico en todo lo que es inerte, en su tenaz negativa a reconocer la existencia de lo otro. Pero el sapo avanza, su instinto le dice que puede hacerlo, que no corre peligro. Con dos saltos se pone a la altura del bebedero de los pájaros, debajo del cual hay una tela de araña. El sapo confía en que la araña le transmitirá algo de lo que quiere saber, ella vive más cerca de la casa, pegada a su muro exterior, y debe haber percibido algo fuera de lo común, algún ruido o movimiento que justifique la actual quietud, quizá la mujer le haya hablado también y la araña comprenda su extraño lenguaje. Pero la araña tampoco está a la vista. La tela está vacía, a excepción de una gota de agua que brilla como perla.

El sapo sabe que ha llegado a su límite. No puede ir más allá, detrás de las puertas, y aun si una de ellas estuviese abierta y su umbral invitase a un salto, no lo haría porque no se trata de un sapo cualquiera, este es un sapo joven, agraciado por un color verde briofito (que conste el detalle de las dos manchas sobre su lomo, que parecen ojos) y sus instintos están en ebullición, señándole el límite de la prudencia.

Si pudiese entrar descubriría una casa oscura y tan inerte como los mosaicos, pero quizá reparase en los signos de una vida que medró allí dentro hasta no hace mucho. El sapo entiende (es parte de su naturaleza) que la vida funciona cíclicamente y que siempre quedan rastros del ciclo que ha terminado. Las serpientes dejan su piel; los gatos, su pelaje; las mantarrayas, sus dientes. Los hombres abandonan los objetos que han utilizado. Dejan la lata de Nesquik abierta y los vasos sucios sobre la mesada, dejan el dentífrico sin su tapa, dejan las camas deshechas, dejan manchas de orín,

dejan relojes de pie, dejan colillas en los ceniceros, dejan revistas garabateadas, dejan libros prestados por la biblioteca escolar, dejan ropa en los placares y comida en la heladera.

Entrar allí sería inútil. Las cosas de los hombres hablan su mismo lenguaje, que el sapo no entiende, y además pierden significado cuando sus dueños se desentienden de ellas, dejan de estar animadas, se vuelven galimatías, jeroglíficos, como si tuviesen fecha de expiración al igual que las latas de la despensa, el Nesquik abierto y los alimentos de la heladera, inservibles como el dentífrico que se endurece, o los libros sin lectores, o los relojes sin una mano que les dé cuerda.

Con sabiduría (ya se ha dicho que no se trata de un ejemplar cualquiera; quizá se deba a las dos manchas sobre el lomo), el sapo se retira, sintiendo alivio al pisar las hojas húmedas. El contacto con lo inerte le ha reseca la boca, se siente acalorado y sediento. Las hojas lo refrescan pero necesita más, le haría falta un chapuzón, la necesidad apremia, siente que la piel le cruje a cada salto y hasta le parece que el verde del que está tan orgulloso está perdiendo lustre. Debe tomar una decisión. El bebedero de los pájaros es una opción absurda, sería como regresar al desierto en busca de un oasis, y además está demasiado alto. El hilo de agua que corre en los bajos de la quinta es ideal, pero supone toda una travesía, para la que no se siente entonces preparado. Por suerte existe otro ojo de agua en las cercanías, uno que está a apenas segundos de distancia. La humedad que le llega desde allí, en infinitesimales partículas de agua, es un bálsamo para su piel.

78. Donde los edificios revelan su debilidad

Nos sacaron de la cama a los empujones. En el apuro no pudimos llevarnos más que lo obvio, que siempre es lo más querido. El Enano se llevó los dos Goofys, el duro y el blando. Yo me llevé el TEG y el libro de Houdini. Al principio pensé que mamá y papá no habían alcanzado a llevarse nada (los cigarrillos y el remedio para la úlcera no eran mi idea de un tesoro), pero después entendí que su impulso había sido el mismo. Nosotros agarramos nuestros juguetes; ellos nos agarraron a nosotros.

El viaje transcurrió en silencio. El Enano no tuvo problemas para retomar el sueño interrumpido: a las pocas cuerdas de la quinta ya estaba frito. Yo también tenía sueño, pero no pude dormir. Me la pasé mirando las nuca de papá y mamá, saltando de una a la otra, en busca de un signo de que el peligro había quedado atrás, tan atrás como la quinta, una señal de que los pawnees ya no nos caerían encima para quedarse con nuestras cabelleras. Pero como la nuca es la zona más inexpresiva del cuerpo humano (creo que la bautizaron occipucio para darle un poco de gracia), o bien no hubo signo o yo me lo perdí.

Nos pasamos el día dando vueltas por Buenos Aires. La primera vez que paramos fue en una calle cualquiera de no sé qué barrio, tranquila, eso sí, donde había un teléfono público. Papá gastó monedas a lo loco. Al principio el Enano y yo nos reíamos (bajito, por supuesto, para no irritar a mamá, que fumaba como un murciélago y tamborileaba sobre el volante), porque cuando uno no oye la conversación telefónica es gracioso ver a una persona que gesticula delante de un aparato, le falta algo a la escena, es como un pintor que pinta sin darse cuenta de que le falta la brocha, como el Coyote cuando sigue corriendo en el aire porque no se enteró de que se le acabó el camino. Pero papá gesticulaba cada vez más y ponía caras feas y metía más monedas y de repente hablaba tan fuerte que oíamos su voz a pesar de la distancia, las palabras no pero la voz sí, era obvio que gritaba, y a veces después de gritar cubría la bocina con la mano y hablaba despacito, del grito al susurro sin escalas, y cuando colgó lo hizo con tanta fuerza que podría haber doblado la cabina dejándola como una ele invertida.

A esa altura, claro, ya no nos reíamos. El Enano pegó un salto cuando el clang de papá al cortar y le preguntó a mamá qué le pasaba. Mamá le sonrió, le acarició la pierna y tomó aire varias veces, amagando, pero no dijo nada.

Papá la salvó al regresar al auto. Se desplomó sobre el asiento del acompañante; el Citroën se zarandeó sobre sus muelles. Y aunque sabía que mamá esperaba algo no dijo nada, de hecho ni la miró, miraba para abajo como hacíamos cuando mamá presionaba para que confesásemos uno de nuestros crímenes y nosotros, aunque ya derrotados, demorábamos la confesión. Mamá tuvo que sacudirlo. El Enano me miró, preguntándome con los ojos si papá se había dormido. Al final papá miró a mamá y le dijo en voz baja, como si todavía le hablase a la bocina:

«Cayó el departamento.»

Se ve que mamá no necesitaba saber más, porque se enderezó sobre el asiento y metió primera y nos fuimos de ahí.

Dio como mil vueltas hasta que encontró un restaurant que le pareció aceptable. Seguro que tenía hambre de algo especial. Pero tantas vueltas deben haberle arruinado el apetito, porque al final no comió casi nada, picoteó la paella, un par de mariscos y nada más, se fue quedando vencida sobre la mesa como un juguete al que se le acaba la cuerda, la mirada perdida en la nada.

El Enano, en cambio, devoró todo con la presteza habitual y empezó a aburrirse. Se ponía de rodillas sobre la silla y yo tenía que estar controlando que no se fuese para atrás con silla y todo. En un momento lo descubrí embarcado en un campeonato de morisquetas con la nenita que estaba en la mesa a nuestras espaldas, que se llamaba Milagros, no había más remedio que enterarse dadas las veces que la madre le decía Milagros no hagas eso, Milagros no hagas lo otro, milagro hubiese sido que se quedase quieta —o que la madre se callase—. En otro momento me habría burlado del Enano, acusándolo de estar de novio, pero en ese momento no me dieron ganas, me sentía pesado y lento, la digestión, seguro. De alguna forma envidiaba al Enano, que podía arrodillarse sobre la silla y hacer monerías y cantar *o curriemos con Gloria Muñiz* sin ningún empacho. Yo estaba condenado a la propiedad, a sentarme derecho y comer con la boca cerrada, cosas de la edad, y para peor eso significaba mirar de frente a papá, que ya llevaba horas masacrando un bife sanguinolento que debía estar helado, en el más perfecto silencio a excepción del tac tac tac de su cuchillo contra el plato de loza. Todo lo que papá no hablaba lo hablaba la mamá de Milagros, a mis espaldas; la ley de las compensaciones.

Cuando Milagros se fue, sentí que una mano invisible quitaba los agudos a los sonidos del restaurant: copas, cubiertos, platos, botellas, fuentes, risas y voces estentóreas que de repente empezaron a sonar opacas, sin definición, como si las oyese a través de una pared. Para probar mi voz le pregunté a mamá si podía ir al baño. Ni siquiera me contestó. A lo mejor no me entendió, porque yo sonaba como si hablase desde la parte más profunda de una pileta.

El Enano se puso rígido a mi lado y apuntó hacia alguna parte con su dedito. Para mi sorpresa, su voz sonaba clara cuando gritó:

«¡Mirá, mamá, mirá! ¡Una vagina!»

Mamá se asomó por detrás de su cortina de humo. Papá levantó la cabeza que estaba hundida en su bife. Los mozos se congelaron en el camino. Y todas las cabezas del restaurant se dieron vuelta, el cajero, los comensales, el vendedor de rosas, buscando lo que el Enano señalaba con tanta ansiedad, mirá, mamá, la vagina, ¿viste?

No era una vagina. Era una virgen. Una imagen de la Virgen de Luján, en un pequeño altar colocado sobre el muro.

Mamá se empezó a reír y papá la siguió de inmediato. La gente se reía, también. Los agudos habían vuelto con toda la furia, en la melodía de las carcajadas y el címbalo de las copas, los cubiertos, los platos. El mozo que vino a ofrecer postre se

había puesto colorado; quería decir su parte, pero estaba tan tentado que no podía completar la frase.

Nos fuimos sin postre. Mamá ni siquiera nos preguntó. Creo que tenía tantas ganas de salir de ahí, que hizo un esfuerzo para esperar la cuenta y pagar.

El Enano se quedó callado en el auto. Tenía las manitos entrelazadas, como quien reza, colocadas entre sus dos muslos, y miraba por la ventanilla en un ángulo forzado, como quien mira al cielo. Yo sabía qué pasaba por su cabeza, conocía bien su mente literal. El Enano no podía haber soslayado el anuncio de papá sobre la caída del departamento. Mientras dábamos vueltas y más vueltas por la ciudad miraba los edificios, temeroso de que la enfermedad del departamento mencionado por papá fuese contagiosa y los demás edificios empezasen a caer, uno tras otro, como en una película japonesa clase B.

79. El Principio de Necesidad II

Mucho después comprendí que regresar a la quinta era la más insensata de las opciones, lo que no había que hacer bajo ningún concepto, lo que figuraba con letras rojas en el Libro de la Prudencia. Esa decisión es la medida perfecta de la desesperación que papá y mamá sintieron.

Nos pasamos la tarde en una plaza, mientras papá seguía pidiendo cambio en todas partes y utilizando teléfonos públicos como si fuesen alcancías. Por lo menos hacía algo. Mamá parecía agotada de tan sólo esperar, esperar es lo peor, una condena. Al caer el sol sentimos frío y descubrimos que no habíamos traído abrigo suficiente, pero no dijimos nada. Pusimos la mejor voluntad para seguir jugando, aun cuando el Enano se parecía cada vez más a un Picasso del período azul y a mí se me dormían las yemas de los dedos al contacto con la helada barra que sostenía las hamacas. Al final el Enano señaló a los dos o tres chicos que todavía quedaban en los juegos y me preguntó si ellos también estarían en zafarrancho, como nosotros.

Dejamos el auto en una calle del pueblo apartada del centro y a partir de ahí anduvimos a pie. A un par de cuadras de la quinta, papá le pasó el cuerpo dormido del Enano a mamá y nos pidió que esperásemos ahí, sin hacernos notar. Un pedido fácil de honrar: la noche era tan cerrada, que apenas papá se alejó unos metros dejamos de verlo. Mamá ni siquiera podía fumar, para que nadie descubriese la brasita del cigarrillo en la oscuridad. Yo, que llevaba conmigo el libro de Houdini, hice el vano intento de leer durante la espera. Las letras eran un borrón. Es feo tener ganas de leer un libro y no poder, se siente como un sacrilegio, un desgarró en el tejido del Universo.

Papá tardó bastante en volver. Nos dijo que podíamos entrar, que era seguro, pero que debíamos prepararnos para lo que íbamos a ver.

Se habían llevado cosas, la mesa y las sillas del *living*, el aparato del teléfono, el televisor. El suelo era un desastre, lleno de barro (la noche anterior había llovido) y de pisadas, suelas de goma, enormes, me hacían acordar a la huella que Neil Armstrong dejó sobre la Luna. Sobre la pared se veía una mancha más oscura que las sombras: era la marca del reloj de pie, la mugre que el tiempo había acumulado a sus espaldas y que ahora, en su ausencia, quedaba expuesta. También habían roto los vidrios, estaban desparramados por todas partes, no podías caminar sin que sonase cric cric debajo de los pies. Pensé que se trataba de un gesto inútil, pero después entendí que no. Era la forma que habían encontrado de asesinar al tiempo, de suspenderlo y por ende suspender la vida, al romperlos impedían que siguiesen fluyendo, líquidos, hacia el suelo, habían interrumpido su proceso; los habían matado.

De mi habitación se llevaron los dos colchones y la ropa del placard. Había quedado tan vacío como la primera vez que lo abrí. Esa desnudez me dio la idea, o quizá recordé lo que iba a hacer. (Los vidrios rotos desquician mi noción del tiempo.) Recogí un lápiz del Enano del suelo y debajo de la leyenda *Pedro '75* escribí *Harry*

'76. Después me trepé a la cajonera y dejé el libro en el mismo sitio en que lo había encontrado, confiando que el polvo completaría su ocultamiento y lo pondría a salvo, hasta que llegase el próximo escapista.

Mamá acostó al Enano dormido sobre la cama grande (se ve que no encontraron cómo llevarse este colchón) y papá lo tapó con su campera.

«Necesito saber que van a estar a salvo de toda esta mierda», dijo papá con una voz que le salió grave, con un toque de Narciso Ibáñez Menta.

«¿Sabés qué es lo único que me da miedo? No volver a verlos nunca más», dijo mamá, y después hizo un ruido raro con la garganta.

Yo sé todo esto porque lo escuché. Estaba afuera de la casa pero lo escuché. Los vidrios de su cuarto también estaban rotos.

Fue en ese instante, apenas después del ruido de mamá, que escuché el plop. Primero pensé que se trataba de otra gárgara, pero entonces descubrí que venía de otra parte, del parque, de la pileta, el agua hace plop. Corrí hasta el borde, imaginando que otro sapo había caído y que debía rescatarlo, no quería esperar más, en cualquier momento nos íbamos de ahí y yo no podía darme el lujo de confiar en el Antitrampolín, no tenía tiempo, había que salvar al sapo en ese instante porque estaba cansado de los sapos muertos, harto de enterrarlos, enfermo de esperar, esperar es lo peor, una condena.

Me llevé una sorpresa. El plop lo hizo el sapo no al caer, sino al salir del agua, trepando al Antitrampolín: allí estaba, subido al tablón inclinado, no lo soñé, lo juro, era un sapo precioso, tenía dos manchas sobre el lomo que parecían ojos, y es verdad que acababa de trepar porque el tablón estaba seco salvo por el rastro húmedo que el sapo dejó al salir del agua.

Nos quedamos un rato así, yo al borde de la pileta y el sapo en el tablón, como si todo lo demás hubiese sido un pretexto para llegar a ese momento, el momento que estaba escrito, dos existencias que se cruzan unos segundos y cambian para siempre, se cambian la una a la otra, uno cambia cuando no tiene más remedio, me lo explicó la señorita Barbeito.

Cuando se cansó de mirarme, el sapo dio un salto y se perdió entre los pastos.

80. Donde se atan algunos cabos sueltos

Y eso fue todo. Esta vez es verdad, o casi.

Si es necesario, puedo contar algo más. Bertuccio, por ejemplo, se convirtió en autor y director teatral. No es lo que se dice famoso, porque siempre eligió los circuitos *off* a las salas comerciales; me gusta saber que todavía practica el credo artístico que aprendió en forma tan temprana, porque me hace sentir que algo —y algo muy valioso, por cierto— perdura en este mundo, a pesar de que intenten convencernos de que nada dura, y por ende nada vale.

Roberto nunca apareció. Ramiro y su mamá se quedaron a vivir en Europa. No sé nada de ellos, aunque un conocido me comentó que jamás quisieron pisar la Argentina otra vez.

Habían pasado muchos años, ya, cuando al abrir las páginas de un diario descubrí el rostro de Lucas, sonriéndome desde una foto vieja. Era la misma cara que yo había conocido, con esos pelos locos en la barbilla y esa luz que transmitía aun a pesar de la mala copia y la peor impresión. Entonces aprendí su verdadero nombre, que figuraba en el aviso del que su foto formaba parte, y entendí que lo habían secuestrado a los pocos días de que yo lo viese por última vez. Me pregunté si se habría cruzado con algún viejo amigo después de irse de la quinta, deseaba febrilmente que así fuese, que hubiese tenido la oportunidad de recibir un abrazo, una palmada en la espalda o un adiós que cubriese, aunque más no fuese un poco, el agujero que produjo al negarle el mío. Tardé varios años más, todavía, en comprender hasta qué punto mamá había tenido razón al sugerirme que me despidiese de Lucas, al defender el valor, y por ende la necesidad, de las despedidas. Todos terminamos descubriendo que nuestros padres sabían más de lo que suponíamos, es parte de la vida. Lo que no es habitual es que sean tan sabios en el dolor, en el arte de la pérdida, en la forma de lidiar con muertes tan tempranas y tan violentas.

Al final junté coraje y me puse en contacto con la familia de Lucas. Cuando les conté lo que habíamos vivido en esas semanas, descubrí con la fuerza de una revelación el poder que tienen las historias. Hasta ese entonces creí que ejercían su fascinación sobre mí de un modo privado y casi unilateral. Pero al hablar delante de ellos sentí que les restituía a Lucas; durante el tiempo que duraba el relato —hice lo posible por estirarlo, por recordar hasta lo que nunca había sabido— el tiempo se mostraba entero en todo su esplendor y Lucas vivía otra vez, Lucas aparecía (me gusta pensar que esta es una historia de aparecidos), y reíamos con sus bromas como si fuesen nuevas, porque narrarlas las inventaba otra vez.

El aviso de los diarios sigue saliendo puntualmente, año tras año. Ahora mi nombre figura también en el texto. Cuando la familia de Lucas me dijo que querían añadirlo a los suyos, me dejaron sin habla —cosa que, habrán advertido, no es nada fácil—. Acepté de inmediato, con la condición de que me permitiesen enseñarle algo al hermano menor de Lucas. (Tal como sospechaba, Lucas tenía un hermano de mi

edad.) Me quedé hasta la medianoche mostrándole cómo hacer los nudos que Lucas me había enseñado, y que yo recordaba a la perfección. Mientras los practicábamos, sentí que había algo sagrado en el movimiento de nuestros dedos; atábamos algo que nunca debió haberse desatado.

Hay muchas cosas que no sé y quizá no sepa nunca. Quién fue Pedro, por ejemplo, y si Beba y China eran sus tías o qué, y cuánto había de cierto en mis sospechas sobre el fantasma que rondaba la quinta. Tampoco sé quién será hoy el dueño del libro de Houdini, si es que aún existe. O qué fue de Denucci, del padre Ruiz y de la amiga de mamá que nos ofreció asilo aquella noche. Me gustaría poder decirles que el recuerdo de su generosidad me ayudó a sobrevivir, durante el largo exilio en Kamchatka.

En todos esos años no me separé nunca de un libro que encontré dentro de las cajas de la abuela Matilde: la edición de *El prisionero de Zenda* de la colección Robin Hood, que perteneció a mamá en su infancia. Fue entre sus páginas donde descubrí el personaje de la princesa Flavia, noble de cuna pero ante todo de alma, tan rubia como el sol del tablero del TEG. No puedo explicar lo que sentí al entender que aun dentro de la isla, en aquella zozobra que vivimos mientras se abatía sobre el país la destrucción más cruel, mamá había elegido llamarse Flavia como forma de protesta y reivindicación, porque ella nunca quiso ser La Roca, en todo caso el mundo hizo de ella una roca, ese mundo que mata de hambre a sus niños porque existen tantos que les roban la comida del plato, un mundo en el que hay que ser de roca para no morir de pena, qué otra cabe. Mamá nunca quiso ser de piedra, y por eso apeló instintivamente a las cosas que nos ayudan a sobrevivir en los tiempos oscuros, esas pocas certezas que uno arrastra desde la infancia, recuerdos del amor y del dolor o simples fantasías, como esa que ella tuvo desde chiquita, esa que le parecía tan vergonzante que no se animó a confesarla, por pueril, por políticamente incorrecta, la fantasía de ser de verdad rubia, de llamarse Flavia, de llegar a ser una princesa.

81. Kamchatka

Lo último que papá me dijo, la última palabra que oí de sus labios, fue Kamchatka.

Ocurrió en el playón de la estación de servicio, después del desayuno. Mamá fue a buscar al Enano, el rey del espacio infinito, que todavía dormía dentro del auto. Más que dormido, estaba desmayado: no se despertó cuando lo alzaron, ni cuando mamá lo llenó de besos y de abrazos, ni cuando fue a dar a los brazos del abuelo. Me acuerdo que el abuelo se lo llevó a la camioneta y entonces me llegó el turno de los besos y los abrazos, mamá me estrujó bastante y después me puso las manos sobre los hombros, como tomando distancia, y me dijo portate bien. No dijo ninguna otra cosa, portate bien, eso fue todo, con la voz que ponía siempre antes de dejarnos solos en casa y que pretendía poner coto a nuestro talento para el desastre, sí, pero además insinuarnos lo que nos pasaría si no le hacíamos caso, mamá va a venir a darnos nuestro merecido, mamá va a venir a darnos, mamá va a venir, te lo garantizo. Yo pensé: La Roca, mamá no afloja nunca, y si papá hubiese estado cerca le habría hecho el signo con el puño cerrado, pero papá no estaba, se había ido al Citroën a buscar algo.

A veces hay variaciones dentro del recuerdo. A veces mamá se da media vuelta y camina hasta el Citroën y se le cae algo en el camino, un bollito rojo, la marquilla de los Jockey Club que garabateó, la levanto y descubro lo que escribió, escribió mi nombre, muchas veces, hasta llenar todo el papel, como si tuviese miedo de que lo olvidase, de que me creyese Harry para siempre, Harry el escapista, yo no soy Harry, ya no al menos, ya no escapo más. Lo entiendo al leerlo, de eso estoy seguro, pero ahora, al recordar la escena por enésima vez, lo entiendo mejor que nunca.

El tiempo es raro. A veces pienso que es como un libro. Está todo contenido ahí entre tapa y contratapa, la historia entera, de pe a pa, uno podría reunir a varias personas y entregarles copias de la misma edición y pedirles que abran en cualquier página y lean lo que ven y *voilà*, la historia estaría ocurriendo toda al mismo tiempo en voces simultáneas, como si oyésemos varias estaciones de radio a la vez. Claro que sería difícil entender lo que dicen, de la misma forma en que es difícil abrir un libro cualquiera por el medio, leer un párrafo y entender a fondo lo que significa, uno supone que entendería mejor si hubiese leído todo lo que venía antes, pero no siempre es tan así, a veces uno agarra la Biblia o el I Ching o Shakespeare y los abre en cualquier parte y le parece que el párrafo sobre el que cae dice lo que ansiaba saber, lo que necesitaba, lo esencial. Puede fallar, lo acepto. Imaginen que cualquiera me oye cuando estoy hablando del sapo, va a pensar que soy biólogo o que estoy contando un cuento infantil, es cierto. Pero también puede darse que me oiga en este preciso instante, por ejemplo, cuando yo digo: amen con locura, a aquellos que los conocen pero sobre todo a los que los necesitan, porque el amor es lo único real, el faro, el resto es sombras, y a lo mejor el tipo entiende todo sin necesidad de haberme oído desde el principio, sin que necesite cuestionar mi autoridad moral, sin que le

haga falta saber por qué digo eso, sin que tenga que saber lo que perdí, lo que todos perdimos.

Viví durante mucho tiempo en el sitio al que llamo Kamchatka, un lugar que se parece un poco a la Kamchatka de verdad (por el frío y por los volcanes, por lo remoto) pero que en realidad no existe, porque ciertos lugares no se encuentran en ningún mapa. Ahora que aprendí la importancia de las despedidas, quisiera decirle adiós. Fueron necesarios todos estos años para que volviese a encontrar la marquilla de los Jockey, pero ya la encontré, acabo de encontrarla, por enésima vez que se ha vuelto primera al contarles mi historia, y ya no necesito más de Kamchatka, de la protección que me otorgaba al estar lejos de todo, inaccesible, entre nieves eternas. Me llegó el momento de estar otra vez en mi lugar, estar por completo allí, todo yo, para dejar de sobrevivir y empezar a vivir.

Vamos a casa, dice el abuelo. Ya es hora.

Papá había ido al auto a buscar el TEG, me lo trae, lo deja en mis manos con una sonrisa, qué chambón, me lo estaba olvidando. Después me besa y me dice te quiero mucho, le sale otra vez con un dejo de Narciso, papá siempre se pone medio duro cuando tiene que decir algo importante. Entonces me raspa con la barba de días y me habla al oído, me dice varias cosas pero lo que más recuerdo es Kamchatka, porque dijo Kamchatka al final pero además porque Kamchatka lo resume todo, las últimas palabras siempre son importantes, Goethe dijo ¡luz!, ¡más luz!, hay que prestarles su atención.

Se sube al auto y se van. Yo corro detrás de la burbuja verde hasta que no doy más. Ellos nunca se dan vuelta para saludar; no quieren convertirse en estatuas de sal.

Desde entonces, cada vez que el partido vino malo me quedé en Kamchatka y sobreviví. Y aunque al principio pensé que papá tenía un partido pendiente conmigo, después entendí que ya no. Me había dicho su secreto, y al hacerlo me convirtió en su aliado. Y cada vez que jugué él estaba conmigo, y cuando las cosas se pusieron feas aguantamos en Kamchatka y al final estuvo todo bien. Porque Kamchatka era donde había que estar. Porque Kamchatka era el lugar desde el que resistir.

Agradecimientos

Uno puede abrir las puertas a las ideas, pero ellas nos visitan cuando quieren. En mi experiencia suelen desecharse las puertas para colarse por las ventanas, y para peor casi siempre disfrazadas de otra cosa. Mi primera novela, *El muchacho peronista*, era originalmente una historieta. Mi segunda novela, *El espía del tiempo*, fue concebida como novela, pero me compraron la idea para el cine mucho antes de que una editorial manifestase interés en el texto original. *Kamchatka*, pues, no podía ser la excepción. La idea surgió cuando buscaba un guión para el director de cine Marcelo Piñeyro. Ya habíamos trabajado juntos en la adaptación de *Plata Quemada*, y estábamos ansiosos —al menos yo lo estaba— por repetir la experiencia. Durante meses barajamos miles de argumentos posibles, uno de los cuales rozaba lo que terminaría siendo *Kamchatka*. Trataba de un niño de diez años, hijo de desaparecidos, que en la Argentina de la dictadura militar se veía obligado a vivir con su abuelo, un virtual desconocido. Como entenderá cualquiera que ya haya leído este libro, ese relato comenzaba donde *Kamchatka* termina. Le dimos vuelta durante meses hasta que lo abandonamos. Imagino que, sin decirnos nada, ambos temíamos que esa historia fuese demasiado oscura, triste y llena de silencios; que fuese una historia de ausencias.

Con el tiempo descubrimos que la veta más rica estaba en lo que precedía al encuentro con el abuelo, cuando el protagonista, arrastrado por sus padres, se veía obligado a vivir la experiencia de la clandestinidad. De niños jugamos siempre a ser otros, *cowboys* o astronautas, reyes o futbolistas; nos gusta cambiar de nombre e inventarnos una nueva historia y explorar territorios desconocidos. Contar la historia de la clandestinidad, pues, nos permitía apartarnos del relato de horror, porque el niño sufriría la pérdida, sí (perdería su casa, su colegio, sus amigos, sus juguetes), pero al mismo tiempo aprovecharía la oportunidad para la aventura. Con la bendición de sus padres, cambiaría de nombre y de historia y saldría al mundo ancho y desconocido. En este punto, el relato se apartaba de la oscuridad del comienzo y hasta podía estar lleno de ruidos y de peripecia y de música y de humor.

Quise poner la historia en unas cuantas páginas, para trazar el mapa sobre el que avanzaría el guión. Empecé varias veces. Arrancaba con un relato en tercera persona (*ésta es la historia de un niño de diez años, que comienza el día en que su madre lo va a buscar al colegio a media mañana y...*) y a los pocos renglones, el relato viraba automáticamente a la primera persona y me descubría escribiendo como si el niño fuese yo: *Ya me había subido al Citroën cuando mamá dijo que nos íbamos a tomar unos días de vacaciones. ¿Así de repente? ¿Y el colegio? Van a ser unos días, nomás. ¿Y adónde vamos? A la casa de unos amigos, dijo ella... Le pregunté si pasaríamos por casa a buscar algunas cosas, libros, la pelota, la bici. Me dijo que todo lo que íbamos a recoger era al enano que estaba en el jardín. Primero pensé que no teníamos ningún enano en el jardín y después entendí que hablaba de mi hermano.*

Había descubierto la voz de Harry. Y con ella descubrí que *Kamchatka* era para mí mucho más que un guión. En estado febril, le dije a Piñeyro que no sabía si *Kamchatka* terminaría siendo o no una película, pero que de cualquier forma yo quería escribir la novela. Me dio su beneplácito. Le entregué el cuento de sesenta páginas en que se había convertido mi sinopsis original, y que ya contenía todos los elementos que de mi infancia se habían trasladado a la infancia de Harry: el TEG, Houdini, los sapos, el Enano, los cigarrillos Jockey Club de mamá... Su respuesta no pudo ser más alentadora. No sólo me dijo que en efecto, esa era la película que quería hacer, sino que me alentó para que escribiese el guión yo solo. Para él va entonces mi agradecimiento inicial, porque creyó en *Kamchatka*, pero también porque fue el primero en creer en mí.

En la escritura de *Kamchatka* conté con invaluable información de una serie de autores a quienes también querría expresar mi agradecimiento.

Mis aventuras en el terreno de la biología se las debo a *La trama de la vida*, de Fritjof Capra (1998) y a *Así es la Biología*, de Ernst Mayr (1998). Mis excursiones por el cielo se las debo a John North y su *Historia Fontana de la Astronomía* (2001). También me serví de la *Historia del tiempo (A Brief History of Time)*, de Stephen Hawking (1991).

De la Argentina política e histórica en la que Harry y yo fuimos niños me contaron Eduardo Anguita y Martín Caparrós en el segundo volumen de *La Voluntad* (1998) y Miguel Bonasso en *Diario de un clandestino*.

El Heródoto al que recurrí fue el de la traducción de Robin Waterfield: *The Histories*, Oxford University Press, 1998.

La cita de la *Odisea* fue tomada de la traducción de Robert Fagles, editada por Penguin en 1996. La frase de Margaret Atwood figura en su novela *The Blind Assassin* (Bloomsbury, 2000). La cita de Emerson la encontré en un discurso que pronunció en Harvard en 1837. La edición de *Le Morte d'Arthur*, de Sir Thomas Malory, es de Penguin English Library, 1981. Y las cartas de Durrell que uso en el texto fueron tomadas del apasionante libro de Jorge Fondebrider, *La Buenos Aires ajena* (2001).

Quiero agradecer además el apoyo de Amaya Elezcano y todo el increíble equipo de Alfaguara España. A Juan Cruz, Pepe Verdes, Ximena Godoy y la gente de la Oficina del Autor. A Fernando Esteves, Mercedes Sacchi, Claudio Carrizo, Analía Rossi, Amalia Sanz y Juliana Orihuela, que tanto hicieron por mí en Alfaguara Argentina. A Jesús Robles, de Ocho y Medio, por su entusiasmo. Al fotógrafo Juan Hitters, por su retrato.

También a Bernarda Llorente y Manuel Gaggero, que compartieron conmigo sus historias de los años oscuros. A Mauricio Runno, José Luis García Guerrero, Sergio Olgún y Cristián Kupchik. Y a Julio Talavera y la gente de HIJOS, que me dieron una de las alegrías más grandes de mi vida.

Debo agradecer enormemente a Pablo Bossi, Paco Ramos y Oscar Kramer, que

ayudaron a hacer de *Kamchatka* una película. A Nico Lidijover y Miguel Cohan, compañeros. A Martha Olivera, que comprendió de inmediato que este era un relato de aparecidos. A Ricardo Darín, Héctor Alterio, Fernanda Mistral, Mónica Scaparone, Oski Ferrigno, Tomás Fonzi, Matías del Pozo y Milton de la Canal, que le dieron carnadura. Y muy especialmente a Cecilia Roth, cuya generosidad conmigo fue y sigue siendo impagable.

Finalmente mi deuda más grande es con mis amigas Ana Tagarro, Miriam Sosa, Paula Álvarez Vaccaro, Cynthia Lejbowicz, María Fasce y Andrea Maturana, que nunca fallan.

Quiero dedicar este libro a mi familia: mi padre y mi madre, mis tíos y abuelos, que nos criaron a mis hermanos y a mí en el ambiente de amor que hizo posible que nuestras almas sobrevivieran durante los años que los argentinos vivimos en Kamchatka; y a mis hijas, Oriana, Agustina y Milena, en la esperanza de que este libro forme parte de ese mismo, maravilloso legado.



MARCELO FIGUERAS. Nació en Buenos Aires en 1962. Trabajó como periodista en diversas revistas (*Humor, El Periodista, Caín*) y en el diario *Clarín*, donde fue editor de los suplementos de Espectáculos y Cultura, y director de la revista *Viva*. Sus cuentos han sido publicados en antologías y es autor de las novelas *El muchacho peronista* (1992) y *El espía del tiempo* (2001) y del guión del film *Plata quemada*, de Marcelo Piñeyro, sobre texto homónimo de Ricardo Piglia. La película basada en su guión de *Kamchatka* fue estrenada con éxito en España, y resultó elegida para representar a la Argentina como candidata al Oscar a la mejor película extranjera. En la actualidad adapta para el cine su novela *El espía del tiempo*.